
ANGIE CROSS
Antes del amor
Crónicas de
Drudley Manor I

ANGIE CROSS

Antes del amor

Crónicas de
Drudley Manor I



Título original: Antes del amor
Primera edición: mayo 2025
©Antes del amor (Crónicas de Drudley Manor I)
© 2025 Angie Cross
Instagram: @angie_cross_escritora
Diseño de cubierta y maquetación: Gabriela Antón Rey (@madameardent)
Todos los derechos reservados. Queda prohibido copiar, reproducir, distribuir, publicar, transmitir, difundir, o en cualquier modo explotar cualquier parte de esteservicio, incluidos reprografía y tratamiento informático, sin la autorización previa por escrito de la titular del copyright.

Solo para ti
¿Quieres un relato del universo Drudley Manor?

Escanea el código QR y descárgate GRATIS un punto de vista diferente de esta novela.



Capítulo 1

—¡Oh, mirad, Preston está aquí!

Cordelia Seaword se sonrojó a la luz de la multitud velas que iluminaban la sala de baile. Lady Alyssa se giró un poco más rápido de lo que el recato consideraba adecuado. Sus ojos relucieron de emoción cuando él cruzó la mirada con la suya y le sonrió. Comenzó a caminar hacia ella, pero fue interceptado por un trío de caballeros jóvenes y risueños que le pusieron un vaso de brandy en la mano. Charles Preston, futuro Conde de Rinnondale, la miró con gesto de disculpa y se giró hacia sus amigos.

—Eres tan afortunada—dijo Cordelia, con un suspiro afectado.

Alyssa Tremmond bajó la mirada de forma encantadora y sonrió.

—Lo sé —fue todo lo que dijo.

Se estiró de forma inconsciente el vestido de muselina azul claro y miró con nostalgia hacia donde Charles se reía a carcajadas con sus acompañantes. Tenía diecinueve años y era su segunda temporada. El año pasado Charles estaba de viaje por Europa, pero, en cuanto regresó, justo a tiempo para la temporada londinense, puso sus hermosos ojos castaños en Alyssa y comenzó a cortejarla.

Al contrario que los pretendientes que había tenido en la temporada anterior, Charles Preston le parecía inteligente, tenía una conversación apasionante y no parecía querer solo un objeto decorativo a su lado cuando se casara. Eso era importante para Alyssa. Y era guapísimo, claro, con esos rizos castaños que sacaban reflejos dorados cuando el sol incidía en ellos.

Suspiró. Estaba totalmente enamorada y esperaba que él no tardara mucho en pedirle en matrimonio. No quería vivir una tercera temporada. Y, desde luego, no quería ser como su hermana Violet, que estaba a punto de cumplir los veintiún años y convertirse oficialmente en una solterona. Lo extraño era que, en su tercera temporada, no parecía en absoluto preocupada por su ausencia de compromiso matrimonial. En verdad, no podía decirse que no tuviera pretendientes, pero desde luego ella no les prestaba la atención que,

en opinión de Alyssa, debería.

Y hablando del rey de Roma. Violet apareció a su lado resoplando de forma muy poco digna. Puso los ojos en blanco.

—¡Aquí estáis! Qué alegría, ya no sabía cómo librarme del pesado del señor Frogland.

Cordelia la miró y frunció el ceño.

—¿Anthony Frogland? Es un hombre muy apuesto, Violet, y tiene una considerable fortuna, aunque tenga un título menor. No deberías desecharlo tan a la ligera.

—¡Te lo cedo con gusto! –exclamó Violet—. No me interesa lo más mínimo.

—Desde luego, os haría falta una madre que se ocupara de estas cosas por vosotras.

Un pesado silencio se extendió por el pequeño grupo. Lady Weyland, la madre de Alyssa y Violet, había muerto cuatro años antes de gripe y no había podido cumplir su sueño de ver a sus hijas crear su propia familia. Cordelia rompió el silencio tratando de sacar a sus amigas del oscuro ánimo en que ella misma las había metido.

—A todo esto ¿dónde está Lord Weyland?

Las hermanas se miraron y luego inspeccionaron la sala en busca de su padre, Jacob Tremmond, marqués de Weyland.

—Ni idea. –Violet se encogió de hombros.

Sus modales eran, desde luego, más bruscos que los de su hermana. Tampoco sus rasgos podían ser más diferentes. Costaba creer que fueran hijas de los mismos padres. Su piel, ojos y cabello eran oscuros, mientras que Alyssa era todo claridad. Rubia, con ojos color miel y una piel tan blanca que dejaba mostrar en seguida el rubor que se adueñaba de sus mejillas cuando algo le avergonzaba. Como ahora.

—No nos ha dicho que se fuera a marchar —dijo esta, con la íntima certeza de que se habría escondido en algún rincón a jugar a las cartas con algún otro padre aburrido.

—No debería dejaros a solas —Cordelia meneó la cabeza con desaprobación—. Es vuestro honor el que está en juego.

Alyssa miró a su alrededor, al salón atestado y a la cantidad de madres observadoras y cotillas que pululaban por allí.

—Querida Cordelia, dudo mucho que podamos deshonrarnos entre tantísima gente.

Su amiga iba a protestar, pero cambió el gesto con rapidez y movió las cejas de forma muy cómica, tratando de advertir de algo, dios sabía qué, a Alyssa.

—Lady Alyssa.

Ella reconoció esa voz y una sonrisa iluminó su rostro, aunque hizo un esfuerzo por girarse despacio.

—Buenas noches, Lord Charles.

El hijo del conde de Rinnondale sonrió y le tendió la mano.

—Lady Alyssa ¿Me concede este baile?

Alyssa tenía la siguiente pieza libre, pues estaba esperando a que su dulce enamorado llegara a reclamarla, así que tomó su mano y se incorporó. Cordelia volvió a suspirar de forma imperceptible y la comisura de la boca de Violet se torció un poco hacia abajo, como si estuviera disgustada, aunque Alyssa no llegó a verlo. La pareja se dirigió hacia la pista de baile.

—Estás preciosa —le dijo Charles, mirándola con apreciación.

Ella se sonrojó y bajó la mirada. ¿Por qué era tan apuesto? Bailaron en silencio, disfrutando de la música y del fluir de la danza entre las demás parejas que atestaban aquel espacio.

La mano de Charles rozó como por casualidad la parte superior de la espalda de Alyssa, que estaba al descubierto. Un escalofrío recorrió su piel y las rodillas le temblaron al notar cómo su otra mano, que mantenía agarrada la suya, hacía sutiles círculos sobre la suave piel de la muñeca, acariciándola a través de la tela del guante, de una forma totalmente inapropiada, pero muy agradable.

Cuando el baile terminó, sintió que le faltaba el aire. El movimiento, sumado al calor de las velas, la había sofocado. Su acompañante se dio cuenta y sonrió con picardía.

—¿Tal vez te vendría bien tomar el aire?

Sin darle opción a contestar le ofreció el brazo y se encaminaron a la terraza. Las puertas de cristal estaban abiertas de par en par para dejar que la brisa de esa agradable noche de verano refrescara el opresivo ambiente. Por supuesto, estaba iluminada con multitud de antorchas, para que las jóvenes parejas que se refugiaban allí

buscando algo de intimidad no pudieran encontrarla. Dios sabía lo que un escándalo podía suponer en la reputación de una doncella.

Charles buscó un rincón solitario y miró a Alyssa a los ojos.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó, solícito.

Ella asintió, pero antes de que pudiera hablar se encontró con la mano de él entrelazando los dedos con los suyos. Contuvo el aliento.

—Estás radiante, Alyssa. Eres tan hermosa, tan perfecta, que no puedo esperar para abrazarte.

—No debemos… —susurró ella.

—Lo sé —respondió él, sin dejar que la sonrisilla abandonara su boca. Comenzó a quitarle el guante con suavidad y delicadeza.

Alyssa le dejó hacer, tan deseosa como él de tocar su piel. Miró con cautela a su alrededor, pero el resto de parejas estaban hablando entre ellas, con tan pocas ganas de meterse en la vida de los demás como de que el resto del mundo interfiriera en la suya. Pronto sintió la leve caricia de la brisa sobre la piel desnuda de su mano. Charles besó las puntas de sus dedos una por una. Luego besó la palma de su mano y después depositó sus labios en la parte interior de la muñeca. Alyssa juraría que notó la punta de su lengua sobre la piel, y se le escapó un suspiro. Charles rio con suavidad y la miró con los ojos entrecerrados.

—Me muero por besarte.

Alyssa dio un paso atrás.

—No, Charles. Yo también lo anhelo, pero no podemos. ¿Y si alguien nos ve?

—Si alguien nos ve —dijo él, con los ojos brillando a la luz de las antorchas—, nos obligarán a casarnos para reparar tu reputación. —Se acercó más a ella—. Y no hay nada que desee más —susurró.

Lady Alyssa entreabrió los labios y dejó que el aire saliese con suavidad. Lo deseaba, lo deseaba tanto… miró fijamente su boca y no pudo evitar morder su labio inferior. Charles le acarició la barbilla e hizo que mirara hacia arriba, hacia sus ojos. Se acercó un poco más. Alyssa se revolvió, un poco incómoda. Miró de reojo a su alrededor, pero por alguna extraña treta del destino se había quedado solos en la terraza. Aun así, desde el salón de baile se podía observar la terraza. ¿Y si alguien miraba justo en ese

momento? Pero Alyssa no podía pensar con claridad.

Entonces Charles recorrió la pequeña distancia que aún les separaba y la besó con delicadeza. Sus labios se posaron sobre los de ella y el corazón de Alyssa se saltó un latido. Las manos de Charles aferraron su cintura y la acercaron más a él y ella le echó las manos al cuello y aferró sus cabellos. Le devolvió el beso, pero, cuando notó la lengua de él abrirse paso entre sus labios, tuvo un sobresalto y dio un paso atrás, respirando con dificultad.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Charles, con mirada confusa, sin soltarle la mano.

Ella se desasió justo cuando una pareja salía a tomar el aire. Los miraron, pero no vieron más que a un hombre cortejar a una mujer a una distancia del todo respetable, aunque fuese en verdad escandaloso que estuvieran a solas. La terraza no era el jardín, así que, aunque podía provocar habladurías, no era nada que un par de explicaciones no pudieran solventar. Pero ¿y si alguien había observado lo que habían hecho? Ella trató de recuperar la calma. Miró hacia el interior, aunque no se apreciaba ningún escándalo, nadie señalando hacia ellos con actitud reprobatoria.

—Esto no está bien, Charles —dijo—. No hasta que nos casemos.

Y sin darle tiempo a contestar se giró y entró de nuevo al comedor.

La luz de los miles de candelabros de la sala la cegaron por un momento, pero ella siguió su camino, queriendo alejarse de la terraza lo antes posible.

Y de repente se dio de bruces contra un muro forrado de terciopelo brocado. Se paró en seco, o más bien el choque la paró, y trató de enfocar la vista, parpadeando. Bien, lo que le había parecido un muro era el pecho de alguien, y desde luego el terciopelo era su chaleco.

—¡Ay, Dios! —exclamó. Dio un paso atrás y notó cómo toda la sangre de su cuerpo se concentraba en su cara—. ¡Cuánto lo siento! ¡Discúlpeme, milord!

Su mirada subió por ese torso pasando por unos hombros tan anchos que tuvo que esforzarse en seguir subiendo. Pasó por una mandíbula cuadrada sombreada por una leve barba, unos labios finos, una nariz recta, hasta llegar a los ojos, de un verde luminoso y

profundo, que la miraba con desconcierto y un toque de diversión. La piel era morena y tostada y el pelo, muy negro.

—¿Se encuentra bien, señorita?

La voz era profunda y grave y retumbó en el interior del cuerpo de Alyssa. Recorrió su columna vertebral y se quedó alojada en su vientre de una forma extraña. Respiró hondo.

—Le ruego que me perdone, mi torpeza es inexcusable.

—No ha contestado a mi pregunta —repitió aquel hombre.

—Estoy bien, gracias.

Entonces él se estiró del chaleco, se colocó la levita e hizo una leve inclinación con la cabeza.

—En ese caso, la dejo seguir su camino —dijo, y se marchó.

Alyssa volvió a parpadear, cada vez más confundida, y localizó a Violet y Cordelia junto a la mesa de la limonada. Suspiró: Heather Wafford estaba con ellas y odiaba sus comentarios malintencionados. Cuando llegó junto a ellas frunció el ceño.

—¿Por qué me miráis así?

Se tocó el pelo, pero todo parecía estar en su sitio. Heather abrió la boca.

—Veo que has conocido a Lord Greenway. —Heather arrugó la nariz cuando mencionó ese nombre.

—¿Quién? —Alyssa seguía confusa.

—Acabas de chocarte con él —rio Violet.

—De forma muy poco decorosa, debo añadir. —A Heather la malicia le rebosaba por los poros, de eso no había ninguna duda—. Anthony Drudley, Barón de Greenway, hijo mayor del conde de Waterford. Dicen que es un tanto huraño —susurró.

—Yo lo veo atractivo —dijo Cordelia, con voz soñadora.

—La verdad, no me he fijado. —Alyssa no pudo evitar mirar hacia atrás, pero no localizó al objeto de su conversación.

A quien sí vio fue a Charles, que la miraba con intensidad desde el corrillo masculino en el que se encontraba. Al encontrar su mirada él sonrió y guiñó el ojo con discreción.

—Es mayor —Heather se acercó para que le oyeran bien y bajó la voz—. Viven en el campo, cerca de Bath. Su madre murió hace mucho. Al parecer era portuguesa y por eso él es tan moreno.

—¿Y qué hace en Londres? —preguntó Violet.

—Su padre le ha dado un ultimátum. Debe casarse este año o perderá su herencia.

—¡Eso es horrible! —Alyssa se tapó la boca, horrorizada.

—Según se mire —dijo la siempre práctica Cordelia—. Tiene más de treinta años y es el heredero. Su padre tendrá prisa por asegurar la línea sucesoria antes de morir.

Heather se estremeció de forma notable.

—¿Os imagináis? Acabar casada con un hombre tan tosco, tan primitivo… y encima vivir aislada en el campo. Hasta su ropa parece gastada.

Heather hizo un pequeño gesto con la barbilla y las otras tres se giraron con disimulo. Alyssa pudo observar con más detenimiento a Lord Greenway. Era cierto que sus ropas no proclamaban un excesivo gusto por la moda, al menos no por la de esa década, pero, en honor a la verdad, no podía decir que le pareciera tosco. Lo que en realidad parecía era… desinteresado. Aburrido. Fuera de lugar. Sacaba una cabeza y varios cuerpos a la mayoría de hombres que había por allí y estaba claro que no contaba con la amistad de ninguno, porque se apoyaba en una columna bebiendo un vaso de whisky en soledad, con pinta de no importarle en absoluto.

—Es muy… grande —dijo Violet—. Mirad esas manos.

—Son manos de campesino.

El desprecio emanó de las palabras de Heather como un torrente.

Alyssa la miró de reojo. Era realmente insufrible. Si su madre no fuera su vecina y hubiera tomado a las hermanas Tremmond bajo su ala, vigilando su virtud con un afán entre cotilla y condescendiente, Alyssa no la aguantaría. Y por la mirada que le estaba echando Violet, ella tampoco. Volvió la vista hacia el futuro conde de Waterford.

Estaba mirando con excesiva atención el fondo de su vaso. De pronto enarcó las cejas y giró la cabeza hacia donde las jóvenes estaban agrupadas, convencidas de su discreción. Alyssa se encontró con esos ojos de un verde tan luminoso que lo percibía incluso a través del salón.

Retiró la vista inmediatamente, avergonzada, y se encontró con Charles, que venía a pedirle otro baile. Una sonrisa se extendió por su rostro y tomó su mano. Su dulce Charles. Le dijo que al día siguiente por la tarde iría a visitarla a casa y a hablar con su padre. ¡Por fin lo iba a hacer! ¡Iba a pedir su mano! Bailaron más piezas de lo considerado correcto, pero se sentía tan feliz que no se dio cuenta de los cuchicheos de los asistentes hasta que Cordelia le hizo señas.

—No has dado oportunidad a ningún caballero de pedirte una pieza —susurró, nerviosa.

Alyssa se encogió de hombros

—¿Para qué? Me vale con bailar con Charles.

—Eso no es muy inteligente por tu parte. —El cortante tono de voz de Cordelia puso en alerta a su amiga.

—¿Qué ocurre?

—La gente habla. Ni siquiera estáis prometidos, y dedicarle tantas atenciones es un escándalo. Os habéis convertido en la comidilla del baile. ¿Y si no pide tu mano?

—¡Oh, Cordelia, no seas negativa! —Alyssa puso las manos sobre los hombros de su fiel amiga—. Solo llevamos cuatro bailes. No se lo digas a nadie, pero mañana ha prometido venir a hablar con padre por fin.

Una sonrisa se extendió por el rostro de la joven confidente. Retuvo las ganas de abrazar a su amiga y se limitó a inclinar la cabeza.

—No sabes cuánto me alegro.

Una señora entrada en carnes con un ostentoso vestido color verde lleno de encaje se acercó a la pareja.

—Es hora de irnos a casa. Alyssa, querida, qué alegría verte. ¿Dónde está tu padre? —La mujer agitó la mano en el aire como si fuera evidente que no estaba allí—. ¡Quién sabe! ¿verdad? En fin, Cordelia, corazón, despídete, el carruaje espera.

Alyssa localizó a Violet, que estaba mirando hacia ella. Heather y su madre se encontraban al lado, con pinta de impaciencia.

—Bien, queridas —dijo la mujer cuando Alyssa llegó hasta ellas—. Se hace tarde y es momento de retirarnos. Como Lord Weyland no aparece por ninguna parte, me siento responsable de vosotras. Os

rogaría que cogierais vuestro coche y nos fuéramos a la vez.

Capítulo 2

El mayordomo no había cerrado aún la puerta principal cuando Lizzie bajó las escaleras a la carrera.

—¿Qué tal ha ido el baile? ¡Contadme!

Su hermana pequeña, con quince años, estaba deseando debutar, vestir esos preciosos trajes que llevaba sus hermanas, acudir a bailes y encontrar al hombre con el que casarse y formar una familia. Por desgracia, aunque su cara era la de una muñeca, con el pelo tan rubio que parecía casi blanco y los ojos de un gris pálido como el cielo de un día plomizo, no podía disimular una leve cojera, consecuencia de la polio que sufrió tres años atrás y que casi acaba con ella. Alyssa confiaba en que su matrimonio con el futuro conde de Rinnondale la ayudara a medrar en un mercado matrimonial donde cada defecto te relegaba a posiciones más atrasadas, como si fueras una yegua de carreras con una tara.

Sus ojos brillaban cuando le hablaban de los bailes y de lo enamorada que estaba de Charles. No entendía cómo podía ser que Violet no estuviera interesada en el matrimonio.

Estuvieron hablando hasta que el ama de llaves, que era la figura más maternal de aquella casa, les rogó que se fueran a la cama. Alyssa se durmió soñando con el día siguiente, en que se convertiría en una mujer prometida, y no se enteró cuando su padre llegó a casa a altas horas de la madrugada y se encerró en su despacho hasta que el sol ya había salido.

Cuando la doncella entró a descorrer las cortinas saltó de la cama, con mariposas en el estómago y ganas de ponerse en marcha.

—Hoy me pondré el vestido lavanda —dijo, con atropello—. Pero no el de las mangas de gasa, el otro, el que tiene el escote más bajo. Y las perlas. No, mejor el collar de coral. Y tienes que peinarme de forma elegante, pero…

—Señora —le dijo la criada. Parpadeó y miró hacia cualquier sitio que no fuera la cara de Alyssa—. Su padre ha dicho con toda claridad que hoy no recibirían visitas.

Alyssa se quedó con la boca abierta, sin poder reaccionar. Miró con fijeza a la doncella, que no sabía dónde meterse.

—¿Perdona?

—Su señoría —insistió ella, dando pasitos cortos hacia la puerta—. Ha sido categórico en este asunto.

—Debe tratarse de un error —dijo ella, notando cómo iba perdiendo la voz.

—Tal vez debería hablarlo con él, señora.

Alyssa asintió, hizo un gesto para que la joven la dejara a solas, se echó una bata sobre los hombros y así, descalza y con el pelo en una trenza, bajó las escaleras en dirección al despacho de Lord Weyland.

—Adelante.

La voz de su padre sonó algo gastada cuando contestó. Alyssa respiró hondo y entró en la habitación. Miró a su alrededor, confusa. Las cortinas estaban echadas y reinaba la penumbra. Aún con esa poca luz, vio con claridad a su padre. Estaba sentado en el escritorio y la botella de whisky a su lado estaba vacía. La levita estaba tirada sobre la mesa de cualquier manera, tenía el chaleco abierto y la camisa desabrochada.

Y la cara… Las ojeras ocupaban gran parte del espacio que dejaba libre la barba que había crecido desde el día anterior. No, el marqués no tenía buena pinta. Eso sin contar con el ambiente que se respiraba, cargado de humo de tabaco y olor a sudor.

—Padre ¿se encuentra bien? —preguntó, solícita, acercándose a él.

Lord Weyland levantó una mano que la detuvo en el sitio.

—Dime, Alyssa ¿qué quieres?

—Padre, Mindy me ha dicho que hoy no recibirá a nadie.

—Así es, no veo dónde está la pregunta.

—¡Pero es que Charles dijo que vendría hoy de visita! Y quería hablar con usted sobre algo. ¡Seguro que quiere pedir mi mano!

Lord Weyland se rascó la barbilla.

—Pues si quiere pedir tu mano será muy oportuno, pero no será hoy. Necesito arreglar algunos asuntos.

—¡Por favor, padre!

—He dicho que no.

El tono del marqués fue tan seco que Alyssa no se atrevió a intentarlo de nuevo. Sin saber qué ocurría, salió del despacho y se encerró en su cuarto, llorando, a mirar por la ventana por si veía aparecer a su amado.

Sobre el mediodía oyó un portazo y pasos que subían corriendo las escaleras. Su puerta se abrió con violencia y en el quicio apareció Violet, con el pelo despeinado y la cara desencajada.

—¿Qué ocurre? —se alarmó Alyssa.

Su hermana no contestó. Alyssa se acercó a Violet, que se había quedado inmóvil en la puerta, sin terminar de entrar, y la cogió del brazo. Entonces se dio cuenta de que estaba temblando. La condujo hasta la cama y se sentó a su lado.

—¿Me vas a decir qué demonios ha pasado?

—Se acabó —dijo ella, en un susurro—. Se acabó todo.

—Pero, ¿a qué te refieres?

Alyssa se estaba poniendo muy nerviosa, pero casi fue peor cuando su hermana abrió la boca comenzó a hablar.

—Padre está en la ruina.

Su primer impulso fue reírse.

—¡Vamos, Violet! Eso no puede ser. No es que seamos la familia más rica de Londres, pero siempre hemos vivido bien.

—Pues ya no —repitió ella—. Se acabó. Lo ha perdido todo.

Alyssa sintió que la vista se le nublaba.

—Espera. ¿Cómo que lo ha perdido todo?

—Pues eso, que se ha arruinado. ¡Se lo jugó, Alyssa! ¿Te lo puedes creer? —Violet comenzó a temblar violentamente y las lágrimas acudieron a sus ojos—. Se jugó su fortuna a una mano y perdió.

—A ver. —Alyssa trató de poner orden—. No ha podido perderlo todo. Tiene su título, las tierras, esta casa y la fortuna. No ha podido ser tan imprudente.

—Pues lo ha sido. Todo. La fortuna, la casa… todo, excepto el título y la vieja casa que lo acompaña en el campo. Ya no tenemos dinero. Ya no somos nada.

Alyssa se mareó. Pellizcó el puente de la nariz con sus dedos y cerró los ojos, tratando de calmarse, pero todo lo que le venía a la mente era tan terrible que empezó a hiperventilar.

—Pero, si no tenemos dinero…Si no hay dinero, no tenemos dote. ¿Con quién nos vamos a casar?

—Bueno —dijo Violet con un tono de amargura tan fuerte que Alyssa se quedó paralizada—. Tú tienes a tu Charles. Trata de camelártelo para que se case contigo, a pesar de todo. Está enamorado de ti, tal vez cuele. En mi caso es peor.

—Sin dote… —el futuro que tenía Violet por delante era horrible. Tal vez trabajar como institutriz en alguna familia noble.

—Me ha prometido.

—Espera —Alyssa no daba crédito—. ¿Cómo?

Violet se echó a llorar sin disimulo.

—Me ha prometido con un viejo. Un vizconde. No le importa la dote, le gusta la idea de casarse con la hija de un marqués y quiere tener hijos ya.

—Pero, ¿qué edad tiene? ¿No le importa la dote?

—¡Tiene sesenta años!

Alyssa se llevó la mano a la boca, horrorizada. Violet siguió hablando.

—Sesenta años, Alyssa. Claro que no le importa la dote, solo quiere comprar una mujer para ser su yegua de cría y que le haga sentirse orgulloso de su sangre noble.

—Ay, dios mío, Violet ¡cuánto lo siento!

Las hermanas se fundieron en un abrazo desesperado. Luego se quedaron en silencio. Violet suspiraba de vez en cuando y se enjugaba las lágrimas y Alyssa le acariciaba la mano tratando de transmitirle fuerzas. De pronto una idea le vino a la mente y se levantó de un salto.

—¡Debo hablar con él!

Corrió hacia el despacho de su padre y entró sin llamar. Encontró a Lord Weyland con mejor aspecto, afeitado y con ropa de día limpia, aunque las ojeras no habían abandonado su cara. Estaba acompañado de un hombre mayor que se le quedó mirando con cara de sorpresa cuando irrumpió sin ni siquiera llamar.

—¡Alyssa! —su padre mostró bien a las claras su enfado—. ¿Desde cuándo entras sin llamar?

—Disculpad, padre. Milord, lo siento muchísimo —dijo haciendo una reverencia hacia el desconocido—. Pero debemos hablar, padre.

El desconocido apretó los labios y miró a su padre con el disgusto reflejado en los ojos. El marqués se volvió hacia su hija.

—Alyssa, deja de importunar. Hablaremos cuando tenga tiempo.

La joven salió del despacho y se quedó sentada en las escaleras que subían a los dormitorios. Lizzie bajó y se sentó a su lado. Apoyó la cabeza en el hombro de su hermana mayor.

—Está ocurriendo algo, ¿verdad? —dijo, con voz triste.

Alyssa asintió. No tenía sentido ocultarlo, su hermana ya no era una niña.

—Así es, cariño. —Pasó su brazo por los hombros de su hermana —. Ya no tenemos dinero. No hay dote, ni futuro matrimonial para nosotras.

Lizzie se quedó en silencio. Aunque hablaba muy rápido y era curiosa y vivaz, tenía una extraña madurez, fruto tal vez del tiempo que estuvo enferma, que le hacía afrontar los contratiempos con serenidad.

—¿Qué va a ser de nosotras ahora?

—Pues no lo sé. —Alyssa suspiró y apretó el abrazo, que la consolaba más a ella que a su hermana—. A Violet la ha prometido con un viejo vizconde al que no le interesa la dote. Yo hablaré con Charles esta noche. Seguro que, una vez me case con él, podrás vivir con nosotros. Cuando llegue el momento de tu debut espero que el escándalo se haya disipado un poco y la dote que te proporcionen Charles o el vizconde será suficiente para buscarte un buen marido.

—¿Por qué no debería vivir con padre? —respondió Lizzie.

—Padre ha demostrado que no sabe cuidarnos. —La voz de Alyssa sonó más dura de lo que pretendía. Trató de suavizarla un poco—. Además, ha perdido también la casa. Solo le queda la casa solariega del marquesado, que está vieja y deteriorada y a la que ya no va a poder hacer las reformas necesarias porque está arruinado. Además, está en las tierras altas, muy lejos de Londres. ¿Seguro que quieres irte allí?

Lizzie negó con la cabeza.

—No. De todas maneras, no parece que nos vaya a ir tan mal. —Separó la cabeza del hombro de Alyssa y la miró con intensidad—. Si vosotras os casáis, y yo puedo hacerlo cuando llegue el momento, no me parece tan grave.

—No sé si Violet piensa lo mismo —dijo su hermana con una risa amarga. Lizzie entrecerró los ojos, pero no desvió la mirada.

—Su marido es un viejo. Nunca he entendido por qué le interesaba tan poco el matrimonio, pero es muy probable que se convierta en viuda en no mucho tiempo. Si consigue dar a luz a un varón, tendrá la vida solucionada y la libertad que da la viudedad. Podría ser peor. Tú te casarás con el amor de tu vida y, aunque todo fuera mal para mí, siempre puedo trabajar como institutriz. —Movió una mano al aire, quitando hierro al asunto—. No es un mal plan. Puedo buscar trabajo en la India. ¿Te imaginas? ¡Qué exótico! Un poco más de sol y menos lluvia seguro que sería bueno para mi salud.

Alyssa sonrió, sin poderlo evitar. Besó la frente de su hermanita, tan optimista, siempre viendo el lado bueno de las cosas. Entonces la puerta del despacho se abrió. Se levantaron de la escalera, pero no se marcharon. El desconocido salió, seguido por su padre. Se paró frente a las hermanas.

—Así que usted es Alyssa —dijo, mirándola. Su vista se volvió hacia la hermana menor—. Y usted la pequeña Elizabeth. —Hizo una reverencia—. Es un placer conocerla.

Y se marchó con una risa entre dientes que a Alyssa le dio escalofríos. Su padre la miró, pero no fijó los ojos en los de su hija.

—A mi despacho —ordenó.

Capítulo 3

Alyssa se sentó frente a su padre, un tanto cohibida. La mirada que había en los ojos del marqués no auguraba nada bueno. El hombre se pasó la mano por el rostro y el pelo, se levantó, se sirvió un vaso de whiskie y se volvió a sentar en su butaca.

—Bueno —dijo.

—Bueno —respondió Alyssa.

—Supongo que Violet te ha explicado la situación.

—Más o menos. —Alyssa sintió la boca seca. Quería gritar a su padre, enfrentarse a él por haber sido tan irresponsable, pero ni un solo reproche salió de su boca—. Y ahora ¿qué?

—La situación es la que es. Lo lamento profundamente, hija —dijo su padre, y Alyssa vio en sus ojos la mortificación—, pero no hay nada que pueda hacer ya para solventarla. No puedo dar marcha atrás.

—Casarás a Violet con un viejo —Alyssa escupió las palabras con desprecio.

—Es mejor que el futuro que le espera si no puede conseguir marido.

—¿Y yo?

—Esta noche irás al baile en casa de la Lady Battersby, la condesa viuda. Dile a Preston que lo recibiré mañana encantado. Ponte guapa, sedúcele, hija, porque se iba a casar con una mujer rica y ahora tendrá que hacer un acto de caridad.

—¡Charles me ama! —se indignó Alyssa—. No voy a callarme mi situación, tu vergüenza no es la mía. —Su padre cerró los ojos, acusando el golpe—. No sé si ya se sabrá por toda la ciudad, aunque conociendo los mentideros de Londres estaremos en boca de todos a estas horas. —Respiró hondo para tranquilizarse—. ¿Qué piensas hacer con Lizzie?

—Lizzie es la más perjudicada. El vizconde Cavendish ha dejado muy claro que no pensaba hacerse cargo de ella, así que depende de Preston y de su generosidad para tener dote cuando le toque

presentarse en sociedad. La otra opción es el hombre que acabas de ver salir.

—¿Ese bruto?

—Es americano —su padre se pellizcó el entrecejo—. Es muy rico y no le importa el dinero. Pero ya conoces a los americanos, adoran entroncar con la aristocracia. Está dispuesto a casarse con Lizzie…

—¡Padre, solo tiene quince años! —se escandalizo Alyssa.

Su padre levantó una mano.

—Está dispuesto a casarse con Lizzie en un par de años, iba a decir. Firmaríamos el contrato ahora y tu hermana viviría conmigo en las tierras Weyland hasta la boda.

—No sé si es buena idea.

—Si puedes convencer a Preston de que la acoja como pupila y le proporcione dote, no firmaré. Pero si no… Al menos tendrá una oportunidad.

Alyssa se levantó con la decepción y la pena grabada en la cara:

—Está bien, padre. Si no se puede hacer nada más, iré a arreglarme para el baile. Trataré de sacar adelante esta familia yo sola.

Alyssa se marchó sin mirar atrás, así que no pudo ver a su padre arrugando el rostro como si en lugar de una frase le hubiera lanzado un puñetazo al estómago.



—¡Mindy! —la voz de Alyssa sonó un poco más brusca de lo que pretendía, pero no se dio cuenta de la rabia que bullía en su interior hasta que vio a aparecer a la muchacha con mirada asustada y cautelosa.

—¿Señora? —preguntó, hablándole como quien habla a un perro herido para evitar que muerda.

Alyssa cerró los ojos y respiró hondo, tratando de calmarse.

—Esta noche Violet y yo iremos al baile en la casa Battersby.

—Su hermana ha dejado claro que no piensa salir —murmuró la doncella, muy pálida.

—Me da igual. —Alyssa jamás en su vida había dado una orden a su hermana mayor, pero no pensaba consentir que la dejase sola

con la vergüenza en mitad de todas aquellas hienas—. Violet vendrá conmigo y no es algo negociable. Transmíteselo. Respecto a mí, quiero llevar el vestido verde agua de escote bajo. Saca las perlas de madre, el juego que va con las esmeraldas. Salimos de casa en dos horas, así que avisa a mi hermana ya.

Su hermana entró poco después en su habitación sin llamar, mientras Alyssa se peinaba. Suspiró: sabía que Violet no podría hacerle caso y ya, eso no iba con su estilo.

—No quiero salir —dijo su hermana mayor, que se había parado tras ella y la miraba enfurruñada a través del espejo—. Me niego a que me tengan lástima.

Alyssa dejó el cepillo en el tocador y se giró hacia su hermana. Tenía los brazos cruzados y toda su postura declaraba que estaba a la defensiva.

—Violet, lo entiendo. Pero necesito ver a Charles esta noche. Hoy iba a venir a pedir mi mano y padre no ha aceptado visitas, así que debo disculparme con él. Espero remediar la situación mañana. Como futura condesa Rinnondale, puedo asegurar el futuro de Lizzie, pero para ello tengo que aparecer en sociedad y no pienso hacerlo sola. Seguro que ya se ha corrido la voz.

Su hermana siguió con los brazos cruzados, pero ella vio que su mirada se suavizaba. Entonces se echó a llorar y se sentó en la cama, ocultando la cara entre las manos.

—¡No puedo hacerlo! —dijo entre sollozos—. ¿Cómo voy a mirar a la cara a Cordelia, a Heather y a todas las demás, cuando sé que saben que me van a casar con un viejo? ¡Voy a ser el hazmerreír!

—No vas a ser el hazmerreír de nadie, Violet.

Alyssa se sentó y tomó la mano de su hermana. Enjugó las lágrimas que caían de sus ojos oscuros y observó las profundas ojeras violáceas que habían aparecido bajo sus ojos.

—Tu marido va a ser un poco mayor, eso es cierto. —Pasó por alto el bufido de Violet—, pero seguro que es un buen hombre, y vas a ser vizcondesa. Eso está muy bien. Tendrás una buena posición y fortuna.

—No es un buen hombre, Alyssa. Ha dicho que no se hará cargo de Lizzie.

—Bueno —dijo su hermana, son una sonrisa—. Tal vez puedas hacerle cambiar de idea, si dejas de mostrarte como la novia más desgraciada de Londres y empiezas a comportarte como la hija de un marqués, aunque estemos en la ruina.

Violet dejó de llorar y se quedó pensativa. Entonces se quitó con rabia las lágrimas que no dejaban de caer, suspiró y le dio a su hermana un beso en la mejilla.

—Tienes razón. —Se levantó y se dirigió a la puerta—. Voy a prepararme. Les daremos a esos carroñeros el circo que buscan.

Capítulo 4

El coche de la familia Tremmond llegó a la puerta de la casa Battersby con el baile ya comenzado. Lord Weyland no había acudido, por supuesto, pero había mandado a la vieja institutriz y a un lacayo con ellas como carabina. Cuando llegaron a la puerta principal el mayordomo, con la librea de gala, les hizo una inclinación con la cabeza y las acompañó a la sala de baile. Alyssa y Violet se miraron de reojo y se dieron un rápido apretón en las manos, para infundirse fuerza: ambas habían visto el breve destello en los ojos del mayordomo, por lo demás hierático, y eso les confirmó que ya todo el mundo conocía su desgracia.

Cuando entraron en la sala del baile, sin ser anunciadas, a Dios gracias, pues ya había comenzado, los rostros de los asistentes se volvieron hacia ellas y, con más o menos disimulo, comenzaron a murmurar. Las hermanas Tremmond respiraron hondo y se adentraron en la muchedumbre, en busca de su anfitriona.

—¡Alyssa, Violet! —Cordelia se acercó corriendo, con el pesar escrito en la cara—. ¡Cuánto lo siento! ¡Cuánto, cuánto lo lamento!

Parecía a punto de llorar, y fue Alyssa quien tuvo que tranquilizarla.

—No te preocupes por nosotras, Cordelia. Al fin y al cabo, nada de lo que padre pudiese dejar en herencia iba a llegar hasta nosotras.

Cordelia dio un respingo y miró a su amiga con los ojos muy abiertos, sorprendida por su falta de decoro. Lady Battersby se acercó a ellas y fue muy amable. Si hubiera decidido tratarlas con frialdad debido al escándalo, nadie les hubiera dirigido la palabra. Pero al declarar públicamente que seguían siendo bienvenidas en su casa el resto de los invitados se relajaron un poco. No todas las sonrisas fueron cálidas, sin embargo, ni todas las miradas de lástima.

Lo que su padre había hecho no solo era un desastre a nivel económico. Se había deshonrado y con ello había deshonrado al resto de la familia. Muchas barbillas alzadas y algunos comentarios maliciosos se encargaron de recordárselo a cada paso que daban.

Alyssa recorrió la sala con la mirada en busca de Charles, y de pronto unos ojos verdes llamaron su atención: Anthony Drudley, Lord Greenway, la miraba con fijeza desde el otro lado de la sala. Su rostro no transmitía nada, salvo, tal vez, una leve curiosidad. Parecía por encima del bien y del mal, solo, aunque rodeado de gente.

A Alyssa le faltó el aire, quién sabía por qué, y retiró la vista, continuando su búsqueda. Por fin localizó a Charles, rodeado como siempre de su camarilla de amigos, pero este no miraba en su dirección. No quiso acercarse: eso hubiera sido considerado indigno y deshonroso y, si Alyssa apreciaba algo por encima de todas las cosas, era su dignidad.

Uno de los compañeros de Charles la vio y comenzó a dar codazos a sus amigos, hasta que su amor se giró y la miró. Tras un momento de duda sonrió y se acercó a ella. La sonrisa no llegaba a sus ojos como otras veces y Alyssa titubeó. Hizo una pequeña reverencia cuando llegó a su altura.

—Milord —dijo, mirando al suelo. Cuando se atrevió a levantarla Charles Preston le hizo una reverencia con una leve sonrisa en la cara.

—Hola, Alyssa. Estás preciosa, teniendo en cuenta lo que has debido pasar hoy.

Alyssa tragó saliva. Charles no solía tutearla en público, y no sabía qué podía significar.

—¿Ya lo saben todos?

—Me temo que sí. Ven —dijo, tendiéndole una mano—. Demos un paseo.

Alyssa dejó a Violet con Cordelia y, bajo la atenta mirada de la institutriz, se alejó con Charles.

—Siento que no pudiera entrar hoy en casa, padre se negó a recibir a nadie.

—No llegué a ir.

El silencio se instaló entre ellos. ¿Por qué no había ido, si se lo había prometido?

—¿No? —la voz le salió ahogada.

Charles negó con la cabeza.

—Padre me lo prohibió. Le llegaron rumores y quería saber bien cuál era la situación antes de dejarme tomar la decisión. Al fin y al cabo, no nos conviene un escándalo.

—Pero ¿sigues queriendo desposarte conmigo?

Charles se paró y la miró. Puso la mano en su hombro y la miró a los ojos.

—Es lo que más deseo en el mundo.

—¿Bailamos? —Alyssa necesitaba hacer algo, dejar de pensar, y bailar con Charles siempre la hacía sentirse en las nubes.

Sin embargo, él negó con la cabeza.

—Mejor que no —dijo, sin dar explicaciones. Caminó hacia fuera de la sala de baile—. Me gustaría charlar.

El pasillo estaba desierto y bien iluminado. No le hacía mucha gracias estar a solas, y menos si alguien los había visto salir a los dos juntos y sin compañía, pero no podía decirse que ahora mismo su honorabilidad estuviera por las nubes, así que se sentó con Charles en un diván de terciopelo bajo un candelabro que desparramaba su dorada luz sobre ellos y sobre la gruesa alfombra del pasillo.

—¿Hay algún problema? —preguntó ella, ignorando los golpes de su corazón contra el pecho.

—Bueno —Charles hizo un gesto con la mano que podía significar cualquier cosa—, comprenderás que padre no está muy contento con este giro de los acontecimientos.

—¿Dejará que nos casemos?

—Eso espero, sí.

Charles tomó su mano y se acercó a ella. Alyssa vio que iba a besarla y cerró los ojos. Deseaba ese contacto con todas sus fuerzas, incluso a pesar de saber lo indecoroso que resultaba. Le devolvió el beso y Charles le acarició la espalda, pasando sus manos sobre ella hasta llegar más abajo. Apretó sus nalgas y ella dio un respingo.

—¡Charles! —se le cortó la respiración—. Para, por favor.

—¿Por qué? —murmuró él, buscando sus labios de nuevo—. ¿Acaso no lo deseas tú también?

Ella hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—¡No! Bueno, sí. No lo sé. Te amo, Charles, pero no podemos hacer esto aquí, donde cualquiera podría vernos, ni ahora, mientras no estamos casados. No es decoroso.

Él se irguió y la expresión de su cara fue de intensa frustración.

—Deberías ser más complaciente, querida —dijo con tono duro—, teniendo en cuenta que voy a hacer un acto de caridad casándome con una mujer sin dote cuya familia ha caído en lo más bajo.

Alyssa creyó que su mundo se venía abajo. Lo miró con la boca abierta, sin dar crédito a lo que acaba de oír. Charles sonrió de una forma tan lobuna que ella sintió miedo.

—No puedo creer lo que me acabas de decir.

—¡Oh, vamos, Alyssa! En serio, no seas cría. No sé si mi padre me permitirá seguir adelante con esto, pero deberías esforzarte un poco más en convencerme de intentarlo ¿No crees?

Las lágrimas se agolparon tras los ojos en la joven y parpadeó intentarlo contenerlas. Charles volvió a inclinarse sobre ella, pero Alyssa puso las manos en su pecho y empujó con todas sus fuerzas. Se levantó y, tratando de no dejar escapar las lágrimas, se dirigió a toda prisa hacia el salón de baile donde estaban todos.

Iba tan atolondrada, y mirando al suelo, que no se dio cuenta de que alguien salía de la sala y se chocó contra él. Al levantar la vista se encontró con los ojos verdes de Anthony Drudley, que le miraban con un deje de diversión.

—¡Oh, cuánto lo siento! —exclamó Alyssa, bajando la mirada. Pero ¿qué espaldas tenía ese hombre? Parecía un muro de contención—. Parece que tengo la mala costumbre de chocar contra usted continuamente.

Lord Greenway abrió la boca para decir algo, pero entonces vio la cara desencajada de Alyssa y la sonrisa irónica se borró de sus ojos.

—¿Se encuentra usted bien?

—Estoy bien, gracias. Discúlpeme.

Pasó a su lado mirando al suelo y entró en la sala, por lo que no pudo ver cómo la mirada de Greenway recorría ambos lados del pasillo tratando de descubrir al o la causante del malestar de la joven.

Violet miró alarmada a su hermana cuando la vio entrar en la sala. Acudió en su rescate, la tomó del codo y la sacó a la terraza para que le diera un poco el aire. No hizo falta que ella le contara nada: la había visto salir con el señor Preston y, tal como se temía, aunque no lo había dicho para no quitarle las esperanzas, estaba claro que no iba a continuar con su compromiso.

Consiguió tranquilizarla un poco, pero, cuando volvieron a entrar en el salón para marcharse a casa, las cosas se pusieron aún peor. Ese malnacido de Preston estaba con sus amigos. Reían a carcajadas y ellos le daban palmadas en la espalda, como si hubiera conseguido alguna gesta. Tuvieron que pasar a su lado y él apenas dirigió una mirada a quien hasta el día anterior declaraba como el amor de su vida. Estaban cerca de la puerta cuando Heather Wafford se acercó a ellas con la nariz levantada y una sonrisa maliciosa en el rostro, disfrazada de pena.

—¡Cuánto siento que tu compromiso con Preston no se vaya a formalizar, Alyssa! Parecíais tan enamorados…Aunque tal vez deberías habértelo pensado un poco antes de dejarte besar sin estar casada. Es el escándalo que te faltaba para terminar de hundir tu reputación.

—¿Cómo dices? —Alyssa sintió que una nube negra aparecía delante de sus ojos y se tambaleó.

Su hermana tuvo que sujetarla, y pasaron al lado de Heather, que se rio quedamente.

—Nuestros actos suelen tener consecuencias, ya deberías saberlo. Portarse como una cualquiera no es forma de cazar un marido, y más cuando no se tiene dote.

—Aparta, víbora —le dijo Violet, sin mirar si la empujaba o no al pasar.

Un respingo indignado le indicó que eso duro con lo que su codo se había topado eran unas costillas, y no lo sintió lo más mínimo.

Alyssa aguantó sin llorar hasta que se subieron en el coche, pero entonces se derrumbó.

Capítulo 5

No se dieron cuenta de que habían dejado a la institutriz en el baile hasta que el coche había arrancado. Violet resopló: no pensaba esperarla, mandaría el coche de vuelta a buscarla en cuanto llegaran a su casa, que se encontraba solo a unas manzanas. Su atención se volvió hacia Alyssa, que lloraba a moco tendido, con el corazón roto. Le acarició la espalda tratando de calmarla.

—No les hagas caso, Alyssa. Preston es un malnacido y nadie le creerá.

—¡Claro que le creerán! —dijo Alyssa, entre hipidos—. Le creerán porque desean hacerlo, como esa desgraciada de Heather. Ahora mismo seré la comidilla del baile. ¡Qué vergüenza!

—También Preston se deshonra diciendo algo así. Un caballero debería asumir sus actos y, si es cierto que mancilló tu honor, debería casarse contigo.

Alyysa levantó la mirada hacia su hermana, incrédula.

—Es el futuro conde de Rinnondale, Violet. Nadie se enfrentará a él. No tenemos hermanos que defiendan nuestra honra en un duelo sino hace lo correcto, te lo recuerdo. Y padre no lo hará —dijo con una risa amarga—. No, pensarán que soy una cualquiera y que él no tiene que cargar con esa mancha sobre su linaje, lo sabes tan bien como yo.

Violet suspiró.

—Lo lamento, cariño. Pero sigo pensando que es un desgraciado —dijo entre dientes.

Alyssa la oyó y se apoyó en su hombro, con una risa triste, sin dejar de llorar.



Si las oyó llegar a casa, Lizzie no se asomó. Tampoco su padre, aunque un suave resplandor se filtraba por debajo de la puerta de su despacho. Las hermanas se retiraron cada una a su cuarto y Alyssa tuvo una noche agitada, en la que los escasos momentos en

que pudo dormir sus sueños estuvieron poblados de las risas inmisericordes de la buena sociedad y los ojos duros de Preston inclinándose sobre ella.

Cuando la doncella descorrió las cortinas la joven se tapó la cara con la almohada y gimió. Recordó con toda claridad los acontecimientos de la noche anterior y su corazón pareció romperse aún en más pedacitos. Se miró al espejo: tenía unas horrorosas ojeras moradas que llegaban hasta media mejilla y los ojos enrojecidos. Se veía tan triste, tan derrotada, que la doncella le preguntó con suavidad si prefería que le subieran el desayuno a su dormitorio.

Ella se negó: al menos, ver a sus hermanas podría tranquilizar un poco su ánimo.

Su padre y su hermana Violet estaban ya en la sala del desayuno.

—Por favor, padre, por lo menos eso me lo debe.

Escuchó decir a su hermana al entrar a la habitación. Ambos levantaron la vista cuando ella apareció. Violet se levantó corriendo y la abrazó.

—¿Cómo te encuentras?

Ella hizo un gesto ambiguo con la mano y se sentó. Su padre alzó la vista. Alyssa creyó ver un rescoldo de pena, tal vez culpabilidad, en sus ojos, pero su semblante se mantuvo impasible.

—Lo siento, hija. Pensé que tal vez podrías seguir adelante con tu compromiso, pero es evidente que el conde no va a permitirlo. Tendré que buscar otra opción.

Alyssa cerró los ojos como si le hubieran pegado un puñetazo. No podía creer lo insensible que parecía su padre. Nunca había sido especialmente cariñoso ni comprensivo. En realidad, apenas había tenido trato con él, pero no esperaba esa reacción tan fría.

—¡Por Dios, padre, dele un respiro! —dijo Violet, levantando un poco el tono. Alyssa apretó su mano, agradeciendo en silencio su defensa.

—No puedo —dijo Lord Weyland, encogiéndose de hombros—. No se trata de lo que quiera o no quiera hacer. Debo buscarle un marido o tendrá que buscarse la vida ella sola. Tal vez como maestra de un internado para señoritas. ¿Es eso lo que quieres, Alyssa?

Ella siguió con la mirada baja, sin responder. ¿Eso era lo que quería? No podía pensar, no con ese dolor en el pecho y ese nudo en la garganta. Siempre había sentido lástima de las maestras y las institutrices: demasiado bien educadas para ser criadas, demasiado pobres para encontrar un marido. En tierra de nadie, aristócratas venidas a menos, siempre solas. Tragó saliva.

—Padre —oyó que reclamaba Violet—, no ha contestado a mi petición.

Lord Weyland se quedó en silencio por un momento. Luego asintió.

—Bien, lo arreglaré para esta tarde.

Violet obligó a su hermana a tomar un té y, al menos, un par de bocados de huevos revueltos. Pero luego Alyssa se negó a comer más. Tenía el estómago cerrado y la sensación de que, si introducía algo más de comida en su cuerpo, vomitaría.

—No me encuentro bien —murmuró, levantándose—. Si me disculpáis, creo que volveré a la cama.

Alyssa tampoco bajó a comer. La doncella le llevó una bandeja, que no tocó, y un té con pastas más tarde, que volvió frío a la cocina.

A media tarde oyó la puerta principal. Escuchó el murmullo de las conversaciones en el recibidor y luego nada, cuando quien fuera que hubiera en casa entró en el salón de té que había frente a la biblioteca. Sintió curiosidad, pero no la suficiente como para levantarse y hacer acto de presencia. Sin embargo, un par de horas más tarde decidió que no aguantaba más encerrada allí.

Cuando la visita se marchó ella bajó al salón, donde se encontró a sus hermanas. Se sirvió una taza e incluso mordisqueó una galleta.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Lizzie, sentándose a su lado y cogiéndole de la mano.

Alyssa se paró a meditar la respuesta. No sabía cómo se sentía. El dolor en su pecho era fuerte y muy punzante. Se sentía como de trapo, incapaz de pensar, ni de moverse con la agilidad habitual. Sentía la cabeza llena de una espesa niebla en donde debería haber tenido el cerebro. Había llorado la mayor parte de la noche anterior, antes de caer rendida, y también casi todo el día, pero, extrañamente, ya no sentía aquel nudo en la garganta.

—Duele —dijo al fin, encogiéndose de hombros—, pero me acostumbraré.

—Lord Cavendish ha venido a tomar el té —dijo Violet, escondiendo su expresión tras la taza de té.

—¿Has podido conocerlo? —inquirió Alyssa—¿Cómo es?

Su hermana dejó la taza en la mesita y la miró con unos ojos sin expresión y las manos cruzadas con fuerza sobre su regazo.

—Viejo —dijo—. Y un tanto autoritario. Ha dejado muy claro lo que se espera de mí. —Violet tragó saliva antes de continuar—. Pero he podido convencerlo de que deje que Lizzie venga a vivir con nosotros. Su compañía me hará sentir mejor, sin duda.

—Sé que lo has hecho por mí, hermanita —dijo Lizzie en voz baja —, y no sabes cuánto te lo agradezco.

—Al menos tú tendrás unos años de margen antes de tener que decidir sobre el resto de tu vida.

Sonó la aldaba de la puerta. Se oyeron voces y, poco después, el mayordomo entró en la salita de té.

—Lady Alyssa, su padre quiere verla en su despacho.

Alyssa miró a sus hermanas con expresión de duda. Ellas negaron saber nada con la cabeza, así que dio un último sorbo al te, se levantó, alisó la falda con las manos y se dirigió al despacho del marqués.

Antes de entrar respiró hondo, intentando tranquilizar los agitados latidos de su corazón. ¿Habría recapacitado Charles? ¿Se habría dado cuenta de su horrendo comportamiento, habría hablado con su padre y seguiría dispuesto a casarse con ella? Y, lo más importante: si esto era así, ¿quería ella seguir comprometida con un hombre que la había tratado de forma tan humillante? No se había parado a pensar en sus sentimientos, más allá del dolor del rechazo, la vergüenza y la humillación. Aunque ahora tampoco tenía tiempo de ponerse a pensar en ello. Golpeó la puerta con los nudillos con suavidad y entró a la sala en cuanto su padre el dio permiso.

—Te he encontrado esposo —dijo su padre, sin rodeos.

Alyssa se quedó petrificada.

—¿Quién es? —la voz le sonó como un graznido en sus propios oídos.

—Has tenido mucha suerte. Tu marido es bastante joven y no le importa tu dote. No entiendo qué habrá visto en ti —dijo, con la mano en el mentón.

—¡Padre!

—Sí, perdona. Anthony Drudley, lord Greenway, hijo del conde de Waterford.

Un relámpago sacudió a Alyssa y ante sus ojos aparecieron unos ojos verdes y brillantes. Menuda suerte la suya. ¿El tosco campesino del que había hablado Heather? ¿Cómo podía ser que se hubiera fijado en ella?

—Habéis coincidido en un par de bailes. Tiene que casarse esta temporada y parece ser que ayer partió de regreso a Bath a galope tendido tras la fiesta en casa de Lady Battersby. Acabo de recibir un mensaje del conde: dice que su hijo accede a casarse, pero que su condición es que tú seas la mujer con quien se despose. No atiende a razones ni le importa la dote. A cambio de su aprobación, el conde ha dispuesto que la boda se celebre en un par de días y te mudes de forma inmediata a sus tierras.

Alyssa no podía apenas hablar.

—Pero, padre, ¡no puedo casarme con él! Ni siquiera le conozco.

—Ni él te conoce a ti, por lo que parece, pero eso no le debe importar.

—Al menos que venga a tomar el té, déjeme que hable con él para ver si nos llevamos bien —Alyssa trataba de calmar los fuertes latidos de su corazón y ordenar sus pensamientos, pero no era fácil.

—No hay opción. Lord Greenway es necesario en las tierras de su padre y el conde no le permite volver. La boda se celebrará por poderes en dos días y partirás de forma inmediata hacia sus tierras.

La joven se sintió mareada y se sentó en la butaca frente a la mesa de su padre.

—Entonces ¿así va a ser mi vida? ¿Casada con un hombre al que no conozco, solo porque usted no supo controlar sus vicios?

El tono del vizconde se endureció tanto que Alyssa sintió miedo.

—No te atrevas a juzgarme, jovencita. Llevo diecinueve años cuidando de ti, aun sabiendo que ni mi nombre ni mi título se irán contigo cuando yo no esté, e incluso ahora me preocupo de

asegurar tu futuro.

—¿Y si no quiero casarme con él? —preguntó Alyssa, con un hilo de voz.

Su padre entrelazó los dedos, juntó las manos sobre la mesa y la miró con absoluta frialdad.

—Entonces tendrás que buscarte la vida. Si rechazas este matrimonio no te aceptaré bajo mi techo. No voy a mantenerte ni un día más de lo necesario. No te cases si no quieres, pero en dos días dejarás esta casa rumbo a tu nuevo hogar, vayas a donde vayas.

Entonces Alyssa se dio cuenta de que su padre no estaba dándole opciones. No tenía la posibilidad de elegir. Incluso si hubiera preferido ser una solterona y trabajar como institutriz en alguna familia rica, no tendría tiempo de buscar en dos días. Y no soportaría la vergüenza de suplicar asilo y manutención en casa de alguna de sus amigas, eso contando con que sus padres quisieran acoger bajo su techo a una joven, deshonrada por las acciones de su padre, que se había negado a aceptar la única salida digna para su situación.

Una lágrima calló por su mejilla y ella la apartó con rabia, molesta por esa muestra de debilidad.

—Está bien, padre. Usted gana. Se librará de mí en dos días.

Capítulo 6

La boda resultó tan deprimente como Alyssa había imaginado. Acudió a una iglesia discreta, sin invitados más allá de su padre y sus hermanas, y ni siquiera tuvo un vestido de novia. Se puso uno de sus vestidos de gala y casi lloró cuando Lizzie le llevó un ramo de flores que había hecho con sus propias manos, arrancando los capullos de los jardines públicos.

Al salir de su casa vio a Heather observando a través de su ventana con una sonrisita de suficiencia pintada en el rostro. Recordó que siempre le había gustado Charles. Él, o el condado al que accedería cuando muriera su padre. En cualquier caso, ahora que él la había rechazado y humillado de forma tan dolorosa, Heather tenía vía libre para tratar de convertirse en la futura condesa de Rinnondale. Tragó saliva.

Sus sentimientos hacia Charles seguían siendo confusos. Lo odiaba por haberse portado así con ella, pero, ¿de verdad el amor podía desaparecer tan rápido? Alyssa tenía la sensación de que, si él apareciera a caballo suplicando su perdón y ofreciéndole rescatarla de ese matrimonio y ser su esposa, ella se montaría a su grupa sin dudar. Eso la hacía odiarse a sí misma por ser tan débil.

Sea como fuere, aquello no iba a suceder. ¿No? Miró a su alrededor, tal vez con un pequeño atisbo de esperanza en los ojos, pero esa chispa se apagó pronto, cuando comprendió que no debía dejarse llevar por anhelos infantiles. Sacudió la cabeza, derrotada. Que se lo quedara Heather. Seguro que eran muy felices juntos y parían un montón de hijos altaneros y sin empatía alguna.

Se subió al carruaje y se sentó al lado de Violet, frente a Lizzie y al vizconde. Violet le dio un beso en la mejilla.

—No estés tan triste —le dijo al oído—. Al menos Anthony es razonablemente atractivo.

Alyssa asintió, mirando al suelo. Su hermana tenía razón. Al menos no tenía que casarse con un viejo, como ella. Pero aun así… no amaba al que iba a ser su marido. No lo amaba, no lo conocía y,

además, era tan grande, tan tosco, que le daba miedo pensar en acercarse a él. Sacudió la cabeza, intentando quitarse esos pensamientos de encima, y miró por la ventanilla.

Justo cuando pasaban por enfrente de la casa de Cordelia, esta salió a la calle como si hubiera estado vigilando la llegada de su amiga. Alyssa fue a pedirle al cochero que frenase, pero la madre de Cordelia apareció tras ella y la arrastró al interior. Se miraron la una a la otra a lo lejos, despidiéndose en silencio.

Llegaron a la iglesia. Pequeña, oscura, como si no mereciera nada mejor. Muros de piedra para ocultar su vergüenza e impedir su huida.

Alyssa entró al templo con el corazón encogido, del brazo de su hermana mayor, pues se había negado en redondo a ir del brazo de su padre. Ya no le debía nada y posiblemente no lo volvería a ver, así que no tenía sentido ocultarle su decepción y su enfado.

Allí, al otro lado del pasillo, en el altar, le aguardaba un hombre que no había visto nunca y el ministro, que carraspeó antes de comenzar la ceremonia. Alyssa estaba segura de que nunca nadie había asistido a una boda tan triste. El hombre que tenía frente a ella hablaba en nombre de Lord Greenway.

El ministro guio la ceremonia, indicó a los contrayentes los juramentos que debían hacer y ni siquiera hubo beso final, puesto que a quien tenía enfrente no era en realidad su esposo.

Cuando la ceremonia terminó, Alyssa no volvió a casa. Un coche de alquiler, cargado con los baúles que contenían sus cosas, su vida entera, esperaba en la puerta.

Alyssa se abrazó con fuerza a sus hermanas y lloró. Lloró por ella, por su destino, por su amor perdido, por su desgracia y por tener que separarse de su familia y marcharse a un destierro que ni había pedido ni aceptaba de buen grado. Sus hermanas también derramaron amargas lágrimas. Todas sabían que sus destinos se habían truncado de forma terrible e injusta y trataban de adaptarse a las nuevas circunstancias lo mejor que podían.

Solo su padre mantuvo la compostura. El corazón de Alyssa, ya quebrado por el rechazo de Charles y por su triste futuro, terminó de romperse. Su padre, el hombre que debería haberlas cuidado y

protegido, no solo no había cumplido con su misión, sino que ahora la miraba con alivio, como si se alegrara de perderla de vista. Se acercó a él, pero no lo abrazó ni dio pie para que él lo hiciera.

—Adiós, padre —dijo, con frialdad.

—Adiós, Alyssa —respondió él—. Espero que encuentres la felicidad.

Ella montó en el carruaje, sola, y partió hacia su nuevo hogar.



No dejó de llorar en todo el viaje, compadeciéndose de su triste destino. ¡Ni siquiera iba a vivir en Londres! No podría ver a sus hermanas ni a Cordelia, y apenas había cruzado un par de frases con su marido. Su marido. Entre lágrimas, no pudo evitar que su estómago se encogiera al pensar en ese hombre. Alyssa no tenía muy claro si la sensación era agradable o desagradable. Le hacía sentir calor en todo su cuerpo, pero también unos nervios desconocidos.

¿Por qué había pedido que fuera ella su esposa? Temía que fuera tan desagradable como Heather había sugerido y que quisiera una esposa sin familia ni apoyos, una mujer que no tuviera a nadie que la respaldara y a quien pudiera manejar a su antojo.

Sí, seguro que era eso. Una joven sin dote, sin madre, con un padre arruinado, no podría exigir vivir en la ciudad, ni acudir a bailes, ni pedir libertades. Estaría atada a él para el resto de su vida, sin recursos más allá de los que él le quisiera proporcionar. Lord Greenway había sido muy listo uniéndose a ella; la tendría a su merced y ella no podría hacer nada para evitarlo.

Sin embargo, aun con esos pensamientos en la cabeza, no pudo dejar de recordar la mirada de preocupación que le dirigió cuando la encontró en el pasillo de la casa Battersby, su sonrisa irónica cuando sus miradas se cruzaron en el baile y la sensación cuando se chocó contra él, como si pudiera rodearla con sus grandes brazos y alejarla de todos los peligros.

Sacudió la cabeza: debía dejar de pensar en esas cosas. Cuanto antes aceptase la realidad de su situación, mejor. Había sido entregada por su padre al primero que la había pedido, y su marido

ni siquiera se había dignado a hacerle una visita previa para que ella pudiera hacerse una idea de lo que le esperaba. ¡Por Dios santo! ¡Ni siquiera había acudido a su propia boda!

Teniendo en cuenta el poco interés que Lord Greenway había mostrado en ella y en su matrimonio, podía hacerse una idea de lo que le esperaba en el campo. Suspiró y trató de contener las lágrimas: podría con lo que viniera.

Capítulo 7

Lord Greenway esperaba la llegada de su esposa con cierto nerviosismo. Al fin y al cabo, la había visto dos veces. No estaba seguro de por qué la eligió a ella. Cierto era que su padre le había dejado claro que tenía un par de semanas para acudir a Londres en plena temporada y encontrar una esposa, si no quería que su herencia se esfumase y pasara a su hermano Dominic. También era verdad que aborrecía los bailes y el estricto e hipócrita código que regía las interacciones sociales de la alta sociedad británica.

Sin embargo, pensaba que el suyo sería un compromiso más habitual. Conocería a una joven, le propondría una vida, tal vez algo retirada de la capital, pero cómoda y con un buen título, se conocerían para ver si había compatibilidad entre ambos y volvería a casa con una esposa con la que engendrar un heredero que contentase a su padre.

Con lo que no contaba era con que aquella mocosa chocara contra él en su primer baile y dejara sus ojos color miel grabados en su cabeza. No encontró a ninguna otra que le llamara la atención y, de hecho, parecía que las jovencitas casaderas le tenían algo de miedo, o incluso desprecio, a juzgar por sus miradas. Solo ella lo había mirado con algo más parecido a la curiosidad que al desagrado.

Tal vez su gran envergadura, bastante alejada del esbelto porte de la mayoría de aquellos petimetres casaderos, imponía a unas jovencitas que acababan de salir del cascarón y ya eran empujadas a buscar marido, antes de convertirse en solteronas a la absurda edad de veintipocos años.

O puede que su tez morena, herencia de su madre portuguesa, remarcara la diferencia con aquella sociedad tan recelosa con los extranjeros. O que sus manos, grandes y curtidas, mostraran el aspecto de alguien más acostumbrado al campo que a los salones de baile, lo que le daba un aire tosco que no casaba bien con las ensoñaciones románticas que aquellas muchachas debían tejer para aceptar de mejor grado lo que, en el fondo, era una obligación.

El caso es que no había conocida a ninguna y, la noche del baile Battersby, oyó el escándalo que había alcanzado a los Tremmond. Supo de su ruina y, también, de los rumores que aquel presuntuoso de Preston había ido esparciendo por una sociedad ávida de escándalos y cotilleos con los que aderezar sus insulsas vidas.

Entonces recibió la carta de su hermano. Debía partir de inmediato, su padre se encontraba indispuesto y pedía su presencia a su lado. Así que debió dejar Londres sin cumplir su misión para acudir al lecho en que su padre se encontraba postrado.

Cuando padre exigió que cumpliera con su deber, él pensó que Lady Alyssa sería una buena esposa: al fin y al cabo, después del escándalo, no tendría muchas otras opciones. Supuso que le hacía un favor, que ella estaría agradecida y, además, había sentido una sensación muy agradable las dos veces que ella había chocado contra él, como si le picaran los brazos de ganas de rodear su cuerpo y prometerle que todo iba a salir bien, que él estaba allí para protegerla.

Su padre aceptó su decisión, pero no le permitió volver a Londres para cortejarla al menos una semana y pedir su mano. Al saber de su desesperada situación, Lord Waterford decidió escribir a su agente en la capital para que negociara el matrimonio y pactara una ceremonia por poderes.

Por mucho que Anthony se lo pidió, no le permitió regresar a Londres, ni siquiera estar presente en su propia boda. Para su padre era innegociable que permaneciera allí, en Drudley Manor, para dirigir la hacienda mientras él se encontraba en cama. Anthony apretó los dientes y, como siempre, aceptó la imposición de un padre que solo miraba por la prosperidad de la hacienda familiar y que, desde la muerte de su esposa casi veinte años atrás, no había mostrado un gran interés por la felicidad de sus vástagos.

Así que Anthony, lord Greenway, siguió con sus quehaceres sabiéndose desposado ya, sin quitar un ojo vigilante del camino por donde debería aparecer el coche en el que llegaría su esposa.

Cuando una pequeña nube de polvo en lo alto de una loma le indicó que llegarían en breve, llamó a sus hermanos a voz en grito y salieron al precioso patio frontal a recibirla, con todo el servicio

formando a los dos lados de la puerta principal.

—¿Estás nervioso, hermano? —Daniel, su hermano pequeño, que con veintitrés años era un romántico empedernido.

Anthony negó con la cabeza, aunque, por dentro, trataba de controlar los latidos de su corazón.

—Expectante, nada más.

Dominic, su hermano mediano, se encogió de hombros.

—Si tú lo dices…

Dominic había enviudado hacía tres años y no tenía ninguna gana de volver a casarse. Había amado a su esposa, o eso creía Anthony, o, al menos, había tenido un matrimonio apacible y bien avenido. Aunque no habían tenido descendencia, y Dominic no había encontrado a nadie que hubiera despertado a su corazón de su letargo. Tenía treinta y tres años y una actitud de escepticismo hacia el amor que, sus hermanos lo sabían bien, era solo una coraza para protegerse y no volver a sufrir.

El coche se acercó. Cuando por fin paró ante ellos, Anthony suspiró, tratando de calmarse, y compuso una sonrisa de bienvenida en su rostro. Se adelantó para ayudar a su esposa a bajar del coche, pero entonces vio su rostro a través de la ventana. No lo miraba a él, ni siquiera observaba su nuevo hogar, sino que tenía la mirada perdida, los ojos rojos e hinchados y la cara congestionada.

Las evidentes muestras de su disgusto borraron la sonrisa en el rostro de Anthony. ¿Tanto le desagradaba haber contraído matrimonio con él? Se arrepintió de no haber ido en persona a hacerle la propuesta. Si hubiera conocido su rechazo, tal vez hubiera buscado otra opción. Apretó los dientes, cerró los puños y algo dentro de él se enfrió. Entonces ella volvió la vista hacia fuera y la fijó en su esposo.

La mirada perdida se enfocó y dejó traslucir inquietud, e incluso algo de miedo, al mirar el rostro hierático de su esposo. El lacayo abrió la puerta y Anthony le tendió una mano, de forma cortés, pero no cálida. Aún no se había recuperado de la decepción al ver la repulsa en la cara de ella.

Alyssa tendió una mano temblorosa y se aferró a él. No se atrevió a mirarlo a los ojos. Su vista recorrió la magnífica fachada de lo que

iba a ser su hogar, y luego los rostros de las personas que estaban allí congregadas.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dijo él.

Le pareció notar un pequeño estremecimiento en su esposa, que miró al suelo antes de levantar la mirada hacia el rostro de su esposo y sonreír, con evidente esfuerzo.

—Gracias, milord.

Anthony la condujo hasta donde esperaban sus hermanos.

—Mi hermano Dominic —dijo, a lo que siguió un cruce de inclinaciones—, y el pequeño de la casa, Daniel.

Daniel sonrió con calidez a Alyssa y esta le devolvió una sonrisa temblorosa y tímida. Miró a su alrededor. Entonces se encaminaron a la puerta. Anthony le presentó al señor Chipperfield, el mayordomo, y a la señora Connell, el ama de llaves. Esta le presentó a Maggie, la joven que iba a ser su doncella, y pronto pasaron al interior de la casa señorial. Alyssa titubeó al cruzar el umbral, como si su destino fuera a quedar para siempre sellado al entrar dentro de su nuevo hogar. El labio inferior le tembló y Anthony sintió un extraño pellizco en el corazón, una mezcla de pesar por su situación y dolor por no haber conseguido arrancar una sonrisa a su esposa. Estuvo a punto de tomar su mano y decirle que no pasaba nada, que él estaba allí, pero entonces ella mordió su labio para controlarse, irguió la barbilla y se adentró en la mansión, y él bajó la mano y no intentó nada.

Capítulo 8

Alyssa miró por la ventana mientras se acercaba al que iba a ser su nuevo hogar. De lejos se veía una inmensa casa señorial. Llevaban horas cruzando una extensión verde tras otra. Suaves colinas que se sucedían, divididas unas de otras por muretes de piedra que delimitaban las propiedades y evitaban que las ovejas deambularan a sus anchas.

El camino por el que avanzaban estaba flanqueado de árboles y arbustos que proporcionaban una frondosa sombra y que, cuando alcanzaron la parte más cercana a la casa, fueron sustituidos por un colorido tapiz de parterres de lavandas, caléndulas y margaritas.

La casa era una preciosa mansión, más grande que la granja que pertenecía al marquesado de su padre y que era la única propiedad que le quedaba. Alyssa suspiró. Su nuevo hogar era un edificio precioso construido con una bonita piedra, y los dos extremos estaban cuajados de miradores acristalados. Desde fuera se apreciaban dos plantas y las buhardillas.

Era una casa señorial, una casa de campo, pero sin duda demostraba la riqueza y el poderío de su nueva familia. Alyssa expulsó el aire de forma entrecortada. Tal vez hubiera podido ser feliz aquí, si al menos hubiera tenido la seguridad de que su esposo la amaba y no de que la había elegido como a una yegua, porque necesitaba una esposa y ella no podía poner condiciones debido a su ausencia de dote.

Incluso podría haber soportado estar lejos de sus hermanas, al menos de forma temporal, si su marido la hubiera apoyado en ese camino. Por eso le dolía tanto sentirse como una mercancía que se compra y se vende, alguien cuyos sentimientos no importaban. La habían arrancado de su vida, de su familia y del futuro que creía cierto y en dos días todo lo que creía que iba a ser su destino se había esfumado en el aire como un sueño.

El coche se había parado. Fue consciente de que se había quedado absorta mirando la pared de enfrente y entonces giró la cabeza para

enfrentarse a la que, a partir de ese momento, iba a ser su vida.

Su marido se había adelantado y la esperaba para ayudarla a descender del coche. Iba a componer una sonrisa, pero entonces vio su rostro serio y la mandíbula apretada y no fue capaz. No había ningún indicio de calidez en él. Nada que la hiciera sentir bienvenida, aunque esa palabra saliera de su boca. Alyssa se enfadó consigo misma por el escalofrío que la recorrió cuando la mano de él tomó la suya. No podía evitar que su presencia física a su lado le impusiera, pero no en el mal sentido. No sabía ponerle nombre a esa sensación, lo que la hacía sentir confusa y perdida, y no necesitaba más de eso, gracias.

Ya que no quería mirar a la cara de su esposo, levantó la vista hacia la casa. Confirmó su primera impresión: era maravillosa. El servicio aguardaba formando en la puerta principal. En su casa, ni en los buenos tiempos habían tenido tantos criados. Pronto su mirada se fijó en los dos hombres que aguardaban detrás de su esposo.

El primero le fue presentado como Dominic, el hermano mediano. Su pelo rizado era tan oscuro como el de Anthony, aunque la piel era algo más clara y los ojos, de un castaño profundo que evidenciaban su herencia portuguesa. Fue educado y cortés, aunque Alyssa percibió cierto distanciamiento en él, y también una tristeza difusa alojada al fondo de sus bonitos ojos.

Daniel, el más joven, era sin embargo un rayo de sol luminoso y vivificante. Se acercó con una sonrisa deslumbrante en la cara y una expresión risueña y cálida que calentó un poco el trémulo corazón de Alyssa. Le cayó bien de inmediato. Reconoció en él un aliado, alguien que la ayudaría a encontrar su sitio. No podía ser más diferente de sus hermanos. Se notaba que había mucha diferencia de edad y su aspecto era mucho más inglés, con el cabello lacio y rubio, la piel sonrosada y los ojos azul grisáceo. También era más hablador y abierto y se explayó en la bienvenida a su nueva cuñada.

Entonces Alyssa conoció a los miembros más importantes del servicio. El señor Chipperfield le pareció altanero y estirado, aunque servicial, y la señora Connell, educada y dispuesta. Maggie le cayó bien. Era más o menos de su edad y anheló encontrar en ella algo

parecido a una amiga, para no sentirse tan sola.

Alyssa se paró un momento en el umbral y percibió la incomodidad de su esposo justo a su espalda. No le daría ni un motivo de queja: se recompuso y entró en su nuevo hogar.

—Tal vez quieras asearte antes de la cena —sugirió Anthony.

—¿No voy a conocer primero a Lord Waterford? —preguntó ella.

Los criados se afanaban subiendo sus baúles a la que, suponía, iba a ser su habitación. Anthony negó con la cabeza.

—Está descansando. Si se encuentra mejor, podrás conocerlo a la hora de la cena.

Alyssa asintió.

—De acuerdo entonces.

—Maggie te enseñará tus habitaciones y te ayudará a cambiarte.

Alyssa se sintió un tanto decepcionada. ¿No iba él a mostrarle la casa? Ya suponía que tendrían cuartos separados, pero esperaba algo más de… calidez. Intentó que su rostro no reflejara su malestar, asintió y siguió a la joven Maggie escaleras arriba.

—Pero ¿qué demonios te pasa? —oyó que le preguntaba Daniel a Anthony. Ahogó un suspiro. Le humillaba que el rechazo de su esposo fuera tan notorio.



La enorme habitación tenía todo lo que podía necesitar. El espacio principal lo ocupaba una gigantesca cama con dosel. Varias cómodas se repartían por la estancia y, frente a la enorme ventana mirador, un banco forrado de terciopelo para poder leer con toda comodidad. También vio una mesita donde escribir o tomar el té en soledad. El amplio vestidor, donde las criadas ya estaban deshaciendo el equipaje, estaba empapelado, al igual que la habitación, con un precioso papel de color amarillo pastel con flores de colores.

Disponía también de un baño privado, con una gran bañera de metal que, en ese momento, aparecía llena de agua caliente.

—El señor pensó que le apetecería darse un baño y quitarse el polvo del camino antes de la cena.

Era justo lo que le apetecía, sí ¿Por qué alguien que era capaz de anticiparse así a sus deseos la había tratado de forma tan fría?

Suspiró de nuevo, por enésima vez en aquel día. Tal vez solo estaba nervioso. Y ella había llorado todo el camino. Era posible que no hubieran empezado con buen pie. Maggie le quitó el vestido y se sumergió en el agua con la camisa de baño. El agua la ayudó a relajarse.

Sí, estaba segura de que a partir de ahora todo iría mejor. Además, esa era su noche de bodas. Se sonrojó al pensarlo. Las chicas no sabían qué esperar del matrimonio. A Alyssa nunca nadie le había explicado nada y no tenía amigas casadas. Pero sabía que, habitualmente, las madres tenían una pequeña charla con sus hijas la noche antes de su boda que ella nunca tendría.

Pensó en preguntarle a Maggie, pues creía recordar haber oído que las jóvenes que no pertenecían a la aristocracia tenían más conocimientos al respecto, pero le dio vergüenza y decidió esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. No podía ser tan difícil.

—Ya tiene el vestido preparado, señora —le dijo la joven al cabo de un rato.

No hablaron mucho. La doncella se veía realmente agradable, pero parecía respetar el mutismo de su señora. Tal vez entendía que era una situación nueva para ella y veía lógico que estuviera sumida en sus pensamientos. Sea como fuere la vistió y peinó y, cuando acabó, hizo que se mirara al espejo, sonriente.

—Está preciosa —dijo, con orgullo.

Alyssa se miró. Estaba de verdad radiante, con ese vestido de noche amarillo con mangas de farol y el pelo recogido en un moño trenzado sencillo. Estaban en el campo: no creía que apreciaran los adornos tanto como en la ciudad. Sin embargo, se puso un collar de perlas y un brazalete sobre los guantes.

Cuando bajó, Anthony y sus hermanos se quedaron mirándola como si fuera una aparición. Alyssa fue consciente de que hacía años que una mujer no compartía sus vidas y agachó la cabeza, intimidada, aunque sonrió a su esposo y sus cuñados.

Dominic le hizo una inclinación de cabeza, Daniel le dedicó una amplia sonrisa y su esposo se acercó con los ojos brillantes, pero no la tocó.

—Pasemos al comedor. La cena está lista.

De nuevo ese pellizco en el corazón de Alyssa, cuando él no le dedicó ni tan siquiera un cumplido. Podía haberle besado la mano, hubiera sido lo correcto. ¿Qué había hecho ella mal? Su sonrisa flaqueó, aunque Daniel se apresuró a llegar a su lado y decirle al oído.

—Estás arrebatadora, cuñada. Y mi hermano también lo piensa, aunque sea un ceporro incapaz de expresar sus sentimientos.

Alyssa agradeció el gesto, aunque supo que no era cierto. ¿Por qué iba su marido a ignorarla, si no era porque de verdad le resultaba indiferente?

El comedor era un espacio precioso, aunque un poco anticuado, que ella todavía no había visto. Con una enorme mesa de madera de nogal tallada, con capacidad para más de diez personas, las arañas repletas de velas y los candelabros en las paredes reflejaban en el papel pintado, que representaba escenas de la vida campestre. Las cortinas de terciopelo estaban recogidas en los laterales de las ventanas y la luz del atardecer iluminaba el jardín trasero, más salvaje que el delantero y lo que había podido ver del que bordeaba los lados de la casa.

Alyssa lo miró con ganas de explorar aquel espacio. Estaba cubierto por la hierba y distintos árboles surgían de aquí y de allá. Una escalinata de piedra a la izquierda subía a un mirador repleto de vegetación desde el que se adivinaba un espacio maravilloso en el que leer, y ella supo que sería uno de sus rincones favoritos.

Entonces un pequeño revuelo captó su atención.

—¡Padre, qué agradable sorpresa! —dijo Anthony.

Alyssa miró hacia la puerta. Un anciano apoyado en su bastón entró a la sala. Estaba pálido y tenía unas grandes ojeras macilentas que hablaban de una mala salud y un peor descanso. Caminaba con parsimonia, aunque a Alyssa le dio la sensación de que era su forma de esconder que no podía ir más deprisa. Volcaba su peso en el bastón de forma casi imperceptible, lo que no le impedía ir erguido y con la barbilla alta.

Miró a su alrededor como si todos tuvieran que rendirle pleitesía y su mirada recorrió a Alyssa de arriba a abajo haciéndola sentir, de

nuevo, como si estuviera en un mercado de ganado. Ese hombre parecía estar valorando el acierto en su adquisición: no había calidez alguna en su mirada.

Alyssa hizo una reverencia.

—Lord Waterford, es un placer conocerle.

El hombre no le devolvió la cortesía. Gruñó y se giró hacia su hijo mayor.

—Espero que sepas lo que haces, Anthony. Una flor inglesa puede marchitarse en un ambiente hostil, y Drudley Manor no es Londres.

Alyssa apretó los dientes. Ese hombre no se había dirigido a ella y, por tanto, ella no le iba a contestar, por muchas ganas que tuviera. Vio que también Anthony tensaba la mandíbula.

—Sin duda, Lady Greenway sabrá ocupar el lugar que le corresponde y llenaros de orgullo, padre.

Todos ocuparon los asientos y tuvo lugar una de las cenas más incómodas que Alyssa recordaba haber vivido. Solo Daniel parecía inmune al ambiente opresivo que la figura de aquel anciano provocaba, y parloteaba contándole cosas de la casa y de las tierras. Ella le seguía la conversación, aunque se sentía muy cohibida y no se atrevía a mostrarse tal y como era, por miedo a decepcionar a alguien.

Dominic apenas hablaba, aunque escuchaba la conversación con una media sonrisa cuyo significado Alyssa no podía descifrar, y Anthony pronto se vio envuelto en una conversación sobre el aumento de las rentas a los campesinos con su padre, que era más partidario de la mano dura que su primogénito.

Por fortuna, la cena acabó pronto. Lord Waterfod se retiró a sus habitaciones y Dominic y Daniel pasaron al salón de fumar para seguir charlando.

Anthony y Alyssa se quedaron parados frente a frente, al pie de las escalinatas que conducían a las habitaciones del primer piso. Apenas se atrevían a mirarse a los ojos.

Alyssa respiró hondo, levantó la vista y abrió la boca para preguntar a su esposo si iba a subir con ella a sus habitaciones. Sin embargo, él se le adelantó. Sus ojos brillaron de nuevo al acercarse a ella y tomar su mano. El corazón de Alyssa se desbocó.

—Que descanses bien, baronesa.

Dijo, y besó el dorso de la mano enguantada antes de soltarla y quedarse ahí, con la espalda envarada. Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas de rabia, humillación y decepción. No podía creer que hubiera vuelto a rechazarla de esa manera. Parpadeó para ocultar su desilusión y trató de componer una sonrisa.

—Igualmente, milord. Hasta mañana.

Entonces se dio la vuelta y subió las escaleras lo más rápido que pudo sin parecer descortés, para llegar cuanto antes a su habitación y poder gritar su desdicha y llorar a moco tendido, con la cara entre las almohadas, sin que nadie le dijera nada.

Capítulo 9

La cena fue todo lo incómoda que Anthony se había imaginado, con su imponente padre despreciando a la humanidad entera y una esposa que quería estar claramente en cualquier otro lugar del mundo salvo allí.

Lord Waterford no era un hombre cálido. Era autoritario, seco y frío y, desde la muerte de su esposa muchos años atrás, no le había prestado atención a sus hijos más allá del papel que pudieran representar en sus planes.

Cuando escuchó la horrible frase con la que recibió a Alyssa tuvo ganas de enfrentarse a él. La joven no lo conocía. Cuando aprendiera, como habían aprendido todos, a hacer oídos sordos a sus invectivas y ataques, seguro que sería mucho más feliz. Pero recién llegada a esa casa, y sin que nadie le hubiera avisado… Anthony contuvo las ganas de abrazarla cuando vio su cara de confusión, la rabia que la sustituyó, y sus más que evidentes esfuerzos para cerrar la boca y no dar la réplica.

Estaba preciosa con ese vestido amarillo. Era sin duda una joven muy bella, a pesar de la tremenda tristeza que reflejaban sus ojos color miel. Anthony apretó los labios: le dolía que ella mostrara tan a las claras le pena y el rechazo que le provocaba su matrimonio. Pensaba que iba a ser distinta a las otras jovencitas de la alta sociedad, que vería más allá de su físico imponente y sus modales algo rudos y sabría apreciar al hombre que había debajo de todo ello.

Pero solo había encontrado negación y miedo en sus ojos. Y él no era un hombre infame: no abusaría de su posición solo porque el sagrado voto del matrimonio se lo permitiera. Cuando la cena acabó, se quedaron a solas a los pies de la escalera. En ese momento, él debería haber tomado su mano y haberla acompañado arriba, pero no quiso violentar a Alyssa. Tras un incómodo silencio tomó su mano, sí, justo cuando ella levantó la vista hacia él.

Anthony no tuvo claro qué era lo que esa mirada le transmitía: ¿Resignación? ¿Aceptación? ¿Miedo? No iría al lecho con una mujer que tuviera esos sentimientos. Cuando yacieran juntos, si eso llegaba a ocurrir, sería porque ella hubiera demostrado la disposición y el deseo necesario. No antes.

Entonces le dio las buenas noches y los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas. ¿Tanto le aliviaba no tener que cumplir con el voto conyugal? Parpadeó, herido por su rechazo, y se quedó allí un rato después de que ella desapareciera como alma que lleva el diablo escaleras arriba, preguntándose qué era esa sensación que sentía en la mano que había estado en contacto con la mano enguantada de Alyssa, como electricidad recorriendo cada uno de sus dedos. Abrió y cerró la mano, confuso, y después se masajeó el pecho, allí donde debería estar el corazón, intentando disipar ese nudo que se le había instalado allí y que se hacía un poco más grande con cada constatación de que, para su esposa, ese matrimonio había sido una condena.

Cuando entró en el salón de reuniones, sus hermanos lo miraron como si no pudieran creer que estuviera allí. Dominic sacudió la cabeza y chasqueó la lengua, pero no hizo ningún comentario. Daniel, sin embargo, no fue tan benévolo.

—¿Qué demonios haces aquí, hermano? Es tu noche de bodas, ¡vete con tu esposa!

Anthony le dedicó una mirada que podría haber helado el infierno.

—Lo que mi esposa y yo hagamos no es de tu incumbencia.

Daniel puso los ojos en blanco y no respondió. Cuando Anthony estaba de mal humor, era tan inaguantable como su padre: por fortuna, eso sucedía con poca frecuencia. Anthony se sirvió una copa de whisky, pero no duró mucho. Se la bebió de un trago, se disculpó y se retiró a sus habitaciones.

Los pasos que le llevaban hasta su puerta pasaban por delante de la puerta de la habitación de Alyssa. Como era habitual, habían destinado para ella la habitación contigua. De hecho, se comunicaba también con una portezuela interna. Anthony se paró delante de la puerta de ella. Apoyó la frente en ella. Le hubiera gustado tanto, pero tanto, que su mujer y él hubieran empezado con buen pie…

Pero todo había ido de mal en peor desde que Alyssa había bajado de ese coche de caballos.

Aguzó el oído. Le pareció oírla sollozar. Estuvo a punto de llamar a la puerta y entrar, para consolarla y decir que entendía su pena, que le daría el tiempo necesario para que pudiera sentirse a gusto a su lado. Pero pronto recordó que él era el motivo de sus lágrimas, que ella lloraba por la desgracia de haberse visto obligada a unirse alguien como él, y su corazón se rompió un poco.

Sintió un frío que se apoderaba de él, se incorporó, apretó los puños y se dirigió a la habitación. No iba a ir detrás de una niñata como un perro sin dueño. Le había dado una oportunidad cuando nadie más lo hubiera hecho y le había ofrecido un futuro. Si alguien debía estar agradecido aquí, era ella. Anthony no volvería a olvidarlo.

Capítulo 10

Alyssa despertó al amanecer, pero no se atrevió a salir de la cama hasta que la doncella entró para descorrer las cortinas y ayudarla a asearse y vestirse. Cuando bajó al comedor del desayuno, allí solo estaba Daniel, comiendo huevos revueltos acompañados de tostadas a dos carrillos.

Alyssa se sirvió un té y se sentó enfrente de su cuñado. Este le sonrió.

—Buenos días, baronesa, ¿cómo se encuentra hoy?

Alysa sonrió con timidez.

—¿De verdad tenemos que tratarnos con estas formalidades? Vivimos bajo el mismo techo.

La sonrisa de Daniel se hizo aún más amplia.

—En ese caso, estaré encantado de llamarte por tu nombre. ¿Qué planes tienes para hoy?

Alyssa tragó saliva:

—No sé qué se espera de mí —dijo, con voz temblorosa—¿Dónde está… dónde está mi marido?

Daniel titubeó.

—Anthony madruga mucho. Salió hace horas a resolver no sé qué problema. Dominic también se ha marchado ya, y padre desayuna en sus habitaciones hace años.

Alyssa miró por la ventana, sintiéndose inútil. De pronto, Daniel se dio una palmada en la frente.

—¡Pero si ni siquiera te hemos enseñado la casa!

Se incorporó y dejó la servilleta sobre la mesa.

—Desayuna con calma mientras yo me preparo. Antes de salir, pasaré a buscarte y te mostraré todos los rincones de la casa. Después de todo, será tuya algún día.

Alyssa asintió, agradecida a su cuñado, y mortificada por sentirse tan abandonada. Su marido no había podido esperarla para darle los buenos días, aunque fuera su primera mañana en aquella casa, aunque estuviera recién casada. Tuvo que contener las lágrimas.

Cuando Daniel salió de la sala se acercó a la mesa de desayuno, pero apenas probó bocado. Se sentía tan triste y sola que el estómago se le había cerrado. Cuando Daniel bajó las escaleras de nuevo se la encontró de pie, mirando por la ventana de la sala hacia el jardín trasero.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo.

Ella asintió, ensimismada.

—No estés tan triste, cuñada. Creo que podrías ser feliz aquí, si te lo propones.

Alyssa compuso una sonrisa, pero apenas pudo mantenerla y, desde luego, no alcanzó sus ojos. Daniel suspiró.

—¿Tan terrible te parece tu destino?

—No es eso. —La joven intentó explicarse, porque le conmovió la actitud cariñosa de su cuñado, pero apenas le salían las palabras—. Es que, hace solo dos días, pensaba que mi vida iba a ser muy diferente. Y no me quejo, al menos tengo un esposo y una familia. La alternativa hubiera sido peor. Solo me hubiera gustado que él hubiera deseado… —Entonces sacudió la cabeza. No quería quejarse. Aceptaría su destino, incluso si era al lado de un esposo indiferente que no la quería—. No importa. No me hagas caso. —compuso una nueva sonrisa, más convincente que la anterior—. ¡Venga, enséñame mi nuevo hogar!

Alyssa descubrió, maravillada, que aquella casa era todo lo que podía soñar. Estaba decorada con mucho gusto, al estilo de la Inglaterra campestre, con paredes empapeladas con motivos florales, cortinajes de terciopelo, sillones y divanes forrados de vivos colores y ramos de flores alegrando la vista y esparciendo su delicado aroma por toda la casa, desde sus elaborados jarrones en casi cada uno de los aparadores que encontraron a su paso.

—No parece el hogar de cuatro hombres solos.

Daniel se encogió de hombros.

—La casa tiene varios cientos de años, pero mi madre se encargó de darle un buen lavado de cara. Ella la decoró. No era inglesa, no sé si lo sabes.

Alyssa asintió con la cabeza.

—Siempre echó de menos su Portugal natal, pero, en cuestiones de decoración, estaba enamorada del estilo británico. Así que decoró la casa siguiendo la última moda de aquel momento.

—No es muy diferente de lo que se lleva ahora —dijo Alyssa, admirada.

—Pues es una suerte —rio Daniel—, porque desde su muerte, nadie ha movido un dedo para cambiar nada.

La joven se sorprendió soltando una risita que no estaba impregnada de tristeza. Miró a Daniel con agradecimiento.

—Es una preciosidad. Pero no quiero entretenerte más. Por favor, haz lo que tengas que hacer.

—Tampoco tengo mucho que hacer.

—¿A qué dedicas tus jornadas? —preguntó Alyssa.

Daniel sonrió un poco triste.

—Soy el pequeño y no tengo muchas responsabilidades. No pude entrar al ejército porque nací sordo del oído derecho —explicó.

—No había notado nada —dijo ella.

—Es que no suele notarse mucho. —Daniel se encogió de hombros —. Pero es suficiente para no poder defender a mi país. Pero me entretengo con la botánica y la horticultura. Me gustan. Hoy tenía pensado recoger unas muestras de unas flores que no había visto nunca por aquí y que encontré el otro día en un paseo. ¿Qué harás tú?

Ella miró al cielo claro y al sol que derramaba sus rayos por el jardín.

—Le haré una visita a la biblioteca que me acabas de mostrar. Elegiré un libro y me sentaré en el jardín a leer.

Daniel sonrió.

—Me parece una gran idea.

—¿Tu padre necesitará que me ocupe de él?

La sonrisa de Daniel tembló por un momento.

—Mi padre no necesita a nadie, descuida. Alyssa —le advirtió—, quiero que sepas una cosa. El conde es un hombre difícil. Yo apenas tengo recuerdos suyos antes de la muerte de mamá, aunque Anthony y Dominic dicen que era muy diferente. Sea como sea —continuó—, tras enviudar se convirtió en alguien totalmente

encerrado en sí mismo, poco afectuoso y distante. Y, créeme, nada de eso ha mejorado con los años.

—Ya me di cuenta anoche —dijo Alyssa, antes de darse cuenta de la descortesía. Se tapó la boca con la mano.

Daniel se encogió de hombros y no se lo tuvo en cuenta.

—Suele decir lo que piensa sin preocuparse de cómo puede afectar eso a su interlocutor, y no acostumbra a tener pensamientos agradables. Además, es especialmente duro con Anthony, porque es el heredero y sabe que va a tener una gran responsabilidad. Lo que quiero decir… —Daniel suspiró—, lo que quiero decir es que no dejes que te afecte nada de lo que te diga. De hecho, intenta no cruzarte mucho con él, y todo irá bien.

Alyssa asintió. Daniel hizo una reverencia, se giró y se encaminó hacia la puerta.

—Daniel —dijo Alyssa.

Él se paró y giró la cabeza hacia la izquierda.

—Gracias.

Una nueva sonrisa se extendió por la simpática cara de Daniel.

—Es un placer. Llegarás a ser feliz aquí, ya lo verás.



Alyssa se pasó la mañana leyendo en el jardín. Maggie le llevó un refrigerio a media mañana, de parte de la señora Connell, y Alyssa descubrió que le apetecía mucho aquella refrescante limonada. Su doncella también le avisó cuando fue la hora de comer. Como no era una comida formal, no tuvo que cambiarse de ropa, así que solo se aseó un poco antes de entrar en el comedor.

Daniel y Dominic estaban ya allí, charlando sobre una nueva yegua que, según creía el mayor, era prometedora para las carreras.

Anthony llegó tarde, despeinado, con las botas llenas de barro y una mancha en la cara.

—Lamento la tardanza —se excusó—. Una vaca ha tenido un problema al dar a luz y hemos tenido que ayudarla.

Alyssa contempló a su marido. Sus ojos relucían y una sonrisa de satisfacción se extendía por su rostro a pesar de las palabras de disculpa. Iba en camisa y se había remangado las mangas, lo que

dejaba a la luz sus fuertes antebrazos, musculosos y cubiertos de un leve vello oscuro. Los ojos de Alyssa resbalaron por los brazos, subieron hacia los hombros y apreció la potente musculatura que se adivinaba bajo la tela. Anthony era un hombre grande, con una estructura potente, pura virilidad acostumbrada al trabajo físico.

Era muy diferente de los aristócratas que la joven había conocido a lo largo de su vida y, sin embargo, le provocaba un calor en las entrañas que le hizo entreabrir la boca y emitir un suspiro que, gracias a Dios, solo oyó ella.

Entonces los ojos de Anthony se posaron ella y Alyssa los vio refulgir con algo que no supo interpretar. Pero, teniendo en cuenta el recibimiento que le había dispensado la tarde anterior, sin duda era desaprobación por algo que hubiera podido hacer o, tal vez, por su simple presencia.

Entonces, al recordar su frialdad, sintió que un orgullo fiero le hervía en las venas. Frunció el ceño y dijo:

—¿No va a cambiarse para la comida, lord Greenway?

La cara de Anthony se endureció, apretó los dientes y negó con la cabeza.

—Tendré que marcharme en cuanto terminemos de comer, así que no. Lamento no estar a la altura de sus expectativas, baronesa.

Alyssa estuvo tentada de contestarle, de gritarle a la cara que si alguien aquí no cumplía con las expectativas era ella, que estaba claro por su actitud lo mucho que la despreciaba y que lamentaba si se arrepentía de haberla tomado como esposa. Sin embargo, no quiso montar una escena delante de los hermanos de su marido y se calló.

La comida transcurrió tachonada de incómodos silencios en los que Daniel, y Dominic en menor medida, trataban de mediar.

—¿Has encontrado agradable el jardín, Alyssa? —preguntó Daniel con soltura.

Anthony levantó la mirada hacia su hermano, movido, tal vez, por la sorpresa al escuchar la familiaridad en el trato. Entrecerró los ojos cuando su esposa contestó con más amabilidad de la que había mostrado por él en cualquiera de las pocas veces que se habían visto.

—Es maravilloso. Cogí una novela de la biblioteca que tan amablemente me enseñaste esta mañana y he pasado las horas en un pequeño cenador que hay al subir esas escaleras de ahí fuera —señaló por la ventana—. Es un sitio de verdad encantador.

—Me alegra que haya algo que te guste aquí —contestó Anthony, de mal humor.

Alyssa lo miró, incrédula, antes de desviar la vista.

—A mí también —respondió con sequedad, sin poderlo evitar.

Un tenso silencio se extendió por la sala. Alyssa abrió la boca para decir algo, tal vez incluso para disculparse, pero Anthony echó la silla para atrás de una forma tan brusca y maleducada que un aristócrata de la capital jamás hubiera osado utilizar, se levantó y dijo con sequedad:

—Debo continuar. Si me disculpáis, nos veremos en la cena.

Y se marchó. Dominic miró a su joven cuñada con una sonrisa burlona en el rostro. Veía la animosidad entre ambos y, desde luego, no era algo deseable en una pareja de recién casados, pero no podía dejar de intuir que había algo más que rabia bajo aquellas actitudes. Y se acordaba tan bien de los inicios de su matrimonio con su esposa…

No podía decir que hubiera sido un amor abrasador, pero se llevaban muy bien y se entendían. Aunque no fue siempre así. Al principio, dado que apenas se conocían, ambos tuvieron que ceder y hacer ajustes en su forma de ser para llegar a una convivencia agradable. La echaba de menos, a ella y a la compañía que siempre le proporcionaba.

Por eso había vuelto a casa de su padre tras enviudar. No soportaba estar solo con sus pensamientos en la casita que compartieron.

Alyssa habló con voz temblorosa:

—Lo siento. Lo siento mucho, yo…

Daniel se adelantó:

—No debes sentir nada. Seguro que esta noche está de mejor humor.

Alyssa suspiró. Se retiró a descansar a su habitación y después pasó la tarde con la señora Connell, visitando las cocinas,

conociendo al personal y repasando los menús de toda la semana. La joven se sintió mejor: al menos aquella mujer la respetaba y reconocía el lugar que ocupaba en aquella casa. Dedicarse a estas tareas la hizo sentirse más útil. Formuló muchas preguntas sobre el funcionamiento de la casa que la señora Connell respondió sin reservas y la presión que, de forma continua, sentía en el pecho desde hacía días se aligeró un poco.

Entonces preguntó:

—¿Lord Waterford nunca come con su familia?

El gesto de la señora Connell se ensombreció.

—El conde se encuentra muy enfermo. Apenas sale de sus habitaciones, salvo en caso de extrema necesidad. Son sus hijos quienes le visitan, pero solo cuando él los requiere. Debe entender, lady Greenway, que lord Waterford es un hombre muy… —la mujer buscó con desesperación una palabra que no se considerara una ofensa a su señor— peculiar. Le recomiendo que limite su contacto con él a lo estrictamente necesario.

La joven había pensado en llevarle un té para intentar congraciarse con él, porque tenía la impresión de que habían comenzado con mal pie, pero decidió hacer uso de su instinto de protección y seguir los consejos de todo el mundo. Se mantendría alejada del conde, su suegro, mientras pudiera.

Cuando Maggie fue a buscarla para ayudarla a prepararse para la cena se dio cuenta de que la tarde había pasado sin ser consciente de ello. Decidió ponerse un vestido de muselina azul con delicadas flores blancas bordadas en el escote. No es que esperara que sus esfuerzos por aparecer como la esposa de un barón fueran apreciados, pero se negaba a dejarse llevar por la barbarie. Era la cena, y pensaba arreglarse de acuerdo al evento y a su posición, aunque fuera la única en esa casa que lo hiciera.



Lord Greenway, por otra parte, bebía un vaso de brandy en la salita. Dominic apareció allí, ya vestido para la cena y miró a su hermano mayor de arriba a abajo con evidente desconcierto.

—Pareces un granjero —dijo, enarcando una ceja.

—Y tú te pareces a mi esposa, juzgando mi apariencia.

Dominic suspiró, se sirvió un vaso de brandy y se sentó en una butaca frente a su hermano.

—Anthony.

Su hermano le miró con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos. La sombra que ocupaba su mirada no pasaba desapercibida.

—No debería ser yo quien te lo dijese, pero ¿no crees que estás siendo un poco descortés con tu esposa?

—¿Yo? —preguntó el aludido, incrédulo— ¿De verdad? Es ella la que no deja de mostrar, bien a las claras y sin un asomo de duda, lo disgustada que está por haberse visto obligada a contraer matrimonio y vivir desterrada en el campo.

—¡Ay, hermanito! —dijo, y se pasó la mano por el abundante cabello oscuro—. Con lo inteligente que pareces, y lo obtuso que puedes llegar a ser en ocasiones. —Hizo caso omiso de la mirada asesina que le dirigió su hermano y continuó—. ¿Te has parado a pensar, por un momento si quiera, por lo que ella debe estar pasando? Si lo que has contado es cierto, hace apenas tres días iba a prometerse con un petimetre presuntuoso, pero del que presumiblemente estaría enamorada, y tenía un destino brillante por delante. Y en nada —dijo, y chasqueó los dedos al aire—, se encuentra sin fortuna, sin prometido y, como muy bien has dicho tú antes, o-bli-ga-da a casarse con un desconocido. Un desconocido que, en lugar de darle la bienvenida a su nuevo hogar con una cálida sonrisa, la ha tratado con frialdad extrema, si no ha huido de su presencia.

—Pero ella…

—¡Tiene diecinueve años, por Dios bendito! No sabe nada del mundo, no ha salido aún de su cascarón. ¿Dónde está tu empatía?

Daniel entró en ese momento en la salita y su mirada se dirigió de un hermano a otro, suspicaz.

—¿De qué habláis?

Dominic se encogió de hombros.

—De nada importante. Ahora subía Anthony a cambiarse para estar presentable para la cena ¿no es cierto?

Dirigió una mirada a su hermano que no dejó lugar a la réplica. Anthony suspiró, acabó su brandy y se levantó.

—Enseguida estaré listo —dijo con resignación.

Cuando volvió a bajar, Alyssa estaba ya en la salita, en pie, charlando con sus hermanos. Una punzada atravesó su corazón cuando la vio relajada y sonriente. ¿por qué no era así con él? Entonces ella se giró y lo miró y la sonrisa se tambaleó.

Capítulo 11

Anthony sintió que alguien le sacaba el aire de los pulmones de un puñetazo. La joven estaba esplendorosa con aquel fino vestido, que tanto destacaba en el austero entorno. La piel de su cuello y escote era suave y cremosa y Anthony sintió que el estómago se le encogía. Tuvo ganas de cruzar la sala en dos zancadas, agarrar a su esposa, lamer la suave garganta, besar su boca con desesperación y arrancarle el vestido para hacerle todo lo que le tendría que haber hecho la noche anterior.

Notó la agitación dentro de sus pantalones y respiró hondo, tratando de calmarse. Al fin y al cabo, su esposa no le correspondía. Solo había que ver cómo había desaparecido la sonrisa de su cara al verle, y la sutil tensión que se había extendido por todo su cuerpo.

Se acercó al grupo e hizo una leve reverencia, a la que Alyssa correspondió con la mirada baja.

La joven se había quedado ensimismada cuando Anthony apareció en la puerta. No era capaz de poner nombre a la mezcla de sensaciones que su esposo le provocaba. Le daba algo de miedo, puesto que era tan grande, tan masculino, que a ella, acostumbrada a jóvenes aristócratas ociosos y esbeltos, le parecía amenazante. Su expresión cuando la miraba y el gesto adusto no ayudaban a que se sintiera menos intimidada.

Por otra parte, también estaba enfadada con él. Si no iba a tratarla como se supone que un esposo debe tratar a una esposa, ¿por qué la eligió? La única explicación que Alyssa veía plausible, la de aprovecharse de su indefensión para tener una esposa sumisa y que no diera problemas, hacía que la rabia y la indignación bulleran en sus venas. Y, sin embargo, esa sensación no era la única que la recorría. Cuando lo tenía cerca, e incluso en ese mismo momento, cuando estaba al otro lado de la habitación, sentía un calor muy intenso en algunas zonas de su cuerpo que nunca había sentido con anterioridad.

Ella creía haber estado enamorada de Charles. Es más, no estaba segura de haber dejado de quererle. Al fin al cabo, hace tres días seguía jurándole amor eterno. Sin embargo, a veces pensaba, a tenor del rencor con el que pensaba en él, que no era amor, sino la amargura que había suscitado su traición lo que se mantenía vivo en su corazón.

Pero, ni en los momentos más apasionados de su cortejo, ni siquiera cuando la besó, había sentido el hormigueo por todo el cuerpo que sentía cuando veía al que era su marido. Esa lava ardiente y espesa que se extendía por todo su cuerpo y que le aflojaba las rodillas cuando él se acercaba.

Como en ese momento.

Anthony le hizo una reverencia impecable y ella le correspondió con otra. Bajó la mirada: no quería que él fuera consciente de la turbación que provocaba en ella, aunque el rubor que se extendió por todo su rostro hasta hacer arder sus orejas era un poco más difícil de ocultar.

Cuando al fin levantó la vista, su esposo sonreía, y a ella casi se le paró el corazón: desde luego, se convertía en un hombre mucho menos intimidante cuando se relajaba.

Sin embargo, los ojos seguían mirándola con cautela, sin la calidez que a ella le hubiera gustado encontrar. Parpadeó, incómoda.

—¿Vamos? —dijo él, ofreciendo su brazo.

Ella asintió, lo cogió y pasaron al comedor. La cena fue un poco menos tensa que la de la noche anterior. Los tres hermanos discutieron animadamente sobre la marcha de las tierras y Alyssa aprovechó para escuchar y aprender.

—Es curioso —dijo en un momento dado, interrumpiendo a Daniel, que sonrió y la alentó a continuar—. No había conocido nunca a aristócratas que trabajaran con sus manos. De hecho, no he conocido a ninguno que alardeara del trabajo físico.

—No lo dudo —dijo Anthony, en tono grave, un poco insultado por el juicio implícito que quería notar en la voz de la joven—. La nobleza ociosa, almibarada y meliflua a la que sin duda está acostumbrada, lady Greenway, se avergonzaría de usar su cuerpo para algo más que bailes superficiales en la temporada londinense.

Alyssa de nuevo acusó la frialdad con la que su marido le había contestado, y el desprecio con el que consideraba la sociedad de la que ella provenía. Levantó las cejas.

—¿En serio? —contestó con sarcasmo— Tal vez deba a mi superficial educación, que sin duda lord Greenway detesta, el hecho de sorprenderme, pero sin duda debo agradecer a esa sociedad ociosa la educación que me impide insultar tan abiertamente a otras personas.

De nuevo el ambiente en el salón se enfrió. Daniel y Dominic cruzaron una mirada y el hermano más joven puso los ojos en blanco. Dominic terció en la conversación, pues ambos esposos habían vuelto las caras a sus platos y cortaban el guiso de cordero con violencia inusitada.

—Estoy seguro, hermano mío, que lady Greenway no pretendía ofendernos por una pregunta que, a todas luces, es inocente en boca de una joven de ciudad.

Anthony no contestó y Alyssa resopló, como si le sorprendiera que alguien se hubiera dado cuenta. Dominic siguió hablando:

—Es cierto que no es habitual la forma de vida que lleva Anthony. Ya desde niño sintió una profunda afinidad con estas tierras y disfruta tanto de sentir la lluvia en la cara, el barro en las botas o los músculos cansados tras un día agotador como puedo hacerlo yo de una buena carrera a caballo.

—Muy interesante —murmuró Alyssa, que había perdido ya las ganas de saber más.

Sin embargo, su cuñado siguió hablando:

—Tenemos sirvientes que hagan el trabajo, eso es obvio. Daniel y yo no somos tan… rigurosos como Anthony con estos temas. Yo superviso sobre todo la cría de caballos. Tenemos una cuadra envidiable y me gusta explorar formas de mejorar. Pero es tarea del hermano mayor encargarse que todo funcione como es debido y, en nuestro caso, el hermano mayor se toma esa tarea muy en serio.

—¡El año pasado ganó el concurso de esquilar ovejas! —intervino Daniel, con una carcajada.

Imaginar a su varonil marido esquilando a una oveja tuvo un curioso efecto en Alyssa. Estaba bebiendo un trago de vino y una

carcajada acudió a su garganta, al mismo tiempo que la imagen de esos músculos poderosos cargando ovejas le encogió el estómago. Como resultado de esa desafortunada confluencia de factores, Alyssa se atragantó y acabó con un ataque de tos tan violento que asustó a todos los comensales.

Echó la silla para atrás, buscando un poco de aire entre tos y tos. Entonces Anthony se levantó con tanta brusquedad que tiró su silla y llegó hasta asiento de su esposa como una exhalación. Puso la mano entre sus omoplatos, dispuesto a golpear de ser necesario, pero ella, que se dio cuenta de lo que pretendía, levantó una mano para indicarle que no era necesario.

Poco a poco se fue calmando y cuando pudo respirar con normalidad miró a su alrededor, con los ojos enrojecidos y llorosos y la cara congestionada. Mortificada, fue muy consciente del calor que la mano de su marido le transmitía a la espalda y a todo su cuerpo. Se fijó en la cara de preocupación de Anthony, cuyo rostro estaba muy cerca del suyo. Sintió un ligero mareo y la otra mano de Anthony se apoyó en su hombro para estabilizarla.

Ella parpadeó y volvió a mirar a su marido. Los ojos de este mostraban un atisbo de calidez que hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Alyssa. Se fijó en sus labios: era gruesos y tenían pinta de ser muy suaves. Se preguntó cómo sería que te besaran aquellos labios. Ahora tenían una apariencia amable, pero Alyssa intuía que podían ser exigentes y ardientes. Un nuevo calor se extendió por dentro de ella, pero esta vez se concentró en una zona de su bajo vientre a la que, en realidad, ni sabía poner nombre.

Suspiró, exhausta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Anthony.

A Alyssa no se le escapó el detalle de que la había tuteado. La cercanía le gustó. Cerró los ojos y por un segundo, tuvo la tentación de reclinarse hacia él y reposar la cabeza en su hombro. Parecía poder soportar su peso. El peso del mundo, en realidad. Asintió, y entonces él se retiró.

Alyssa sintió muy frío el aire que pasó a ocupar el lugar que hasta hacía un segundo ocupaba Anthony, y soltó un pequeño quejido que su marido malinterpretó como un síntoma de malestar.

—Tal vez debería retirarse ya a descansar —sugirió, retomando el tratamiento formal.

Esto le dolió y le recordó su lugar. Se incorporó y trató de permanecer digna.

—Sí, tal vez sea lo mejor. No quiero importunar y seguro que hay muchas cosas de las que deben hablar.

—No digas tonterías, Alyssa… —Daniel comenzó a protestar, pero ella se levantó y se dirigió a los tres hermanos.

—Si me disculpan, haré caso del sabio consejo de mi esposo y me retiraré a mis habitaciones —dijo con frialdad.

Mientras subía la escalera, apretó los dientes para no dejar traslucir el malestar que le provocaba que su esposo diera por hecho que de nuevo iban a pasar la noche separados.

—Tú eres tonto, hermano —escuchó que decía Daniel.

Capítulo 12

Alyssa no durmió bien. Tuvo sueños febriles en los que Charles Preston se mezclaba con su marido y uno se reía de ella y el otro la miraba ceñudo y serio, pero luego se acercaba a ella y la abrazaba y la besaba. Se despertó con el pelo pegado al cuello por el sudor.

Se levantó y se acercó a la jarra con agua que había en el tocador. Cuando vio que la jarra estaba vacía, resopló, sedienta. Le había dicho a Maggie que la dejara sola y no le había dado la oportunidad de rellenarla, pero sabía que no conciliaría el sueño si no aplacaba la sed. Suspiró, se echó un chal por los hombros, aunque la noche era cálida, y decidió bajar a las cocinas. El día anterior había estado allí con la señora Connell y recordaba dónde se guardaba el agua. La casa estaba bien iluminada y bajó las escaleras sin dificultad. Se paró un momento en uno de los ventanales. Aún era de noche, pero ya no estaba cerrada: en el horizonte se entrevía ya una cierta claridad que anunciaba la inminencia de la aurora.

La casa y su entorno, lo poco que Alyssa podía ver, era una belleza. Podría haber sido feliz allí, de no ser por… Sacudió la cabeza y Charles acudió a su mente. No, no era por el recuerdo de ese mequetrefe. Era la indiferencia de su marido lo que la mortificaba. Siguió su camino hasta la cocina y allí, en esa estancia oscura en la que casi no penetraba la luz, sí que tuvo que encender una vela.

Llegó a la barrica en la que almacenaban el agua que sacaban del pozo trasero y bebió con avidez del propio cazo. Cuando lo dejó y se giró, se chocó con un grito ahogado contra un muro que antes no estaba allí. Alzó la vista, con el corazón a mil por hora, y dio un paso atrás, asustada.

—¡Alyssa! ¿Qué haces aquí?

Cuando comprobó que el intruso no era otro que Anthony, respiró hondo. Él había colocado las manos en sus hombros, como si no creyera en lo que estaba viendo. Ella lo miró a los ojos, cuyo verde intenso refulgía a la escasa luz de la vela.

—Tenía sed —murmuró, bajando la vista, mientras un intenso rubor que no podía controlar se extendía por su rostro.

—Estás en ropa de dormir —dijo él, señalando un hecho obvio.

Alyssa suspiró, anticipando una conversación en la que quedara claro que la señora de la casa no podía mostrase de esa guisa ante el mundo entero. Y no tenía fuerzas para un enfrentamiento. Solo quería volver a la cama.

—Lo siento, sé que no es apropiado. Yo…

Levantó la vista cuando no obtuvo respuesta. Anthony estaba muy concentrado recorriendo su cuerpo de arriba a abajo. Alyssa se sintió desnuda; solo un pequeño chal y una fina tela se interponían entre ella y él y, por algún extraño motivo, aquello hizo que se le acelerase la respiración.

Anthony, que no había retirado las manos de los hombros de Alyssa, notó su agitación. Ladeó un poco la cabeza, como si estuviera valorando cómo proceder. Su pulgar, sin poderlo evitar, recorrió el contorno de su clavícula y la piel de la joven se erizó bajo su contacto. No podía ver bien sus ojos, pero estaba seguro que las pupilas se habían dilatado en aquellos preciosos y expresivos ojos color miel, y él también notó que la respiración se le entrecortaba.

Alyssa notó cómo los pezones se le endurecían como respuesta a su caricia, y entreabrió la boca en un jadeo silencioso.

El pulgar de Anthony subió por el cuello de su esposa y recorrió la línea de la mandíbula. Luego siguió la forma de sus labios. Alyssa respiraba de forma superficial y estaba muy quieta. Anthony tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre ella. Era en verdad una criatura exquisita y, en ropa de dormir, en aquella habitación del servicio y al filo de la madrugada, no vio en ella ni rastro de ese desprecio y malestar que le había parecido percibir desde el principio.

La mano de Anthony pasó por detrás de la nuca de Alyssa y esta inclinó un poco la cabeza, buscando su contacto. La mano izquierda, la que tenía libre, acarició su espalda arriba y abajo, y presionó para acercarla un poco más a él. Ella parecía dispuesta, casi diría que deseosa.

Y él… ¡Por todos los diablos! No se había sentido tan excitado desde hacía meses, y todo por una jovencita malcriada londinense a la que apenas conocía.

Una fuerza implacable lo atrajo, poco a poco, hacia sus labios. La estrechó contra sí un poco más. Alyssa miraba con fijeza los labios de su esposo, como si no pudiera creer que aquello fuera a tener lugar. Justo antes de besarla la estrechó contra sí, y sentir su cuerpo debajo de esa fina línea lo puso al borde del descontrol. «Respira», se dijo, «no te comportes como un salvaje».

Se inclinó un poco más sobre ella. Entonces Alyssa dio un respingo. Al estar apretada contra Anthony, con tan poca ropa, había notado a la perfección su notable dureza contra su vientre. Se asustó, aunque más por el escalofrío que la recorrió entera que por miedo a que él le hiciera ningún daño. Pero entonces él apretó la mandíbula, como si cambiara de opinión, y, en lugar de besarla en la boca, le dio un beso en la frente.

—Lo siento —dijo—. No quería incomodarte.

—No… —Alyssa parpadeó, confundida y frustrada— No me incomodas.

—No quiero que sientas que me debes nada solo por estar aquí.

Alyssa abrió la boca para decirle que se equivocaba, que ese momento de intimidad compartida había sido lo más bonito y al mismo tiempo lo más perturbador que había vivido desde hacía mucho tiempo, pero entonces un ruido les distrajo y se separaron.

—¡Oh, disculpen!

Una jovencita cuyo nombre Alyssa aún no había retenido se quedó paralizada en lo alto de la escalera, como si temiera haber hecho algo mal. Anthony se giró hacia ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Es… es mi hora —dijo la muchacha—. Tengo que empezar a preparar el pan para el desayuno.

Anthony asintió, se quitó la chaqueta y cubrió a Alyssa con ella. La acompañó escaleras arriba. La joven panadera desvió la mirada para preservar la privacidad de su señora. Alyssa ni siquiera había sido consciente de que su marido ya estaba vestido. La chaqueta era de un tejido basto y olía a campo y paja. Le gustó. Se arrebujó en ella.

Cuando llegaron a la planta baja, se quedaron uno frente al otro, en silencio. Alyssa disfrutó de ese momento sin tensión entre ambos.

—¿Ya te marchas? —preguntó.

Él asintió.

—Al amanecer me esperan en la linde oeste. Quiero revisar unas cercas.

Iba a marcharse cuando Alyssa se deshizo de la chaqueta.

—Toma, gracias.

Anthony recorrió de nuevo con la mirada su cuerpo. Parecía incapaz de evitarlo. Y Alyssa, maldita sea, parecía incapaz de evitar que esa mirada le provocara flojera en las rodillas.

—Es mejor que no te vean así por la casa.

Ella insistió.

—Subiré corriendo. Nadie me verá. No quiero que pases frío.

Anthony la miró de nuevo con la cabeza ladeada, como sopesando si decir algo o no. Optó por callar, pero alargó la mano para recibir la chaqueta y la reverencia que le hizo al despedirse fue mucho menos envarada que la que le había dedicado hasta ese momento.

Capítulo 13

Alyssa llegó a la puerta de su dormitorio casi sin aliento. Y no solo porque había subido, tal y como le había prometido a Anthony, a la carrera, para que nadie la pudiera ver, sino por las sensaciones que su cuerpo estaba percibiendo. La cercanía con su esposo la había dejado muy alterada. El corazón le iba a mil por hora y todos los vellos de su cuerpo estaban erizados.

Se tumbó en la cama, recordando cómo Anthony la había mirado, cómo sus caras se habían acercado tanto que ella pudo respirar el aliento de él. Apretó las piernas: no entendía por qué esa zona justo entre sus piernas, que casi no sabía ni nombrar, le palpitaba de aquella manera. No pudo volverse a dormir. Cuando el sol por fin apareció en el horizonte, Maggie entró con el agua del aseo y la encontró de pie, mirando por la ventana.

—Tiene muy buen aspecto hoy, señora —le dijo, al observar su sonrisa.

Alyssa parpadeó.

—Es que me siento bien.

La joven sentía que tal vez su suerte pudiera comenzar a cambiar. Si Anthony se acercaba a ella, si no notaba en él el rechazo que antes estaba presente, tal vez las cosas pudieran ir siendo, poco a poco, más agradables para ella. Bajó a desayunar con ganas de comenzar un nuevo día, aunque sabía que su marido no estaría allí.

—Buenos días, Alyssa. Te ves radiante hoy —dijo Daniel, que estaba solo en la salita.

Alyssa se sirvió una buena taza de té y un plato con huevos y un pastel de carne. Daniel miró su plato con una ceja levantada. Desde que había llegado a esa casa, no la había visto comer a gusto.

—Me he levantado contenta —respondió ella, comiendo con ganas —. ¿Qué planes tienes para hoy?

Daniel se encogió de hombros. No le gustaba admitirlo, pero no tenía mucho que hacer, por eso llenaba sus días con aficiones que le permitieran entretenerse de forma apropiada.

—Tengo tiempo para ti, si quieres. Dominic se acaba de marchar a los establos.

—¡Me encantaría conocer vuestros caballos! —exclamó Alyssa, entusiasmada.

Siempre le habían gustado los caballos, aunque, al carecer de madre y no tener su padre mucho interés, no habían tenido apenas oportunidad de acudir a las fiestas campestres que algunos nobles organizaban al principio o al final de la temporada, donde las damas podían montar acompañadas de los caballeros. Sabía montar, por supuesto, pero no era una experta.

Después del desayuno, Daniel la acompañó a pie hasta las cuadras. No quedaban lejos y hacía un día magnífico. Dominic estaba asomado a una cuadra, acompañado de un hombre de unos cincuenta años, bajito y rechoncho, que le hablaba con el ceño fruncido y tono preocupado.

—No sé cómo solucionar esto —decía el hombre.

Dominc asintió, muy serio. Entonces se giró, vio a los recién llegados y una breve sonrisa apareció en sus labios.

—¡Daniel, lady Greenway, qué agradable sorpresa!

Daniel se acercó hasta los dos hombres.

—Alyssa quería conocer a nuestros caballos.

Dominc se giró hacia ella.

—¡Claro! Tenemos unos ejemplares magníficos. Venga, acérquese.

Alyssa lo hizo y admiró la preciosa yegua negra frente a cuya puerta estaban hablando. Ella, curiosa, sacó la cabeza. Alyssa alargó la mano y la acarició. Su pelaje era suave y brillante, y la yegua apoyó el morro en la mano abierta de la joven, que notó el cálido aire que salía de sus ollares.

—Es una preciosidad.

—Sí que lo es —rio Dominic, que allí parecía muy relajado—. Duquesa es uno de nuestros ejemplares más hermosos y dóciles, aunque estos días se encuentra un poco alicaída.

Alyssa se giró hacia el hombre que los acompañaba, que hizo una inclinación de cabeza como saludo. Dominic lo presentó.

—El señor Gardson es el encargado de las cuadras. Hace un trabajo magnífico, he de decir.

—Es un placer conocerle —dijo Alyssa, con una sonrisa. Sabía que era fundamental llevarse bien con la gente importante del servicio y aquel hombre, además, le trasmitía buenas vibraciones.

—Siempre bajo la supervisión del señor Drudley, por supuesto —dijo él, dejando claro que quien mandaba era Dominic.

—Y, ¿qué le ocurre a la hermosa Duquesa? —preguntó Alyssa, sin dejar de acariciar el cuello y el morro de la preciosa yegua.

Dominic se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Lleva unos días que apenas come, y tampoco tiene la alegría de antaño.

—No tiene heridas visibles, los cascos están en buen estado y tampoco parece enferma —añadió el señor Gardson—, así que estamos un poco perdidos.

—Tal vez se sienta sola —dijo Alyssa, sin pensar.

No se dio cuenta de la mirada que intercambiaron los dos hermanos de su marido. El señor Gardson titubeó.

—Pues pudiera ser. Duquesa fue madre hace unos meses.

Dominic intervino.

—Es cierto. El potro ya estaba destetado y separado de ella, pero seguía en este mismo establo. Pero hace un par de semanas lo vendimos al señor Dowell.

—¡Claro! —dijo Daniel— Tiene que ser eso. Seguro que, al dejar de oírlo y olerlo, tiene nostalgia.

—Pobrecita —dijo Alyssa, que acercó su cara a la de la yegua.

Esta, como si entendiera que la joven compartía su dolor, se apoyó en su hombro. Alyssa sintió que se le derretía el corazón. Cuando se separó, se giró hacia Dominic y le preguntó.

—¿Podría montarla?

Este titubeó.

—Tal vez deberíamos preguntarle a Anthony.

Alyssa sintió que la indignación la embragaba.

—¿No puedo montar en mi propia casa si mi marido no da permiso expreso? —dijo, con la barbilla en alto.

—No es eso —Dominic extendió las manos con las palmas hacia arriba, en señal de disculpa—. Es que no quiero ni imaginar cómo se pondría si regresa a casa y ha tenido un percance, lady Greenway.

Alysa resopló.

—¿En serio tenemos que tratarnos con esa formalidad, viviendo bajo el mismo techo? Y, si eso es lo que te preocupa, ¿por qué no me preguntas si sé montar?

Dominic, en un gesto que Alyssa no le había visto nunca y que, a juzgar por la expresión de Daniel, no era habitual, bajó la mirada, avergonzado.

—Lo lamento, tienes razón —dijo. Entonces levantó la vista y la miró a los ojos— ¿Sabes montar, Alyssa?

Ella asintió.

—Pues claro. No soy una amazona experta —reconoció—, pero se me daba bien. Y Duquesa tiene pinta de ser muy dócil.

—Podría venirle bien, hace tiempo que nadie la monta, ¿No es cierto, señor Gardson?

El hombre asintió.

—De hecho, es perfecta como montura para una dama.

Entonces Alyssa recordó algo.

—No tengo traje de amazona —dijo, con pesar.

No le importaría montar con pantalones; al fin y al cabo, ¿quién la iba a ver? Pero no era nada apropiado y, aunque desde hacía unos días su concepto de lo apropiado o indecoroso había variado, no estaba todavía preparada para hacer algo tan escandaloso.

Dominic habló, con voz queda.

—Tal vez… Creo que en el desván quedan algunos baúles con ropa de Rose. No sabía qué hacer con su ropa y la trasladé conmigo cuando me mudé. Es posible que haya algún traje que puedas aprovechar mientras te confeccionan uno propio.

Daniel puso la mano en el codo de su hermano y apretó con cariño. Alyssa se dio cuenta de la importancia del gesto que aquel hombre acababa de tener con ella y se enterneció.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dijo, con una sonrisa.

Dominic siguió enseñándoles las cuadras. Alyssa comprobó que aquellos animales eran magníficos. Dominic y el señor Gardson habían hecho un buen trabajo. Las horas que pasó allí volaron y, al terminar, pidió permiso para poder acudir a las cuadras siempre que quisiera.

Volvió a la casa para hablar con la señora Connell sobre la intendencia de la casa. Justo cuando entraba por la puerta, oyó la campanilla que indicaba que lord Waterford solicitaba ayuda. El mayordomo, el señor Chipperfield, subió corriendo las escaleras y salió, poco después, a la misma velocidad. Llamó a una doncella, que entró de inmediato en las habitaciones de Anthony.

—¿Qué sucede? —preguntó, confusa, Alyssa, cuando el señor Chipperfield bajó las escaleras de nuevo.

Este la miró como si valorara darle la información.

—El conde ha recibido noticias de las tierras del norte. Ha decidido que lord Greenway acuda sin demora allí.

Alyssa se entristeció. Ahora que por fin parecía que comenzaban a acercarse, él debía marcharse. Suspiró.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—No lo sé, lady Greenway —respondió el mayordomo.

—Está bien, se lo preguntaré a él cuando venga a despedirse.

El señor Chipperfield carraspeó, incómodo.

—No va a venir.

Alyssa se le quedó mirando sin comprender. El mayordomo se explicó.

—Lord Waterford ha indicado que le hagan la bolsa con lo imprescindible y se la lleven al sector donde está revisando las cercas. Tiene órdenes de partir inmediatamente, sin regresar a la casa.

Alyssa sintió que la sangre le hervía. ¡El conde era un déspota! Quiso subir a su habitación y decirle cuatro cosas a la cara a aquel viejo impertinente que se creía con derecho a manejar la vida de todo el mundo a su alrededor. Miró escaleras arriba, sopesando actuar. La voz del hombre que tenía frente a ella la arrancó de sus pensamientos.

—Milady, soy consciente de lo duras que pueden resultar algunas de las decisiones de milord. Por favor, no cometa una imprudencia —le dijo con voz suave, como si comprendiera todo lo que estaba pasando por su cabeza en esos momentos.

La joven respiró hondo, asintió y subió a sus habitaciones antes de hacer ninguna tontería.

La comida transcurrió en un incómodo silencio. Ella estaba triste y enfadada, y Dominic y Daniel, que comprendían por lo que estaba pasando, intentaron quitarle hierro al asunto.

—Antes de que te des cuenta habrá vuelto —dijo Daniel.

—Tampoco esperaba que fueras a lamentar su ausencia —dijo Dominic, con una sonrisa sardónica.

Alyssa le sonrió con tristeza. Claro. Nadie sabía el momento que habían compartido esa madrugada y, antes de eso, la frialdad era tangible entre ambos. Se encogió de hombros.

—Bueno, tampoco pasa nada. Aprovecharé para irme poniendo al día con la casa. Y tal vez le lleve el té al conde.

Dominic levantó la ceja. Alyssa se excusó.

—Todo el mundo me advierte que no me acerque a él, lo sé —dijo, apoyando la frente en la mano—, pero solo lo he visto una vez, aunque es una presencia omnipresente en esta casa. Me gustaría darle otra oportunidad a nuestra relación. —Alzó la barbilla—. No ha empezado con muy buen pie y me gustaría cambiar eso.

Daniel entrecerró los ojos.

—¿Estás segura? A mi padre no le gusta que le molesten.

—Es el padre de mi esposo. Al menos, trataré de tener una relación cordial con él.

Dominic, que estaba bebiendo un trago de vino en ese momento, se atragantó de una forma muy poco apropiada. Cuando pudo volver a tomar aire y retiró la servilleta de delante de la boca, dijo:

—¡Cielo santo, Alyssa! Eres mucho más valiente de lo que creía.

—¿No vas a disuadirla? —preguntó Daniel.

—¡Por supuesto que no! No me perdería esto por nada del mundo. Pero —dijo, perdiendo la sonrisa—, por favor, no dejes que te afecte si te despacha con cajas destempladas.

Capítulo 14

Querida Violet, querida Lizzie:

Espero que os encontréis bien. Llevo aquí apenas cuatro días, pero debo admitir que me han parecido meses. Me parece horrible que no pueda ir a Londres a tu boda, mi querida Violet, pero el conde es un hombre realmente desagradable que, aunque no sale de sus habitaciones, extiende su ponzoñoso poder por todos los habitantes de esta mansión.

Pero no quiero pintaros un escenario tan lóbrego. La casa es una maravilla, tiene unos jardines que son el paraíso y los hermanos de lord Greenway son muy amables conmigo. Daniel es el más joven y creo que nos haremos buenos amigos. Dominic es el mediano. Es más serio, aunque no lo culpo. Enviudó hace algunos años y regresó al hogar, pero creo que no es feliz. El servicio también es amable y la señora Connell, el ama de llaves, está haciendo mi estancia aquí más sencilla, cuando todas sabemos que podría haber hecho lo contrario.

Os conozco, mis hermanas queridas, y sé que os estáis preguntando por qué aún no os he hablado de mi marido. Y aquí no os puedo mentir.

No hemos empezado con buen pie. A veces pienso si lord Greenway me eligió como esposa porque, sabiendo de nuestra desgracia, pensó que tendría una esposa dócil. Sin dote, sin medios, sin el apoyo de mi familia, ¿qué podría hacer en su contra? Me resisto a pensar eso, porque, por lo poco que lo conozco, parece un hombre honorable, pero me trata con tanta frialdad…

Llegué aquí hecha un mar de lágrimas. Ya sé que no debería haber llegado así a mi nuevo hogar. Al fin y al cabo, he encontrado una salida y un marido digno y con buena reputación. Y algún día seré condesa, lo cual es algo a lo que muchas muchachas aspiran, sin duda. Pero siempre creí que me casaría por amor, que mi esposo me amaría y me lo demostraría

de mil y una maneras.

En fin, supongo que estas ensoñaciones son propias de una jovencita con un gran futuro por delante, una dote digna y un buen nombre. Alguien como era yo hace solo una semana.

El caso es que estaba muy triste cuando llegué, y él… no me gusta decir cosas así de mi marido, os ruego que no me juzguéis, pero solo con vosotras puedo desahogarme y ser yo misma. Lord Greenway no me apoyó, no al menos como yo necesitaba, y me dejó sola. Y con sola me refiero a que… bueno, ya imagináis… Aún no hemos dormido juntos.

Creo que no le gusto, que se arrepiente de haberse casado conmigo, y el corazón se me rompe por haber tenido tan mala suerte. Aunque anoche…

Anoche bajé a beber agua a las cocinas (no vivo entre salvajes, tengo agua a mi disposición en mis habitaciones, pero se había acabado) y me crucé con él. Es muy madrugador y le gusta salir temprano a supervisar la hacienda. El caso es que coincidimos, y fue extraño. La frialdad parecía haber desaparecido. Por un momento, creí que me iba a besar, pero qué va. Me dijo que no quería asustarme.

Pensé que igual no es que sea frío, sino que tiene también, aunque me resulte difícil imaginarlo, miedo de mí. Tampoco me conoce, al fin y al cabo. Total, que pensé que las cosas podían mejorar, pero justo hoy su padre lo ha mandado a sus tierras del norte y no me he podido despedir. ¡Tampoco sé cuántos días estará fuera! Que pase esto justo ahora, cuando parecía que podíamos empezar a entendernos, me desespera.

Pero basta de hablar de mí y de mis problemas nimios. Violet, querida, ¿cuándo va a ser tu matrimonio? Las amonestaciones ya habrán sido hechas. No sabes cuánto me duele no poder acudir a tu boda. No para acompañarte en tu felicidad, pues sé que tu situación no es muy diferente a la mía, pero sí para apoyarte camino al altar.

Al menos tienes a Lizzie contigo. Eso debe ser un gran consuelo. Por favor, por favor, os ruego que os ganéis a lord Cavendish para que se porte bien con vosotras y os deje venir a

visitarme de vez en cuando, Me moriré si no os veo pronto.

Os quiere con toda el alma, vuestra hermana,

Alyssa Drudley, lady Greenway

Alyssa firmó la carta, esperó que se secara la tinta y la cerró. Pidió al señor Chipperfield que la enviara, respiró hondo, y se dirigió a la habitación de lord Waterford para hablar con él, no sin antes pedir a la doncella que le preparara una bandeja con té, en ofrenda de paz.

Alyssa llamó a la puerta y espero a que una voz malhumorada dijera:

—¿A qué espera? ¡Pase de una vez!

Entonces Alyssa tomó la bandeja de manos de Maggie, cogió aire, compuso una sonrisa y entró.

El espeso ambiente de la estancia la golpeó, y tuvo que parpadear antes de seguir adelante. La cama, con su pesado dosel de terciopelo recogido, estaba hecha, y en una de las mesillas se acumulaban botes de medicinas en distintos grados de uso. La estancia era enorme y las cortinas estaban recogidas, pero la abundante luz que entraba por la ventana no conseguía compensar la extraña sensación de que la oscuridad acechaba en cada rincón.

El conde estaba sentado en su escritorio, pues, según sabía la joven, al agravarse su enfermedad había ordenado trasladar su gabinete a la habitación para no tener que desplazarse. Su cara estaba demacrada y de un enfermizo tono amarillo. Las ojeras le bajaban hasta las mejillas y tenía los labios tan blancos que apenas se distinguían del resto del rostro. Llevaba puesta una bata ricamente bordada y tenía en la mano una carta que, era evidente, estaba leyendo cuando Alyssa entró.

La miraba con una mezcla de sorpresa y desprecio en la cara.

—¿Nos hemos quedado sin criadas de repente, que la señora de la casa tiene que comenzar a servir el té?

Alyssa hizo oídos sordos, mantuvo la sonrisa, aunque solo Dios sabía lo que le costó hacerlo, y se acercó con la bandeja a la mesita auxiliar junto a la ventana.

—Apenas hemos coincidido desde que llegué aquí. He pensado que podíamos tomar el té y charlar un rato.

El conde parpadeó, pero el resto de su expresión no varió en lo más mínimo.

—¿Y por qué iba a querer tomar el té con usted, lady Greenway?

—Bueno… —tartamudeó ella—. Solo nos hemos visto en una ocasión. ¿No desea conocer un poco mejor a la esposa de su hijo mayor?

Una sonrisa irónica se extendió por el adusto rostro del conde.

—Si hubiera deseado conocerla mejor, lady Greenway, la hubiera hecho llamar. Hay un motivo por el que no salgo de mis habitaciones, y es, sobre todo, por no tener que aguantar a gente a la que no me apetece tener que soportar.

Alyssa se quedó sin palabras, pero aquel hombre continuó.

—No me interesa usted y, desde luego, no me interesa tomar el té. Desconozco los motivos por los que mi hijo la eligió como esposa, lady Greenway, y no me importan en absoluto, mientras se comporte usted con decoro y cumpla su obligación otorgando un heredero para el condado. Y, por lo que tengo entendido, hasta ahora ni usted ni mi hijo se han puesto a ello.

Alyssa sintió que la sangre le subía a la cabeza y se concentraba en las mejillas. Notó que la cara le ardía. ¿Cómo podía tener aquel hombre esa desfachatez? Intentó no demostrar turbación, más allá de la evidente muestra de sus mejillas coloradas. Miró al conde a la cara, ignoró su sonrisa satisfecha por haberla avergonzado y levantó la barbilla.

—Bien entonces —dijo, intentando ocultar el temblor de su voz—. Mandaré que retiren la bandeja y no lo volveré a molestar. No obstante, lord Waterford, vivimos en la misma casa. Supongo que asume que, en alguna ocasión, usted y yo tendremos que interactuar, aunque sea para guardar el debido decoro.

El conde resopló y volvió la mirada a la carta. Hizo un gesto con la mano como si la despachara.

—Intente que sea lo mínimo posible. Puede hacer lo que le plazca, baronesa, siempre que no me moleste. Después de todo, más pronto que tarde esta casa será suya, lady Greenway. Pero infórmese sobre cómo se conciben los herederos, porque no es tomando el té con viejos.

Alyssa sintió que la indignación se apoderaba de ella. Hizo una rápida reverencia, se giró y se dirigió a la puerta.

—Tampoco creo que sea posible con un marido ausente —dijo, sin poder evitar la rabia que se filtró en su tono, antes de marcharse.

El conde no dio muestras de haberla oído y ella se marchó.

Al salir de aquella habitación se apoyó en la pared del pasillo, a punto de llorar. Le temblaban las piernas y sentía que el corazón le iba tan rápido que parecía que se le iba a salir del pecho. Parecido a como latía cuando Anthony se le acercó la noche pasada en la cocina, pero, en esta ocasión, era sumamente desagradable.

La señora Connell se acercó por el pasillo, seguida de Maggie. Tenía una lista de tareas en la mano, pero Alyssa tuvo la sensación de que, en realidad, había acudido para ver si se encontraba bien. Cuando la vio apoyada en la pared su cara compuso una mueca de conmiseración.

—Al menos, lo ha intentado —dijo.

Alyssa resopló.

—Desde luego que sí. Pero ya me ha dejado muy claro que no quiere verme ni en pintura. Así que, por mí, que muera solo encerrado en esa habitación.

Maggie se llevó las manos a la boca. Desde luego, el exabrupto que acababa de salir de su boca era del todo inapropiado. Y mucho menos delante del servicio. Pero Alyssa se negaba a sentirse culpable por ello. Si aquel hombre se permitía faltar al respeto a todo ser viviente, ella no pensaba callarse. Al fin y al cabo, como el propio conde había reconocido, no quedaba mucho para que ella fuera la señora de la casa.

Se marchó a sus habitaciones, se tumbó en la cama y comenzó a llorar de rabia e impotencia.

Capítulo 15

Los días sin Anthony pasaron rápido. La señora Connell fue muy eficiente y pronto Alyssa tuvo a su disposición los trajes de montar de la fallecida señora Drudley. Para su regocijo, parecían hechos para ella. A la mañana siguiente de la conversación con el odioso conde, después del desayuno, acudió a los establos arreglada para montar. Dominic, cuando la vio aparecer, contrajo el gesto, como si verla vestida con las ropas de su esposa fallecida le doliera. Pero pronto recuperó la indiferencia habitual de su rostro y la trató con amabilidad.

El señor Connell apareció corriendo y ordenó a un muchacho que ensillara a Duquesa. Para su sorpresa, no fue el único caballo que se encontró preparado en el patio, cuando salieron. Miró a Dominic, confusa. Él sonrió.

—No es que no me fíe de ti, Alyssa, pero te pido, por favor, que permitas que te acompañe en esta primera salida. Quiero asegurarme de que la yegua se comporta bien.

Alyssa asintió y no dijo nada. Le agradaba tener algo de compañía y, además, entendía que Dominic necesitara asegurarse de su destreza al montar antes de dejarla sin supervisión. Si tenía un accidente en ausencia de Anthony, es muy probable que su cuñado tuviera que irse a vivir a Escocia para escapar de la furia de su marido.

El paseo fue delicioso. Dominic, aunque mucho más serio que Daniel, era encantador cuando bajaba sus defensas. Tenía un aire más pícaro e intrigante que Anthony, menos severo y, desde luego, era el más cínico de los tres hermanos.

Alyssa tuvo con él una conversación más parecida a las que ella estaba acostumbrada a llevar en Londres y le sentó bien, por un rato, volver a sentirse como aquella chiquilla que era hacía apenas una semana. Se descubrió sonriendo de forma sincera.

La yegua, además, tenía buen carácter y se mostraba dócil y muy manejable. Alyssa no era, desde luego, una amazona muy

experimentada, pero iba estable en la silla y disfrutaba de sentir bajo sus caderas el suave movimiento de la grupa de Duquesa. De vez en cuando, se inclinaba sobre su cuello y lo palmeaba en una caricia, y el animal respondía moviendo la cabeza con placer.

Por lo demás, era obediente y tranquila, y Alyssa supo que serían buenas amigas.

—Parece que os lleváis bien —dijo Dominic, como si le hubiera leído el pensamiento.

Alyssa asintió.

—Sí, yo también lo creo. Me gustaría, si nadie tiene inconveniente, poder seguir montando yo a Duquesa. Nos entendemos bien.

Dominic sonrió.

—Desde luego.

Pronto pasaron a un trote ligero y Alyssa descubrió que, incluso en el galope, Duquesa seguía haciendo caso al suave manejo de las riendas a la primera. La joven disfrutó como hacía mucho de sentir el aire en la cara y el sol calentarle la piel.

Pronto llegaron al pueblo.

—Todos los campos que hemos ido pasando, y todos los que hay desde el otro lado del pueblo en adelante, pertenecen a nuestros arrendatarios.

—¿Todos viven en el pueblo? —preguntó Alyssa.

—Así es —respondió Dominic—. Mucho llevan generaciones cultivando nuestras tierras y siempre hemos tenido una buena relación.

—¿Nunca ha habido conflictos?

Alyssa sabía que no siempre la relación entre aparceros y propietarios era tan idílica como muchos nobles pretendían hacer creer. Dominic se encogió de hombros.

—¡Por supuesto que los ha habido! En épocas de hambruna o malas cosechas, cuando el hambre aprieta, las rentas no llegan de forma tan fluida a como deberían. Y mi padre no es, precisamente, un ángel de bondad. Pero recuerdo que nuestra madre acudía a menudo al pueblo y visitaba a las familias, les llevaba cestas con regalos para celebrar las bodas y los nacimientos, los acompañaba en los duelos… El pueblo la adoraba y, cuando murió, gracias a su

recuerdo, las cosas se mantuvieron tranquilas muchos años.

—Entiendo —dijo Alyssa.

—Y hace ya años que es Anthony quien lleva el grueso de las comunicaciones —continuó su cuñado—. Es un hombre serio, pero pronto comprobarás que también es justo y que, si puede facilitar la vida a la gente, lo hará, a pesar de que eso suponga enfrentarse a padre.

—¿Pasaste muchos años lejos de aquí? —preguntó Alyssa. No sabía cómo sacar el tema, pero le podía la curiosidad sobre su cuñado.

Él tardó un poco en contestar.

—Me casé a los veinticinco y Rose y yo vivíamos en Londres. Veníamos de visita, pero no tan a menudo como a mí me hubiera gustado. Al fin y al cabo, no tenía aquí ocupaciones de las que no pudiera hacerme cargo desde Londres.

—No os recuerdo de ninguna fiesta —dijo Alyssa.

Él rio suavemente.

—Dejamos de acudir a fiestas hace cuatro años. No habías debutado y no tengo título, más allá de ser hijo de mi padre, ni tampoco di ningún escándalo, ni estaba en el mercado matrimonial, así que es normal que no supieras de mí. Cuando Rose murió, me trasladé aquí.

Alyssa lo miró con compasión.

—La echarás mucho de menos —dijo.

Él parpadeó.

—Era una buena compañera —respondió—. Murió hace tres años y todavía hay momentos en que me gustaría tenerla a mi lado, para contarle cómo ha ido mi día.

En su voz había cierta tristeza, pero no la desesperación que Alyssa esperaba encontrar en quien había perdido al amor de su vida, Pensó en lo extremadamente raros que eran los matrimonios por amor. Aunque, bien mirado, aquello era una ventaja. No sentías que tu vida se había acabado si tu pareja moría. Se sintió un poco cínica al pensar aquello, así que prefirió mantenerse en silencio.

Siguió preguntando cosas acerca del pueblo, de las tierras y del funcionamiento de la propiedad. Al fin y al cabo, aquel era ahora su

hogar y, al parecer, más pronto que tarde sería la condesa de Waterford: era su obligación saber cómo funcionaban las cosas, aunque no le compitiera a ella dirigirlas. Tomó buena nota de lo que le contó Dominic sobre su madre y los detalles que tenía con la gente del pueblo. Siempre era bueno crear relaciones, preocuparse por aquellos que cultivaban sus tierras. Los unos no podían sobrevivir sin los otros, así que, en opinión de Alyssa, era mejor que se cuidaran mutuamente.

—Te pareces a mi madre —dijo Dominic, sonriendo, cuando ella le comentó lo que pensaba.

—No dudo que era una mujer inteligente —dijo ella, provocando una carcajada en su cuñado.

Cuando volvieron a la casa, Alyssa se sentía más viva de lo que se había sentido en mucho tiempo. Durante la comida le explicó a Daniel, que llevaba toda la mañana en el invernadero, todo lo que había visto. Pensó que ojalá Anthony estuviera allí con ellos. El Anthony que había vislumbrado la noche antes de que se marchara, el que hacía que le temblaran las piernas. Por primera vez, sintió que podía ser realmente feliz allí.

—¿Cuándo regresará Anthony? —preguntó ella.

Los dos hermanos se miraron un instante antes de contestar. Dominic suspiró.

—Con las órdenes de lord Waterford nunca se sabe. Las tierras que tenía que gestionar están a apenas un día de distancia, así que, con un poco de suerte, mañana o pasado debería estar ya de regreso.

Ella asintió y no dijo nada más.

El día, que había comenzado con un sol radiante, se nubló al mediodía. El cielo se cubrió de negros nubarrones y la tormenta descargó antes de la hora del té. Alyssa se dedicó a leer, a escribir cartas y a su diario, una costumbre en la que las jóvenes nobles solían ocupar su tiempo y que ella, hasta justo antes de su desgracia, había llevado al día. Al no tener mucho más que hacer, decidió retomarlo.

El día siguiente llovió todo el día, y también al siguiente.

Alyssa estaba desesperada sin salir de la casa. Paseaba escaleras arriba y abajo, leía, escribía y miraba por la ventana, pero la

ausencia de actividad la había puesto de un humor un tanto melancólico. En Londres, cuando el mal tiempo impedía hacer actividades al aire libre, las jóvenes de la alta sociedad acudían unas a casa de las otras a tomar el té y charlar. Pero allí, en mitad del campo, Alyssa se sentía en esos momentos aislada y sola.

—Es bonito, ¿verdad?

Daniel entró en el salón. Las paredes empapeladas en un verde vivo con motivos dorados contrastaban con la lúgubre luz de la tarde que se veía a través de la ventana. Alyssa estaba de pie frente al cristal, viendo la lluvia caer sobre el jardín trasero que tanto le gustaba.

—¿Tú crees? —respondió—. A mí me parece que los preciosos colores de los parterres de flores y el verde vivo de las hojas de los árboles se apagan bajo esta pesada lluvia.

Un suspiro salió de su garganta y Daniel le puso una mano en el brazo.

—¿Melancólica?

Alyssa asintió. No tenía sentido negarlo.

—Llevo dos días aquí encerrada. Me aburro. No tengo nadie con quien hablar. Quiero decir —se excusó, con rapidez—, tu compañía y la de Dominic es muy agradable, pero no tengo amigas y mis hermanas están lejos. Me siento un poco sola.

—Lo entiendo. Lamento que te sientas así —dijo Daniel. Entonces sonrió, como si una idea genial hubiera llegado a su mente—. Hay una familia vecina, los Tremaine, que tienen una hija de tu edad, pero está en Londres. Si no, sería una buena amiga para ti aquí en el campo. Y, en cuanto a tus hermanas, puedes invitarlas. Lo sabes, ¿no? Al fin y al cabo, esta es tu casa.

Alyssa lo miró, dudosa.

—Pero a lord Waterford, sin duda, no le gustará la idea.

Daniel desechó esa idea con un gesto de la mano.

—A mi padre no le gusta ninguna idea que no surja de su mente privilegiada —dijo, irreverente—. Pero háblalo con Anthony cuando regrese, seguro que le parece una buena idea.

La joven esbozó una tímida sonrisa, como si le diera miedo hacerse ilusiones.

—Lo haré —dijo, mientras la imagen de sus hermanas allí, con ella, calentaba su corazón.

Capítulo 16

La mañana siguiente amaneció despejada y con un sol radiante de nuevo. Alyssa se levantó de un salto en cuanto Maggie descorrió las cortinas y bajó al salón del desayuno pletórica de energía.

—¡Buenos días! —saludó.

Dominic y Daniel ya estaban allí y se levantaron en cuanto la vieron entrar.

—¡Buenos días, Alyssa! —dijo Daniel—. Me alegra ver que estás de tan buen humor.

—¿Estás de broma? Es imposible no estarlo con el día que ha salido hoy.

—¿Qué planes tienes para la jornada? —preguntó Dominic.

Le había ido cogiendo cariño a esa jovencita inocente y le preocupaba su bienestar. Al igual que su hermano, había percibido su tristeza en los días anteriores y le alegraba verla tan satisfecha aquella mañana.

—Me gustaría salir a montar —dijo ella.

Dominic frunció el ceño.

—Hoy no estoy disponible. Tengo que acudir a una reunión en una finca cercana y no llegaré hasta la tarde.

Ella sonrió.

—Es una lástima. Me agrada tu compañía, pero no hay problema, iré sola.

—¿Crees que es buena idea?

—¡Claro! —aseguró Alyssa—. Ya has visto lo bien que me llevo con Duquesa. Iremos hasta el pueblo y así podré saludar a algunas personas. Creo que es buena idea que me vayan conociendo.

Dominic titubeó, pero Daniel le dio un golpe en el brazo.

—¡Oh, venga, hermano! ¿De qué tienes miedo? ¿De Anthony? Ese cabezota no está aquí, y ojos que no ven…

Dominic suspiró.

—Está bien. Pero ten cuidado.

El camino a los establos estaba embarrado, pero en buenas condiciones. Sin embargo, Alyssa sabía que los caminos de la finca serían más inestables. Acarició a Duquesa entre las orejas.

—Eres una chica lista, ¿verdad? —le preguntó—. Sabrás llevarme por los caminos más seguros.

Pidió a un mozo que preparara a la yegua y recorrió el pasillo, observando al resto de ejemplares que había en cada uno de los compartimentos. Entonces vio moverse el lecho de paja de uno de ellos y, antes de que se diera cuenta, una enorme rata salió de entre la paja de un salto y escapó de la cuadra, pasando por encima de los pies de Alyssa, que pegó un grito, asustada. El caballo que ocupaba aquella cuadra relinchó y pateó, asustado también.

Entonces oyó la voz de Daniel a sus espaldas.

—¡Tranquila, ya llego!

Se giró con el corazón a mil por hora y lo vio persiguiendo a la rata con un escobón, hasta que consiguió alcanzarla. Con la rata muerta y convenientemente cubierta por un cubo, para que Alyssa no pudiera verla, se acercó a ella.

—¿Te encuentras bien?

Alyssa estaba muy pálida y temblaba de forma visible. El susto que se había dado había sido mayúsculo. Se lanzo a los brazos de Daniel y escondió la cara en su hombro.

—Gracias —murmuró, con voz ahogada.

—No hay de qué, cuñada —dijo, risueño—. Tras la lluvia salen las ratas, pero suelen ser inofensivas.

Alyssa emitió un ruido a medio camino entre la risa y el gemido.

—Veo que te has adaptado muy bien a mi ausencia.

La voz sonó fría como el hielo. Alyssa se separó de Daniel, se giró y se encontró a Anthony parado frente a ellos, con los puños apretados y los labios muy juntos.

La joven se separó de Daniel y sonrió con los ojos llorosos.

—¡Anthony, has vuelto!

Sin embargo, su sonrisa tembló y desapareció al observar la fría expresión de su marido. Él señaló al frente con la barbilla.

—Y, por lo que veo, preferirías que no lo hubiera hecho.

—Pero ¿por qué…?

Daniel intervino.

—Hermano, no te comportes como un idiota.

Anthony miró a su hermano con los ojos entrecerrados.

—Márchate. Esto es entre mi mujer y yo. O tal vez no.

—Pero ¿te has vuelto loco? —respondió Daniel.

Alyssa se dio cuenta de lo que Anthony insinuaba y abrió mucho los ojos.

—¡Espera! ¿No pensarás que…? ¡No! ¿Qué dices?

La joven parpadeó. Llevaba días esperando el regreso de su marido, con la esperanza de poder retomar su relación donde lo habían dejado, y ahora él venía con acusaciones injustas y modales fríos. Obligó a las lágrimas que pugnaban por escapar a mantenerse quietas y lo miró, con todo el dolor que aquella acusación le causaba reflejada en los ojos. Sin embargo, Anthony no se dio cuenta.

—No hago conjeturas, solo expongo lo que veo —dijo, con una voz tan seca y dura como su mirada—. No parece que necesites un marido cuando tienes a su hermano a tu alcance.

Entonces Alyssa explotó. Sintió que la indignación bullía en su interior, que todo lo que había creído que podían construir no era nada, y dejó de querer controlarse. Al diablo con la rosa inglesa. Dio una patada en el suelo.

—¡Al menos él no me trata como si fuera invisible! —gritó.

Se encaminó hacia la puerta. Al pasar por al lado de Anthony, este la agarró del codo en un acto reflejo. A pesar de su enfado, un escalofrío recorrió el cuerpo de Alyssa al notar el contacto. Sin embargo, se giró como una fiera y se soltó de una sacudida.

—No me toques —dijo con una voz baja cargada de rencor—. Tenías razón. He sido más feliz los días que no estabas aquí.

Entonces se giró y se marchó. Anthony cerró los ojos. Aquella frase le provocó una sacudida en el corazón. Él no quería que ella sufriera, pero sabía lo que había visto. Se giró para mirar a su hermano, que lo observaba con la cara más seria que le había visto nunca.

Daniel se dirigió al cubo que ocultaba la rata, le dio una patada y dejó al animal al descubierto. La mandíbula de Anthony se aflojó, pues enseguida se dio cuenta de lo que había ocurrido allí. Sin embargo, su hermano no le dio opción a hablar.

—Cada día te pareces más a padre. Decide si ese es el camino que quieres seguir —le dijo, y se marchó también.

El resto del día fue extraño. Anthony se reunió con el conde para ponerle al día de los asuntos de las tierras y comieron juntos en sus habitaciones. Alyssa alegó un fuerte dolor de cabeza y también pidió que le subieran la comida. De hecho, no salió de sus habitaciones hasta la hora de la cena.

La cena de aquella noche fue muy incómoda. Dominic se percató de que algo había pasado, pero hizo caso de su buen juicio y no preguntó nada. Anthony miraba a Alyssa con la duda dibujada en la cara. Quería pedirle disculpas, pero no parecía que ella quisiera escucharle, ni siquiera para oírle pedir perdón.

Se había comportado como un bruto y había acusado a su esposa de manera inaceptable. Sin contar con que había desconfiado de su propio hermano. ¡Qué idiota había sido! Pero volvía a casa con ganas de reencontrarse con ella, de ver si podían avanzar desde donde lo habían dejado la madrugada del día en que él se fue, con ilusión por verla, y lo que ocurrió fue que la encontró abrazada a Daniel. Sintió que el corazón se le rompía un poco en ese momento y no supo valorar la escena al completo.

Miró a Alyssa. Comía muy erguida y se percibía la tensión en su cuerpo y en su cara. Tenía los ojos brillantes, la barbilla levantada y las aletas de la nariz dilatadas. Dios, estaba bellísima con ese vestido verde y los colores que el enfado había hecho aparecer en sus mejillas.

Anthony fantaseó con la idea de echar a todo el mundo del salón, acercarse a su esposa, acariciarle la mejilla, darle un suave beso en los labios y decirle que le perdonara por ser así, que se había vuelto loco al ver que tocaba a un hombre que no era él, y que el cariño que a él le gustaría recibir de sus brazos lo dedicaba a alguien que, sin duda, lo merecía más. Que sentía no haberla apoyado desde que llegó y, aún más, haberla dejado abandonada durante días, y que le diera la oportunidad de volverlo a intentar.

La voz de su hermano lo devolvió al presente.

—¡Anthony! ¿Qué te ocurre? Te digo que si quieres más vino.

Miró a Dominic, confuso, y parpadeó. Negó con la cabeza. Dominic le devolvió la mirada con la cabeza ladeada, intentando entender qué estaba ocurriendo en esa sala donde solo él parecía ignorante, pero Alyssa echó la silla hacia atrás y se levantó de forma brusca. Los tres caballeros se levantaron también.

—No es necesario que os levantéis —dijo ella, en un murmullo—. No me encuentro bien, si me disculpáis, me retiro ya.

Y, sin decir nada más, salió de la sala con rapidez.



Cuando llegó a su habitación, respiró hondo y trató de calmar a su corazón, que galopaba a toda velocidad. Estaba muy enfadada con Anthony por su falta de confianza. Pero había visto su cara esa noche, y hubiera jurado que estaba a punto de disculparse. Cuando esos ojos verdes la miraban con esa profundidad, destacando en su moreno rostro, ella sentía que su enfado se evaporaba, y no quería que fuese así. Tenía razón en indignarse. Aunque, si lo pensaba, la escena que él se había encontrado daba lugar a equívocos. No era muy apropiado abrazar a un hombre que no era tu esposo, aunque fuese su hermano, y menos cuando entre tu marido y tú aún no había habido intimidad.

Suspiró, frustrada y cansada. No quería seguir así, pero no pensaba dar su brazo a torcer. Tenía razón y, si cedía cuando estaba convencida de que su postura era la correcta, tenía miedo de que en todo su matrimonio tendría que ser ella la que tuviera que plegarse a los deseos de su esposo. Y ella sería una buena esposa, pero no sumisa ni dócil. Ni ella era así, ni había fuerza en el mundo capaz de doblegarla.

Resopló, a medio camino entre el enfado, las ganas de llorar y esa extraña sensación que sentía en el vientre cada vez que pensaba en su marido, en su cuerpo grande y fuerte y en la cara plagada de ángulos masculinos.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

—¿Señora?

La voz de Maggie le provocó una ligera decepción. ¿Era posible que hubiera deseado que fuera el insufrible de Anthony? Suspiró de

nuevo.

—Pasa, Maggie.

Cuando la doncella se marchó dejándola ya lista para ir a la cama, se sentó a escribir en su diario. Poner sus ideas por escrito siempre la calmaba y le ayudaba a verlo todo con perspectiva. Cuando terminó, decidió que al día siguiente hablaría con Anthony. Si era ella la que debía comportarse como una adulta para que aquello funcionara, lo haría. Apagó de un soplido la vela y cerró los ojos.



En la habitación del otro lado del pasillo, Anthony, que también se había retirado ya, daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. El sentimiento de culpa, la preocupación y algo más, una creciente excitación que no podía evitar y que era más y más evidente cuanto más pensaba en su esposa, le hizo estar a punto de saltar de la cama y acudir a su habitación a pedirle perdón y besarla, como llevaba teniendo ganas de hacer desde que la vio por primera vez en aquel baile tan aburrido en Londres.

Pensó en el mequetrefe con el que ella parecía que iba a casarse, el que había arrastrado su buen nombre por el barro. ¿Seguiría enamorada de él? Había pasado muy poco tiempo, el dolor de la traición seguiría aún fresco, y ella parecía muy enamorada, por lo que había escuchado.

Un pellizco le atravesó el corazón. ¿Y si seguía queriéndolo? ¿Cómo iba él a reclamar su derecho como esposo, si ella estaba pensando en otro hombre, a pesar de su traición? Ella era muy joven y su corazón no estaba curtido.

Volvió a girarse. Resopló. Sus pensamientos no eran los más felices, pero su cuerpo no parecía darse cuenta. Una parte de su anatomía estaba tan henchida y rígida que comenzaba a ser doloroso. ¿Dónde iba así? Si aparecía en la puerta de Alyssa en esas circunstancias, ella echaría a correr sin mirar atrás hasta volver a Londres. Se asustaría.

Otro giro. Decidió dejarla tranquila. Hablaría con ella al día siguiente, cuando él estuviera un poco más sereno.

Capítulo 17

Alyssa despertó cuando Maggie descorrió las cortinas. A pesar del día tan horrible que había tenido la jornada anterior, o tal vez por eso mismo, había dormido como un tronco. No recordaba ni un sueño: nada. Se desperezó y se sentó frente al tocador. La doncella comenzó a peinarle el pelo.

—¿Cómo se encuentra hoy, señora?

—Estoy mejor, gracias. ¿Lord Greenway esta abajo desayunando?

Maggie negó con la cabeza.

—Ya sabe que lord Greenway es muy madrugador. Salió apenas despuntó el sol al límite oeste de la propiedad. El señor Dominic ya se encuentra desayunando y el señor Daniel está terminando de vestirse, señora.

Alyssa se sintió decepcionada, aunque no sorprendida. Con toda probabilidad, Anthony estaría fuera toda la mañana. Miró por la ventana. Había salido un buen día, así que decidió que iría al pueblo.

Cuando bajó a la salita del desayuno Daniel ya estaba con Dominic y ambos leían el periódico.

—¡Buenos días, Alyssa!

Saludaron ambos, levantándose hasta que ella se sentó. La joven descubrió que tenía mucho apetito, y dio buena cuenta de sus huevos revueltos y unas tostadas recién hechas. Dominic la miró, sonriendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, dando un sorbo a su té con leche.

—Veo que hoy te encuentras mejor —respondió él.

Alyssa asintió.

—Sí. De hecho, me gustaría aprovechar este maravilloso día para acudir al pueblo. ¿Hay alguna novedad? —preguntó en dirección al señor Chipperfield, que estaba en la puerta, por si lo necesitaban. Este asintió.

—La señora Hayes dio a luz hace un par de días. Tanto ella como la pequeña están bien.

Ella asintió.

—Bien, pida por favor a la señora Connell que me prepare una canastilla. En cuanto acabe de desayunar, Maggie y yo iremos a visitarla. Y téngame al día de todos los acontecimientos relevantes en el pueblo, ya sabe: bodas, nacimientos y defunciones.

El mayordomo asintió, impasible. Alyssa se giró hacia sus cuñados, que habían intercambiado una mirada cómplice.

—¿Es apropiado que vaya tan pronto? —preguntó, con el ceño fruncido.

Dominic asintió.

—¡Desde luego! Como te dije el otro día, nuestra madre hacía lo mismo. Es bueno crear vínculos con los aldeanos, y hace años que nosotros tenemos estas tareas bastante abandonadas.

El señor Chipperfield se adelantó:

—Ordenaré que preparen un coche, señora.

Alyssa hizo el camino a Drudley Cross un poco inquieta. Era la primera vez que iba a interactuar con los habitantes del pueblo. Sabía que esto era lo que se esperaba de ella, pero nunca había tenido este tipo de responsabilidades. Le preocupaba cuál iba a ser el recibimiento de aquellas gentes, pues, al fin y al cabo, eran quienes trabajaban sus tierras y, con el pago de las rentas, permitían que ellos mantuvieran su nivel de vida.

—No se preocupe, señora —le dijo Maggie, que adivinó los pensamientos de su señora—. En general son gente muy amable. Hace mucho tiempo que nadie de la familia acude al pueblo, salvo para alguna celebración religiosa, y seguro que les gusta verla.

Alyssa asintió y miró hacia la iglesia, que ya se divisaba. En realidad, el pueblo estaba a un agradable paseo a pie. Alyssa decidió que saldría a caminar siempre que el tiempo no lo impidiera y se dejaría ver a menudo. Miró su vestido. No había querido arreglarse de forma ostentosa, porque no quería que aquellas gentes se sintieran incómodas. Llevaba un vestido sencillo en color lavanda pálido y una capelina blanca, ya que la mañana, aunque agradable, estaba un poco fresca. Guantes blancos y un bonete de algodón blanco completaban aquella mañana el atuendo de Alyssa.

Cuando llegaron a la casa de los Hayes, Alyssa bajó del coche y llamó a la puerta. Era una casita de ladrillo de una sola planta con el

tejado de paja y dos pequeñas ventanas en la fachada. Tenía macetas en el alfeizar con caléndulas y nomeolvides y parterres de lavanda en una esquina, pegados a la pared. Alyssa inspiró su aroma y trató de relajarse.

La puerta se abrió y apareció una mujer de unos treinta años con un bebé pegado al pezón. Cuando vio a Alyssa la miró confusa y ella se dio cuenta de que no la había reconocido. Lógico, no la había visto nunca. Compuso una amplia sonrisa y se presentó. Entonces la mujer abrió mucho los ojos y dio un paso atrás.

—¡Lady Greenway! No la esperaba. Dios mío, disculpe mi aspecto.

Alyssa sonrió.

—Su aspecto no puede ser mejor, teniendo en cuenta que acaba de dar a luz. ¿Cómo se llama? —preguntó, señalando al bebé.

La señora Hayes intentó controlar el rubor que se extendía por su rostro.

—George. Pero ¡pase, por favor!

La mujer se apartó un poco para dejarles vía libre. Accedieron a una sala de tamaño mediano presidida por una chimenea y una mesa de madera rodeada de sillas. El ambiente, aunque sencillo, era acogedor. En un rincón, varios baúles marcaban el inicio de la cocina, austera y pequeña. Al otro lado, dos puertas indicaban, a buen seguro, la entrada a las habitaciones. El techo era bajo y de las vigas colgaban ramilletes de hierbas de distintos tipos.

Alyssa se sentó donde la anfitriona le indicó y tendió los brazos para coger al bebé mientras ella preparaba el té. El pequeño se veía saludable y tenía buen color. Alyssa sintió un pellizco de ternura en el pecho.

—¿Tiene más hijos? —preguntó.

La señora Hayes se echó a reír.

—¡Ya lo creo! Tres varones y dos niñas más, lady Greenway. Casi todos están en la escuela, menos Thomas, que hoy no se encontraba bien y está durmiendo —dijo, y señaló a una de las puertas que daba a las habitaciones.

La educación no era una prioridad para los campesinos, pero Alyssa se había enterado, por la señora Connell, de que la difunta lady Waterford había puesto en marcha un programa para que todos

los niños supieran, al menos, leer, escribir y hacer cuentas básicas. Hasta que ese nivel de educación no estuviera completo, los niños no tenían permiso para ponerse a trabajar con sus padres.

Alyssa supo que el conde había mantenido el patronazgo como recuerdo a su esposa, aunque nunca había visitado la escuela. Decidió que ella acudiría de visita en cuanto pudiera.

—Le gusta —dijo la señora Hayes, mirando al bebé que jugaba en el regazo de la baronesa.

Dejó en la mesa el juego de té, un poco tosco, pero bonito. Alyssa devolvió al bebé a su madre y ella sonrió cuando vio su mirada anhelante.

—Seguro que, en breve, es usted quien sujeta a su propio bebé —le dijo con una sonrisa.

Alyssa se la devolvió y ocultó sus dudas. Pidió a Maggie que se sentara con ellas, pues se había quedado de pie al lado de la puerta. La joven doncella titubeó. No era correcto que la señora tomara el té con las criadas, aunque, tal vez, en el pueblo pudieran difuminar un poco los límites de lo socialmente correcto.

Estuvieron charlando un buen rato y Alyssa aprovechó para hacerle muchas preguntas a la señora Hayes acerca del funcionamiento del pueblo y de las tierras. Así, en medio de una conversación informal, la joven se enteró de que los campesinos estaban algo preocupados, puesto que había rumores de que el conde quería aumentar las rentas y eso haría que fueran mucho más apurados todo el año. Alyssa prometió interceder por ellos.

Cuando se marcharon, se despidió de la señora Hayes con una cálida sonrisa y la promesa de volver pronto a visitarla. Al montar en el coche que las esperaba, se percató de un hombre que miraba en su dirección, desde una esquina, con expresión de pocos amigos en el rostro. Estaba muy delgado y su rostro se veía curtido por el sol y cubierto por una barba desastrada que necesitaba un arreglo. Alyssa frunció el ceño, aunque no dijo nada. Sin embargo, le preguntó a Maggie sobre él apenas hubieron salido de Drudley Cross.

—Me he fijado —admitió la joven doncella, muy seria—. Lo conozco. Se llama Connor Lynch y trabajó durante un tiempo en las cuadras del conde.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Alyssa.

Maggie miró a los lados antes de contestar, como si le diera miedo que alguien acechara. Bajó la voz.

—Escuché al señor Connell decir que era un pieza que se colaba en la casa siempre que podía y robaba lo que pillaba: comida, vino, incluso los arreos de los caballos, para luego revenderlos. Cuando se enteró, Anthony lo despidió, aunque rechazó tomar medidas ante los robos. Si el conde se hubiera enterado, ese hombre hubiera salido muy mal parado.

—¿Y por qué nos miraba así?

Maggie dudó.

—Se ha convertido en un agitador. Se pasa los días en la taberna, bebiendo y diciendo cosas feas para poner a los demás en contra de la familia.

Alyssa se preocupó.

—¡Pero eso es horrible!

—Nadie le escucha —dijo Maggie, quitándole importancia—. Pero es cierto que es un dolor de muelas. Una manzana podrida puede acabar pudriendo todas las manzanas de la cesta, ya sabe.

Hicieron el resto del camino en silencio. Alyssa sintió frío, a pesar del agradable sol que lucía ahora alto en el cielo. Se colocó bien la capelina y suspiró. Sabía que no podían ser bien vistos por todo el mundo. Al fin y al cabo, ellos vivían bien mientras otros pasaban estrecheces. Pero le preocupaba que hubiera gente, como ese señor Lynch, que tuviera como meta poner a todos los arrendatarios de sus tierras en contra de la familia. Porque, le gustase o no, ahora era su familia.

Cuando llegaron a la casa, le esperaba la agradable sorpresa de haber recibido una carta de sus hermanas. Subió corriendo a sus habitaciones para leerla antes de la comida:

Querida Alyssa:

Apenas me quedan días de libertad antes de convertirme en una mujer casada. El vizconde no quería esperar más tiempo del necesario y este domingo, dentro de tres días, se leerán las amonestaciones del tercer domingo. La semana siguiente nos casaremos y ese mismo día Lizzie y yo emprenderemos el

camino hacia sus tierras del norte.

Estos días ha venido en alguna ocasión a casa (parece que le han dado a padre un mes antes de tener que abandonar el que hasta ahora ha sido nuestro hogar y que se tenga que trasladar a la villa del campo, lo único que le queda, aunque no sé con qué dinero va a mantenerlo en funcionamiento) y hemos salido de paseo.

¡Ay, Alyssa! Ojalá pudiera decirte que, conforme nos vamos conociendo, el cariño ha ido surgiendo entre nosotros, pero nada más lejos de la realidad. Es un hombre viejo de cuerpo y de mente. Estricto, severo y avaro, ya ha dejado claro que no voy a tener bonitos vestidos ni joyas esplendorosas, más allá de lo estrictamente necesario para no avergonzar a su título. Como en el campo no podré acudir a bailes ni recepciones, me ha dicho que no me van a hacer falta y que bastante tiene con mantener a nuestra hermana gracias a su generosidad cristiana.

¡Me río yo de su generosidad! En fin, solo espero que nuestro matrimonio de pronto sus frutos, que pueda alumbrar un heredero, que es el motivo por el que me ha aceptado, y así me deje tranquila para que pueda, dentro de la desgracia a la que me voy a ver abocada, estar tranquila con Lizzie un tiempo.

¡Pobre hermana mía! Estoy tan concentrada en mis cuitas que no he respondido todavía a las tuyas. Entiendo que estés tan triste. Cuando de niñas pensábamos que como iba a ser nuestra vida, todas anhelábamos en secreto encontrar el amor y la pasión en nuestro matrimonio. Pero no desesperes, mi hermana querida. Me da la sensación de que Lord Greenway no es tan frío como quiere hacer aparentar. Tal vez un poco tosco, pero ha crecido en el campo con un padre poco interesado y una madre portuguesa. ¡No tengo nada en contra de los portugueses, entiéndeme! Pero no son ingleses y no pueden entender nuestro refinamiento.

El caso es que tal vez, tú le asustes a él tanto como él te asusta a ti, ¿lo has pensado? Eres buena, dulce e inteligente, Alyssa, así que no dudo de que serás capaz de ganártelo y, con el tiempo, quién sabe, tal vez florezca el amor, o, si no, al

menos un tierno cariño. Créeme, es más de lo que yo aspiro a conseguir.

¡Ay, Dios! Lo siento, lo he vuelto a hacer. Estoy tan amargada con lo que el futuro me brinda que me ciegan mis propios problemas. Y yo al menos tendré la compañía de nuestra hermana pequeña, mientras que tú… Bueno, los hermanos de lord Greenway parecen simpáticos, sobre todo el señor Daniel Drudley. Me alegro de que te estén ayudando a adaptarte.

Tal vez la vida en el campo no sea tan mala. Cuando íbamos a las fiestas campestres de nuestras amigas (¿o debería decir ex amigas? Ni una sola ha dado señales de vida desde nuestra desgracia) siempre comentábamos lo bonita que se veía la campiña en primavera y lo agradable que sería alargar nuestra estancia en lugar de regresar tan pronto al bullicioso Londres.

En fin, te mando mi nueva dirección, porque, entre que te llega esta carta, me escribes y yo recibo tu misiva, estaremos ya instaladas en el campo. Y seré una mujer casada. Escríbenos, por favor. No poderte ver es muy duro para nosotras, después de haber estado juntas tanto tiempo. Queremos saber cómo te va y si vas acercando posiciones con tu marido.

Te quieren con todo su corazón,

Tus hermanas,

Lizzie y Violet.

Alyssa suspiró. Violet tampoco lo estaba pasando bien. Sintió la indignación prender en sus venas. ¿Por qué debían verse tan perjudicadas por una mala decisión de su padre? ¿Por qué no podían ser ellas mismas las que demostraran si tenían o no honor, virtud y valor? Suspiró. Era difícil asumir a veces que una acción de un solo hombre pudiera hundir a una familia entera.

Maggie llamó a la puerta y la distrajo de sus pensamientos. Apenas tuvo tiempo de asearse y cambiarse de ropa para la comida. Estuvieron todos y el ambiente seguía tenso.

—¿Estás bien? —le preguntó Daniel en voz baja, mientras le acompañaba a la silla.

Ella asintió.

—Sí, gracias por preocuparte. ¿Y tú?

—Lo arreglaremos —dijo el joven.

Anthony los miró de reojo, sospechando que hablaban de él, pero no dijo ni una palabra. La comida transcurrió en un ambiente tenso salpicado de comentarios educados y poco personales.

Daniel y Anthony apenas se miraban y se dirigían el uno al otro con monosílabos. Dominic miraba a todos con ojos interrogantes, pero sin preguntar nada al respecto, y Anthony no podía apartar la vista de su esposa, a quien miraba con ojos de carnero.

El enfado de Alyssa había remitido, incluso a su pesar. Quería seguir indignada, pero ver los evidentes esfuerzos de Anthony por congraciarse con ella le había ablandado el corazón. Además, su resolución de hablar con él y dejarse de malos entendidos le había dado paz. Lo abordaría después de comer.

—¿Cómo ha ido en el pueblo, Alyssa? —preguntó Dominic.

Anthony levantó la cabeza.

—¿Has ido al pueblo?

Ella asintió y contestó, mirando a Dominic.

—Sí, me pareció buena idea. Llevé una canastilla a una madre reciente. Ha sido muy agradable.

Anthony asintió con la cabeza. Le parecía muy buena idea, pero no quiso decir que lo aprobaba, para que ella no pensara que necesitaba su permiso.

—Sin embargo, al irnos —dijo Alyssa, cuya sonrisa había desaparecido—, un hombre me miró de una forma tan desagradable que me dio escalofríos. Según Maggie, es un agitador.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Anthony, con el ceño fruncido.

—Connor Lynch.

Dominic asintió.

—Lo conocemos. Sabemos que anda diciendo tonterías por ahí, pero no es peligroso.

—Es solo un mequetrefe que no sabe la suerte que tuvo de no dar con sus huesos en la cárcel —dijo Anthony—. No te preocupes por él.

Alyssa asintió, pero la sensación de que ese hombre podía ser peligroso no desapareció.

Capítulo 18

Después de la comida Anthony se retiró a su despacho a revisar unas cuentas. Alyssa esperó un poco y después se dirigió a su puerta. Respiró hondo, tratando de calmar los latidos de su corazón. Deseaba tener esta conversación, arreglar las cosas. Le intimidaba encarar a Anthony, porque no sabía cómo reaccionaría. ¡Por favor, si ni siquiera lo conocía! Y al mismo tiempo, anhelaba tenerlo cerca y que volviera a mirarla como noches atrás, en la cocina, al amanecer. Solo recordarlo hizo que le temblasen las piernas.

Cogió aire y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo la voz de Anthony.

Cuando este la vio aparecer abrió mucho los ojos, incrédulo. Se levantó de un salto.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Alyssa negó con la cabeza.

—No. Siéntate, por favor. Me gustaría hablar contigo de algo.

Anthony hizo una mueca.

—Déjame decirte algo primero, Alyssa. Lo siento —dijo, a toda velocidad, para no perder la oportunidad de hablar antes de que lo hiciera ella—. Siento como te traté ayer. No fui justo contigo ni con Daniel, saqué conclusiones precipitadas y te castigué por algo de lo que no tenías culpa.

Alyssa se quedó callada. No esperaba una disculpa, no de él. Entonces asintió despacio con la cabeza.

—Te lo agradezco. Acepto tus disculpas. Entiendo que no fuera agradable para ti verme abrazada a otro hombre, aunque este sea de la familia y esté fuera de toda sospecha. Pero estaba muy asustada y él solo me estaba consolando.

Anthony cerró los ojos un momento, como si le doliera no haber sido él quien estuviera allí para protegerla y abrazarla.

—Lo entiendo. Yo no estaba y no puedo pretender que dejes de vivir en mi ausencia.

Un pequeño silencio, pero esta vez cómodo, de entendimiento, se extendió entre ellos. Entonces Alyssa habló, con voz suave, eligiendo con cuidado cada una de las palabras para que transmitieran exactamente lo que ella quería decir.

—No podemos seguir así, Anthony. No entiendo qué nos está pasando, nunca me había casado antes —sonrió con ironía y la tranquilizó ver la misma sonrisa en los labios de su marido. Esos labios que deseaba ver más de cerca. Parpadeó para centrarse y continuó—, pero sé que esto no es lo habitual.

—No, supongo que no —concedió Anthony, pero antes de que pudiera seguir hablando, ella continuó.

—Apenas nos intercambiamos palabra y, cuando lo hacemos, me hablas como si fuera una extraña, una molestia. ¿De verdad crees que esto puede funcionar así?

Él la miró. Dios, estaba tan bella sonrojada por los nervios, pero, al mismo tiempo, tan calmada y dueña de sí misma. Tuvo el impulso de levantarse, rodear la mesa y besarla, pero aquella era una conversación seria y decidió darle el respeto que se merecía.

—No sé qué decirte, Alyssa. Esto tampoco es fácil para mí. Nunca había pensado en casarme y, de pronto, tengo un ultimátum de mi padre sobre la mesa. Tuve que casarme con alguien a quien no conocía, sin ni siquiera un tiempo de cortejo, sin conocernos, solo para cumplir las expectativas de mi padre. Te he dado un hogar, puedes hacer lo que te plazca, eres libre de actuar como creas que debes hacerlo, siempre que mantengas la dignidad del título que portas. ¿Qué más quieres que haga?

El rostro de Anthony, habitualmente impasible, mostraba una expresión de profunda frustración. Alyssa sintió un nudo en la garganta cuando se dio cuenta de que él también estaba atrapado, que no había podido elegir. Distintas circunstancias, pero la misma obligación.

—¿No has podido elegir? Al menos me elegiste a mí, aunque sigo sin entender por qué. ¿Y yo qué? Yo tampoco quería esto. Hace poco tiempo asumía que mi vida iba a ser muy distinta y, de pronto, me encuentro arrancada de mi hogar, de la compañía de mis hermanas, de todo lo que conocía, y casada con un hombre que ni

me mira.

—No, yo…

Anthony no supo cómo continuar. No sabía cómo expresar su dolor por lo mal que lo había tenido que pasar, su pena por ser el causante de su desdicha. Quería decirle que no la miraba para no sentir el impulso de acercarse y reclamar su derecho como marido, de arrancarle la ropa y besar todo su cuerpo con pasión, aunque los pensamientos de Alyssa siguieran con aquel petimetre londinense que la había traicionado. No supo ordenar y expresar sus sentimientos, y por eso calló. Alyssa lo tomó como una confirmación y siguió hablando, con un nudo en la garganta.

—¿Y qué hacemos? —preguntó—. Estamos aquí, atrapado en un matrimonio sin amor, y no dejo de preguntarme si algún día eso cambiará, si podremos construir un futuro juntos.

Las lágrimas que había estado conteniendo se derramaron sin poderlo evitar. El expresar en voz alta el hecho de que su esposo no la amaba le produjo un pesar tan profundo que le costaba respirar, aunque no entendía por qué.

Anthony contrajo el rostro. Se levantó, rodeó la mesa y se puso frente a ella, aunque titubeó y no se atrevió a abrazarla. Sin embargo, el espasmo que apretó su corazón al verla llorar le impulsó a poner su mano en el hombro de Alyssa para luego acariciar su mejilla y levantarle la barbilla. Miró esos ojos cuajados de lágrimas como si quisiera transmitirle todo eso que no sabía expresar. Ella le devolvió la mirada, y la inocencia y el miedo que vio en esos ojos lo impulsó a hablar.

—¿De verdad crees que no me importas? He hecho todo lo posible por…

La joven lo interrumpió y le preguntó, con voz quebrada:

—Dime que esto tiene algún futuro, Anthony. Dime que no soy solo un error del que no sabes cómo hacerte cargo.

Él sacudió la cabeza.

—Tenemos un futuro juntos, Alyssa. Sé que lo tenemos. Solo necesito encontrar el modo de que esto funcione. Démonos tiempo.

Ella asintió, y la tristeza que oprimía su corazón se disipó solo un poco. Seguía doliéndole que su esposo tuviera que trabajar en

aceptarla, en que su presencia no le desagradase, pero al menos, había admitido que le importaba algo, y que se esforzaría para que aquello saliera adelante.

Anthony, por su parte, se dio cuenta, con gran sorpresa, de que el reconocimiento de su esposa de que aquel era un matrimonio sin amor le había dolido en lo más profundo, aunque no podía negar la verdad de sus palabras. Porque ella no le amaba a él, eso estaba claro; sufría por aquel matrimonio. Y él no la amaba a ella ¿No era así? Frunció el ceño, confuso. Luego volvió la mirada hacia Alyssa, que seguía observándolo con aquellos ojos color miel que calentaban algo en su interior que siempre había permanecido congelado. Se acercó a ella y le dio un suave beso en la mejilla.

—Dame tiempo —repitió—. Me tengo que acostumbrar también yo a ser un hombre casado.

Ella cerró los ojos y un estremecimiento recorrió su columna al sentir los labios de Anthony en su cara. Tuvo que contener el impulso de girar la cabeza para que fuese su boca la que recibiera aquel beso. Le costó toda su fuerza de voluntad no derretirse ante aquel hombre y demostrar lo mucho que su presencia le afectaba. Respiró hondo, asintió y se levantó. Su mano se extendió hasta el rostro de Anthony y se posó en su mejilla un momento. Los dedos, ligeros como alas de mariposa, le hicieron una suave caricia al retirarse.

—Me ha gustado poder hablar así contigo, esposo.

Dijo, y se marchó, sin ser consciente de la cara que se le quedó a Anthony cuando le oyó dirigirse a él por ese nombre. Cuando ya se había marchado, él siguió mirando la puerta por la que había salido, con la mano apoyada en la mejilla que ella había acariciado y los ojos abiertos por la sorpresa de notar que su corazón se había saltado un latido cuando escuchó la palabra «esposo» salir de esos labios tan rojos y apetecibles.

Capítul0 19

En los días siguientes, aunque Anthony pasaba gran parte del día fuera y muchas veces ni siquiera acudía a comer, la relación entre ellos se volvió más cordial. Alyssa veía a su esposo preocupado por algo, aunque, cuando le preguntaba, él siempre respondía con un «No debes preocuparte por nada» que, aunque sabía que decía por protegerla, la mantenía en un estado de ignorancia que no le gustaba.

Una noche a Alyssa le apeteció tomar una taza de leche caliente antes de dormir. Decidió bajar a las cocinas a por ella en lugar de molestar a Maggie, que ya debería estar durmiendo. Pasearse en camisón por la hacienda se estaba convirtiendo en una costumbre, pensó, pero a esas horas la casa estaría desierta. Se echó un chal por encima y bajó descalza las escaleras.

La cocina estaba casi en penumbra, iluminada apenas por las brasas moribundas del hogar. No esperaba encontrar a nadie allí a esa hora. Mucho menos a Anthony.

Estaba de espaldas, encorvado sobre la mesa de trabajo. Tenía la camisa remangada y una vela encendida junto a un cuenco con agua teñida de rojo. Su mano izquierda goteaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alyssa, alarmada, con un hilo de voz.

Anthony se giró con un respingo. Sus ojos, cansados y sombríos, se abrieron un poco más al verla.

—Nada grave. Estaba arreglando el límite del prado sur y me he caído. La piedra del muro tenía los bordes filosos y me he cortado. No quería molestar a nadie.

Anthony no había cenado con ellos porque aún no había regresado para cuando los demás se sentaron a la mesa, y ella no lo había visto desde la mañana. Se le veía agotado.

—¿Y pensabas apañarte tú solo? —preguntó.

Él encogió los hombros, casi avergonzado.

—He hecho cosas peores sin ayuda. No es nada.

Alyssa se acercó sin pedir permiso. Le apartó la mano con cuidado y se sentó frente a él. La herida no era profunda, pero sí fea, una línea rojiza con los bordes sucios.

—Se infectará si no limpias esto bien. Dame.

Anthony obedeció en silencio. Ella se movía con soltura, sin dramatismo, sin temor. Buscó un paño limpio, cogió un frasco de aguardiente medicinal y lo vertió sobre la herida sin aviso.

Anthony siseó por el ardor, pero no apartó la mano.

—¿Siempre tratas así a los pacientes? —murmuró, con una sonrisa tensa.

—Solo a los cabezotas.

El silencio que siguió fue inesperadamente cómodo. Alyssa limpiaba la herida con suavidad y Anthony la observaba sin disimulo. Había algo hipnótico en su concentración, en la manera en que fruncía ligeramente el ceño, en cómo sujetaba su mano con firmeza y ternura a la vez.

—¿Haces esto a menudo? —preguntó él.

—¿Cuidar de gente terca que se niega a pedir ayuda? A decir verdad, no, pero practico contigo —respondió ella, sin levantar la vista.

Anthony soltó una risa baja, casi inaudible. Era la primera vez en semanas que reía sin sarcasmo.

Cuando Alyssa terminó de vendar la herida, no soltó su mano de inmediato. Levantó la vista y se encontró con sus ojos. Estaban más cerca de lo que esperaba. Más cerca de lo que era prudente.

—Gracias —dijo él, en voz baja.

Ella asintió, sin moverse. Durante un instante, el aire se cargó de algo que no era solo agradecimiento. Pero entonces, como si ambos recordaran dónde estaban y cómo eran las cosas entre ellos, se soltaron al mismo tiempo.

—Deberías descansar —dijo ella, apartándose y recogiendo los frascos.

—Sí. Tú también.

Él salió primero, pero justo antes de cruzar la puerta, se volvió un segundo.

—Alyssa.

Ella lo miró.

—Si no hubieras bajado… Me siento mucho mejor. Gracias.

Y desapareció por el pasillo, dejándola sola con el pulso acelerado.



Las dos veces que, en esas semanas, había vuelto al pueblo tras su primera visita había sido bien recibida, pero notaba que la gente iba teniendo cada vez una cara más seria y preocupada también. Cuando se lo comentó a la señora Hayes, con la que había creado una relación cordial, esta sacudió la cabeza y sus ojos se apagaron un poco.

—La situación del campo no es buena, señora —dijo—. Está lloviendo más de lo habitual en esta época. La primera cosecha de heno no fue mala, aunque los suelos comienzan a estar agotados, pero no hemos podido realizar la segada o segunda cosecha. Los hombres miran con preocupación al cielo y se preguntan si la cebada y el trigo aguantarán.

Alyssa asintió.

—Entiendo. Es una situación complicada, rezaré porque las lluvias amainen.

Pero las lluvias no se redujeron. A lo largo de julio, los días en que Alyssa podía salir de casa a montar, pasear o, simplemente, tomar el aire, fueron los menos. Como se aburría, a pesar de dedicar gran parte de su día a leer y escribir a sus hermanas, decidió redecorar su dormitorio, para poder, al menos, sentir que tenía algo suyo en su nuevo hogar.

—Me parece una idea magnífica —le dijo Anthony cuando ella expuso sus intenciones en una comida.

Sabía que la habitación que ahora era suya había pertenecido a su madre y sabía con cuanto amor la recordaban, así que quiso avisar a los tres hermanos para que no sintieran que les estaba arrebatando algo de su recuerdo.

—Es bueno que te sientas útil —continuó—. Es tu hogar ahora, Alyssa. Haz lo que consideres.

Así que Alyssa mandó llamar a un decorador que vivía en Bath, cerca de allí, para consultarle sobre la posibilidad de modificar

algunas de las salas de la casa.

—Me gustaría modernizar un poco el dormitorio —le explicó al señor Clapton.

Ese hombre había aprendido su arte con Thomas Hope, el famoso decorador, en Londres. Había oído hablar muy bien de él, así que le escribió y le pidió que acudiera a Drudley Manor para tener una entrevista y ver si sus visiones eran similares.

El señor Clapton llegó justo después del almuerzo. Vestía como un burgués pagado de sí mismo y llevaba un monóculo que se ajustaba de forma constante. Había hecho mucho dinero en Londres, pero, por algún extraño motivo, había decidido volver a su Bath natal dejando atrás un prometedor futuro. Sin embargo, lo que había conseguido es convertirse en el decorador más solicitado de toda la nobleza rural del sur de Inglaterra así que, al parecer, la jugada le había salido bien.

Acompañó a Alyssa en un tour por la mansión. Asintió con afectación:

—Sí, es evidente que el comedor necesita un buen cambio. ¡Y también esta salita! —dijo, llevándose una mano al pecho, cuando entraron en la sala de fumar, forrada de madera y con cortinajes de un pesado terciopelo oscuro—. Es decir, es muy masculina y opulenta, pero ahora se lleva la ligereza —dijo, e hizo una floritura con la mano.

Alyssa se paró.

—No quiero tocar los espacios comunes de momento, señor Clapton. Tal vez más adelante. Por lo pronto, solo mis habitaciones.

El señor Clapton asintió y se dejó guiar escaleras arriba, reservándose su opinión acerca de las otras estancias.

—Es cierto —confirmó—. Ese papel pintado en amarillo es precioso, pero ya no se lleva. ¿Qué tal un lavanda suave con ramilletes silvestres morados y verdes? Y este diván —dijo acercándose al sofá junto a la ventana—, sin duda han conocido tiempos mejores. Está desgastado.

—¿Podríamos retapizarlo?

El decorador frunció el ceño de forma casi imperceptible.

—Podríamos. O también, si de verdad desea dejar su impronta en su hogar, podemos cambiarlo por otro más moderno y adecuado, y también más cómodo. Lo podemos tapizar con seda de color verde, a juego con los dibujos de la pared, y cambiar las sillas para que hagan juego. También habría que cambiar el aparador y la mesa, claro, para que todo siguiera el mismo estilo, y tal vez, poner unas cortinas de un color un poco más claro.

Alyssa miró a las pesadas cortinas de la habitación. Lo cierto es que no pegaban en esa estancia, donde todo evocaba luz y alegría. Asintió.

—De acuerdo —concedió—. Pasemos al baño.

Continuaron el paseo y después les sirvieron un refrigerio en el salón. Alyssa le explicó algunas ideas que había tenido y el señor Clapton aplaudió, entusiasmado.

—¡Sin duda, tiene un talento innato para esto, lady Greenway! Es una idea maravillosa.

Alyssa sonrió, emocionada. Nunca hubiera creído que le fuera a gustar tanto todo aquello. La tarde se pasó tan rápido que, para cuando se dio cuenta, el sol había comenzado a bajar. El señor Clapton se levantó de un salto e hizo una afectada reverencia.

—El tiempo vuela a su lado, lady Greenway, pero lamentablemente debo marcharme ya.

Alyssa ordenó que prepararan el coche para devolver a aquel hombre a su domicilio.

—Le diré algo a la mayor brevedad posible —prometió, sabiendo que antes debía conseguir el permiso del conde.

Cuando se marchó, Alyssa le pidió a Maggie que le preparara un baño. Estaba agotada, aunque no había hecho otra cosa en las últimas horas más que hablar, planificar y atender detalles como la textura de la seda o el peso del terciopelo. Dejó caer la cabeza hacia atrás en el diván, cansada y satisfecha.

—¿Todo bien?

La voz le sacó de su letargo. Vio a Anthony en la puerta, que le sonreía apoyado en el marco. Llevaba barro en las botas, así que no cruzó el umbral, pero la vista de Alyssa se perdió en sus fuertes brazos, que aún resaltaban más en mangas de camisa y en aquella

posición, con los brazos cruzados. Su mano vendada tenía buen aspecto. La sonrisa traviesa que decoraba su rostro hizo que a Alyssa se le agarrara un extraño pellizco debajo del ombligo. Más abajo, si tenía que ser sincera. Sonrió, relajada.

—Se acaba de ir el decorador.

Anthony se perdió en aquella sonrisa, en el brillo de sus ojos cuando no estaba a la defensiva. Quería verla siempre así, relajada, dueña de su hogar.

—Espero no encontrarme una casa totalmente distinta cualquier día de estos —dijo, burlón.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Solo mi habitación… de momento. Tampoco quería ser muy ambiciosa.

Anthony soltó una carcajada que caldeó la sangre de Alyssa. Se puso en pie. No quería ser atrevida, pero se moría de ganas de que esos brazos fuertes la rodearan. Y era su marido. Tal vez, si se acercaba un poco más, él entendiera.

Anthony contuvo el aliento cuando vio que ella se acercaba hacia él. ¿Sería posible que quisiera que hubiera contacto físico? Estaba con los brazos cruzados porque físicamente le dolía no estirarlos hacia ella para atraerla hasta que su pecho chocara con el suyo. Pero no quería asustarla, así que mantuvo el gesto, esperando que ella se acercara más y dejara claras sus intenciones.

La mirada se les quedó prendida, pero entonces Maggie apareció y rompió la magia.

—Buenas tardes, señor. Señora, el baño está listo. Debe darse prisa o llegará tarde a la cena.

Ambos parpadearon y Alyssa miró a su doncella, disimulando el gesto de frustración.

—Está bien, Maggie, ahora mismo voy.

Terminó de cubrir el camino que le separaba de la puerta, que estaba bloqueada por la inmensa mole que era su marido, pero este no se movió. Con una sonrisa pícara, dejó que ella tuviera que caracolear como una serpiente para poder pasar, rozándose con él en el camino. No dejó de mirarla en todo el proceso, así que fue testigo de cómo unos adorables colores subían hasta sus mejillas.

—¡Señora! Está sofocada, ¿se encuentra bien?

Alyssa murmuró algo ininteligible y comenzó a subir las escaleras. Anthony sonrió. Tal vez era él quien la había turbado, ¿sería posible que no le fuese tan indiferente? Desde luego ella a él sí le había descompuesto. Miró hacia el bulto que destacaba en sus pantalones y suspiró. Era frustrante no tener control de su cuerpo, como si hubiera vuelto a la adolescencia.

—Maggie —dijo sin levantar la voz. Cuando la doncella se giró, le dijo —. Dile por favor al señor Chippefield que se encarguen de prepararme un baño a mí también. Voy lleno de barro y es una magnífica idea.

Cuando las mujeres desaparecieron suspiró y se quedó allí solo, mirando la pared de enfrente, esperando a que se le pasara la vergonzante muestra de su deseo.

Capítulo 20

Cuando Alyssa se retiró a sus habitaciones esa noche, tras una cena de lo más cordial, deseó que Anthony la siguiera. Y creyó, por un momento, que él deseaba lo mismo, porque vio la duda en su mirada, y algo más. ¿Deseo, tal vez?

Alyssa era joven y no sabía qué esperar del matrimonio. A las jóvenes de su posición las educaban en la ignorancia más absoluta con respecto a lo que ocurría en la noche de bodas. Con un poco de suerte, la noche anterior al matrimonio la madre acudía a las habitaciones de su hija para darle un par de consejos o tres, o, al menos, eso había oído de boca de sus amigas cuando contaban las experiencias de sus hermanas mayores. Estas callaban como si hubieran pasado a formar parte de un grupo exclusivo que conocía los secretos de lo que acontecía entre un hombre y una mujer y no soltaban prenda, aunque alguna se había dignado a comentar que era algo tan salvaje, tan alejado de todo lo que se podía considerar civilizado, que era normal que no se hablase de aquello a las jovencitas virginales.

Y Alyssa no tenía madre que pudiera aconsejarla, ni la ayuda de una hermana mayor que ya hubiera pasado por ello. Violet, a esas alturas, con toda probabilidad ya estaría casada, pero había acudido al tálamo con la misma ignorancia que ella. Sin embargo, se negaba a creer que fuese algo tan malo. Lo que sentía cada vez que Anthony la miraba, cada vez que sus cuerpos se rozaban o que los labios de él se acercaban a su mejilla, a su frente, era algo primitivo, sí, pero desde luego no era desagradable en absoluto.

Maggie la ayudó a prepararse y, cuando estuvo con la ropa de cama, decidió sentarse a escribir a sus hermanas, en lugar de meterse a la cama. Aunque quería negárselo a sí misma, además, así tal vez le daba algo más de tiempo a Anthony para tocar a su puerta si era lo que deseaba.

Queridas Violet y Lizzie:

Apenas esta mañana he recibido vuestra carta y aquí estoy, antes de irme a dormir, con la pluma en la mano. ¡Os echo tanto de menos! Me han dicho que os puedo invitar a pasar aquí una temporada, y nada me haría más ilusión, aunque imagino que hasta dentro de un tiempo eso no será una opción.

¡Cuánto siento que lord Cavendish sea un hombre tan desagradable, Violet! Si hay alguien que merezca poco ese destino, eres sin duda tú. Rezo porque el vizconde se dé cuenta de la esposa tan maravillosa que tiene y sepa apreciarte como mereces. A veces parece que las cosas no tienen solución y, de repente, aparece un rayo de luz en la oscuridad.

Así es, queridas hermanas, creo que mi situación con Anthony está mejorando. Después de la última discusión, en la que se comportó de forma muy injusta conmigo, tuvimos una conversación. Me pidió perdón y nos prometimos tratar de aceptar nuestra situación y darnos una oportunidad. Sé que ninguno de los dos quería esto, pero, por otro lado… No sé cómo explicar esto, pero cuando estoy a su lado siento un calor en mis venas, un temblor en las rodillas, que no había sentido nunca y que se parece un poco a las novelas que leíamos Violet, Cordelia y yo cuando conseguíamos sacarlas de la biblioteca de la madre de Cordelia, ¿te acuerdas?

Es extraño. No lo entiendo, pero me gusta. En fin, me pongo a divagar y no era mi intención. Envío esta carta a tu nueva dirección, Violet. Espero que me contestéis muy pronto para decirme que las cosas van mejor de lo que pensabais y que sois muy felices en el norte.

Os quiere con toda su alma,

Vuestra hermana,

Alyssa

Alyssa sacudió la carta para que la tinta se secara, dobló la carta, la metió en un sobre y lo lacró. Después se levantó y se acercó a la puerta. Estuvo tentada de abrirla, solo para asegurarse de que Anthony no se encontraba al otro lado pensando en si llamar o no, pero se controló, se metió en la cama, apagó la vela de un soplido y se quedó allí tumbada, mirando al techo, pensando en cómo sería

notar el peso de su marido sobre ella.



Anthony terminó su whisky y se levantó. Los tres hermanos habían pasado al salón de fumar cuando Alyssa se retiró, después de la cena. Su padre, como de costumbre, no había aparecido, y ellos estaban hablando de todo y de nada. La situación con Daniel parecía estar resuelta. Anthony le había pedido perdón y Daniel, que tenía un corazón de oro, había aceptado sus disculpas.

Dominic era muy consciente de que algo había ocurrido entre ellos, aunque se había cuidado mucho de preguntar. También se notaba que miraba a Anthony con una duda instalada en los ojos pero que, haciendo gala de su discreción, no se atrevía a formular. Anthony sabía de qué se trataba. Sus dos hermanos no entendían por qué aún no había consumado su matrimonio, por qué aún no había ido al cuarto de su esposa a reclamar su derecho, y él comprendía sus dudas, pero sabía que no podían entenderle.

Ellos creían que, por alguna razón incomprensible, no se sentía atraído por Alyssa, que rechazaba su contacto porque no le gustaba, y que discutían porque él se había visto obligado a casarse en contra de su voluntad. Si les explicara que eso no era así, que se arrepentía de muchas cosas en esta vida, sobre todo de cómo había tratado a Alyssa desde que llegó allí, pero nunca, nunca de haberla elegido como esposa… Si les dijera que su cuerpo entero le suplicaba que la tomara y la hiciera suya, pero que no quería hacerlo porque quería respetar su dolor, dejar que su corazón se olvidase del insufrible Preston, que la había traicionado, antes de intentar que comenzara a latir por él, que quería que ella sintiera la misma desesperante necesidad que sentía él antes de reclamar su boca y su cuerpo…

Sacudió la cabeza y se sirvió otro. Sus hermanos negaron con la cabeza cuando él les ofreció más y se sentó de nuevo.

—Hermano, ¿no crees… —comenzó a preguntar Dominic, pero Anthony levantó una mano y lo detuvo.

—No. Sé lo que me vas a preguntar, y no debería estar en ningún otro sitio.

Daniel resopló.

—No soy quién para juzgarte, Anthony —dijo—, pero te estás comportando de una manera muy extraña. No puedo creerme que no desees a tu esposa.

Anthony lo miró ceñudo. No quería pensar mal de su hermano, pero seguía molestándole esa cercanía con su esposa. ¿Y esa frase? ¿No estaría admitiendo de forma velada que él sí se sentía atraído por ella? Daniel pareció adivinar los pensamientos que pasaban por detrás de aquellos ojos que, a la luz de la chimenea y las lámparas de gas, se veían como verdosos mares de tormenta. Su cara se contrajo de indignación y abrió la boca para hablar, pero Dominic se le adelantó.

—Estoy de acuerdo —dijo, y dio un sorbo a su copa—. Lady Greenwall es una mujer muy agradable de mirar. ¡Oye, no te enfades! —dijo, y levantó las manos en señal defensiva—. Por todos los santos, hermano, ¿qué te pasa? Hay que ver lo irascible que estás. Decir que tu esposa es hermosa no es ninguna ofensa, como tampoco que es divertida y simpática.

Anthony volvió a sacudir la cabeza, frustrado.

—No es eso.

Sus hermanos se quedaron callados, esperando que él dijera algo más. No quería quedar como un tonto, pero decidió que no le costaba nada tratar de explicarse.

—No sé si conocéis las circunstancias de la llegada de mi esposa a esta casa.

Ellos negaron con la cabeza. Ya imaginaba que Alyssa no habría contado nada y, desde luego, ni padre ni él lo habían hecho.

—La cortejaba otro hombre, un insufrible petimetre hijo de un conde del que, al parecer, estaba muy enamorada. Pero su padre perdió toda su fortuna de la noche a la mañana en el juego. Quedaron totalmente arruinados y su buen nombre por los suelos.

—No lo sabía, ¡qué horror! —dijo Daniel.

—Aquel joven se desdijo de su promesa en cuanto ella se quedó sin dote y, no contento con eso, intentó manchar su reputación jactándose de cosas que un caballero jamás diría de una dama. Por eso le doy su espacio —dijo, con la cabeza gacha—. Necesita asimilar cómo son las cosas ahora, olvidar a ese mequetrefe, para

poder comenzar una nueva vida aquí, conmigo.

Sus hermanos se le quedaron mirando con la boca abierta.

—No tenía ni idea —dijo Dominic— ¡Pobre Alyssa! Estás siendo muy considerado.

—Pues yo disiento —dijo Daniel—. Entiendo lo que quieres hacer, pero ¿no te has parado a pensar que igual lo que ella quiere es apoyo y cariño? ¿Que igual le gustaría que su esposo le demostrase que se alegra de haberla elegido a ella, y no a cualquier otra?

Anthony dejó el vaso con un golpe seco y se volvió a levantar.

—No debería haberos dicho nada. Y, os lo advierto —continuó, mirando muy serio a sus dos hermanos de forma alternativa—, si me entero de que le habéis hecho cualquier comentario, a ella o a cualquier otra persona, sobre lo que os he contado hoy aquí, desearéis no haber nacido.

Dominic levantó las manos en señal de acuerdo, y Daniel asintió. Anthony se giró para marcharse, pero no pudo evitar oír la frase que Daniel soltó al aire, sin duda, para que él la recogiera.

—Pues a mí no me parece una mujer con el corazón roto.

Capítulo 21

A la mañana siguiente, Daniel esperó a Alyssa para desayunar, aunque ella bajó un poco más tarde que de costumbre y Dominic ya se había marchado. Anthony, como de costumbre, se había ido apenas despuntó el sol. El joven observó a su cuñada sin que esta se diera cuenta. Tal y como había afirmado la noche anterior, no le parecía una mujer que suspirara por un antiguo amor. Lo único que veía era frustración por no conseguir llevarse bien con su esposo, cosa que el parecía de lo más normal. De todas maneras, fue consciente de que había sufrido mucho en poco tiempo. No iba a romper la promesa que le había hecho a Anthony, pero decidió que sí podía intentar hacer la vida de Alyssa un poco más entretenida.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó.

Ella miró por la ventana. Por primera vez en días había amanecido sin llover, aunque no parecía que el sol fuera a brillar, porque el cielo estaba encapotado.

—Me gustaría aprovechar el día para hacer algo en el exterior, pero montar a caballo o ir al pueblo no me parece una buena idea —dijo, con la duda instalada en la cara—. Los caminos tienen que estar llenos de barro.

—¡Tengo una idea! —dijo Daniel.

Cuando Alyssa lo miró, interrogante, él añadió, con una sonrisa.

—Hay una parte de la casa que no has visto de cerca. ¡El gallinero!

La joven se echó a reír.

—¿El gallinero?

Él asintió.

—Puede ser divertido. Cuando yo era pequeño, a veces iba a recoger los huevos con la niñera, y me lo pasaba muy bien. Padre no se enteraba, o nunca me hubiera dejado hacer algo tan poco propio. ¿Quieres probar?

Alyssa le regaló una sonrisa resplandeciente. Era cierto que no parecía muy apropiado para una baronesa andar chapoteando en el barro, pero le apetecía mucho hacer algo entretenido al aire libre.

Luego dudó y miró a su bonito vestido de mañana.

—Pero voy a dejar la ropa hecha un desastre —dijo.

Daniel dio una palmada.

—¡Eso no tiene importancia! Habla con la señora Connel, que te deje ropa de la cocinera o algo así.

La señora Connel dejó muy claro que no le parecía una buena idea, pero, cuando vio que no iba a conseguir que los dos jóvenes cambiaran de opinión, suspiró y consiguió un conjunto apropiado para Alyssa.

Llevaba lloviendo sin para días, así que el suelo estaba lleno de barro, y Alyssa agradeció llevar botas y no sus finos botines habituales. El gallinero estaba en la parte del jardín trasero anexo a las cocinas. Allí había una amplia extensión de terreno donde se cultivaban hierbas y hortalizas, un invernadero para que esas verduras pudieran crecer más meses al año y un amplio gallinero que los abastecía de huevos a diario.

Alyssa respiró hondo: agradecía poder salir al aire libre después de tantos días. Podría haber salido a pasear con capucha, o haber ido a trabajar al invernadero de flores, pero ni sabía cómo cuidar plantas, puesto que nadie le había enseñado nunca, ni le apetecía mojarse. Y no tenía amigas en las haciendas cercanas con las que tomar el té o quedar a charlar. Así que, una vez elegidos los materiales, muebles y telas de la reforma, no tenía mucho más que hacer que leer y ver llover por la ventana.

Y la joven estaba descubriendo una afición por el aire libre que no sabía que sentía. Tal vez en Londres no había estado presente porque no había un entorno tan bucólico, a pesar de sus paseos y jardines, pero allí, en mitad de la campiña, era todo tan verde y exuberante que Alyssa sentía que su corazón se llenaba de gozo al sentir el sol en la cara y el aire en las mejillas.

Aunque sol, sol, no es que estuviera sintiendo. Una gota cayó sobre su nariz y, al mirar hacia arriba, vio el cielo ennegrecerse.

—Parece que va a llover —dijo.

Daniel le quitó importancia.

—Qué va. Eso es solo una nube pasajera. No va a ser un día espléndido, pero la lluvia nos va a dar un respiro. ¡Vamos, ven!

Entremos al gallinero.

Abrieron la cancela y entraron a aquel enorme espacio. Decenas y decenas de gallinas corrían de un lado para otro. Tenían un amplio pedazo de tierra al aire libre y los animales picoteaban por allí en busca de gusanos y restos de verduras que tiraban los trabajadores del huerto y el invernadero. Una hilera de casetas las protegía del mal tiempo y de los depredadores nocturnos.

Alyssa miró por dónde pisaba, pero pronto se dio cuenta de que era inútil tener cuidado y dejó de preocuparse. Sin embargo, las gallinas el imponían mucho respeto. Daniel le tendió una cesta.

—¿Alguna vez has hecho algo parecido?

Alyssa se echó a reír.

—Ni siquiera había visto a una gallina de cerca.

El joven no daba crédito.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Soy una dama de ciudad —dijo ella, llevándose la mano al pecho como si estuviera ofendida—. Jamás me había visto en esta situación.

—Entonces, es mejor que empecemos poco a poco. Primero debes acostumbrarte a ellas. Ven, acércate.

Alyssa se aproximó con precaución a un grupo de aves que estaban picoteando unas hojas de col, pero las espantó y corrieron en desbandada. Una de ellas agitó las alas y dio dos saltos que no llegaron a ser un vuelo, justo a sus pies. Alyssa ahogó un grito y se llevó la mano a la boca, con una risa nerviosa.

—¿Seguro que no hacen nada?

Daniel volvió a reír.

—Seguro, mira.

Y echó a correr entre ellas agitando los brazos. Un caos de cacareos, batir de alas, plumas al aire y gallinas despavoridas llenaron por completo los sentidos de Alysaa, que comenzó a reír.

—¡Son muy tontas! —dijo, casi doblada por la mitad.

Daniel también se echó a reír.

—No son los animales más inteligentes de la granja, eso desde luego —dijo—, pero son simpáticas. Y mucho ojo con esos —señaló a un gallo—. No te arrimes demasiado a ellos, no vayan a pensar

que les quieres atacar.

Alyssa observó con atención. No sabía si sería capaz de distinguir a los gallos, sobre todo si eran jóvenes, pero descubrió que los adultos sí eran fáciles de reconocer, pavoneándose por el gallinero como si todo aquello fuera suyo, con sus plumas de brillantes colores y la roja cresta erguida.

—Son muy bonitos —observó.

—Sí lo son, pero también un poco agresivos. No debes preocuparte —dijo, al ver que Alyssa palidecía y daba un paso atrás—, no te harán nada si actúas de forma normal. Solo ten en cuenta lo que te he dicho y procura no ponerte justo delante de ellos como si fueras a atacar.

Las gallinas tenían ponederos, pero también ponían sus huevos en otros sitios, como rincones o nidos improvisados. Así pues, Alyssa y Daniel empezaron por lo fácil y recogieron al menos una docena de huevos de los ponederos. Alyssa estaba emocionada. Era cierto que nunca había visto una gallina de cerca. En su casa los huevos los traían frescos todas las mañanas y el pollo aparecía asado en su mesa. Se avergonzó un poco de haberse mantenido tan ignorante respecto al origen de alimentos que tomaba a diario. Coger una misma los huevos era toda una aventura para una joven como ella. Pronto la cesta se vio bastante llena. Cuando acabaron con los ponederos, comenzaron a buscar por el suelo, en los rincones y bajo algunos arbustos.

Llevaban ya un rato cuando el señor Gardson acudió a la carrera.

—¡Señor Drudley! ¡Señor Daniel!

Los dos jóvenes asomaron la cabeza de detrás de un arbusto.

—¿Qué ocurre, señor Gardson? —preguntó.

—Una yegua tiene un cólico. El señor Dominic me ha pedido que lo busque para que vaya usted a avisar al veterinario, él estaba con otra cosa.

Daniel asintió y miró a su acompañante.

—¿Nos vamos ya o prefieres quedarte a seguir buscando huevos?

Alyssa se mordió el labio, pensativa. Miró a su alrededor.

—Me quedo —decidió—. Esto es muy divertido.

—Está bien —dijo Daniel—. Pero acuérdate de cerrar bien la puerta a la salida. Si no, se pueden escapar todas y montaremos un buen lío.

Así que Alyssa se quedó sola entre todas aquellas aves. Respiró hondo un par de veces y el penetrante olor del gallinero penetró en sus pulmones.

—Vamos a ser amigas, ¿verdad? —le preguntó a una de ella, que escarbaba por allí.

La gallina terminó de escarbar, levantó la cabeza con un gusano en el pico, la lanzó al aire y se la tragó. Después miró a la cara de la joven con ojos inexpresivos y se marchó cloqueando.

Alyssa siguió buscando huevos. Estaba buscando en un rincón, debajo de un arbusto, cuando resbaló y cayó. Por suerte la cesta con el resto de los huevos estaba en el suelo y no hubo que lamentar más daños que un trasero dolorido. Alyssa se levantó como pudo y miró sus ropas empapadas en barro. Resopló y se frotó el trasero. Menudo batacazo se había dado. Más vale que nadie la había…

—¿Alyssa? Pero ¿qué haces ahí?

Se giró y se encontró a Anthony mirándola desde el otro lado de la valla. Sonrió y le saludó con la mano, pero entonces le vio la cara.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó.

La cara de su esposo vaticinaba tormenta. Abrió la cancela y entró al recinto, cerrando detrás de ti. Cruzó los brazos y la miró de arriba a abajo, con cara inexpresiva. Alyssa parecía una fregona. Llevaba un vestido pardo de buena confección, pero de tela mediocre, y unas botas bastas preparadas para el trabajo duro, pero no para los delicados pies de una dama. Su pelo estaba despeinado y alborotado, con mechones sueltos del recogido, e incluso pudo ver alguna ramita y una pluma enganchadas a él.

Tenía una mancha de barro en la mejilla, eso sin contar con que parecía que se había arrastrado por el suelo con aquellas ropas. Parecía una salvaje, y Anthony nunca la había deseado más. Sin embargo, lo que dijo fue:

—¿No te da vergüenza vestir así a la vista de todos los demás?

Alyssa se quedó parada.

—Pues no —dijo, desafiante—. No me iba a poner un vestido de seda para recoger huevos.

Anthony aguantó la respiración, apretó la mandíbula y sus ojos destellaron.

—Reformularé la pregunta: ¿Te parece apropiado estar recogiendo huevos?

Alyssa resopló.

—¡Oh, vamos, Anthony! No empieces de nuevo, te lo ruego, íbamos muy bien. Solo estoy intentando entretenerme un poco. ¡Nadie me ve!

—¡Yo te veo! —Anthony bajó el tono en cuanto se dio cuenta de que se había exaltado—. Solo te pedí una cosa, una sola, y era que te comportaras con la dignidad que tu título exige.

—Ah, y salir a recoger los huevos de mis gallinas, ¿no es digno?

—¡Pues claro que no! —Aquella cabezota le sacaba de sus casillas —. ¡No eres una criada! ¡Mírate, así vestida! Y si te ve alguien, ¿qué pensará?

—¡Pues supongo que lo mismo que si te ve a ti vestido como un salvaje! —estalló Alyssa—. Apenas te vistes como una persona decente y vas todo el día con esas… esas… —dijo, señalando a la ropa que llevaba puesta. Pero al ver cómo los pantalones ceñían esas piernas fuertes y la camisa abierta mostraba el inicio del vello moreno del pecho perdió el hilo. Parpadeó —¡Esas ropas de campesino!

—¡Pero yo soy yo! ¡Tú eres la baronesa!

—¡Y tú el barón! ¿Es que no puedes entender, cabeza de chorlito, que necesito entretenerme con algo, puesto que mi marido no me presta atención, o me volveré loca?

Anthony acusó el golpe y se calló, pero enseguida contraatacó.

—No busques excusas —dijo—. Si ahora llegan visitas a casa, me avergonzarás, a mí, a ti misma y a toda la familia.

Alysa contuvo un grito, desesperada.

—¡Si llega una visita, entrará por la puerta principal y no me verá! —dijo, gritando, y dando una patada en el suelo— Y si mi valía y la de toda la familia se mide por cómo voy vestida, algo está muy podrido en esta sociedad.

Caminó hacia la puerta a grandes zancadas, muy enfadada, pero el suelo seguía embarrado y resbaló hacia atrás. Cayó de nuevo y Anthony, que fue a agarrarla, fue detrás. Las gallinas comenzaron a revolotear histéricas y de repente un gallo se lanzó a por Anthony.

Alyssa gritó cuando el animal se lanzó cacareando a por él. Su cabeza quedó envuelta en una nube de plumas y lo oyó bracear y jurar palabras que la hicieron ponerse colorada. Cuando Anthony consiguió librarse del gallo estaba despeinado, tenía plumas por el pelo y un rasguño en la mejilla. Estaba colorado y furioso. Se miraron en silencio y entonces, sin poderlo remediar, Alyssa comenzó a reírse como una histérica.

Anthony se la quedó mirando como si estuviera loca, pero de pronto una sonrisa se extendió por su rostro y se hizo más y más grande, hasta que rompió en carcajadas y no pudo parar. Todos los nervios, la tensión, la frustración y el enfado se deshicieron en risas y cuando por fin pudieron parar, ambos tuvieron que secarse las lágrimas de la cara.

Se miraron sin rastro de rencor. Anthony se levantó y le tendió una mano a ella.

—Anda, vamos a la casa. Me temo que esto va a requerir un baño en profundidad.

Ella se incorporó con tanto ímpetu que se chocó contra el pecho de él al levantarse. Él le pasó el brazo por la cintura y la apretó para que estabilizarla, pero entonces ella alzó la vista y la miró. Despeinada, sucia y con las mejillas coloradas, era la mujer más hermosa que Anthony había visto nunca. La vio mirar a sus labios y de nuevo a sus ojos, y le pareció que los colores de sus mejillas se hacían aún más intensos y que un escalofrío recorrió su espalda. ¿Sería posible que estuviera deseando que la besara?

Entonces ella se apretó más contra él, en un acto reflejo, y Anthony ya no pudo controlarse más. Agachó la cabeza y sus labios se apoderaron de los de Alyssa. Con toda su fuerza de voluntad consiguió retener las ansias salvajes que lo dominaban para no asustarla y trató de ir poco a poco. Los labios de Alyssa eran suaves, tiernos e inexpertos, pero se apretaban contra los suyos como si el ardor de su joven esposa no fuera más pequeño que el suyo.

Entonces fue un poco más allá y abrió un poco la boca. Ella se dejó hacer y, cuando la lengua de él asomó y palpó los labios de ella, un gemido ahogado surgió de ellos haciendo que se volviese loco. Siguió besándola mientras la sujetaba de la cintura con una mano y, con la otra, acariciaba ese cuello suave y blanco que tan seductor le había parecido desde el principio.

Alyssa solo había dado un beso en su vida, y no había tenido nada que ver con aquello. La lengua de Anthony danzaba con la suya en un baile que ella nunca había bailado pero que, de alguna forma, conocía. Las manos de su esposo en su cuello y en su espalda le provocaban un calor que no tenía nada que ver con la temperatura externa, y sintió cómo ese cosquilleo que él le provocaba en la parte baja del vientre se hacía más y más fuerte, hasta que, sin saber qué le estaba pasando, tuvo que apretar las piernas para contener ese fuego que se estaba desatando justo donde ambas se unían.

Levantó las manos hasta el cuello de Anthony. Acarició su nuca y entrelazó sus dedos con el cabello despeinado y embarrado. Se apretó contra él y el pequeño gruñido que se escapó de sus labios le hizo pensar que a él aquello le estaba gustando tanto como a ella. Entonces tuvo la necesidad de tomar aire y se retiró un poco, jadeante. Él respetó su decisión y se quedaron con las frentes apoyadas la una contra la otra, respirando con agitación. Anthony tenía los ojos cerrados para contener las ganas de cogerla en brazos, llevarla a la casa y tumbarla sobre la primera cama que encontrara, con barro y todo, para hacerla suya.

Pero aquella no era la forma de seducir a una dama como ella; se merecía mucho más. Cuando abrió los ojos, los de ella estaban a un palmo, mirándolo con fijeza, con esos iris color miel concentrados en su cara. Recorrió con dedos curiosos sus pómulos, los labios que acababa de besar y el contorno de la mandíbula. Anthony rogó porque no bajara al cuello, o no respondía de sus actos. Pero Alyssa se quedó allí, mirándole, con una sonrisa tímida, como si quisiera saber si lo había hecho bien.

Le conmovió que ella quisiera agradarle, a pesar de todo. Se sintió de nuevo como un bruto, poco digno de ella y de su bondad. Besó la punta de su nariz y sonrió.

—Deberíamos entrar en casa.

Ella miró al cielo y arrugó la nariz cuando una gota se estrelló contra ella.

—¡Venga, vamos! —dijo.

Le tomó de la mano y tiró de él hacia la puerta. Anthony se quedó mirando sus manos unidas y luego la siguió.

Capítulo 22

En cuanto los vio aparecer con ese aspecto el señor Chipperfield ordenó que preparan el baño para ambos, cada uno en sus habitaciones. Alyssa se sintió un poco decepcionada por no continuar lo que habían empezado en el gallinero, pero trató de no parecer desesperada y se despidió de Anthony con una sonrisa tímida y la mirada baja.

En el baño, el agua caliente devolvió el bienestar a sus músculos, contraídos tras las dos caídas y el frío barro. Suspiró y echó la cabeza hacia atrás. Maggie la dejó a solas con sus pensamientos un rato, y la joven analizó lo que acababa de pasar. El beso que acababa de experimentar había sido, sin duda, lo más bonito y al mismo tiempo salvaje que había vivido en su corta vida de doncella aristócrata criada entre almohadones con total ignorancia de la vida real.

Se preguntó si aquello sería así siempre o si solo ocurría porque era Anthony quien la había besado. Al fin y al cabo, el beso que le robó Preston había sido mucho más frío y ni de lejos le había provocado esas sensaciones.

Su marido era un hombre inmenso, grande y fuerte, con unas espaldas capaces de sostener el peso del mundo. A veces, su tamaño la hacía sentirse muy pequeña en comparación, pero se dio cuenta de que nunca, ni siquiera cuando él la había tratado con la más fría de las indiferencias, se había sentido desprotegida. Anthony rezumaba control y autoridad y era algo natural en él. Era el hijo mayor, el futuro conde, y tenía unas tierras que dirigir con mano de hierro. No había tenido ni siquiera la posibilidad de ser de otra forma. Sin embargo, con ella, había visto en aquella ocasión una vulnerabilidad en sus ojos, una suavidad en la forma de mirarla, que hacía que su corazón saltara en el pecho impaciente por algo más.

¿Qué venía después? Alyssa maldijo de nuevo la ignorancia a la que tenían sometidas a las mujeres de su clase. Pensó de nuevo en preguntarle a Maggie, igual que estuvo a punto el día en que llegó a

esa casa, pero le avergonzaba profundamente llevar ya tanto tiempo allí y no haber consumado el matrimonio. Así que le tocaría esperar a que Anthony diera el siguiente paso, si es que lo daba.

Maggie volvió y poco después, Alyssa estaba rodeada en esponjosas toallas frente a la chimenea encendida. Maggie le cepillaba el pelo húmedo y le contaba lo que estaba pasando en el pueblo.

—La gente cada vez está más preocupada —le dijo—. No para de llover y los campos están anegados. Han tenido que comenzar la cosecha de heno para que no se echara a perder y está siendo muy mala. Todavía es pronto para comenzar la de cebada y la de trigo, pero ambas están muy dañadas y la gente anticipa que este invierno pasará hambre.

Alyssa se obligó a quitarse de la cabeza a Anthony para prestar atención a aquello: era importante.

—Es cierto que está lloviendo mucho, pero, ¿de verdad esos cultivos se ven tan dañados?

Maggie asintió.

—Mi familia nunca ha cultivado, pero toda la familia de Betty, la segunda ayudante de la cocinera, depende del campo. Sus siete hermanos cultivan las tierras de la familia y están muy asustados. La cosecha de trigo ya se preveía escasa, pero ahora…

—¿Y hay algo que yo pueda hacer para mejorar las cosas?

Maggie sacudió la cabeza, muy seria.

—Nada, salvo rezar por que cesen las lluvias y salga el sol.

Cuando llegó la hora de comer, Alyssa se preparó temprano. Quería probar suerte, porque creía que Anthony no se habría vuelto a marchar y que tal vez estaría trabajando en el despacho. Llevaba idea de hablar con él para que le diera su opinión sobre lo que había dicho Maggie y ver si podían hacer algo. Alyssa no era tonta: sabía que los campesinos tenían que pagar una renta a la familia para poder cultivar sus tierras. Pero, si pasaban hambre, no tendrían para pagar. Eso podía derivar en conflictos sociales; había oído rumores de revueltas en otras haciendas contra señores demasiado duros.

En efecto, la puerta del despacho de Anthony estaba entreabierta. Se acercó e iba a golpear en el marco con los nudillos cuando

escuchó la voz seca y cascada del conde:

—Ya es suficiente, Anthony. No puedes seguir así.

Alyssa se quedó con la mano congelada en el aire, pero Anthony la vio y le hizo un gesto. Ella se asomó.

—Discúlpenme, pensaba que lord Greenway estaría trabajando. Lord Waterford, no les molesto. Sigan con lo que estaban haciendo.

Alyssa se fijó en la mandíbula tensa de Anthony. Le dio la sensación, aunque tal vez se lo estuviera imaginando, de que el rictus se le suavizaba un poco al verla. Sin embargo, enseguida recuperó la posición de alerta.

—Lo siento, Alyssa, mejor nos vemos en el comedor en un rato.

El conde soltó una risa tan seca como su voz.

—¡Ah, no! Que pase. Pasa, criatura, pasa. Al fin y al cabo, es de ti de quien estábamos hablando.

Alyssa miró confusa a su marido y al padre de este de forma alterna. ¿Hablaban de ella? Entró a la habitación con cautela. El aura alrededor del conde era oscura y Alyssa sentía que su respiración se agitaba y su corazón se aceleraba cuando estaba en su presencia, pero no de la misma forma en que le ocurría cuando estaba cerca de Anthony, sino más bien como si fuera un cervatillo que espera que el cazador dispare su rifle. Permaneció en silencio.

—Muy bien —dijo el conde, sonriendo satisfecho, como si le divirtiera verla en aquella situación—. Sigamos. Anthony, como te estaba diciendo, es una vergüenza que no hayáis consumado todavía el matrimonio.

La mandíbula de Alyssa se aflojó y su rostro se enrojeció. Muerta de vergüenza, miró al conde, atónita. ¿De verdad estaba diciendo eso delante de ella? Ya era inapropiado que lo hablara con su hijo, pero hacerlo con ella denotaba, no solo muy poco tacto, sino también un tremendo afán por incomodarla y hacerla sufrir. Anthony le dirigió unos ojos que se habían oscurecido y endurecido.

—Padre, lo que ocurra en mi matrimonio no es asunto suyo.

—Tonterías —dijo el conde. Llevaba un batín de seda sobre la ropa y se apoyaba pesadamente en un bastón con mango de nácar. Su piel estaba amarillenta y grandes ojeras hundían la piel bajo sus ojos, pero estos relucían con malicia y su aspecto era todo menos

frágil y desvalido—. Es mi casa, mi hacienda y mis tierras. Es mi herencia lo que está en juego aquí. Si no sois capaces de cumplir con vuestro deber, ninguno de los dos, tendré que tomar medidas.

—¡Padre, ya vale! —dijo Anthony, levantando la voz—. Alyssa no tiene por qué escuchar esas humillantes acusaciones.

El conde miró a la joven de arriba a abajo de una forma que le produjo escalofríos. El viejo sonrió en una mueca que dejó al descubierto sus colmillos.

—Y yo no tengo por qué mantener a una joven que no sabe cuál es su papel. Te lo avisé, Anthony. Te dije que no trajeras a una muchacha de ciudad tonta y vanidosa, sin hablar de su ignorancia sobre los asuntos básicos de la vida.

Alyssa no aguantó más ese ataque y respondió.

—Mi ignorancia no sería tan abrumadora si la aristocracia no considerara que así es como hay que educar a las jóvenes de nuestra clase. Me pregunto si hubiera preferido, lord Waterford, que Anthony se hubiera desposado con una joven más experimentada. ¿Una campesina, tal vez, que pariera una descendencia sin linaje? ¿Una viuda madura con hijos? Porque, si no es así, la única opción era alguien con tan poca experiencia como la mía.

El conde la miró con tal frialdad que ella contuvo un escalofrío. Anthony, detrás de su padre, la miraba como si se hubiera vuelto loca, aunque le pareció entrever un destello de orgullo en sus ojos.

—¡Fantástico! Has elegido a una respondona. Lo que te faltaba. Escúchame bien, hijo: debes consumar el matrimonio ya mismo. O me dais un nieto en los próximos meses, o me encargaré de que este matrimonio sea declarado nulo, lady Greenway repudiada y devuelta a su padre, esté donde esté ese mentecato sin fortuna, y elija yo quien será la futura condesa Waterford.

—Padre —dijo Anthony, que mostraba un absoluto dominio de sí mismo. Aunque la rabia se filtraba en su voz y tenía los puños apretados, no consiguió que aquel hombre le sacara de quicio—. No puede hacer eso. Me exigió que me casara, y cumplí con su orden. Pero ahora no puede amenazarnos de ese modo. ¡No lo permitiré!

—¿No lo permitirás? —el conde se echó a reír, y a Alyssa le provocó nuevos temblores la genuina diversión que se adivinaba en

esa risa—. ¿Quién te crees que eres? ¡Asume tu lugar y tu obligación, si no quieres enfrentarte a las consecuencias!

El conde se giró y se dirigió a la puerta. Al pasar por al lado de Alyssa, inclinó la cabeza en una muestra de respeto que no era tal.

—¿Y si me niego? —dijo Anthony.

Lord Waterford giró la cabeza, justo antes de salir del despacho.

—Por fortuna, tengo dos hijos más a los que recurrir si el primero me falla —dijo, y se marchó.

Alyssa y Anthony se quedaron mirando. Había sido una escena tan desagradable y denigrante que poco había que decir. Sin embargo, Alyssa no podía quedarse callada.

—Lamento que te hayas visto obligado a casarte —dijo. No pretendía sonar fría, pero no podía evitar que le doliera el corazón al haber escuchado la resignación con la que Anthony había hablado de la imposición paterna—. Veo que no soy la única sin control sobre su destino.

Anthony abrió los brazos y mostró las palmas hacia arriba, en una excusa.

—No quería decir eso, Alyssa.

—Pues yo lo he oído alto y claro.

Anthony resopló.

—¡No es eso! Lamento si te he ofendido, mi padre tiene la extraña virtud de sacarme de mis casillas.

—Pues el utimátum está muy claro —dijo ella levantando la barbilla con todo el orgullo que fue capaz de transmitir—. ¿Tan difícil de aceptar te resulta?

Anthony la miró. Lo único que le resultaba difícil era controlarse para darle a ella tiempo y espacio para que su corazón sanara. No quería reclamar un derecho que ella no deseara. Quería que ella lo ansiara tanto como lo hacía él, y no le importaba esperar. Y, desde luego, no iba a acudir a su lecho para consumar el matrimonio solo porque su padre se lo ordenara, como si él fuera un semental de los establos y ella una de las yeguas.

Alyssa parpadeó, dolida. Tomó el silencio de Anthony como una confirmación, una que ella no esperaba. Al menos, no era lo que había querido esperar. Decidió que no se iba a arrastrar. Tal vez su

marido fuera en el fondo tan frío como su padre, o, tal vez, era solo que no la quería a ella. Había creído leer otras señales, hace un rato, en el gallinero, hubiera jurado que él quería seguir besándola o, al menos, eso le había parecido, tanto por su mirada como por la dureza que había notado bajo su pantalón, pero estaba claro que había confundido su actitud.

Levantó aún más la barbilla, si eso era posible, y habló con la voz más fría que consiguió modular.

—Siento que me eligieras como esposa cuando no me deseabas. ¿Qué esperabas? ¿Cómo pensabas cumplir con las expectativas de tu padre si no sientes por mí lo que deberías de sentir? ¿Tanto te repugno que la idea de cumplir con tu deber, aunque sea sin amor, te resulta intolerable?

—No es eso, yo… —trató de explicarse Anthony.

Ella no le dejó continuar.

—No quiero tus excusas, Anthony, no me interesan. Supongo que debería ir preparando mi equipaje.

Se dio la vuelta y se marchó antes de ver cómo el rostro de su esposo se contraía como si le hubieran propinado un puñetazo.

Capítulo 23

Alyssa salió de aquel despacho con la cabeza alta y toda la dignidad que le fue posible, pero, en cuanto hubo cerrado la puerta tras ella, sintió que las rodillas se le doblaban y se tuvo que apoyar en la pared. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sintió que debería estar pensando qué iba a ser de ella, donde iría, puesto que no quería volver a ver a su padre y dudaba mucho de que el marido de Violet transigiera en hacerse cargo de una hermana más. Le esperaba el triste y frío destino de una institutriz, pero, en lugar de lamentarse de todo aquello, solo podía pensar en la forma en que Anthony le había mirado, en cómo no había sido capaz de darle una respuesta.

Levantó la vista. Debería ir a su habitación y, tal y como le había dicho a Anthony, comenzar a preparar su equipaje, pero no se vio con fuerzas. En su lugar, bajó las escaleras y echó a correr hacia el exterior. El día seguía encapotado y gris, pero ella corrió como alma que lleva el diablo. Furiosa, triste y decepcionada, sintió que la única forma de librarse de la marea de angustia que la inundaba por dentro era sentir el viento en la cara.

En el porche, se cruzó con Daniel y Dominic, que volvían de los establos.

—Alyssa, pero ¿qué te pasa? —preguntó Daniel.

Ella no se detuvo, ni siquiera los miró. Siguió corriendo y se dirigió a los establos.

—Pero ¿qué demonios…? —oyó a Dominic a sus espaldas.

Sin importarle nada que no fuera su propio dolor llegó a las cuadras y encontró al señor Gardson comiendo, sentado con dos mozos en unos taburetes de madera, justo en la puerta de los establos. Los tres hombres se levantaron de un salto.

—Lady Greenway, ¿qué le ocurre?

Alyssa no tenía ni fuerzas ni ganas de disimular. Tenía claro que su aspecto no era el más adecuado, pues las lágrimas corrían sin control mejillas abajo, pero no hizo ningún intento de controlarlas.

—Ensílleme a Duquesa, por favor —pidió, con la voz entrecortada.

El señor Gardson dudó.

—No sé si es conveniente que monte en estas circunstancias, milady —dijo.

—¡Ensíllela! —insistió, un poco más enérgicamente de lo que pretendía.

El encargado de los establos asintió y le hizo un gesto a los mozos, que corrieron al interior. Cuando la yegua estuvo lista Alyssa se subió al taburete y montó, agarró con firmeza las riendas y espoleó al animal, que dio un salto hacia adelante y se lanzó al galope por el camino que llevaba a los campos de la linde norte.

—¡Alyssa!

Oyó la voz de Daniel detrás de ella, pero no se detuvo. Corrió hasta dejar la pista y siguió galopando campo través. Duquesa parecía entender por lo que estaba pasando, o tal vez se contagió de su angustia, pero galopó veloz como nunca a través de la campiña. Entonces Alyssa oyó el sonido de unos cascos detrás de ella. Supuso que Daniel había la había seguido, pero no le apetecía verlo ni hablar con él. Quería estar sola.

—¡Alyssa!

Aquella no era la voz de Daniel. Giró la cabeza lo justo para reconocer a la montura de Anthony y su imponente silueta sobre el animal. La furia creció en su interior. Espoleó a Duquesa.

—¡Vamos, corre! —le gritó.

Sin embargo, los cascos que la perseguían se seguían acercando. Alyssa soltó un breve grito de frustración. Montar con un vestido de mañana en una silla femenina no era una buena idea. La tela resbalaba y la posición no estaba hecha para esa velocidad. Envidió al hombre que llevaba detrás, que podía montar a horcajadas con mucha más estabilidad y seguridad que ella. Sin embargo, decidió que no se dejaría atrapar tan fácil.

Un poco más adelante un murete de piedra separa el terreno que estaba atravesando de otro ocupado por ovejas. Si se paraba a abrir la cancela, Anthony la alcanzaría. Se dirigió al murete y confió en que Duquesa supiera qué hacer: nunca había saltado con ella, se habían limitado a pacíficos paseos y no llevaba mucho tiempo montándola.

Sin embargo, la yegua mostró un comportamiento admirable. Se acercó al obstáculo de frente y voló por el aire ligera como una pluma. Alyssa se inclinó hacia adelante, siguiendo el movimiento, aunque, en el momento de la recepción, se fue un poco para un lado.

—¡Alyssa, deténte!

Oyó que Anthony gritaba por detrás. Chasqueó la lengua y azuzó a Duquesa, mientras recuperaba la posición a la carrera. El siguiente murete lo saltó de forma tan fácil que, sin darse cuenta, se encontró disfrutando de aquella cabalgada. Tal y como se imaginaba, el viento en la cara y la adrenalina en las venas habían desplazado sus preocupaciones y su mente estaba concentrada en el camino que tenía por delante, en el siguiente obstáculo, y en el hombre que le pisaba los talones y que no la iba a alcanzar, no si podía evitarlo.

Llegó a la linde norte, donde un bosquecillo de abedules le dieron la bienvenida. Siguió por la senda.

—¡Alyssa, por favor!

Anthony sonaba muy cerca. Estaba punto de alcanzarla y casi podía oír la respiración de su montura a la espalda. Bufó, frustrada, y entonces vio un árbol que las tormentas de aquellos días habían derrumbado justo en mitad del camino.

—¡No, Alyssa, te lo ruego!

Hizo caso omiso de su marido y voló por encima del árbol. Gritó de emoción cuando llegó al otro lado y frenó. Sabía que tenía a Anthony encima y ya no quería seguir huyendo. Palmeó el cuello de Duquesa y se dio la vuelta. Anthony estaba al otro lado del árbol caído, mirándola como si fuera una aparición.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó, pero Alyssa vio algo, un nuevo respeto, que asomaba a sus ojos.

—Puede —contestó, sin poder evitar la sonrisa que afloró a sus labios—. Pero es la única vez que me he sentido libre en mucho tiempo.

Los ojos de Anthony brillaron. Había pasado mucho miedo por ella. Pensó que se iba a caer y que él tendría que llevar su cuerpo inerte hasta la casa y el terror casi lo volvió loco, pero ella había demostrado ser una buena amazona y su caballo y él habían tenido

que esforzarse al máximo para alcanzarla. Verla despeinada, con el cabello aún húmedo y las mejillas coloreadas por el esfuerzo hizo que el corazón le diera un pellizco.

Ella rodeó el árbol y se puso a su altura de nuevo.

—Alyssa, quería explicarte…

Ella levantó una mano para callarlo.

—No quiero oírlo —dijo, e inició un trote de vuelta a la casa.

A Anthony le quedó muy claro que quería estar sola y decidió que ya hablarían cuando llegaran a la casa. Miró al cielo. La lluvia que se había estado conteniendo a duras penas desde la mañana por fin rompió y Alyssa se puso al galope para llegar cuanto antes, aunque de forma más tranquila que en el camino de ida.

Entonces, cuando estaba a pocos metros de los establos, justo antes de llegar a la pista que bordeaba el invernadero, Duquesa metió la pata en un agujero y tropezó. Alyssa salió volando y rodó de costado hasta quedar de espaldas.

Athony gritó y descabalgó de un salto. Se acercó hasta ella a la velocidad de la luz.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Alyssa sacudió la cabeza.

—Me he hecho daño en la muñeca al caer, pero estoy bien.

El miedo que Anthony sintió al verla caer se convirtió en algo que no fue capaz de gestionar.

—¿Pero en qué estabas pensando?

Alyssa lo miró sin comprender.

—¡Galopar como una loca por los campos como si esto fuera una carrera!

Alyssa se sintió muy cansada, demasiado para seguir discutiendo.

—Anthony, no quiero seguir hablando contigo. Esto es agotador y ya no me quedan fuerzas.

No gritó. Ni siquiera levantó la voz, y eso alarmó a Anthony. Tomó su muñeca con suavidad y la movió.

—Lo siento —dijo, y ella supo que lo decía de corazón.

En uno de los movimientos, un latigazo de dolor recorrió su brazo y gritó. Anthony la miró.

—¿Te duele mucho?

Ella asintió. Los ojos de él se oscurecieron cuando pensó en las consecuencias que podría haber tenido aquella aventura.

—Podrías haber muerto —dijo.

Ella le devolvió la mirada, aunque la suya estaba cristalina por las lágrimas no derramadas.

—¿Y a ti qué más te da? —una rabia que no había sido consciente de tener emergió en su voz—. No me hablas, no te importo lo más mínimo.

Anthony se levantó y la cogió en brazos.

—Eso no es cierto.

—Pues lo disimulas muy bien —dijo ella, sin poder evitar el escalofrío que la recorrió al notarse rodeada por sus brazos como ramas de árbol.

Todo su lenguaje corporal proclamaba su incomodidad a los cuatro vientos y, aun así, ahí estaba, cargándola como si le importara. Se enfadó con él por mandar unos mensajes tan contradictorios.

—Bájame —dijo—. No necesito que me lleves.

Anthony dudó. Después, en un gesto que Alyssa apreció, aceptó sus deseos y la dejó en el suelo. Sin embargo, al poner los pies en tierra, un súbito mareo la atacó y se tambaleó. Anthony la sujetó y, acto seguido, la volvió a cargar.

—¡Se acabó! —dijo—. Te llevo a la casa.

—¡Bájame! —gritó ella, aunque aún se sentía mareada.

Lo miró y lo que vio en sus ojos la hizo callar. No era solo enfado, o preocupación. Había algo más. Algo que a ella le pareció frustración, como si la idea de no poder comunicarse le estuviera matando, o tal vez impotencia por no poder protegerla como a él le hubiera gustado. También había una palpable sensación de control y poder. Él había tomado el mando y no estaba dispuesto a cederlo. Aquello le hizo tener ganas de dejar de luchar, de permitir que él la cargara y la cuidara. Cuando sus ojos se cruzaban, el dolor de la caída remitía. Pero entonces recordó la conversación de hacía un rato en el despacho y el despecho que sintió. Recordó que, si él estaba frustrado o rabioso, ella no era la responsable de esos sentimientos.

—¡He dicho que me bajes! —repitió—. No quiero que me trates como si fuera un ser frágil que necesita tu protección. ¡Ni siquiera

seguiré aquí mucho tiempo!

Un suave gruñido surgió del pecho de su marido.

—¡Eso no tiene nada que ver! —dijo apretando los dientes—. No puedes seguir comportándote de esa manera. No eres una niña que se divierte jugando a montar sin pensar en las consecuencias.

Sin embargo, aquellas palabras las pronunció sin rastro del enfado que antes había dejado sentir. Fue otra cosa lo que percibió en su voz. ¿Estaba asustado?

—Pero ¿qué problema tienes conmigo?

Él no la miró. Habían llegado a la puerta de las cocinas. Cuando alargó la mano para abrirla, dijo:

—Si te lastimaras, si te ocurriera algo, yo…

Alyssa notó el temblor en su voz y lo miró, sorprendida. Tragó saliva, dándose cuenta de lo cerca que estaban, de lo mucho que había cambiado la atmósfera entre ellos. Durante todo este tiempo, ella había estado lidiando con el resentimiento, con la idea de que él solo la había elegido por su falta de medios. Pero ahora, en ese momento, algo en su interior empezó a cambiar. No era solo la frustración o la atracción física. Había algo más, algo más profundo, que la hacía sentir vulnerable frente a él, algo que ella no estaba dispuesta a admitir todavía y que veía también reflejado en sus ojos.

El tiempo pareció detenerse y su mirada se quedó enganchada. Por primera vez, ella leyó también el miedo en sus ojos. Miedo a que se hiciera daño, tal vez, o puede que a perderla. Su corazón se ablandó, levantó la mano que no le dolía y acarició su mejilla. Anthony cerró los ojos e inclinó la cabeza, buscando el contacto. Su cara giró hasta que apoyó los labios en la palma de la mano de Alyssa y el suave beso que depositó en ella abrasó su piel.

Pero entonces la cocinera los vio y su grito alarmó a toda la casa. La magia se rompió, Anthony parpadeó y Alyssa apartó la vista, aturdida. Anthony subió los escalones que llevaban de las cocinas y dependencias inferiores al vestíbulo, donde aparecieron corriendo Daniel y Dominic.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó Dominic, alarmado.

Daniel miró a Anthony con la sospecha en los ojos.

—Su yegua ha tropezado a las puertas de la casa —respondió él—. Se ha hecho daño en la muñeca.

Maggie apareció desde la sala del té.

—Por aquí, milord —dijo—. Traiga a lady Greenway a la sala para que podamos hacerle una cura.

La tumbaron en un diván y su doncella la tapó con una manta. Dominic quiso salir de inmediato para avisar al médico, pero Alyssa lo detuvo.

—No creo que sea necesario —dijo—. El dolor parece remitir.

Anthony la miró, entrecerrando los ojos.

—Me sentiría más tranquilo si te reconociera el doctor.

—Solo quiero dormir —murmuró ella, súbitamente agotada—. Por favor. Te prometo que, si me sigue doliendo cuando despierte, dejaré que me reconozca el doctor.

—Pero… —empezó a decir Anthony. Sin embargo, cayó cuando vio que ella cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza hacia atrás—. Está bien —concedió.

Capítulo 24

Cuando Alyssa despertó, ya comenzaba a atardecer. Se removió en el diván y un quejido que no pudo evitar escapó de sus labios.

—¿Cómo te encuentras?

Alyssa giró la cabeza hacia la silla que flanqueaba el diván y vio, con cierta decepción, a Daniel a su lado. Hubiera esperado ver a su marido, pero el joven no tenía la culpa, así que le sonrió, aunque él pareció leer sus pensamientos.

—Anthony ha estado velándote todo el rato, pero nuestro padre le ha mandado llamar a su habitación y, créeme, los mandatos de padre no pueden desoírse. ¿Te sigue doliendo?

Ella se incorporó, giró el cuello hacia todos los lados e hizo lo mismo con la muñeca.

—Me siento magullada, pero no me duele nada de forma preocupante.

Entonces entró Maggie con una bandeja.

—¡Cuánto me alegro de verla despierta, señora! ¿Se encuentra bien?

Ella asintió con la cabeza. Estaba débil: al fin y al cabo, había salido volando de un caballo al galope, pero estaba convencida de que no era nada serio. Maggie dejó la bandeja, que contenía una tetera de porcelana y una taza, además de un plato con sandwiches y pastas. Cuando vertió el líquido en la taza, el olor advirtió a Alyssa que no era té.

—La cocinera le ha preparado una tisana para el malestar. Ha dicho que se lo tome todo y que coma algo. Al fin y al cabo, no ha comido nada desde el desayuno y el sabor del brebaje puede ser algo desagradable.

Alyssa vio la sonrisa torcida de Daniel y supo que a él también le había tocado beberse ese mejunje alguna vez en su vida.

—¿Tan malo es? —preguntó.

Él hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—Al menos a ti te han traído pastas. Ayudará.

Alyssa suspiró, tomó la taza y dio un pequeño sorbo. Tuvo que contenerse para no escupirlo. ¡Por todos los demonios, aquello era repugnante!

Maggie le sonrió e hizo un gesto de apremio.

—Todos en esta casa hemos sufrido la bebida milagrosa de la señora Laurens, lady Greenway. Es desagradable, pero puedo asegurarle que funciona.

—¡Uy, ya lo creo que funciona! —dijo Daniel, con una carcajada—. Para la hora de la cena estarás como nueva.

Así que Alyssa hizo de tripas corazón y bebió como pudo todo el contenido de aquella tetera. Gracias a Dios, los sandwiches y pastas la ayudaron a pasar el mal trago. Cuando terminó, miró por la ventana. Aunque estaba atardeciendo, el cielo estaba mucho más oscuro de lo que debería haber estado. Parecía casi de noche.

—Ha estado lloviendo toda la tarde —dijo Daniel—. Ha parado hace un rato, pero no escampa. Me temo que seguiremos sin ver el sol unos días.

Alyssa suspiró y cogió otra pasta. Entonces Daniel hizo un comentario tonto para animarla y ella rio. Anthony entró en la sala cuando los dos reían, relajados, y su mandíbula se tensó de nuevo cuando vio la escena. Sin embargo, se suavizó cuando miró a Alyssa, y se aproximó con rapidez hasta ella.

—¿Cómo estás? Veo que ya has tenido el privilegio de catar la abyecta bebida *curalotodo* de la señora Laurens.

Ella sonrió.

—Así es. Y me ha costado, pero debo admitir que ya me encuentro mejor.

—¿Estás segura? —preguntó Anthony, que miró de reojo a su hermano.

—Sí —dijo ella, que no se dio cuenta de esa mirada—. Un poco dolorida por el golpe, pero nada serio. Lo noto.

Anthony asintió.

—Está bien. Te creo. Pero insisto en que llamemos al médico si notas cualquier cosa extraña.

—Te lo prometo —sonrió ella, y a Anthony el corazón le brincó al ver esa sonrisa.

Se acercó a ella.

—¿Crees que podrías levantarte? Tal vez te vendría bien cambiarte de ropa.

Ella asintió.

—Sí, soy muy consciente de que huelo a caballo.

Anthony le tomó una mano que ella aceptó y se levantó. Hizo una mueca de dolor al incorporarse que puso a su esposo en alerta, pero, tras hacerse una revisión mental de todo el cuerpo, convino que todo coincidía con las magulladuras típicas de una caída… excepto esos molestos calambres que tenía en el estómago cada vez que Anthony se acercaba a ella o la rozaba.

Se quedaron mirando muy cerca hasta que Daniel carraspeó.

—Bien, yo me marcho. Te dejo en buenas manos.

—No —dijo Anthony, sin apartar la mirada de los ojos de Alyssa—. Tengo que hablar contigo. Quédate.

Entonces apartó la vista y Alyssa sintió como si le hubieran arrancado una manta de encima en un día frío. Parpadeó y se dirigió a la puerta.

—Os dejaré hablar. Iré a cambiarme.

Maggie la ayudó a asearse y vestirse. Alyssa comprobó que podía moverse bien, aunque con algunos dolores que, sin duda, desaparecerían en pocos días. La muñeca seguía resentida, pero no era nada serio. Maggie la peinó con un moño bajo trenzado que dejaba varios mechones sueltos que enmarcaban su cara. Ella se miró en el espejo, observó el reflejo de los pendientes y la gargantilla de zafiro y analizó ese vestido de tarde azul cielo que tan fuera de lugar se veían en Drudley Manor. Sin embargo, ella había sido educada para vestir correctamente en cualquier ocasión, y eso pensaba seguir haciendo, aunque nadie en aquel lugar lo apreciara. Incluso aunque, pensó con un suspiro, tuviera que irse de allí más pronto que tarde.

Sin embargo, tras la caída… Hubiera jurado que algo había cambiado en la forma en que Anthony se comportaba con ella, en la forma en que la miraba. No se atrevía a hacerse ilusiones, no sabía si su situación tenía arreglo, pero, cuando él la sostenía en brazos, había sentido una corriente mutua de comprensión y ¿atracción? Sí,

sin duda era atracción. Y algo más, algo a lo que no sabía poner nombre todavía.

Volvió a suspirar y se levantó. A pesar de ser ya finales de julio, la casa estaba fría por tantos días seguidos de lluvias y falta de sol, aunque no tanto como para encender las chimeneas. Así que Maggie le echó por encima un grueso chal de lana color crema que, aunque deslucía un poco el magnífico vestido, quedaba bien y la protegería de las bajas temperaturas tan inusuales para esa época.

Al descender por las escaleras oyó voces en el salón y acudió allí, pensando en reunirse con el resto de la familia para entrar juntos al comedor. Sin embargo, cuando se acercó a la puerta, oyó voces airadas que la hicieron pararse antes de cruzar la puerta. La voz de Anthony destacaba sobre la otra, que era la de Daniel. Fuera de la vista de quienes estaban dentro, se apoyó en el marco y escuchó.

—No sé qué crees que estás haciendo —decía Daniel—. Pero te estás centrando en lo menos importante.

—¿Y qué es lo importante, si puedes ilustrarme? —preguntó Anthony con ironía.

Hubo un pequeño momento de silencio.

—Lo importante, hermano, es que tu esposa lleva aquí semanas y no le haces ni caso. No la tocas, apenas la miras. No sé para qué quieres una esposa si no la vas a tratar como tal.

—¿Acaso preferirías estar en mi lugar?

Daniel alzó la voz.

—¡No digas tonterías! Estás enfermo si de verdad crees esas palabras. Soy un amigo para ella, Anthony, porque sufre por tu indiferencia. Necesita tener a alguien que la apoye, porque su esposo no lo hace.

Más, silencio, cargado de tensión. Entonces Anthony resopló.

—Ninguno entendéis la posición en que me encuentro. No es que me sea indiferente, Daniel. Es que no quiero presionarla, no quiero… —se calló, como si no estuviera preparado para que saliera de su boca lo que iba a decir—. No sé cómo solucionar esta situación. Trato de ser amable, pero siempre acabamos discutiendo.

—¿Amable? —Daniel soltó una sonrisa seca—. Esta mañana, después de que saliera huyendo y tú la persiguieras, he visto a

padre y me ha dicho que te ha dado un ultimátum. Que declarará el matrimonio nulo si no cumples con tu deber. ¿Eso es lo que quieres?

La voz de su esposo llegó hasta Alyssa cargada de amargura.

—Igual sería lo más sencillo —dijo.

Alyssa no aguantó más. Un gemido salió de su boca sin que pudiera evitarlo y echó a correr sin preocuparse de que pudieran verla.

—¡Maldición! —oyó que decía Anthony detrás de ella.

Capítulo 25

Alyssa salió de la casa por las cristaleras que comunicaba en jardín de invierno con el jardín trasero. Subió las escaleras de piedra que conducían al que se había convertido en su rincón favorito, el cenador con la estructura cubierta de parras y rodeado de flores. Se sentó en uno de los bancos de piedra del lateral, que se unía a la balaustrada de la escalera. Desde ahí, veía de cerca las copas de los dos imponentes robles plantados en la parte de abajo. Con el corazón hecho añicos lloró y un lejano trueno que retumbó en el ambiente hizo coro con sus sollozos.

Entonces oyó unos pasos que subían también, pero no miró, aunque sabía quién era.

—Alyssa, por favor. No quería decir eso, yo… lo que has oído… Lo siento mucho.

Ella no levantó la cabeza, que tenía apoyada en los brazos cruzados sobre la baranda. Las lágrimas seguían deslizándose por sus mejillas, pero respiró hondo para controlar su tono de voz.

—¿Sientes que lo haya oído o sientes pensar eso?

Él se acercó y se sentó a su lado en el banco, con la espalda apoyada en la balaustrada, sin mirarla.

—Siento que lo hayas oído. No lo pienso, así que eso no puedo lamentarlo.

Ella se secó las lágrimas con rabia y se giró hacia él.

—Entonces, ¿por qué lo has dicho? Creo que de verdad piensas que esa solución sería aceptable. Anular el matrimonio, sacarme de tu vida y buscar una nueva esposa con la que congenies más.

—¡No! —Los ojos de Anthony traslucían la desesperación de no poderse hacer entender—. No sería aceptable, no para mí. Es solo que esto es tan difícil a veces…

Miró a Alyssa, que le devolvía la mirada con los ojos enrojecidos y la punta de la nariz colorada, Estaba tan hermosa… Sus ojos miel, más claros por las lágrimas, destacaban en la penumbra del atardecer que los rodeaba. Le dolió el alma por ser el culpable de su

pena. Porque lo que sentía, se dio cuenta en ese momento con total estupefacción, lo que aquella joven que tan loco le volvía despertaba en él, era puro y simple amor.

Un amor devastador, un amor que no le dejaba pensar en otra cosa. Veía su cara al despertar, la anhelaba al acostarse, no se concentraba en el trabajo porque solo pensaba en ella. Solo quería poder sanar su corazón roto, cuidarla, y eso era lo que iba a hacer. Le daría el tiempo que necesitara, sería atento, sería todo lo que ella pudiera desear, y aguardaría paciente a que fuera ella la que acudiera a él. Los cielos sabían cuánto le iba a costar aquello, mantener las distancias, no besarla, no reclamarla, pero ella merecía su respeto y su paciencia y eso iba a tener.

Se dio cuenta de que ella tenía la piel de los brazos erizada y frunció el ceño. Se quitó la chaqueta y se la tendió. El chal que llevaba no era suficiente. Otro trueno llegó hasta ellos, cargando el ambiente de una cualidad casi eléctrica.

Ella lo miró.

—¿Por qué es difícil?

Aceptó la chaqueta y se la puso por los hombros. Calentaba más que el chal. Había observado el rostro de Anthony. Había visto pasar por sus ojos la frustración, la sorpresa y luego la decisión, aunque se preguntaba qué era lo que estaba pensando en realidad. Ella solo quería que él la abrazara, que la besara y que la tratara como a su esposa, a su esposa de verdad. Porque se acababa de dar cuenta, en ese mismo instante, mirando a su rostro, al ser consciente de que él también sufría, de que ese sentimiento al que no sabía poner nombre, ese «algo» que no sabía definir, por más que le pesara, era amor.

Ni siquiera entendía por qué, ya que él apenas había estado a su lado. Sin embargo, lo que sentía cada vez que estaban cerca, los vuelcos de su estómago, los brincos de su corazón, el palpitar incesante en partes de su anatomía a las que ni siquiera sabía poner nombre… Estaba claro. No entendía el motivo, pero ahí estaba el sentimiento. Suspiró. Qué mala suerte, enamorarse de alguien que no le correspondía.

—Anthony, entiendo que sea difícil estar con una mujer que no amas… —comenzó a decir Alyssa, que decidió sincerarse de una vez por todas.

—Es difícil porque veo que no me amas… —dijo él, a la vez.

Se quedaron mirando el uno al otro sin saber muy bien qué hacer. Pero Anthony decidió seguir adelante, harto ya de medias verdades y de que las cosas fueran tan complicadas.

—Te entiendo, Alyssa —comenzó a decir—. Creo comprender lo que tuvo que ser para ti pasar de la noche a la mañana de la cumbre de la sociedad londinense a estar casada con alguien a quien no conoces, a quien apenas has visto, humillada por quienes creían que eran tus amigas y traicionada por el hombre que amabas.

Alyssa lo miró con los ojos muy abiertos. A la luz cada vez más escasa del atardecer, lo que vio fue diferente a lo que había observado otras veces. Una nueva cara de su esposo, una que él no había querido dejar a la vista hasta entonces y que ella no había sabido desenmascarar. Pero necesitaba saber algo de forma imperiosa antes de continuar esa conversación.

—¿Por qué me elegiste a mí? De entre todas las muchachas de la temporada. ¿Por qué yo? ¿Es porque pensabas que, al no tener dote ni apoyos, con la reputación de la familia hundida, sería una esposa dócil y sumisa? ¿Que no tendría medios para defenderme?

La cara de incredulidad de Anthony le indicó lo mucho que su acusación le había herido.

—¡Pues claro que no! ¿De verdad me crees capaz de algo así? Sé que no me conoces mucho, pero…

—No —le interrumpió ella. No sabía por qué, pero hacía tiempo que sabía, desde lo más profundo de su corazón, que no era ese el motivo. Pero necesitaba comprender—. Es cierto que lo pensé al principio, pero luego ya no. Pero no lo entiendo, y necesito comprender por qué yo.

Anthony dudó. Era algo difícil de expresar, pero ya no había vuelta atrás.

—Cuando nos chocamos en ese baile, tuve una sensación extraña —dijo—. No me pareciste tonta y superficial, tus ojos transmitían una profundidad que me gustó y… ¡y olías tan bien! Ya sé que no es

un motivo —dijo, cuando vio la cara de sorpresa de Alyssa—. Es que no sé decir qué fue lo que me llamó la atención. Fue todo en conjunto. Luego me enteré de lo que sucedió con tu padre. La noche siguiente, cuando salí al pasillo y te vi entrar con la expresión demudada, supe que había ocurrido algo. Y ese infame de Preston dejó caer que te habías rebajado para que no rompiera su compromiso. —Hizo caso omiso de la mueca de dolor que vio en el rostro de Alyssa, o no podría seguir, dejaría de hablar y la abrazaría tan fuerte que no podría controlarse—. Supe que no tenías ningún futuro, y me pareció tan injusto, tan demoledor… Creí que con mi propuesta te ofrecía una salida digna. No pensé que te sentirías prisionera.

Alyssa lo miró con una intensidad tal que Anthony parpadeó, incómodo sin saber por qué. Era como si ella pudiera leer en su alma.

—¿Lo hiciste para salvarme? —preguntó, con voz suave.

—Sí —admitió él.

—¿Y por qué no me cortejaste, al menos unos días, para conocernos?

Anthony sonrió con amargura.

—Mi padre me hizo volver de manera urgente. Cuando me dio el ultimátum le dije que eras tú o nadie, aunque no tuvieras dote. Mi padre, ya lo conoces, es un hombre que disfruta haciendo daño a los demás. No me dejó regresar a Londres para cortejarte en persona y decidió humillarnos a ambos con una boda por poderes. Lo siento mucho, Alyssa. Tuvo que ser horrible para ti.

Ella asintió y sintió un nudo en la garganta al recordar esos días horribles antes de su matrimonio y la llegada al que iba a ser su hogar.

—¿Y por qué, si tenías intenciones honorables, me ignoraste de una manera tan cruel cuando llegué aquí?

Anthony suspiró. Tal vez malinterpretó los gestos y actitudes de Alyssa aquellos primeros días.

—Estaba nervioso, ya ves. ¡A mis años! —admitió—. Y cuando te vi bajar del carruaje con los ojos enrojecidos de tanto llorar, con esa expresión de pena tan desoladora por haber tenido que casarte

conmigo, un orgullo absurdo me invadió. Me molestó que para ti fuera un castigo tan horrible desposarte conmigo.

—¡No! —exclamó Alyssa sin poderlo evitar—. No era por eso. Pero en apenas dos días mi mundo se había venido abajo. Mi padre me falló de una manera horrible, iba a separarme de mis hermanas y a abandonar el que había sido mi hogar toda mi vida, y dudaba de tus intenciones al pedir mi mano. No fue fácil. ¿Me culpas por haber llorado de rabia e incertidumbre?

Anthony se quedó en silencio. Ella terminó de girarse, apoyó la espalda en la balaustrada y miró al horizonte. Los relámpagos cruzaban el cielo y le pareció muy apropiado cómo el tiempo acompañaba a sus emociones. Entonces sintió la mano de Anthony sobre la suya. Grande, áspera, caliente. Con delicadeza, como si le pidiera permiso, entrelazó los dedos con los suyos y se quedaron mirando al cielo, cada vez más oscuro, con vestigios rojos y púrpuras del atardecer entre nubes negras.

—Lo siento —dijo él, provocando un estremecimiento en ella—. No supe entenderte y me comporté como un bruto. Espero que sepas perdonarme.

Alyssa le miró de reojo y decidió sacar un tema espinoso, pero no quería que quedara nada por aclarar entre ellos.

—¿Y Daniel? ¿Por qué esos celos absurdos?

Notó que la mano de él se tensaba, pero no la soltó.

—No me gusta sentir que no me necesitas porque lo tienes a él.

El tono de su voz, más duro, le indicó que ese breve momento de entendimiento que habían compartido era muy frágil. Sin embargo, no estaba dispuesta a soportar esa actitud, no si iba a quedarse allí, aunque eso aún estaba por ver.

—¿De qué tienes miedo, Anthony? No es lo que piensas.

—No es lo que pienso, es lo que veo.

Anthony soltó su mano y se puso en pie. Adiós al momento de paz. Un nuevo trueno, esta vez más cercano, reverberó en el interior de Alyssa. Estaba harta de no saber qué esperar de él. El enfado empezó a asomar de nuevo.

—No me gusta lo que insinúas—dijo, muy molesta. Pensaba que habían avanzado, que estaban haciendo progresos, pero estaba

claro que solo había sido un espejismo—. ¡Daniel es mi cuñado, mi hermano! ¿Acaso no sabes lo que es ser parte de una familia?

Anthony acusó el golpe y sus hombros se tensaron.

—Siempre estáis juntos. Y, cuando os veo, siempre estás riendo. Parece que lo buscas sin parar.

Alyssa resopló. El momento se había roto definitivamente. Se levantó también y se enfrentó a Anthony. Le pareció notar una gota de lluvia en el pelo, pero no le hizo caso.

—¿Y qué esperas? ¿Que no hable con mi familia? ¡Oh, venga, Anthony! ¡Es mi hermano, por Dios santo, no un extraño!

Él sacudió la cabeza, testarudo. Las gotas comenzaron a caer con más fuerza.

—Es que, cuando te veo tan cómplice con él, tengo la sensación de que me dejas fuera, de que soy solo un espectador en tu vida.

Comenzó a llover con suavidad. Alyssa miró al cielo. Estaba harta de aquello y no le apetecía, además de aguantar acusaciones absurdas, acabar enferma por mojarse. Ya había tenido demasiadas emociones en un solo día. Sin contestar se dio la vuelta para echar a correr hacia la casa, pero él la cogió del brazo.

—¡No! Ya basta de conversaciones a medias. Necesito aclarar esto.

Entonces Alyssa dejó que la rabia le embargara. La lluvia comenzó a calarle y ya no quiso controlarse más.

—¡Eres insoportable! —gritó, frustrada—. Nunca estás y, cuando apareces, es solo para poner mi vida patas arriba, echarme en cara que no soy lo que esperas y que no me comporto como debería. Pensaba que nos estábamos entendiendo, pero ya veo que es imposible.

—Alyssa, yo…

—¿Qué te molesta tanto, Anthony? —le cortó ella—. ¿Qué es lo que no soportas de todo esto? Tú ya sabes que tus sospechas son absurdas. ¿Te incomoda que haya empezado a sentirme como en casa, a pesar de tu actitud?

Anthony miró al cielo, que empezaba a descargar su furia con más fuerza.

—Sigamos hablando en casa —dijo, tomando a Alyssa del brazo.

—¡No! —gritó ella, que se desasió de el con un gesto brusco—. ¡Estoy harta! Harta de tus sospechas y de tus insinuaciones. No todo gira en torno a tus celos.

Él sacudió la cabeza.

—Lo sé —dijo, más calmado—. Es solo que, a veces, parece que te olvidas de que eres mi esposa. Me duele que me ignores.

Esa confesión dejó a Alyssa boquiabierta. El agua comenzaba a escurrirse por su cara y ella hizo un gesto para apartársela de los ojos.

—¿Eso crees? ¿Que te ignoro?

Él asintió. Ella puso los ojos en blanco.

—No te ignoro. Pero no me gusta que estés pendiente de todos mis movimientos buscando una falta que echarme en cara. No soy una niña. Y tampoco eres mi dueño.

Él se acercó y puso las manos en los brazos de ella. A pesar de la lluvia, del frío y del enfado, que parecía estar desvaneciéndose, sintió un calor abrasador recorrer la zona donde él la tocaba. Él la miró a los ojos con los suyos oscurecidos por un sentimiento que no supo descifrar.

—No, no lo soy. Pero no puedo dejar de desearte.

Entonces la besó. Ella respondió pegándose a él. Un gemido salió de sus labios y Anthony se lo bebió con desesperación. Sus manos recorrieron la espalda empapada de Alyssa. Ella acarició su nuca, metió las manos entre el pelo y empujó para acercarlo más a ella. Entonces él supo que se había perdido, que no podría parar, pero un último resquicio de honor le hizo apartarse. Se quedaron con las frentes apoyadas, el agua escurriendo entre ellos. Alyssa parpadeó. Todas aquellas sensaciones eran nuevas y no sabía cómo gestionar ese volcán que acababa de descubrir en su interior. ¿Por qué paraba?

—Alyssa —dijo él, y la voz le salió ronca por la excitación y el deseo—. Solo quiero que seas feliz. Te respeto y no quiero forzarte a nada.

Ella apartó la cara y lo miró sin dar crédito.

—¿Te parece que me estás obligando a algo?

Él sonrió. Dios, qué hermosa estaba con el pelo pegado a la cara por la lluvia, la piel del escote brillante por las gotas y la tela húmeda pegada a su cuerpo de una forma absolutamente reveladora. Cogió las solapas de la chaqueta y las cerró un poco sobre ella para protegerla de la tormenta.

—No es eso. Es que entiendo que olvidarte de Preston te cueste, aunque se haya portado como un malnacido. Solo quería darte tiempo para sanar, no reclamar lo que no estabas preparada para darme.

—Espera —dijo Alyssa, y dio un paso atrás para poder mirarlo mejor. La camisa se le pegaba a los hombros, brazos y pecho marcando toda su musculatura, el pelo le escurría sobre la cara, pero, en ese momento, ella solo tenía ojos para su expresión, tan sincera, tan vulnerable, que de repente lo entendió todo—. ¿Me estás diciendo que no… que no has intentado nada hasta ahora porque creías que seguía enamorada de Preston?

Él asintió, avergonzado.

—¿Y Daniel?

Él miró al suelo.

—En realidad, nunca he pensado que lo miraras con otros ojos que no fueran los de una hermana. Solo estaba celoso y molesto porque tenías una confianza con él que me hubiera gustado que tuvieras conmigo, aunque soy consciente de que no he sabido ganármela y que he reaccio nado de la peor manera. Tienes razón. Es tu hermano y, en verdad, me alivia que tengas un amigo y un apoyo en él.

Entonces las lágrimas brotaron de los ojos de Alyssa y se mezclaron con la lluvia. Pero no eran lágrimas de pena, ni de rabia o frustración, sino lágrimas de alivio. Sonrió y su risa se entretejió con las lágrimas. Miró a Anthony.

—Preston salió de mi corazón en cuanto me demostró que no era digno. Tal vez nunca consiguió entrar. Al menos, no como lo has hecho tú, aunque no entiendo por qué, con lo bruto e insensible que has sido.

Anthony la miró como si no pudiera creer lo que había escuchado. Entonces ella se acercó y le puso la mano en la mejilla. Él cerró los

ojos y buscó su contacto. Volvió a abrazarla, la estrechó tan fuerte que ella creyó que dejaría de respirar, y después la besó de nuevo. Empezó siendo un beso suave, un beso de reconocimiento, de perdón, de nuevos comienzos, pero pronto la lengua de él se abrió paso entre los labios de ella y el beso se hizo más profundo, más urgente. Ella se apretó tanto que pudo notar en su vientre la prueba de la excitación de Anthony. Él surcó el camino de su boca al cuello cubriéndolo de besos y lamió aquel delicioso hueco de su clavícula. Alyssa suspiró y dejó caer la cabeza hacia atrás, y entonces él subió las manos por su cintura hasta llegar al pecho. Apresó uno de los delicados pechos, contenidos por el corsé, y ella soltó un gritito.

Entonces Anthony se incorporó. La cogió de la mano.

—Vamos, es hora de volver a casa.

Echaron a correr como si hubiera algún punto de su cuerpo que pudieran salvar de no empaparse. Alyssa sentía una felicidad en su interior, un calor, un cosquilleo, que nunca había sentido. Anthony se sentía a punto de explotar por la necesidad y el deseo, pero había también una dulzura, una ternura que nunca antes había sentido y que no quería perder.

Llegaron a la casa, entraron por las cristaleras y se cruzaron con Dominic y Daniel, que estaban esperando en la salita a que volvieran, porque la hora de la cena se había retrasado y ya era muy tarde. Sin embargo, ellos ni siquiera los miraron. Corrieron hacia la escalera y subieron sin soltarse la mano.

Daniel miró a Dominic.

—Venga, pasemos al comedor. Creo que estos dos no van a cenar hoy.

Capítulo 26

Tal y como Daniel había predicho, no cenaron aquella noche. Entraron en el cuarto de Anthony y, tal y como la puerta cerró tras ellos, volvieron a besarse, apretándose el uno contra el otro como si cualquier resquicio de aire entre sus cuerpos les resultara insoportable. La chaqueta empapada de Anthony cayó al suelo. Le siguió el chal, y la camisa de él.

Alyssa dejó de besarlo y se alejó un paso, para poder admirar a su marido en todo su esplendor. Esos enormes músculos que había vislumbrado bajo la ropa ocupaban toda su visión. Sus manos se dirigieron a los hombros fuertes, anchos, y bajaron por los brazos siguiendo las curvas de la musculatura. Luego volvieron a subir y bajaron por el pecho, ancho y fuerte, y cubierto de un vello oscuro y rizado mucho más suave de lo que parecía. Anthony gimió cuando los dedos de Alyssa se enroscaron entre el vello.

Ella siguió bajando por el abdomen, recorriendo con los dedos las pequeñas depresiones que separaban los músculos abdominales. Siguió la línea oblicua que bajaba cada vez más, hasta perderse dentro del pantalón, y ahí se paró. Miró a su marido, con la cara enrojecida por un súbito calor y la respiración agitada. Vio que él también respiraba de forma superficial, y sus ojos brillaban con una luz animal que, lejos de darle miedo, aumentó el calor que sentía justo ahí donde sus piernas se juntaban.

—No quiero asustarte —dijo Anthony, con la voz ronca—. Iremos poco a poco, pero, si quieres parar, solo tienes que decírmelo.

Alyssa resopló.

—Cállate y bésame —le dijo.

Entonces Anthony se lanzó hacia ella. La mano de él sujetó la nuca de ella y su cabeza se dobló hacia atrás. La boca de Anthony siguió el revelador camino que la expuesta piel de Alyssa le marcaba. Mordisqueó su mandíbula, la besó en la comisura de la boca y luego pasó la punta de la lengua por el cuello. Recorrió la línea de la clavícula con suaves besos y sus labios ardientes siguieron hacia

abajo hasta la parte superior de los pechos, que escapaban del corsé.

Alyssa gimió, sin poderse controlar. Nunca había sentido nada como aquello. ¿Era normal? Anthony le desabrochó el vestido con pericia y, cuando este estuvo en el suelo, le quitó la enagua. Luego fue el corsé el que acabó en el suelo y, finalmente, Alyssa se quedó frente a él solo con la camisa, de una tela tan fina que revelaba de forma escandalosa las formas de su cuerpo. Anthony la miró como si quisiera comprobar que ella estaba dispuesta. Pero fue Alyssa la que, sin esperarle a él, se quitó la prenda por los hombros y quedó completamente desnuda frente a su esposo.

Él la admiró unos instantes, con la respiración entrecortada. Le parecía una diosa, espléndida en su desnudez, en sus formas redondas y delicadas, en la piel tersa y blanca que parecía erizarse solo ante su mirada. Sin embargo, no había en ella vergüenza alguna. Se acercó de nuevo y la besó. Tomó con delicadeza uno de los pechos y lo acarició lentamente, recreándose en él mientras su lengua seguía jugando con la de Alyssa entre los dientes. Los círculos fueron haciéndose cada vez más y más pequeños, hasta que el pulgar llegó al pezón. Lo encontró duro y erguido, y un jadeo más fuerte que los anteriores respondió a su caricia.

Anthony se retiró de los labios de Alyssa y su boca buscó el lugar en que, hasta ese momento, estaba su dedo. Succionó, lamió y mordisqueó y ella se derritió en sus brazos. Entonces Anthony la cogió en brazos y se acercó hasta la cama, donde la depositó con suavidad.

—¿Tienes frío? —preguntó.

Su piel estaba mojada, pero parecía arder con su contacto. El hogar estaba encendido y la habitación caldeada. Aun así, no quería que ella pudiera estar incómoda. Alyssa negó con la cabeza, con las mejillas encendidas como dos manzanas rojas.

—Frío es lo último que podría sentir ahora mismo.

Él se desabrochó los pantalones y se quedó desnudo frente a ella, que abrió mucho los ojos con sorpresa. Nunca le habían hablado de nada semejante. Alguna vez, en alguna conversación, había oído algo sobre la virilidad masculina, pero en esas conversaciones se la

comparaba más con un gusano al que había que animar y, si Alyssa debía ser sincera, aquello no podría compararse jamás con un gusano, ¿Qué se suponía que debía hacer ella con aquello?

Anthony leyó la inseguridad en su rostro y sonrió. Se tumbó a su lado y siguió acariciándola. Entre besos y caricias los miedos de Alyssa, si es que tenía alguno, se disiparon y, cuando los dedos de Anthony bajaron hasta esa suave mata de pelo sedoso y enmarañado, y se introdujo más allá, hasta el montículo de carne que concentraba todas las sensaciones desconocidas que Alyssa había ido percibiendo aquellos días, ella apretó los muslos y emitió un fuerte gemido.

Anthony siguió haciendo círculos sobre aquella protuberancia, cada vez un poco más rápido, mientras Alyssa gemía, suspiraba y se retorcía, incapaz de procesar las abrumadoras sensaciones que su esposo le provocaba. Entonces ella elevó las caderas, arqueó la espalda y gritó, y luego se desplomó sobre la cama, jadeante. Él tanteó, percibió la humedad en la zona y se puso sobre ella.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió, enrojecida.

—No sabía que esto podía ser tan… intenso.

Anthony sonrió, aunque el deseo que sentía comenzaba a ser doloroso.

—Esto ha sido solo el principio. ¿Estás lista?

Alyssa asintió. Entonces él colocó toda su virilidad entre las piernas y dirigió la punta hacia la húmeda entrada de Alyssa. Se introdujo solo un poco en ella. La miró.

—Esto puede ser un poco doloroso la primera vez —dijo—. Intentaré ser cuidadoso.

Ella asintió, un poco tensa, pero Anthony comenzó a besarle el cuello, a lamer ese hueco de la clavícula que tan loco le volvía, y ella se relajó. Él avanzó un poco más, hasta que se topó con una resistencia. Ella se tensó, aunque enseguida volvió a aflojar los músculos. Entonces Anthony, con un movimiento brusco, se enterró en ella. Alyssa ahogó un grito y él se quedó inmóvil en su interior, dejando que el cuerpo de ella se acostumbrara a toda su envergadura. La besó y dejó un reguero de besos entre su boca y la

oreja.

—Relájate, mi amor. Lo peor ya ha pasado.

Comenzó a mordisquear el lóbulo de la oreja de Alyssa y, cuando ella comenzó a jadear de nuevo, reanudó el movimiento. Con suavidad al principio, pero, cuando vio que ella gemía de placer, comenzó a profundizar las estocadas. Respiró hondo y trató de calmarse, o terminaría derramándose en unos cuantos empujones más como un colegial.

Aflojó un poco el ritmo, pero entonces ella alargó las manos, agarró sus posaderas y apretó, instándole a seguir como antes. Anthony se moría de ganas de dejar salir su lado más animal y poseerla con fiereza, pero sabía que habría tiempo para eso. En aquel momento quería ser delicado; ella era su prioridad. Retomó sus movimientos y consiguió controlarse lo suficiente como para no lastimarla. Se apoyó sobre los codos y empujó con las caderas para que ella lo acogiera en su plenitud. Alyssa gimió, con los ojos cerrados y la piel de gallina.

Anthony aceleró el ritmo poco a poco hasta acabar bombeando muy rápido dentro de Alyssa, que emitía pequeños gritos que excitaban a Anthony casi hasta el límite. Él gimió; no podría aguantar mucho más. Entonces ella aumentó el volumen de sus gemidos y empujó con la cadera. Siguió los movimientos de él de forma instintiva hasta que echó la cabeza hacia atrás en la almohada y gritó, liberándose.

Fue en ese momento cuando Anthony se dejó ir también y, con un gemido de placer desgarrador, se derramó dentro de ella. Después apoyó la frente en la de ella y se quedaron respirando el uno el aliento jadeante del otro.

—Vaya —dijo ella cuando Anthony, finalmente, giró sobre su cuerpo y se tumbó a su lado—. Es… ha sido… —Se incorporó en la cama y se giró hacia Anthony—. ¿Por qué nadie nos dice nada de esto?

Él rio entre dientes y la atrajo hacia sí. Ella se acomodó en su pecho y comenzó a juguetear con el vello de su pecho.

—No debería decir esto. Debería defender que es porque vuestros oídos son demasiado inocentes para estos temas, por proteger

vuestra virtud, pero supongo que, en verdad, a muchos les da miedo que, si las jóvenes doncellas casaderas supierais lo placentero que esto puede resultar, no llegaríais vírgenes al matrimonio.

Ella asintió.

—Tiene sentido. ¿Y siempre es así?

Él besó su coronilla.

—Muchos matrimonios son contratos de conveniencia en los que ni el amor ni la pasión están presentes. Dudo mucho que sea así para ellos.

Alyssa pensó con tristeza en Violet, casada con un viejo desagradable y egoísta. Parpadeó. Estaba agotada por todas las emociones que había vivido ese día y sentía que no podría mantenerse despierta mucho más tiempo. Alzó la cabeza y miró a Anthony.

—Supongo que hemos tenido suerte.

Él sonrió y la besó.

—Supongo que sí.

Capítulo 27

Alyssa despertó cuando el aroma del té llegó hasta ella. Los recuerdos de la noche anterior llegaron hasta ella y ese abrasador cosquilleo volvió a recorrer su piel. Se giró y descubrió que estaba sola en la cama. Se incorporó, inquieta.

Anthony estaba sentado en la mesita frente a la ventana. Llevaba solo los calzones y se giró cuando la oyó moverse. Se levantó de un salto y acudió al lado de Alyssa.

—¿Estás bien?

Se sentó en el borde de la cama y acarició su cara. Después se acercó y depositó un suave beso en sus labios.

Ella lo cogió del cuello y lo arrastró a la cama de nuevo.

—No estoy bien —dijo, y sonrió cuando vio la cara de susto de Anthony—. Me he despertado y mi marido no estaba a mi lado ¿Cómo voy a estar bien?

El alivio fue patente en la expresión de Anthony.

—¿Es muy tarde? —preguntó ella.

Dirigió la vista a la ventana, pero el cielo plomizo y la lluvia que caía sin cesar no le dieron muchas pistas. Él negó con la cabeza.

—No, aunque es más tarde de lo habitual para mí. Pero tampoco puedo hacer gran cosa con este tiempo y, además, quería prestarle atención a mi esposa esta mañana.

Anthony la miró y acarició su cara. Tenía el cabello revuelto y una sonrisa somnolienta en la cara. Entonces se quedó serio y la miró con intensidad.

—Pudiste marcharte —dijo, casi en un susurro—. Nadie te habría juzgado por ello. Nadie con sentido, al menos.

Alyssa no respondió de inmediato. Lo observó. El perfil rígido, la tensión en los hombros. No era una queja. Era miedo.

Anthony continuó, con voz más baja:

—No soy el hombre que esperabas, no soy ni siquiera el hombre con el que te casaste en aquella iglesia. Solo era un nombre en un papel. Tu boda fue un apretón de manos entre dos hombres que no

te escucharon. Te traje aquí. Te ignoré. Te herí. A veces… aún lo hago. No porque quiera, pero lo hago.

Se volvió entonces, despacio. Sus ojos estaban cansados, pero abiertos. Desnudos.

—¿Por qué sigues aquí, Alyssa?

Ella lo miró sin apartar la vista.

—Porque lo peor no fue casarme contigo sin conocerte —dijo—. Lo peor fue creer, durante semanas, que no te importaba nada. Que yo era un peso, un deber. Algo que soportar.

Anthony bajó la mirada. Ella tomó su barbilla y lo obligó a mirarla. Él tragó saliva antes de hablar.

—Pero me importas —dijo, con voz quebrada—. Me importas más de lo que sé manejar.

—Entonces estamos igual —respondió ella.

Y lo besó. No con violencia ni desesperación, sino con la calma de quien decide quedarse.

—¿Eso que huelo es té? —preguntó tras el beso, distendiendo el ambiente, con la cara apoyada en el hueco del cuello de Anthony.

Las manos de él exploraron su cuerpo, acariciaron su espalda, bajaron por las piernas y, cuando sus dedos subieron, traviesos, por la cara interna de su muslo, hasta llegar a ese punto que la hacía suspirar, respondió con voz grave por la excitación.

—Pedí que nos trajeran el desayuno, pero se me ocurren unas cuantas cosas que hacer antes.

Tumbó con delicadeza a Alyssa y comenzó a besarle el cuello. Luego bajó, trazando con la punta de la lengua un camino abrasador hasta el pecho. Jugueteó con sus pechos, los lamió y succionó como si pudiera abarcarlos con la lengua, rodeó el pezón con la lengua y mordisqueó hasta llevar a Alyssa al borde del desmayo.

Entonces siguió bajando, hasta que enterró la nariz en aquella mata de sedoso vello que tan loco le volvía.

—¿Qué haces? —preguntó Alyssa, extrañada.

Él rio sin levantar la cara y la vibración de su risa se extendió por todo el cuerpo de la joven, que dio un grito de sorpresa.

—Tú déjame hacer —le dijo él.

Cuando su lengua comenzó a explorar rincones prohibidos de su anatomía Alyssa olvidó la vergüenza y solo pudo pensar en no morir de placer. Y cuando se concentró en ese pequeño botón entre sus piernas ella tuvo que taparse la cara con la almohada para que sus gritos no se escucharan por toda la casa. Pronto sintió una explosión de placer, un temblor que la recorrió e hizo que su espalda entera se curvara y sus caderas se apretaran más contra la boca de Anthony.

Cuando pudo volver a respirar miró hacia abajo y encontró la sonrisa satisfecha de Anthony. En algún momento, Alyssa no sabía cómo, se había desecho de sus pantalones y trepó por su cuerpo como un depredador, hasta colocarse entre sus caderas.

—¿Bien? —preguntó.

Alyssa asintió, casi sin palabras. Entonces él se enterró dentro de la húmeda y cálida cueva de su esposa, que se adaptó con facilidad y lo acogió en toda su plenitud. Alyssa gimió, pero fue un sonido de puro placer. Así que Anthony comenzó a moverse más exigente, más profundo, reclamando cada rincón de ella, hasta que ella volvió a llegar al clímax y la forma en que se apretó alrededor de él hizo que también Anthony se derramase.



Poco después estaban medio vestidos, sentados en la mesita, tomando un té que casi estaba tibio y unas tostadas con huevo que llevaban frías un buen rato, pero que a Alyssa le supieron a gloria. Al fin y al cabo, apenas llevaba nada en el cuerpo desde ayer a media tarde, cuando se tomó aquella infame poción que la señora Laurens preparó para ella.

—¿Te duele algo? —preguntó Anthony—. Ayer te diste un buen golpe.

Ella negó con la cabeza.

—Precisamente estaba pensando en eso ahora. Ese brebaje inmundo que Maggie me trajo de parte de la señora Laurens casi me hace vomitar, pero lo cierto es que me siento genial.

—Me alegro —sonrió Anthony—. Descansa todo lo que necesites. No tenemos que salir de la habitación hasta que no quieras.

Ella se echó a reír.

—Se está muy bien aquí dentro, eso es innegable —dijo—. Pero me temo que, si no aparecemos para la comida, alguien echará la puerta abajo para asegurarse de que estamos bien.

Anthony rio con ella.

—Sí, puede ser. —Se puso serio y alargó una mano para tomar la de Alyssa—. Quiero saber si estás bien de verdad. Yo… sé que no he sido un buen marido hasta ahora, pero quiero que eso cambie. Necesito que sepas que puedes contar conmigo.

Alyssa lo miró con la cabeza un poco inclinada. Era consciente de que todo había cambiado. Entre ellos no había ya restos de aquella tensión que había rodeado su relación desde que se conocieron. Se sentía cómoda con él y creía que era mutuo. También estaba el pequeño detalle de darse cuenta de que se había enamorado de él, pero tal vez no hacía falta asustarlo ahora con eso, aunque su corazón estallara de amor y sintiera la necesidad de gritarlo a los cuatro vientos. Apretó su mano.

—Lo sé. No más discusiones.

Él negó con la cabeza. Era tan hermosa. Su corazón brincaba como el de un adolescente cuando la miraba y quería declararle su amor de mil maneras diferentes, pero pensó que era demasiado pronto, que tal vez ella pensaría que no era real o peor, que sí le creyera y se asustara de la intensidad de sus pensamientos.

—No más malentendidos. Te lo prometo.

Cuando por fin salieron de la habitación era ya la hora de la comida. Dominic y Daniel no hicieron ningún comentario, como era obvio: al fin y al cabo, los caballeros no hablaban de determinados temas, y mucho menos delante de las damas. Pero todos sabían que las cosas habían cambiado y, además, Anthony y Alyssa no podían dejar de mirarse, de sonreírse y de buscarse a cada momento. Para todos en esa casa era evidente que estaban enamorados, aunque tal vez ellos no vieran los sentimientos del otro con la misma claridad.

Y no solo eran conscientes de este cambio los que los veían con sus propios ojos: Lord Waterford también había sido informado y exigió la presencia de Anthony en sus habitaciones en cuanto

acabara la comida.

Alyssa lo miró con la duda en los ojos. ¿Debería acudir ella también? Él negó con la cabeza y tomó su mano.

—No quiero exponerte a una nueva humillación. Prefiero estar yo solo.

Sin embargo, cuando Alyssa subió un poco más tarde, camino a su habitación, para reposar después de la comida, oyó las voces salir de detrás de la puerta del conde y no pudo evitar acercarse y escuchar.

—Entonces estás decidido.

La voz de Anthony salió firme.

—Lo estoy. Alyssa es mi esposa y Drudley Manor es su hogar. No va a irse a ningún sitio, padre.

Una risa seca respondió a estas palabras.

—Ya ha llegado a mis oídos que por fin ha sido capaz de cumplir con su deber. Espero que el heredero llegue pronto, Anthony, y que ella sepa comportarse. Te hago a ti responsable de sus actos.

El pequeño silencio que siguió, cargado de tensión, fue roto por la voz de Anthony. Alyssa, que ya lo conocía, percibía en su tono lo tenso que estaba y los esfuerzos que estaba haciendo para controlarse delante de su padre.

—Ella hará lo que tenga que hacer, igual que yo. Es mi esposa, padre, así que no permitiré que intervenga más en mi matrimonio. La descendencia llegará, que es lo único que le concedo que pueda importarle. Todo lo demás depende de ella y de mí, y no toleraré más faltas de respeto hacia ella, ni siquiera de usted.

—No te está sentando mal del todo este matrimonio —dijo el conde con voz cargada de ironía—. Al menos estás mostrando una confianza en ti mismo que antes no tenías. ¡Está bien! Haz lo que consideres, pero no me falles.

Alyssa se giró justo cuando Maggie subía las escaleras para ayudarla a desvestirse. En su sonrisa vio que ella también estaba al tanto de lo ocurrido. Le dio un poco de vergüenza, ¿dónde estaba la intimidad en esa casa? Pero también sabía que entre doncellas y señoras no solía haber secretos, así que le sonrió de vuelta y se dirigió a su dormitorio, aunque no sabía si seguiría siéndolo por mucho tiempo. Tal vez debiera mudarse al de Anthony. Hablaría con

él.

La tarde transcurrió en un apacible sopor. Aunque la lluvia no cedió, Anthony no salió de su despacho, repasando papeles y cuentas. Llevar unas tierras y administrar un patrimonio llevaba más trabajo del que Alyssa nunca hubiera podido imaginar. Ella estuvo leyendo en la salita, acompañada de Dominic, que poco podía hacer en las cuadras en aquellos momentos.

Cuando llegó la hora de la cena, el tema de conversación giró en torno al tiempo tan inusual que hacía para esa época del año.

—Las cosechas se echarán a perder —dijo Daniel, mirando a través de la ventana.

—La de heno ha sido catastrófica —dijo Anthony, que asintió con el ceño fruncido—. Y, si no para de llover, las de cebada y trigo no serán mucho mejores.

—Pobre gente —dijo Alyssa, pensando en los habitantes del pueblo, que vivían en su gran mayoría de trabajar las tierras de los Drudley.

—Si no cosechan, no podrán pagarnos —añadió Dominic, poniendo en palabras el miedo que flotaba en el ambiente.

—Y pasarán hambre —añadió Alyssa, que no podía dejar de pensar en aquellos niños de la escuela que aún no había podido ir a visitar.

Anthony sacudió la cabeza.

—No debes preocuparte por eso, Alyssa —dijo—. Seguro que encontramos una solución.

Pero ella sabía que no sería tan fácil. Y, para hacer las cosas aún más complicadas, al día siguiente una terrible granizada arrasó la zona. Alyssa sería una joven de ciudad, pero sabía lo que eso significaba.

Acudió al despacho de su marido y lo encontró rodeado de papeles, con los candiles encendidos a pesar de ser pleno día, porque la luz exterior era prácticamente inexistente.

—¿Es muy grave? —preguntó.

Anthony levantó la cabeza y sonrió, y las marcas de preocupación en su rostro se disolvieron. Alargó una mano hacia ella y tiró hasta tenerla sentada en su regazo.

—No es nada de lo que debas preocuparte —dijo—. No es la primera vez que hay dificultades de este tipo.

Se la quedó mirando muy fijamente. Las pupilas se le contrajeron y ella notó un encogimiento de estómago. Él se acercó y la besó.

—Pero sí es la primera vez que te tengo aquí conmigo —dijo—. Lo que lo hace todo mucho más… placentero.

Acercó la cabeza a su cuello y comenzó a mordisquear la suave piel de Alyssa, que echó la cabeza hacia atrás mientras todo el vello de su cuerpo se ponía de punta.

—Estoy hablando en serio, Anthony —intentó articular, aunque apenas le salían las palabras.

Él rio sin despegar los labios de la piel de Alyssa, lo que le provocó un cosquilleo que reverberó en sus venas e hizo que ese calambre entre sus piernas volviera a hacer acto de presencia.

—Yo también —dijo él susurrando con voz grave sobre su cuello—. Nunca he hablado más en serio.

Alyssa desabrochó los primeros botones de la camisa de Anthony y acarició la suave piel del pecho. Enredó los dedos en el vello que lo cubría y miró a su marido con los ojos brillantes. Él se levantó con ella encima y la sentó en el escritorio, quedando entre sus piernas. Entonces sus manos se deslizaron por las piernas de Alyssa, arrastrando con ellas el vestido y la enagua.

Se arrodilló delante de ella y comenzó a besar el interior de sus muslos. Ella sabía lo que venía a continuación, lo sabía y lo deseaba. Anthony era tan hábil con la lengua…

Cuando él alcanzó ese pequeño lugar que hasta hacía pocos días Alyssa ni siquiera sabía que poseía se echó hacia atrás y arqueó la espalda, intentando contener el gemido que salió de sus labios. No tuvo éxito, pero es que esas espirales que Anthony estaba haciendo con la lengua le hacían perder el control.

Poco, muy poco tiempo después ella se derramó en la boca de él y soltó un largo y profundo suspiro. Anthony se incorporó, con una sonrisa traviesa en la cara. Miró a Alyssa: sonrojada y despeinada, le daban ganas de volver a devorarla ya mismo, una y otra vez, para ver cuántas veces conseguía que se estremeciera y temblara de aquella manera tan exquisita.

Ella se irguió un poco, aún jadeante, y tiró del cuello de la camisa hacia su boca. Le regaló un beso profundo y lánguido que hizo que él se excitara aún más, si ello era posible. Anthony desabrochó sus pantalones y la agarró de las caderas, dispuesto a penetrarla de una sola estocada.

Los golpes en la puerta les hicieron conscientes de dónde se encontraban.

—¡Ahora no! —gruñó Anthony, tan cerca de tocar el paraíso entre las piernas de Alyssa que no quería que nada los interrumpiera.

Hubo un silencio al otro lado de la puerta, como si quien estuviera allí titubeara, y después se volvieron a escuchar los golpes y se oyó la voz del señor Chipperfield.

—Señor, lo lamento, pero el conde le reclama.

Un resoplido de pura frustración salió de entre los dientes de Anthony y Alyssa enrojeció hasta la raíz del cabello, muy consciente de que el mayordomo sabía perfectamente lo que estaba sucediendo en el despacho en esos momentos.

Anthony se apartó como si hubiera tenido que echar mano de toda su fuerza de voluntad.

—Acabaremos esto en cuanto vuelva —dijo él, besando la punta de la nariz de Alyssa.

Ella sonrió y le dio otro beso.

—Eso espero —dijo—. Es muy pronto para que comiences a dejar a tu esposa desatendida.

Cuando Anthony salió del despacho, ella se quedó allí un rato. Escuchaba el sonido del granizo contra la ventana y el aire huracanado. No recordaba si había vivido alguna vez una tormenta así. Se bajó de la mesa y caminó por el despacho. Luego volvió a acercarse al escritorio.

No quería cotillear, pero tenía los papeles delante. No pudo evitar echar un vistazo, y lo que vio no le gustó nada. Se sentó en la silla de Anthony y comenzó a leer aquellos montones de papeles y libros de cuentas. Para cuando se dio cuenta, Anthony estaba en la puerta del despacho y la miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué haces?

Ella dio un respingo.

—No pretendía entrometerme. Lo lamento, yo… —Entonces Alyssa se dio cuenta que aquella también era su casa, y su hacienda, o lo sería algún día, y que no estaba dispuesta a disculparse por intentar entender qué sucedía. Se irguió y miró a Anthony a los ojos—. Creo que merezco saber qué ocurre en estas tierras, puesto que vivo en ellas.

Él se acercó a la mesa despacio, como si estuviera valorando cómo proceder.

—No debes preocuparte de esas cosas. Ese es mi trabajo, no el tuyo.

—Puede que no deba hacerlo —dijo ella, y se encogió de hombros —. Pero quiero hacerlo. Elijo hacerlo, porque esta también es mi casa, y me gustaría que me apoyaras.

Anthony suspiró y se sentó en la silla al otro lado del escritorio.

—Te entiendo. Tienes razón. Dime, ¿qué quieres saber?

Alyssa lo miró fijamente.

—¿Es tan grave como parece?

Capítul0 28

La cena que fue silenciosa y tensa, porque todos estaban preocupados por aquella tormenta que no cesaba. Aunque el granizo había pasado, seguía lloviendo sin parar y el aire tronaba, fuerte y violento. Anthony cumplió su promesa y se retiraron temprano. Acabaron lo que antes habían dejado a medias en el despacho y, por la mañana, Anthony volvió a la carga. Alyssa no entendía por qué las matronas se callaban todo aquello y dejaban que las jóvenes doncellas acudieran al altar tan ignorantes y asustadas como corderitos que se dirigen al sacrificio.

Anthony rio cuando ella le dijo esto.

—Me parece que ya lo hemos hablado —dijo, besando el hombro de Alyssa.

—¡Es que sigo sin entender que guarden semejante secreto! —protestó ella—. Y juraría que recuerdo alguna referencia de madre al tema, antes de que Violet debutara, y no se le veía muy entusiasmada.

Anthony se puso serio.

—La echarás mucho de menos.

Ella sonrió con tristeza.

—La verdad es que sí. Me hubiera gustado tenerla a mi lado en estos momentos. Aunque, quién sabe, se ha ahorrado la vergüenza de ver cómo padre perdía toda nuestra fortuna. En cierto modo, me alegro de que no haya tenido que pasar por eso.

Anthony acarició su cara y se levantó. Desde que Alyssa y él hacían vida de matrimonio no madrugaba tanto como antes. Podía permitirse trabajar un poco menos: quería disfrutar de su esposa. Pero aquel día era diferente. Tenía que salir a supervisar los campos y hacer un cálculo de los daños que la tormenta había provocado. Se vistió solo, sin lacayo, a pesar de que el valet del conde estaba siempre disponible para él.

Maggie llamó a la puerta y entró para ayudar a Alyssa con su aseo diario.

—¿Qué piensas hacer hoy? —le preguntó Anthony.

Alyssa miró por la ventana con preocupación. Los setos del jardín estaban destrozados, con hojas caídas y ramas rotas. Los árboles habían resistido, pero también algunas de sus ramas habían acabado arrancadas, en el suelo. Desde allí no veía la parte del gallinero y los invernaderos, pero esperaba que hubieran resistido. La tormenta del día anterior había sido demoledora y sabía que las cosechas habrían sufrido mucho y que, en el pueblo, la gente estaría disgustada.

—Iré al pueblo —dijo—. Quiero llevar algo de pan y comida. Imagino que las familias estarán haciendo recuento de los daños y les vendrá bien no tenerse que preocupar de cocinar en un par de días.

Él asintió. En la sala del desayuno se encontraron con Dominic y Daniel, pero también con lord Waterford, que les dio una sorpresa, no muy agradable, en opinión de Alyssa.

—¿Desde cuándo te levantas tan tarde, Anthony? —preguntó, con voz seca como un graznido—. No me gusta que descuides tus quehaceres.

Alyssa miró de reojo a su marido y vio cómo este se ponía tenso.

—Apenas ha amanecido, padre —dijo, sin levantar la voz—. Y mi caballo está listo.

—Al menos veo que te esmeras en darle un heredero al título.

Alyssa ahogó un ruido y se mordió la lengua. Literalmente. No le iba a dar a aquella bestia la satisfacción de ver que su mala educación le afectara. Sus cuñados levantaron la cabeza y miraron a su padre como si no dieran crédito. Anthony habló en voz muy baja, con la tensión emanando de cada uno de sus poros.

—Cuidado, padre. Ya le advertí acerca de las faltas de respeto.

El conde estiró una sonrisa sardónica en su boca de labios finos y agrietados, pero cambió de tema.

—Los aparceros aprovecharán esta tormenta para quejarse y lloriquear como hacen siempre. Querrán prórrogas en el pago, bonificaciones, lo que sea. No aceptes nada —dijo—. ¡Deben pagar!

Anthony asintió con la cabeza, sin contestar. El viejo conde se levantó.

—Seguiré trabajando en mis habitaciones mientras los jóvenes no hacéis nada, como de costumbre.

Un pesado silencio se quedó flotando en el ambiente cuando lord Waterford se marchó. Dominic miró a Alyssa.

—Lamento que tengas que aguantar esto.

—Yo lamento que vosotros los hayáis tenido que soportar mucho más tiempo que yo —respondió ella, con amargura—. ¿Cómo lo hacía Rose?

Dominic contrajo el gesto ante la mención del nombre de su mujer. Luego se encogió de hombros.

—No vivíamos aquí —dijo—. Eso facilitó mucho las cosas. No tuvo que aguantarle mucho.

—Hubo un tiempo en que no era así —dijo Anthony, con pena en la voz—. Antes de que madre muriera era un padre normal. No era el hombre más cariñoso de este mundo, pero tampoco tenía tanta amargura dentro.

—El caso es que tiene razón —dijo Dominic. Todos se giraron a mirarlo como si hubiera dicho una locura y él abrió los brazos—. ¡Me refiero al tema de las tierras! Tenemos que valorar los daños, pero me temo que esto es lo que faltaba.

—El trigo y la cebada estarán muy dañados, eso en el mejor de los casos —dijo Anthony—. No podrán pagar la renta estipulada, y desde luego no podrán pagarla a tiempo.

—¿Qué soléis hacer en estos casos?

—Nada —dijo Daniel, con voz tensa—. Es padre quien decide, y él se niega a aceptar aplazamientos.

—Bueno —terció Anthony—, no adelantemos acontecimientos. Primero pasemos revista.

Se levantó sin haberse terminado el plato de huevos, acabó el té de un trago, le dio un beso a Alyssa y se marchó. Ella miró a sus cuñados.

—¿Qué vais a hacer hoy? Parece que el tiempo nos ha dado una tregua.

—Yo quiero revisar los establos —dijo Dominic—. Es posible que la tormenta haya dañado algunas estructuras y el señor Gardson debe estar impaciente por ponernos con las reparaciones. Además, quiero

seleccionar algunas yeguas para criar este año.

—Yo me encargaré de los invernaderos —dijo Daniel—. Si no ha habido daños me uniré a Anthony en la revisión del resto de la finca.

Alyssa bajó a hablar con la señora Conell y la señora Laurens. Entre el ama de llaves y la cocinera improvisaron un cargamento de panes, cecina, panceta y galletas que cargaron en un carro. Maggie acompañó a Alyssa y uno de los mozos condujo el coche por el camino que llevaba a Drudley Cross.

El panorama era desolador. Los campos se veían arrasados. Grupos de hombres aquí y allá estaban reunidos en las distintas piezas, e incluso, Alyssa creyó distinguir la figura de Anthony en uno de ellos, hablando con otro hombre que movía mucho los brazos, como si estuviera enfadado, o disgustado.

El camino estaba en muy mal estado. La tormenta había abierto socavones en la pista y el barro dificultaba el avance del faetón. Por fortuna la distancia era muy corta. Cuando llegaron al pueblo vieron a la gente reunida en la plaza. Sobre todo, había mujeres y niños: los hombres estaban en el campo, valorando los daños. Estaba claro que ese día no había escuela. Cuando llegaron, un centenar de rostros se giraron hacia ellos. Los había tristes, los había esperanzados, y también había alguno en el que se leía el desprecio.

Alyssa sintió que el corazón se le aceleraba, pero respiró hondo, respondió a la sonrisa nerviosa de Maggie y bajó del coche sin ayuda. Los bajos de su enagua se mancharon de barro, porque el pueblo, cuyas calles eran de tierra, estaba también perjudicado. Pero no hizo ni un gesto al respecto.

—Buenos días nos de Dios —dijo.

—No son precisamente buenos.

Alyssa no supo de dónde vino aquella voz, pero asintió.

—Lo sé y lo lamento. Sé que los hombres están en los campos valorando los daños, pero también sé que somos las mujeres las que debemos ocuparnos del día a día. —Se giró hacia el carro—. He traído pan, cecina, carne seca y otras cosas que os pueden ayudar mientras se estabiliza todo.

Aquellas mujeres se relajaron y se acercaron al carro. Los niños también rodearon a Alyssa, porque ella, sabiendo lo que se iba a

encontrar, había añadido algunas barras de caramelo al cargamento. Le sorprendió que hubiera en la cocina, puesto que en la casa no había niños, pero pronto se enteró de que a Daniel le gustaba, de vez en cuando, chupar uno de aquellos dulces. Alyssa pensó que le perdonaría por habérselos robado.

Los repartió entre los pequeños que, en muchos casos, nunca habrían probado nada semejante. Las mujeres entablaron conversación. Estaban muy preocupadas por la cosecha y angustiadas por el próximo invierno.

—¿Se sabe si los daños han sido muy grandes? —preguntó Alyssa a una de aquellas mujeres.

Todas asintieron, con las caras tensas.

—Aún no han vuelto los hombres del campo, pero parece que la cosecha ha quedado arruinada.

—Con la producción de heno tan mala que tuvimos y la cebada creciendo de manera muy pobre, nuestra esperanza era el trigo. Las lluvias que ha habido estas semanas terminaron de dañar la cebada y la granizada de ayer habrá destrozado el trigo.

—No tenemos nada —dijo una joven embarazada con un bebé en brazos. Mantenía la compostura, pero sus ojos estaban repletos de lágrimas sin derramar—. Incluso lo que cultivamos en nuestros pequeños huertos para nuestra subsistencia se ha perdido.

—Solo los nabos y las cebollas parecen haber resistido —dijo una mujer mayor.

Alyssa asintió y miró alrededor.

—¿Tenéis pan?

La mujer mayor negó.

—Si no hay grano, no hay harina. Y, aunque el panadero tuviera, apenas podríamos pagarlo.

—Os mandaré algunos sacos de harina. Sé que no es la solución —dijo—, pero os ayudará a salir adelante.

—¡Limosna! ¡Eso solo son las migajas que los ricos nos dejan caer mientras ellos siguen comiendo hasta hartarse!

Un pesado silencio cayó sobre la reunión. Hasta los niños se quedaron quietos, con sus caramelos en la boca. Alyssa miró alrededor y localizó a un hombre malencarado, apoyado en la puerta

de la taberna. Entrecerró los ojos. ¿No era el mismo que ya la había mirado de forma intimidatoria la vez anterior que acudió al pueblo? Notó cómo todos los allí congregados esperaban la reacción de Alyssa, como si no supieran cómo reaccionar.

—Hago lo que puedo —dijo ella, con la barbilla alzada—. No está en mis manos controlar el tiempo.

—¡Debería daros vergüenza aceptar su caridad! —insistió el hombre, que se irguió y sacó las manos de los bolsillos.

El cochero que las había llevado hasta allí hizo ademán de ir a por el agitador, pero Alyssa lo paró con gesto. Se le hizo un nudo en la garganta. Sabía que solo era un ladrón con ideas subversivas, pero le dolía que le hablaran así, cuando ella solo pretendía ayudar. Entonces una mujer asomó de entre el grupo y se dirigió a él.

—¡Cállate, Connor! —dijo, en voz alta—. ¡Al menos ella nos ha traído alimentos! Dime, ¿qué has hecho tú? ¡Ni siquiera has arrimado el hombro con nada! Mientras no falte la remolacha para hacer aguardiente tú no te vas a preocupar de nada.

Alyssa vio que se trataba de la señora Hayes, la primera mujer que había conocido en el pueblo. Le sonrió con agradecimiento.

—¿Hay algo más que pueda hacer por vosotras?

Aquellas mujeres titubearon. Se miraron entre ellas como si les diera vergüenza hablar y, finalmente, fue la mujer mayor que había hablado antes la que se adelantó. Carraspeó.

—Si hemos perdido la cosecha —dijo—, y todo parece apuntar que ha sido así, pasaremos hambre este invierno. No sé cómo podremos pagar los aparceros las rentas al conde. Si pudiera interceder ante él para que las condone o, al menos, nos permita pagar en varias veces.

—Lord Waterford es quien decide, y sabemos que no es de trato fácil —se adelantó la señora Hayes—. Pero lord Greenway, su esposo, siempre ha sido justo y se ha preocupado por nosotros. Tal vez él pueda influir en su padre. Si las pérdidas han sido tan grandes, no sé cómo vamos a conseguir llegar hasta la primavera.

Alyssa tragó saliva. El nudo en la garganta no se había ido, pero ahora el motivo era otro. Aquella pobre gente iba a sufrir mucho si no hacían nada para remediarlo. Asintió.

—Hablaré con mi esposo. Estoy segura de que él sabrá aplacar a lord Waterford y podremos buscar una solución entre todos. Mientras tanto, si hay algo que se les ocurra que yo pueda hacer, dentro de mi limitada influencia, no duden en hacerme llegar un mensaje a la casa.

Alyssa se montó en el faetón y, cuando este se puso en marcha, giró la cabeza y vio a ese hombre, Connor, mirándola con una cara de odio tal que el corazón se le aceleró. Pero ¿qué le había hecho ella a ese hombre? ¿Por qué ese desprecio, ese odio?

Mantuvo el tipo mientras el coche se ponía en marcha, pero, en cuanto salieron de allí, las lágrimas asomaron. Maggie la miró, alarmada.

—¿Está bien, señora?

Ella asintió mientras se quitaba una lágrima que había conseguido escapar.

—Es tan triste… Espero que parte de la cosecha se haya podido salvar. Y luego lo de ese hombre, no entiendo por qué me odia tanto.

—No es a usted —dijo su doncella—. Es a la familia. Es un hombre con un corazón oscuro y les odia porque cree que lo tienen todo cuando él no tiene nada.

—En parte lo entiendo —dijo la joven—. Cada cual nace donde nace y no hay nada que podamos hacer ante eso.

Continuaron en silencio hasta llegar a la hacienda. Anthony no estuvo para comer, y tampoco Daniel, que finalmente había acudido a supervisar el recuento de daños con él. Dominic y Alyssa comieron solos, en un cómodo silencio.

—¿Qué crees que va a ocurrir? —preguntó ella en un momento dado.

Su cuñado se encogió de hombros.

—Dependerá de padre, y no es un hombre caritativo.

Alyssa suspiró y no dijo nada más. Cuando terminó, subió a su habitación, sacó papel y pluma y comenzó a escribir.

Capítulo 29

Queridas Violet y Lizzie:

Espero que la vida de casada esté resultando mejor de lo que esperabas, Violet. Os escribo para deciros que Anthony y yo hemos superado nuestras diferencias y, por fin, puedo decir que ya somos un matrimonio. No sé cómo transmitiros la satisfacción que esto me supone y la felicidad que siento ahora mismo.

Espero, querida Violet, que puedas llegar a tener esta conexión con tu esposo algún día. Como puedes comprobar, a veces los peores inicios traen consigo finales felices.

Lizzie, ¿qué tal la vida lejos de Londres? Es curioso cómo nos ha cambiado la vida en tan poco tiempo. Hace unas semanas éramos jóvenes con toda la vida por delante y un brillante futuro social y ahora ya no acudimos a fiestas ni bailes. Aunque yo seré condesa y Violet es vizcondesa. Mucha gente lo consideraría un triunfo.

Aquí no ha dejado de llover en semanas, y ayer hubo una terrible tormenta que, me temo, ha terminado de destrozar las ya casi arruinadas cosechas. Esto crea un enorme problema, porque los aparceros no podrán pagar las rentas y me temo que mi suegro, lord Waterford, es un hombre horrible que no guarda empatía ni compasión en su corazón.

Hoy he estado en el pueblo llevando algo de alimentos y ofreciendo ayuda y lo que he visto me parte el corazón. ¡Ojalá Anthony consiga de su padre un aplazamiento en los pagos!

Reitero que me encantaría que vinierais a visitarme y a estar unos días en Drudley Manor. Posee una belleza rural y salvaje que hipnotiza y me sentiré mucho más feliz si os tengo a mi lado, aunque solo sea por unas semanas.

Vuestra hermana que os quiere,

Alyssa.

Alyssa estuvo toda la tarde escribiendo la carta y su diario, y antes de cenar bajó a leer un rato a la biblioteca. Miró por la ventana. El sol había salido y por fin el cielo lucía despejado y sin nubes. Sin embargo, los caminos estaban destrozados y no parecía buena idea salir a caminar ni montar a caballo. Además, no quería que la vieran tan despreocupada cuando tantas familias lo estaban pasando mal.



Anthony llegó poco antes de la cena, acompañado de Daniel. Ambos llevaban barro hasta en el pelo y la expresión de sus caras mostraban bien a las claras la destrucción de la que había sido testigos. Anthony la besó, agotado, y fue a bañarse en cuanto el baño estuvo listo.

Alyssa entró a la habitación cuando él ya estaba sumergido en el agua caliente. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Ella tuvo la sensación de que parecía un poco más viejo que aquella misma mañana.

Él abrió los ojos y una sonrisa cansada apareció en su rostro. A través del agua se podía ver todo su cuerpo. El amplio pecho que tan loca volvía a Alyssa, y esos brazos fuertes. Su vista siguió por el abdomen, apenas recubierto de un poco de vello oscuro, una sucesión de líneas lisas y pequeñas protuberancias donde la musculatura se abultaba. Y hablando de protuberancias…

Alyssa tragó saliva, retiró la vista y se sentó en el borde de la bañera. Cogió la esponja y comenzó a pasarla por sus hombros y brazos. Él soltó un pequeño gruñido de placer.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

Alyssa sonrió.

—No mucho mejor que el tuyo, me temo. En el pueblo las mujeres estaban muy preocupadas. He pedido que les manden sacos de harina, levadura y algo de carne seca y alimentos de fácil almacenamiento que puedan ayudarles a tirar. Espero que te parezca bien.

—Pues claro —dijo él, echando de nuevo la cabeza hacia atrás—. Van a pasarlo mal y seguro que agradecen cualquier ayuda.

—¿Cómo están los campos?

Él sacudió la cabeza.

—Destrozados. No se ha podido salvar nada.

—Es horrible. —El nudo en la garganta de Alyssa volvió a aparecer —, ¿De qué van a vivir hasta la siguiente cosecha?

—Están las patatas y lo que haya podido salvarse de los huertos propios. También plantarán las verduras de invierno y la mayoría tienen gallinas o incluso alguna cabra. Eso les dará para pasar el invierno. Pero pagar las rentas… eso será otro tema.

Alyssa pasó a frotar el pecho de Anthony.

—¿No podemos hacer algo con eso?

Anthony suspiró de forma pesada.

—Es difícil. Tienes que pensar que nuestra situación tampoco es buena, y dependemos de esas rentas para nuestra propia subsistencia. Además, las decisiones las toma padre y ya lo conoces.

—¡Pero hay que hacer algo! Esa gente va a pasar hambre y nosotros vamos a colaborar con ello.

Él asintió.

—Lo sé. Hablaré con padre, buscaremos alguna solución.



Pero lord Waterford se negó a hacer concesiones. Alyssa oyó las voces, airadas y más altas de lo normal, salir de las habitaciones del conde, y luego vio a Anthony salir dando un portazo. Dos días más tarde, durante la cena, cuando aún no había anochecido, se escuchó un jaleo en la puerta principal de la casa.

—¿Qué ocurre, señor Chipperfield? —preguntó Anthony, con las cejas juntas.

El mayordomo salió del comedor y volvió al cabo de unos minutos con expresión descompuesta.

—Son algunos de los arrendatarios, señor. Piden hablar con vos.

Dominic levantó una ceja. Daniel miró alarmado a la puerta. Alyssa sintió miedo, porque sabía que los hombres desesperados podían tomar medidas desesperadas, y Anthony solo se limpió la boca con la servilleta, se levantó y dijo.

—Está bien, vamos.

Alyssa y sus cuñados se quedaron mirándose en silencio, sopesando la situación, y entonces ella no aguantó más, se levantó y se acercó al recibidor, desde donde podía escuchar la discusión. Dominic y Daniel acudieron poco después.

—¡Pero no es justo! —se oía una voz—. ¡Si no pagamos perderemos las tierras!

—No tenemos con qué pagar —dijo otro—. Y si nos echáis de nuestros hogares sin medios nos condenáis a muerte, a nosotros y a nuestras familias.

—No es decisión mía. —La voz de Anthony sonó tensa—. El conde es quien maneja la hacienda, y quiere que paguéis.

—¿Y si no? —Otra voz, con un tono más amenazante, se unió a la conversación.

El silencio fue la respuesta.

—¡Si no, nos echarán a la calle! —gritó otro—. ¡A los señores no les importa que nos muramos de hambre, que nos quedemos sin hogar, que nuestras mujeres embarazadas no tengan un techo sobre sus cabezas o que nuestros hijos chupen de una teta que ya no da más leche!

—Señor Hayes, por favor, compórtese —dijo Anthony.

Las voces se elevaron y mezclaron y sonaron todas a la vez, cada vez más altas, más agresivas. Dominic y Daniel se miraron, valorando si intervenir, y Dominic se acercó al armario donde guardaban las armas.

Alyssa puso la mano en su brazo para detenerlo.

—Eso solo lo empeorará —dijo—. Dejadme a mí.

Alyssa pasó por delante del señor Chipperfield, que estaba justo detrás de la puerta, por si acaso su señor necesitaba ayuda. Pareció valorar decir algo, pero se calló y no dijo nada. Ella abrió la puerta y salió al porche. Vio a siete hombres, algunos de ellos muy enfadados. Iban en mangas de camisa y el que parecía el cabecilla estaba delante de Anthony es posición amenazante. Su marido se erguía frente a ese hombre. Le sacaba una cabeza. Intentaba parecer relajado, pero Alyssa percibió la tensión en los músculos de su espalda. Giró la cabeza cuando oyó la puerta y Alyssa percibió el destello de preocupación en sus ojos cuando la vio.

—Querida, por favor, vuelve dentro.

Pero ella sonrió con calma, puso la mano en el antebrazo de Anthony y se giró hacia aquellos hombres.

—No pasa nada, estoy segura de que podemos hablar como personas civilizadas.

Los arrendatarios se miraron entre ellos y la tensión se rebajó. Parecían no saber cómo actuar en presencia de una mujer, pero no eran unos brutos y la educación primó sobre su enfado. Alyssa amplió su sonrisa.

—Siento muchísimo la situación en la que se encuentran. Es usted el señor Hayes ¿no es cierto? —preguntó, dirigiéndose al que estaba frente a su esposo.

El hombre asintió con la cabeza, hosco, pero educado.

—Conozco a su esposa y a algunos de sus hijos —dijo ella, imprimiendo toda la calidez que pudo a su voz—. Siento el mayor de los aprecios por la señora Hayes y lamento mucho la situación en que se encuentran. Estoy segura —continuó, haciendo caso omiso a la cara de Anthony, al que casi se le salían los ojos de sus órbitas—, de que mi esposo sabrá convencer a lord Waterford para que se dé cuenta de la gravedad del asunto y transija en este tema. Les doy mi palabra de que haremos todo cuanto esté en nuestra mano.

—¿Y si el conde no modifica su postura? —preguntó un hombre bajito y moreno que estaba justo detrás del señor Hayes.

Alyssa lo miró.

—El conde está muy enfermo y no ha podido supervisar él mismo las cosechas. Sin embargo, estoy segura de que lord Greenway le sabrá transmitir la magnitud del desastre e insistirá en la necesidad de aplazamientos y facilidades. ¿no es así, querido?

Anthony la miró como si no tuviera claro que ella supiera lo que estaba haciendo, pero asintió y volvió la cabeza hacia aquellos hombres.

—Mi esposa, como habéis podido comprobar, tiene un corazón de oro. Aspiro a ser un hombre mejor a su lado. Les prometo no parar hasta que el conde ceda.

El ambiente había cambiado por completo. En la expresión de los aparceros la tensión había desaparecido. Tal vez no estuvieran

convencido de lograr lo que pedían, pero al menos creían que Anthony pelearía por ellos. Se despidieron con educación y se marcharon.

Cuando se quedaron solos, aún en el porche, Anthony se giró hacia Alyssa. Ella leyó el enfado en su cara, pero no en sus ojos, puesto que él miraba al suelo.

—¿En qué estabas pensando? —dijo, sin levantar la voz, pero con un tono que denotaba bien a las claras su disgusto—. Acabas de socavar mi autoridad delante de todos esos hombres.

Alyssa se sentía muy cómoda ya con Anthony, de forma que ni esa versión más seca y dura de él le impresionaba.

—No lo he hecho —dijo—. Al revés, te he dado tu sitio. Si no puedes influir en tu padre solo eres su marioneta. ¿Eso es lo que quieres? Ay, Anthony —dijo, con un suspiro—. Los hombres desesperados toman medidas desesperadas. ¿Crees que iban a aceptar sin rechistar que les echasen de sus casas? ¿Que dejarían a sus familias morirse de hambre? Piénsalo. No es el primer conflicto de este tipo que hay y lo sabes. ¿Eso quieres?

—Si atacan, responderemos.

—Eso no lo dudo —respondió ella, y se acercó a su marido. Con la mano en su barbilla le alzó el rostro para que la mirase. Seguía enfadado, pero escuchaba. Ella prosiguió—. Pero ¿en qué tipo de hombre te convertiría eso? Atacar, herir, puede que matar a hombres que solo tratan de sacar adelante a sus familias. Y más, cuando hay soluciones que se pueden buscar que les faciliten a ellos la vida y hagan que nosotros acabemos cobrando. ¿Qué ganas siendo tan inflexible? No cobrar nada y tener que buscar nuevos aparceros.

—Entiendo el motivo de tu intervención, pero no me ha dejado en buen lugar.

Ella sonrió y se acercó un poco más a él.

—Esa es tu percepción, pero no es lo que ellos han visto. Solo han observado a un hombre con buen corazón, que no teme cambiar de opinión y que ha escuchado a su esposa. Una esposa, debería decir, que ha hablado con sabiduría.

Sonrió con petulancia fingida y Anthony no pudo evitar soltar una carcajada.

—Puede que tengas razón —dijo, cruzando las manos por detrás de su cintura y atrayéndola hacia él—. Pero ¿cómo haremos que padre acceda?

—No aceptes un no por respuesta —le dijo ella—. Se te da muy bien —añadió, y lo besó.

Capítulo 30

Anthony no quiso esperar más. Cuando entraron de nuevo en la casa ni siquiera se volvió a sentar a la mesa, aunque insistió en que los demás continuaran con la cena. Dominic y Daniel no preguntaron qué había ocurrido fuera; lo habían escuchado todo.

—Creo que has conseguido evitar un conflicto —dio Daniel, aliviado.

Ella miró hacia el techo, como si quisiera traspasarlo con los ojos para observar la escena que estaría teniendo lugar en las habitaciones del conde en esos mismos momentos.

—Eso no lo sabemos todavía —dijo.

—Pero, al menos, lo has aplazado —afirmó Dominic.

Cenaron en silencio, aguzando el oído para intentar captar algún sonido proveniente de la planta superior, pero nada llegó hasta sus oídos. Cuando terminaron la cena pasaron al salón y los dos hombres se sirvieron sendos whiskies. Incluso Alyssa pidió un vino dulce para tratar de aplacar los nervios.

Entonces oyeron pasos por las escaleras y Anthony apareció, con los surcos de la cara acentuados por la tensión. Se sirvió un vaso de whisky ante la mirada interrogante de los otros tres y se sentó con pesadez en una butaca. Dio un sorbo al vaso.

—¡Oh, vamos, Anthony! —acabó exclamando Dominic cuando perdió la paciencia —. ¿Quieres decirnos qué tal te ha ido?

Él los miró a los tres y, de pronto, una sonrisa se extendió por su cara.

—Ha accedido.

Alyssa ahogó una exclamación de alegría y Daniel dio una palmada.

—¿Ha sido muy difícil?

—Ha sido un infierno —dijo Anthony—. Me ha costado mucho que entrara en razón, pero finalmente he podido hacerle entender que, entre unos pagos aplazados y no cobrar nada, nos convenía más ser flexibles.

—Y es por eso que no hay nadie mejor que tú para dirigir este sitio —dijo Daniel, alzando su copa.

Anthony había negociado con el conde un sistema de pagos aplazados y fraccionados. No iba a ser un camino de rosas, pero facilitaría la vida de los aparceros y le ayudaría a pasar el invierno con un poco más de soltura. Anthony decidió enviar un mensajero a la mañana siguiente al pueblo para que una delegación de hombres, en representación de todos los trabajadores, acudieran a la casa.

Fue la propia Alyssa quien los recibió y los hizo pasar al gabinete contiguo al despacho de Anthony, preparado para este tipo de reuniones. Pidió al señor Chipperfield que les llevara té y algo de comer y, cuando aquellos hombres se marcharon, acudió a despedirles junto con Anthony. El señor Hayes se paró frente a ella, con la gorra entre las manos.

—Gracias, lady Greenway —dijo—. No olvidaremos lo que ha hecho.

Ella le quitó importancia con un gesto, pero su corazón se calentó al oír aquellas palabras. Cuando la puerta se cerró tras ellos, su esposo le dio un beso en la sien.

—Tenías razón —admitió—. Me siento mucho mejor ahora que sé que no los hemos abandonado a su suerte.

Siguieron días de una relativa calma, pero, apenas una semana después de aquello, un día en que había salido el sol y la cálida brisa recordaba que aún era verano, el señor Chipperfield bajó las escaleras con un paso menos flemático de lo habitual. Alyssa se encontraba eligiendo un libro de la biblioteca, con idea de llevárselo al cenador en lo alto de las escaleras del jardín trasero, que se había convertido en uno de sus rincones favoritos.

—Disculpe, señora, ¿el señor Anthony esta hoy en los campos del norte?

Ella se giró, sobresaltada, y entonces vio la cara del mayordomo.

—No, ha ido a supervisar los trabajos en las tierras cercanas al pueblo. Señor Chipperfield ¿qué ocurre?

El hombre pareció dudar, pero pronto habló.

—Es lord Waterford, señora. Él está…está…

Alyssa supo a lo que se refería.

—¿Está muerto?

El mayordomo asintió. Alyssa sintió un pellizco en el pecho. No pena, desde luego no por ella, que apenas conocía a aquel hombre y que no había sido muy amable las veces que habían coincidido, pero sí por Anthony y sus hermanos, que acababan de quedarse huérfanos.

—Dominic está en las cuadras. Daniel no lo tengo claro, iba a salir a buscar no sé qué tipo de flor. Vamos a avisarles.

Salieron de la casa y se dirigieron a paso rápido hacia las caballerizas. Alyssa vio a sus dos cuñados hablando con el señor Gardson. El viejo caballo de Daniel estaba aparejado en el patio, preparado para partir. Cuando oyeron pasos se giraron, y la primera reacción, que fue sonreír, fue inmediatamente reemplazada por la cautela.

—¿Qué sucede? —preguntó Dominic cuando vio la expresión en la cara de los recién llegados.

Alyssa no le vio sentido a dar rodeos.

—Es vuestro padre. El señor Chipperfield ha encontrado a lord Waterford en su cama. Él está… está… —carraspeó, porque su voz se quebró a pesar de sus esfuerzos por mantenerla serena. No le hizo falta continuar.

—¿Ha muerto? —preguntó el mayor de los hermanos.

Ella asintió y se maravilló del control que ambos tenían sobre sus emociones. Apenas un parpadeo, o el gesto con el que Daniel tragó saliva como si tuviera un nudo en la garganta. Le pareció triste tener una vida que suscitara tan poca emoción al acabarse, pero, al fin y al cabo, eran nobles, y la aristocracia se enorgullecía de no dejar traslucir sus emociones frente a nadie.

Dominic asintió.

—Está bien. Vamos.

Daniel cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—Hay que avisar a Anthony.

Alyssa asintió.

—Id con vuestro padre. Yo iré a buscarle para darle la noticia.

Dominic la miró de arriba a abajo.

—No vas vestida de forma apropiada.

—No para montar a la amazona —razonó ella—. Pero el viejo Zarpas ya tiene puesta la silla y, si quiero llegar rápido, es mejor montar a horcajadas.

—¡No pensarás ir sola! —se escandalizó.

—Dominic, solo tú te preocuparías por eso en semejantes circunstancias. Volved a casa, despediros de vuestro padre. Estoy segura de que el señor Gardson puede ensillar un caballo con rapidez para acompañarme en busca de Anthony.

El hombre asintió sin contestar y se metió en las cuadras. Alyssa miró a sus cuñados.

—Lamento mucho vuestra pérdida —dijo, y lo sentía así.

Dominic asintió y esbozó una sonrisa triste. Daniel, que tenía los ojos un poco acuosos, no dio más muestras de pena. Al fin y al cabo, él no había conocido más que al hombre amargado por la pérdida de su esposa y nunca tuvo un padre cariñoso en él.

—Gracias —dijeron.

Luego echaron a caminar hacia la casa sin mirarse entre ellos.

El señor Gardson salió con un caballo ensillado. Ayudó a Alyssa a montar en el caballo de Daniel, que tenía un temperamento apacible y apenas movió las orejas al sentir el peso de la joven, y partieron hacia las tierras circundantes al pueblo. Alyssa animó a su acompañante a salir a un trote ligero, puesto que quería encontrar ya a su esposo y darle la noticia.

Tuvieron que recorrer varios campos hasta que, al llegar a lo alto de una loma, Alyssa vio la silueta de Anthony a caballo junto con otras dos figuras que iban a lomos de percherones. Otros hombres marcaban algunos puntos en los campos. Pronto él los vio y se giró hacia ellos. Cuando distinguió a Alyssa y al encargado de las cuadras, y vio que ella montaba a horcajadas, con la fina muselina del vestido arremolinada alrededor de sus piernas y las delicadas botas al aire, frunció el ceño, pero se mantuvo sereno, a la espera.

—Ven, demos un paseo —le dijo Alyssa cuando llegó a su altura.

Anthony la miró de arriba a abajo, pero no dijo ni una palabra.

—Supongo que será grave para que hayas venido a buscarme de esta guisa.

Ella asintió.

—Sí. Cariño, es tu padre.

—¿Ha muerto?

Lo dijo como si estuviera hablando del tiempo, como si esas dos palabras no fueran a cambiar todo su mundo. Alyssa vio la tormenta detrás de unos ojos que se esforzaban por mantenerse impasibles. Asintió.

—Sí. Dominic y Daniel están con él. Lo siento mucho —dijo, y se inclinó sobre el caballo para tender la mano hacia su esposo.

Anthony tomó la mano y la besó. Arrimó aún más su animal al de Alyssa y se inclinó para besarla en la mejilla.

—No hay nadie en el mundo que me hubiera gustado más tener a mi lado en un momento así que tú —dijo.

Después dio media vuelta y se dirigió a donde estaba en resto del grupo.

—Debo irme, lo lamento —dijo, sin dar más explicaciones—. Sigan trabajando en la línea que hemos marcado y todo irá bien.

El señor Gardson, Alyssa y Anthony iniciaron el camino de vuelta, pero ella se fijó en que Anthony contenía a duras penas su impaciencia.

—Adelántate —le dijo—. Nosotros iremos detrás. Ve con él.

Él dudó. No quería dejar a su esposa sola, y el señor Gardson lo percibió.

—Yo me quedo con lady Waterford —dijo—. Adelántese usted, señor.

Él se quedó un momento quieto, parpadeó y después espoleó al caballo y se lanzó al galope hacia la casa. Alyssa respiró profundo. Lady Waterford. No había sido consciente todavía, pero ahora era condesa. Echó los hombros para atrás. Ahora Drudley Manor, Drudley Cross y toda su gente eran su responsabilidad aún más que antes, y no pensaba fallar en su cometido.

Capítulo 31

Los días siguientes transcurrieron como en una nube. Alyssa se sentó a escribir a sus hermanas días después y se dio cuenta de que recordaba algunos episodios como entre brumas. Cuando llegó a la casa, los tres hijos estaban reunidos alrededor de la cama de su padre. Pronto hubo que comenzar con los preparativos. Alyssa había llevado con el equipaje un vestido del luto que llevó por su madre años antes. Le quedaba un poco corto, porque había crecido después de aquello, pero nada que fuera escandaloso.

Se encargó de urgencia a una modista que acudiera a Drudley Manor con varios modelos ya hechos a los que apenas hubo que realizar algún retoque, para poder darle una despedida adecuada al conde.

Como nueva condesa, Alyssa estuvo en todo momento al lado de su esposo, apoyando y ofreciendo ayuda siempre que hacía falta. Mucha gente acudió a despedirse, aunque no era un hombre que tuviera grandes amistades ni que se hubiera granjeado las simpatías de sus vecinos. Sin embargo, la cortesía era una obligación moral y acudieron a presentarle sus respetos al nuevo lord Waterford. Sin embargo, Alyssa apenas recordaba sus caras ni sus nombres.

El funeral fue una ceremonia sencilla, pero emotiva, en el cementerio familiar. Acudieron los hijos del conde y Alyssa, con un sencillo vestido de crepé, el pelo en una trenza simple alrededor de la cabeza y la cara cubierta por un velo negro. Ni una sola joya adornaba su cuello ni sus muñecas, porque, aunque algo de azabache hubiera sido aceptable, ella prefirió la austeridad.

Esa misma tarde, durante la cena, en un comedor iluminado solo por las lámparas de aceite, pues las pesadas cortinas estaban echadas como parte del duelo, Dominic y Daniel hablaron con Anthony.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó el pequeño.

—¿A qué te refieres? —preguntó su hermano, frunciendo el ceño.

—Bueno, creo que es obvio —dijo Dominic, muy elegante con su traje de luto—. Tú eres el que debe marcar las normas a partir de ahora, y nosotros debemos seguir tus directrices.

Anthony soltó un pequeño gruñido.

—¿En serio? ¿Me vais a obedecer? Esa sí que sería toda una sorpresa.

Alyssa sonrió, intentando quitar hierro al asunto.

—Yo no tengo ninguna intención de empezar a obedecerte ahora, por si te lo estabas preguntando.

Anthony rio con suavidad.

—Me alegra escuchar eso.

Los días siguientes fueron más tranquilos de lo habitual. Anthony había marcado un gran luto de tres meses, seguidos de otros tres de medio luto. Era menos tiempo del que hubiera sido deseable de cara a la sociedad, pero en el campo no se prestaba tanta atención a estas convenciones como en Londres. A efectos prácticos, no afectó mucho a su vida diaria. Durante unos meses no deberían acudir a fiestas ni eventos sociales, lo cual no iba a cambiar en absoluto la rutina de nadie en aquella casa. Alyssa debería vestir de negro completo los primeros meses, sin adornos ni brillos, ni tampoco joyas, pero los hombres apenas cambiarían su vestimenta más allá de evitar las excentricidades y de usar colores oscuros y sobrios en ropa, guantes y bandas de sombrero. Alyssa contuvo la risa: no había visto un traje de gala en aquella casa desde que había llegado, aunque al menos mantenían la costumbre de vestirse como personas decentes para la cena.

En la carta que envió a sus hermanas, aunque todavía no había recibido respuesta a la anterior, les dijo que estaba deseando que vinieran a visitarla, pero que hasta que no pasaran los meses del luto era mejor esperar. Tenía muchas ganas de verlas, pero no podrían organizar ninguna velada divertida si acudían en las próximas semanas y eso sería una pena.

Cuando ya habían pasado unos días desde la muerte del conde y Alyssa se había acostumbrado a su nuevo título comenzaron a llegar unas visitas inesperadas a la casa. Anthony esos días salía poco a los campos, puesto que estaba muy ocupado revisando todos los

papeles, libros de cuentas y títulos y contratos que guardaba su padre a los que él no había tenido acceso. Apenas salía del despacho y, por tanto, se veían muy poco.

Daniel había tomado un poco el papel de Anthony a la hora de supervisar los terrenos y apagar los fuegos, siempre bajo su dirección, pero poco a poco iba asumiendo más responsabilidad y Alyssa veía en él una madurez que asomaba poco a poco en el joven.

Por lo tanto, el primer día que llegó uno de aquellos hombres, ella estaba sola en casa, leyendo en la sala, pues no era apropiado que se la viera mucho en el exterior. Daniel estaba revisando unos terrenos y Dominic había acudido a una feria de caballos en la ciudad vecina.

Ella oyó la puerta, una breve conversación con el señor Chipperfield y escuchó los pasos hasta llegar a la salita, donde el mayordomo pidió al recién llegado que esperara la respuesta del conde. Luego subió al despacho. Alyssa no entró en la salita, pero estuvo muy atenta a todo, aunque de poco le sirvió, pues pronto bajó el señor Chipperfield y pidió a aquel hombre que le acompañara al despacho de lord Waterford.

Esa misma mañana, un par de horas después, aparecieron otros dos hombres. Alyssa en esta ocasión sí los vio. Uno era un joven de unos treinta años y el otro ya pasaba de los cincuenta. Ambos tenían una barriga prominente y una nariz bulbosa y roja que destacaba mucho más en el hombre mayor. Alyssa intuyó, por el parecido, que eran padre e hijo. Vestían chalecos mostaza y redingotes de color marrón sobre unas calzas de tejido bueno. Sus sombreros intentaban aparentar un estatus y una economía que gritaba a los cuatro vientos que eran burgueses.

Su esposo apareció en lo alto de la escalera con el traje negro, corbata oscura y camisa blanca, y les saludó.

—Por favor, suban a mi despacho —dijo.

Cuando estos hombres se marcharon, Alyssa decidió averiguar qué estaba pasando allí. Golpeó con suavidad la puerta.

—¿Y ahora qué pasa? —se oyó la voz de Anthony.

Alyssa entornó la puerta y asomó la cabeza, y él sonrió al verla.

—Eres lo más bonito que he visto esta mañana —le dijo.

Ella sonrió.

—Eso no tiene mucho mérito.

Vio que la cara de Anthony reflejaba una preocupación que llevaba días percibiendo, pero que se había acrecentado en las últimas horas. Se acercó a la mesa y se sentó.

—¿Me vas a decir qué ocurre?

Él la miró con la duda instalada en los ojos. Alyssa hizo un gesto.

—Sí, ya sé que no quieres preocuparme, pero ¿sabes qué? Con tu silencio me preocupas mucho, mucho más que cualquier mala noticia que me puedas dar. ¿Quiénes era esos hombres?

Anthony suspiró, se frotó los ojos con las manos y la miró con un rictus de cansancio.

—Acreedores.

La boca de Alyssa se abrió de forma muy poco apropiada.

—¿Los tres?

Antonhy asintió.

—Y me temo que no serán los únicos que veremos por aquí estos días.

—Ya me dijiste que la situación no era buena, pero no tenía ni idea. ¿Es realmente tan mala?

—Es peor —dijo Anthony—. Las tierras llevaban años dando pérdidas y mi padre pidió préstamos que se avalaban con su palabra. Pero ahora, las ratas buscan su trozo de pastel.

Alyssa asintió.

—¿Y no sabías nada de eso?

—Nunca me lo dijo, no. Lo estoy averiguando todo ahora, al repasar todos los papeles de padre. Aún no tengo clara la situación real, por eso todavía no había dicho nada, pero creo que un par de días podré saber exactamente a qué nos enfrentamos.

Alyssa no dijo nada. No había nada que decir. Se levantó, rodeó el escritorio y abrazó a Anthony por detrás. Besó su cuello y escondió la cara en el ángulo entre el cuello y el hombro. Le gustaba la calidez que encontraba allí y el olor a lavanda y almizcle que el jabón con que se aseaba cada mañana dejaba en su piel. Olía a hogar.

—Saldremos de esta —le dijo, con total convencimiento.

Después le dejó seguir trabajando y se marchó.

Capítulo 32

Como Anthony había adelantado, en un par de días, en los que siguieron llegando hombres trajeados con caras de pocos amigos en un número más que preocupante, tuvo las cuentas claras. Y una tarde, un rato antes de la cena, pidió a sus hermanos que se reunieran con él en el salón. Alyssa también estaba presente. Anthony los miró a todos. Las ojeras se marcaban en un rostro tenso y contraído. Alyssa apenas lo había visto en esos días. Trabajaba todo el día y parte de la noche y dormía en la que había sido la habitación de su padre, según él, para no molestar a su esposa con sus horarios. Alyssa estaba frustrada; apenas había podido compartir la habitación con su esposo y ya se estaba separando de nuevo.

Cuando coincidían, era correcto y era educado, pero Alyssa sentía una frialdad que antes no estaba allí, y comenzó a preocuparse. Se dijo a sí misma que no debía estar intranquila, que era normal que él estuviese distante, que tenía muchas preocupaciones, pero no podía dejar de pensar si había algo más ahí detrás.

Cuando la escogió a ella como esposa, sabía que no tenía dote y no le importó. Pero ¿y ahora? ¿Se arrepentiría de la decisión tomada? Una muchacha de familia rica podría, sin lugar a dudas, sacarle de los apuros en los que ahora estaban. ¿Y si estaba enfadado con ella por no tener un patrimonio y una familia que sirvieran de apoyo en estos momentos?

Suspiró y devolvió la atención a su esposo. Él dio un trago a su copa y comenzó a hablar:

—Ya sabéis todos que la hacienda no está pasando por un buen momento. Yo ya sabía que nuestras finanzas no eran muy boyantes, pero la muerte de padre ha descubierto una situación mucho peor de lo que imaginaba.

Dominic levantó una ceja.

—Si vamos a hablar de algo de tan mal gusto como el dinero, es que estamos realmente mal.

Anthony se giró hacia él.

—Sí, Dominic, estamos realmente mal. Peor que mal, si debo ser sincero, porque con la cosecha destrozada y los arrendatarios incapaces de pagar, no contamos con ese ingreso con el que hacer frente a algunos pagos.

—¿Cómo de mal? —preguntó Daniel.

Anthony suspiro y se frotó la frente.

—Hace tiempo que las tierras no producen lo suficiente. Año tras año, las rentas menguan y los gastos suben, y la renta aparejada a los títulos no es suficiente para mantener en marcha la casa y todas nuestras necesidades. Padre pidió entonces préstamos a una serie de prestamistas a los que mantuvo a raya con su autoridad y su carácter, pero ahora que ha muerto quieren o que es suyo.

—¿No podemos darles largas?

Él negó con la cabeza.

—Ya se les ha dado largas demasiado tiempo. Y cada día aparece uno nuevo.

Alyssa no participó en esa conversación, pero escuchaba con atención y tomaba nota de toda.

—Muy bien —dijo Dominic, dando una palmada—. ¿Y qué tenemos que hacer?

—No lo sé —confesó Anthony, derrotado—. No sé de dónde sacar el dinero. Y si no se nos ocurre una forma de hacerlo en los tres meses que nos han dado de plazo para pagar, habrá que vender tierras.

—¡No podemos deshacernos de las tierras! —exclamó Daniel.

Anthony lo miró con la expresión de un pedernal.

—Yo tampoco quiero hacerlo, pero se hará, si no hay más remedio.

Un pesado silencio se extendió por la sala. Alyssa habló al fin.

—Pero, si te deshaces de parte de las tierras, eso significará que algunas familias se quedarán si medios de subsistencia.

—No puedo preocuparme por el resto cuando mi propia familia está en peligro —dijo Anthony, con voz dura.

—Lo entiendo —insistió Alyssa—, pero eso también significa menos ingresos con la próxima cosecha.

Anthony se levantó.

—Si se os ocurre otra idea, estaré encantado de escucharla. Cenaré en el despacho, tengo que seguir trabajando.

Se marchó, y los otros tres se quedaron mirando los unos a los otros, intentando asumir la importancia de lo que acababan de oír. Alyssa se levantó y siguió a Anthony a su despacho. Entró sin llamar. Él estaba sentado en su mesa, con la cabeza entre las manos.

—Anthony, por favor, baja a cenar con nosotros.

Él alzó la vista y la joven notó la tensión en su mandíbula. ¿Esa tensión era por ella?

—Tengo cosas que hacer.

Ella insistió.

—No te encierres aquí, por favor. No te alejes de tu familia, te vendrá bien salir de estas cuatro paredes —dijo, mirando alrededor—, y a nosotros nos hace bien tenerte cerca.

Él no contestó, pero bajó la vista hacia los papeles que tenía delante. Alyssa resopló y contó hasta diez, para no exasperarse.

—Haz lo que consideres. Pero al menos ven a dormir conmigo esta noche.

Anthony no acudió. Se quedó a dormir en la alcoba de su padre, y Alyssa se aguantó las lágrimas, tumbada a solas en aquella enorme cama. ¿Por qué la rechazaba así? ¿Qué había hecho ella? Cada vez tenía más claro que él se arrepentía de haberle dado una oportunidad a una huérfana sin dote en lugar de elegir a una jovencita mejor posicionada. Y no podía culparle, porque, al fin y al cabo, una buena dote hubiera resuelto gran parte de sus problemas. Pero Alyssa era consciente de que se había enamorado de él de una forma que ni siquiera creía que fuera posible, y le dolía el pecho de pensar en que él prefiriera estar casado con cualquier otra.

Intentó consolarse diciendo que los nobles dormían en habitaciones separadas de forma habitual. Sus propios padres lo habían hecho: era lo normal y a nadie llamaba la atención, pero ellos dos… No, ellos dos habían compartido el lecho desde el primer momento en que consumaron el matrimonio, y ella no creía que hubiera pasado el tiempo suficiente para que el fuego de la pasión se hubiera apagado en Anthony. No, sin duda era la ausencia de dote lo que se interponía entre ellos. Tragó la enorme bola de

tristeza y decepción que se había alojado en su garganta, cerró los ojos y trató de dormir.

El día siguiente no empezó demasiado bien. Recibió una carta de sus hermanas. Era obvio que le habían escrito nada más recibir su misiva, pero, cuando la abrió en la mesa del desayuno, era solo Lizzie la que escribía.

Querida hermana:

Te escribo para transmitirte mis condolencias por la muerte del conde. No tenías una gran relación con él, por lo que cuentas, pero sin duda es un golpe duro para toda la familia. Violet te transmite también su pésame, pero no se encuentra con ganas de escribir.

Te seré sincera, Alyssa. Me preocupa nuestra hermana mayor. Lord Cavendish es un hombre viejo de cuerpo y mente. Rígido, autoritario, frío y distante, no demuestra ni un ápice de cariño por nuestra hermana y nos trata a ambas como si nos hubiera hecho un gran favor acogiéndonos en su hogar y debiéramos estar por ello agradecidas hasta el día de nuestra muerte.

Y estoy segura de que a Violet esto no le preocuparía más de lo que me preocupa a mí, si no fuera porque el vizconde de ha tomado muy en serio lo de procrear un heredero y todas las noches reclama a Violet en sus habitaciones.

Dices que ya eres un matrimonio completo con Anthony, y de veras que me alegro. Tal y como hablas de él, parece que es algo agradable. Sin embargo, me temo que no puedo decir lo mismo de lord Cavendish. Cuando Violet vuelve a sus habitaciones, después de haber cumplido con su deber, la oigo llorar, pues nuestras habitaciones están contiguas.

Ha perdido mucho peso, y mira que ya era delagada, tiene ojeras oscuras que nunca ha tenido y los pómulos se le marcan de forma atroz. Siento mucha pena por ella y no puedo dejar de recordar a la hermosa joven que era hasta hace unas semanas. Rezo todos los días para que se quede embarazada cuanto antes y el vizconde deje de reclamarla y se olvide, a ser posible, de que existimos.

Siento mucho que el tono de esta carta haya quedado tan lúgubre, Alyssa, pero es que su estado de ánimo no es bueno. Al igual que yo, estamos atrapadas en este caserón viejo y frío con sirvientes viejos y fríos y un amo viejo y frío, y tengo miedo de que Violet se marchite antes de que pueda conseguir animarla.

Quiero aprovechar estos últimos días de buen tiempo para sacarla a pasear. El vizconde no permite que monte a caballo, puesto que dice que no es bueno cuando se busca un heredero, pero he conseguido convencerle de que un poco de ejercicio y sol sin duda harán a su cuerpo más receptivo a crear nueva vida y, a regañadientes, nos ha concedido permiso para salir a pasear por los campos que rodean la mansión, aunque siempre con una de las criadas a una distancia prudente, no vayamos a, no sé, reírnos demasiado.

Espero no haberte preocupado demasiado, Alyssa. Te prometo que voy a cuidar de nuestra hermana lo mejor que pueda y de que te mantendré informada de todo lo que suceda.

Tu hermana que te quiere,

Lizzie

Capítul0 33

Desde luego que el día no había empezado de la mejor manera. Alyssa se quedó mirando por la ventana. Las noticias sobre Violet le habían preocupado mucho y, de haberse encontrado en otras circunstancias, habría ordenado que preparasen el coche y se habría ido hasta el norte para estar con ella. Pero no era el mejor momento.

Justo entonces oyó los cascos de un caballo en el patio de entrada. Se asomó con discreción. Otro hombre, vestido como los que habían ido acudiendo los días anteriores, desmontó y entregó las riendas al mozo que acudió corriendo. Llamó a la puerta. «Otro acreedor», pensó Alyssa, sin duda alguna.

Luego oyó los pasos del señor Chipperfield por las escaleras, camino al despacho de Anthony, los pasos de vuelta y, por fin, el sonido de dos hombres subiendo de nuevo. Un murmullo de voces y por fin, la puerta del despacho que se cerraba.

Estuvo a punto de marcharse, porque hacía buen día y quería visitar el pueblo, pero la curiosidad pudo más y esperó. No tuvo que esperar mucho: apenas habían pasado unos minutos cuando la puerta se volvió a abrir.

—Es todo cuanto puedo decirle, caballero —escuchó que decía Anthony, muy enfadado—. Puede hacer lo que considere.

—¡Por supuesto que lo haré! —respondió el otro—. Ya le di más tiempo del estipulado a su padre, el difunto lord Waterford, y solo por la amistad que me unía a él.

—¿Amistad? —la risa de Anthony sonó hueca—. Si apreciaba a mi padre, sin duda debe ser un hombre deleznable.

Alyssa abrió mucho los ojos, sorprendida. Que Anthony hubiera tenido una respuesta tan fuera de tono solo podía significar que se sentía acorralado, que aquel hombre le estaba sacando de sus casillas.

—No esperaré más —dijo el acreedor—. Si no paga en unas semanas, pediré parte de las tierras en compensación.

—¡Fuera! —gritó Anthony, muy alterado—. Márchese de mi casa. Si vuelvo a ver su desagradable rostro, no saldrá de mis tierras con él intacto.

El hombre no contestó. Alyssa oyó sus pasos apresurados escaleras abajo y se asomó. Anthony estaba en la puerta del despacho, respirando agitadamente, con la furia impresa en cada uno de sus rasgos. La miró, dio media vuelta y se metió de nuevo en el despacho.

Entonces Alyssa sintió la rabia crecer en ella. ¡No era justo! No era justo que él se viera sometido a semejante presión, pero tampoco lo era que la ignorase así, como si solo él tuviera que lidiar con los problemas. Se dirigió al despacho y entró sin llamar.

—No vuelvas a ignorarme así —dijo, con un tono de voz más alto del que pretendía.

—No te ignoro.

—¡Oh, claro que no! —ironizó ella—. Solo me miras como si no estuviera ahí y te marchas.

—Alyssa, estoy muy ocupado —dijo él, con un suspiro exasperado.

Ella se acercó hasta su mesa y se sentó al otro lado.

—Si sigues así no solo vas a perder las tierras de tu padre, sino también a tu familia. No tienes que llevar tú solo todo este desastre. Estamos para apoyarte.

—¿Perder a mi familia? —dijo él, con ironía—. No se puede decir que no lo merezca. Probablemente sea el conde que más rápido ha conseguido perder su herencia del que se tenga constancia. ¡Y qué decir de ti! Ni siquiera soy capaz de darle a mi esposa el futuro que le prometí.

Alyssa suspiró.

—Todo eso son historias que te estás montando en la cabeza, pero no son la realidad. La realidad es que tenemos un problema y, juntos, podemos tratar de solucionarlo.

Anthony la miró con el dolor y la duda en los ojos.

—Lo dudo.

Alyssa se levantó.

—Duda todo lo que quieras, pero haz el favor de bajar a comer. Tus hermanos han estado pensando en algunas opciones que no

impliquen vender las tierras y querrán comentártelas. Y mi paciencia no es infinita. Te veo en una hora.

Malhumorado, ceñudo y sin arreglar, pero Anthony se presentó puntualmente a la hora de la comida. Alyssa sonrió cuando lo vio. El hecho de que le hubiera hecho caso decía que, tras todo aquel carácter endemoniado, seguía teniéndola en cuenta. ¿Queriéndola? Eso no lo sabía. Anthony siempre había hablado de deseo, no de amor. Pero ella sí le amaba y, de momento, eso le valía.

Cuando sirvieron la cena, él hizo un gesto para que todos los criados salieran del comedor. El señor Chipperfield cerró las puertas y avisó de que estaría haciendo guardia al otro lado, para que pudieran avisarle cuando hubieran terminado.

—¿Y bien? —preguntó Anthony, mirando a sus hermanos—. ¿Qué ideas habéis tenido?

Daniel carraspeó.

—¿Cómo están las cosas?

—Peor que hace unos días —contestó él—. Ahora hasta se atreven a amenazarme con quitarnos las tierras si no devolvemos el dinero.

Hubo unos segundos de silencio, mientras todos procesaban la información. Después, Dominic habló:

—Tal vez podríamos vender los caballos de la yeguada —dijo, y en su voz se apreció la pena por desprenderse de algo a lo que le había dedicado tanto tiempo—. Hemos conseguido algunos ejemplares muy buenos, por el que conseguiríamos un buen dinero.

Anthony se rascó la barbilla.

—Puede ser —dijo—. Pero no lograríamos acercarnos ni de lejos a la suma que debemos.

—Yo tengo buenos amigos en los alrededores —dijo Daniel—. Algunos ya con heredad propia. Puedo hablar con ellos, para ver si alguno está de acuerdo en hacernos un préstamo que nos permita salvar la situación.

Anthony soltó un pequeño gruñido.

—No me gusta la idea de pedir nada a nuestros iguales —admitió —, y menos de admitir que tenemos dificultades. Pero si debemos deshacernos de las tierras se enterarán de todos modos, así que no perdemos nada. Tantéalos —dijo—, pero sé discreto, por favor.

—¿Tu amigo George Pembroke no es ahora lord Ashbourne? —preguntó Dominic.

El joven Daniel asintió.

—Así es. El duque murió hace menos de un año y George ha estado muy ocupado desde entonces gestionando su legado. Es un hombre de ideas innovadoras para ser un lord.

—También está Percival Tremaine —dijo Dominic, que miró a su hermano mayor con la ceja levantada—. De niños os llevabais muy bien.

Anthony sacudió la cabeza.

—Hace años que no tenemos relación. Nuestros caracteres no eran muy compatibles.

—Pues es una lástima —dijo Daniel—. Son nuestros vecinos más cercanos y podrían ser una buena solución.

—No —dijo Anthony, con un tono que no admitía réplica—. Además, el señor Tremaine no tiene poder de decisión, y dudo mucho que su padre, Sir Edgar Tremaine, tenga intención de ayudarnos. Tenía una relación… peculiar con padre.

Dominic suspiró.

—Es cierto. Además, su esposa, lady Mildred, es una arpía que se encargaría de propagar a los cuatro vientos las noticias de nuestras dificultades.

Los Tremaine vivían en la finca colindante, lo cual, en realidad no era cerca: un paseo de media hora a caballo o en carro separaba ambas mansiones, y no podía decirse que tuvieran una relación muy estrecha. El viejo Sir Edgar se había alejado un tanto del difunto lord Waterford cuando contrajo matrimonio nada menos que con una portuguesa. Noble, sí, pero extranjera. Sin embargo, recuperaron una relación cordial, aunque nunca amigable del todo, tras el nacimiento del primogénito. Lady Mildred, su esposa, siempre mantuvo una corrección exquisita cuando coincidían, pero en secreto, un secreto que dejaba caer en cualquier oído que encontrara dispuesto a escuchar, desaprobaba esa unión tan inconveniente.

—Vinieron al entierro de padre todos —dijo Anthony—, menos la hija mayor, Beatrice, que vive en Londres. Tal vez sea buena idea

retomar la relación, pero no les pediré ayuda. A ellos no.

—Un aliado dentro de la nobleza, aunque sé que no es de tu agrado, podría ser la solución que buscamos —intervino Alyssa, dirigiéndose a su esposo—. Es buena idea que Daniel hable con sus amistades. También habría que reorganizar las finanzas para que esto no vuelva a pasar. Entre todos conseguiremos salir de esta, ya lo verás.

Anthony hizo un gesto con la cabeza, pero no respondió. No abandonó su semblante serio, pero la marca de su ceño pasó a estar un poco menos marcada y la tensión de su mandíbula, un poco menos perceptible. Alyssa sonrió para sus adentros. La situación era desesperada, pero confiaba en que fueran capaces de sortearla.



A la tarde, tras un rato de descanso en el que aprovechó para contestar a Lizzie y preguntarle por Violet, sin dar demasiados datos acerca de su situación, decidió dar ese paseo que tenía pendiente hasta el pueblo. El día estaba espléndido y aún quedaban algunas horas de sol. Parecía como si el clima, después de destrozar las cosechas, hubiera decidido volver a lo que se esperaba de los últimos coletazos del verano.

Así que Maggie y ella salieron a disfrutar del aire cálido de mediados de septiembre y alargaron un poco el paseo para sentir los rayos del sol en la cara. Cuando llegaron acudieron a ver a la señora Hayes. Al pasar por la calle central, casi la única, en realidad, se percataron de que el ambiente en el pueblo era, aunque menos efervescente que la vez anterior, bastante lúgubre.

La taberna parecía llena. Los hombres habían preparado los campos, pero todavía no era la época de siembra y, como no había nada que cosechar, no tenían nada que hacer. Sin embargo, las mujeres estaban muy ocupadas; conseguir comidas nutritivas con los pocos alimentos que se habían salvado del desastre, hacer pan, criar a sus hijos, lavar la ropa y mil tareas más que no se posponían solo porque hubiera habido un cataclismo. No había descanso para ellas.

Alyssa acudió a casa de la señora Hayes y llamó a la puerta, pero nadie contestó. Entonces oyó ruido en la parte de atrás y bordeó la casa. La mujer estaba en el patio trasero, donde tenían un pequeño huerto. Removía la tierra con una azada y su bebé estaba en una manta a la sombra de un árbol, vigilado por sus hijos pequeños, puesto que el mayor estaba con su padre en la taberna.

—Veo que el trabajo no cesa —dijo Alyssa.

La mujer se incorporó y se secó el sudor de la frente con el brazo.

—No para mí —dijo—. Lamento mi aspecto. ¿Quiere un té?

Alyssa negó con la cabeza, sin perder la sonrisa.

—Veo que está muy ocupada y no quería importunarla. Solo quería saber si hay algo que pueda hacer por usted, o por el resto del pueblo.

—Tengo entendido que fue su intervención la que consiguió el aplazamiento en los pagos al conde —respondió ella—. Si es así, ha hecho más que suficiente. Ahora mismo lo único que necesitamos es una nueva cosecha y de tiempo a que las patatas y las coles agarren bien, porque me temo que será nuestro alimento de este invierno.

Alyssa miró a los niños.

—¿No hay escuela?

La señora Hayes negó.

—La señorita Barlow está enferma. Y no hay profesora sustituta.

—Lamento escuchar eso, espero que no sea nada grave.

La señora Hayes hizo un gesto con la cabeza, a medio camino entre un asentimiento y un encogimiento de hombros.

—No ha vuelto desde la tormenta. Su padre dice que se va encontrando mejor, pero he escuchado que tiene un pretendiente y que, en cuanto se restablezca, se casará. Y entonces nos quedaremos sin maestra de forma definitiva.

Alyssa frunció el ceño.

—¡Pero eso no puede ser! Los niños tienen que estudiar.

La mujer suspiró.

—Es muy fácil decirlo desde su posición, señora. Sin ánimo de ofender, pero ahora mismo la mayoría de nosotros tenemos preocupaciones mayores.

Alyssa asintió. Entendía a aquella mujer y no le ofendió que le dijera su opinión.

—Aun así. Aquí tampoco hacen nada. Buscaremos una nueva maestra, yo me encargaré. Haga correr la voz. Hoy es martes; el jueves por la mañana vendré a la escuela; que todas las muchachas que estén interesadas acudan y nos entrevistaremos. Al fin y al cabo, como bien ha dicho, la situación es complicada, y un sueldo será bienvenido en cualquier hogar. Y que vengan los chicos también; así los cuidaremos mientras ustedes pueden llevar a cabo sus tareas.

La señora Hayes sonrió y le aseguró que esa misma tarde se encargaría de transmitirlo a todas las mujeres del pueblo, porque tenían la costumbre de juntarse en la plaza al acabar la jornada para que los niños pudieran jugar juntos un rato y ellas distraerse hablando entre ellas mientras los hombres volvían del campo o seguían en la taberna.

Alyssa se despidió: era evidente que la mujer estaba muy ocupada y no quería interrumpirla. Decidió dar una vuelta por el pueblo antes de volver. Así, si veía a alguna otra vecina, podría transmitirles también su búsqueda de una nueva maestra. Cuando paseaban por la plaza, creyó ver delante de la taberna a uno de los hombres que habían acudido a casa a reclamar el pago de sus deudas. No recordaba su cara, pero sí la abultada barriga que un chaleco de un chillón color mostaza apenas era capaz de contener. Salí por la puerta, miró atrás un segundo y después se dirigió a un pequeño granero que había cerca del local, a su derecha, donde el dueño del negocio destilaba un alcohol fuerte, barato y, por lo que imaginaba Alyssa, poco apropiado para paladares exigentes.

Se paró de golpe, porque no quería que él la viera, y se colocó de forma estratégica detrás de un árbol. Maggie, que no había visto nada, siguió a su señora sin cuestionárselo. Entonces, muy poco después, aquel hombre horrible, Connor Lynch, salió también y se dirigió al granero.

El corazón de Alyssa dio un vuelco. Su instinto le dijo que nada bueno podía salir de allí, y decidió averiguar qué estaban tramando.

Capítulo 34

—Vamos por aquí —le pidió a Maggie.

Se acercaron al cobertizo desde un ángulo en que no podían verla. Parecía que seguían su paseo de forma apacible, pero, cuando llegaron como si fuera casual cerca del granero, ella lo bordeó por detrás. Como suponía, había un ventanuco que daba a la estancia, y estaba abierto. Le hizo un gesto a Maggie para pedirle silencio y se acercó todo lo que pudo. Afortunadamente, ese lado del cobertizo daba a una parte poco transitada del pueblo, por donde no pasaba nadie, porque a Alyssa no le hubiera gustado que la vieran haciendo algo tan poco decoroso. Se puso de puntillas para alcanzar el ventanuco, aunque no se asomó; solo buscaba oír lo que aquellos hombres tenían que decir.

—¿Y qué quiere a cambio? —oyó que decía uno de ellos. Por el tono melifluo y el acento impostado dedujo que era el acreedor.

—Ya se lo dije —respondió la voz áspera de Connor—. El dinero suficiente como para salir de aquí. Cuando usted consiga la hacienda, me pagará una renta razonable para mi sustento.

—Muy bien. ¿Cuándo lo hará?

Hubo un pequeño silencio.

—Cuando sea el momento. No puedo garantizarle si será mañana o en una semana, pero conseguiremos que lord Waterford se desprenda de sus posesiones.

—Ya lo he intentado por las buenas —dijo el forastero—. Pero no atiende a razones, así que esperemos que con este… aliciente se dé por enterado. Tendrá su dinero, amigo mío.



Alyssa se dio cuenta de que se estaban despidiendo y se alejó de la ventana. Le hizo un gesto a Maggie y emprendieron el regreso a Drudley Manor a ritmo vivo.

En cuanto llegaron, Alyssa buscó a su esposo, que estaba, como siempre en los últimos tiempos, en el despacho. Le contó lo que

había oído y su cara se ensombreció.

—Esto no me gusta nada —dijo—. Querrán presionar más para que no tengamos más remedio que desprendernos de parte de las tierras. Y es posible que ese sea el resultado, con o sin presión, pero no consentiré que me chantajeen.

—¿Y en qué crees que ese Connor puede ayudarle?

Anthony sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero, si él está metido, no puede ser bueno. Tal vez intente colocar al resto de arrendatarios en nuestra contra para que se nieguen a hacer el primer pago que acordamos.

—¿Y no puedes hacer nada? —Alyssa estaba muy indignada, pero Anthony sacudió la cabeza.

—No, mientras ellos no muevan ficha. La parte buena es que no nos pillarán desprevenidos.

Alyssa se acercó a su esposo y le puso la mano en el hombro. Echaba mucho de menos la cercanía física que tenían. Era muy consciente de la frialdad de Anthony, aunque no era capaz de saber a qué se debía. Sintió un nudo en la garganta y tragó saliva.

—Por favor —dijo, dejando el orgullo a un lado—, ven esta noche a dormir conmigo.

Le pareció que Anthony cerraba los párpados más tiempo del normal, pero ningún otro músculo se movió en su cara.

—Tengo mucho trabajo —repitió, como cada vez que ella le sugería algo por el estilo—. Sé que no te estoy haciendo mucho caso, pero solo es por eso.

Un frío helador se instaló en el pecho de Alyssa. Se incorporó y levantó la barbilla.

—Está bien. Si esta es la relación que quieres, esta es la relación que tendrás. —Se dirigió a la puerta, pero, antes de salir, se giró e hizo una reverencia—. Conde —dijo. Se volvió a girar y se marchó.

No vio la cara de Anthony, que acusó el golpe. Porque él tenía que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no abrazarla, besarla y hacerle el amor. Le costaba mantener las distancias, pero estaba convencido de que era lo mejor, dadas las circunstancias. Porque le dolía en lo más profundo no poder darle la vida que creía que ella merecía, porque la había salvado de la ruina de su padre

solo para obligarla a presenciar la ruina de su esposo y, sobre todo, porque se había dado cuenta de que la amaba profundamente. Estaba loco por ella, total e irremediablemente enamorado, y, aunque creía reconocer algunos de los mismos síntomas en ella, le daba miedo que su esposa solo se hubiera conformado con lo que tenía.

Si de verdad Anthony perdía las tierras, pensaba dejar en libertad a Alyssa. Podía pedir la nulidad y dejarla libre para buscar un nuevo esposo sin obligarla a quedarse atada a él. Y, si eso sucedía, él sería el hombre más desdichado del planeta, así que buscaba mantener esa distancia física con ella como si así se pudiera proteger del dolor.

Pero no dejaba de doler.



Alyssa acudió el jueves por la mañana, tal y como había prometido, a la escuela del pueblo, para llevar a cabo las entrevistas a las candidatas para el puesto de maestra. No eran tantas como ella esperaba: las hijas jóvenes y solteras de los campesinos estaban muy ocupadas ayudando a sus padres en los campos. Situaciones desesperadas exigían medidas desesperadas, y todos los brazos disponibles que no tuvieran otra ocupación debían echar una mano en esos momentos. Además, aunque todas habían estudiado en esa misma escuela, apenas sabían algo más que leer, escribir y cuentas básicas, así que no tenían muchos conocimientos que transmitir a los niños del pueblo

Sin embargo, algunas familias sabían que ser la maestra era un seguro a medio plazo. Su sueldo lo cubría el conde y las condiciones eran buenas. Las maestras abandonaban el puesto en el momento en que se casaban, como era obvio, pero, hasta entonces, era un buen soporte a la economía familiar.

Así pues, de entre las cinco jóvenes que se presentaron, Alyssa se acabó decantando por la señorita Reymane, la hija del reverendo. Era una jovencita de veinte años, ya casi una solterona, que tenía una buena instrucción gracias a la nutrida biblioteca que su padre tenía en la vicaría. Su madre, que hacía unos años que había muerto, era hija de una buena familia venida a menos y le transmitió

toda su educación a su única hija.

La señorita Reymane se alegró mucho de ser la escogida y comenzó en aquel mismo momento las clases, puesto que los niños del pueblo ya estaban allí. Alyssa se despidió y decidió volver a la casa. Había venido sola y a pie, puesto que Maggie se había en la casa para ayudar en las cocinas, porque la ayudante estaba enferma.

El pueblo estaba desierto. Esa mañana habían llegado nuevas semillas, por lo que todos los hombres y la mayoría de las mujeres estaban en el campo. Los niños estaban en la escuela y ni gatos se veían por la calle. Alyssa vio a Connor Lynch dirigirse a la taberna y resopló. Por supuesto, si alguien podía estar holgazaneando en un día como aquel, era él. Él pareció verla y cambió en el último momento de dirección. Se dirigió hacia el solitario cobertizo en que se había encontrado días atrás con el acreedor, se giró, la miró directamente y le hizo una seña para que se acercara. ¿Qué querría ese hombre de ella? Y, ¿por qué no era él quien se acercaba, sino que tenía la osadía de llamarla como si fuera una tabernera? Pensó en hacer como que no lo había visto, pero recordó la conversación que oyó dos días antes y sintió que la indignación crecía en su interior. Sin pensar, caminó hacia él y se paró a la puerta de la cabaña.

—Lady Waterford, qué agradable sorpresa —dijo él, en un tono que denotaba a leguas la falsedad de su afirmación.

Alyssa habló sin rodeos.

—Una sorpresa, y no agradable, teniendo en cuenta la forma en que me ha tratado sin ni siquiera conocerme.

La sorpresa fue patente en el rostro de Connor, que no debía esperar una reacción tan directa de Alyssa. Pero pronto se controló y entrecerró los ojos, que habían adquirido un tinte oscuro.

—Tal vez no hayamos empezado con buen pie. Le ofrezco mis disculpas.

Alyssa alzó la barbilla.

—No creo en las disculpas que no son sinceras.

Connor dio un paso atrás, hacia la oscuridad del granero. Alyssa, sin darse cuenta, exaltada como estaba, le siguió.

—¿Qué le hace pensar que no soy sincero, lady Waterford?

—Conozco su pasado —dijo ella. Valoró hacer referencia a lo que oyó por la ventana del granero, pero su prudencia le dijo que no lo hiciera—. Sé que trabajó en Drudley Manor, que es un ladrón y un desagradecido y que ni un atisbo de arrepentimiento anida en su corazón.

Connor asintió, despacio, con el rostro oscurecido por la rabia.

—Entiendo. Tal vez su nueva familia no le haya contado la historia de forma correcta. Puede que yo no sea un desagradecido, sino que el difunto lord Waterford era un hombre horrible que se dedicaba a destrozar la reputación de mujeres honorables y a hundir a sus familias.

Alyssa parpadeó, sin expresión en el rostro. El conde había sido, sin duda, un hombre muy desagradable, pero lo que el señor Lynch estaba sugiriendo era horrendo.

—Si eso es cierto, yo no soy la persona adecuada para tener esta conversación. Debería acudir a hablar con mi marido. Ahora, si me disculpa, debo regresar.

Se dio la vuelta para marcharse, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho.

Y entonces se volvió todo negro.

Capítulo 35

Anthony dejó el trabajo y se adecentó para la comida. La mirada y la respuesta que había recibido de Alyssa a sus evasivas la noche anterior le seguía doliendo como si le hubieran clavado un puñal y, aunque para cuando ella se levantó él ya estaba trabajando y no habían coincidido, decidió que no aguantaba más tiempo sin verla y que compartir la hora de la comida con ella y sus hermanos no podía hacerle daño.

Esperaron a que Alyssa bajara en el salón. El agradable sol que entraba por la ventana era una bendición. El verano daba sus últimos coletazos y la temperatura ya había bajado, por lo que el día estaba en ese momento perfecto en que holgazanear en una manta bajo un árbol es un placer.

—Podríamos hacer un picnic —dijo Daniel.

Sus hermanos le miraron.

—¿Qué? —se defendió él—. Tampoco he dicho ninguna tontería. No somos tan pobres como para no poder permitirnos un picnic y, si nos mantenemos lo suficientemente serios, seguro que nadie nos acusa de romper el luto.

Dominic soltó una risita sin poderlo evitar, y Anthony gruñó.

—No voy a decir que sea una mala idea —admitió—. Pero no durante el luto. La primavera que viene, si seguimos siendo propietarios de algunas de estas tierras, organizaremos un gran picnic e invitaremos a nuestros vecinos, los Tremaine.

—La señorita Tremaine tiene dieciocho años, si no recuerdo mal —dijo Dominic.

Daniel asintió.

—Así es, y creo recordar que es bastante agradable. Pero creo recordar que sigue en Londres. Aunque es cierto que a Alyssa le vendría bien tener una amiga en la cercanía.

—Y hablando de Alyssa ¿Dónde está? —preguntó Anthony—. No es normal que tarde tanto.

Maggie pasó en ese momento por delante de la puerta del salón y él la llamó.

—¿Le falta mucho a lady Waterford para bajar? —preguntó.

Maggie lo miró con extrañeza y bajó la vista.

—Milady no se encuentra en casa, señor.

Un pesado silencio se extendió por la sala.

Dominic y Daniel se miraron entre ellos. Anthony parpadeó.

—¿Y dónde está?

Maggie enrojeció.

—Salió por la mañana camino al pueblo, después del desayuno. Quería entrevistar a varias jóvenes para el puesto de maestra de la escuela.

—¿Y por qué no la acompañaste? —el tono de Anthony sonó grave, con cierto deje peligroso.

Maggie tembló de forma imperceptible y Dominic puso la mano sobre el brazo de Anthony para calmarlo.

—Maggie, nadie te está echando nada en cara —dijo—. Pero siempre sueles acompañar a la condesa, ¿por qué no hoy?

Maggie tragó saliva y respondió sin levantar la vista del suelo.

—Iba a estar muy ocupada hablando con las aspirantes y Pippa se ha levantado enferma —dijo, refiriéndose a la ayudante de la cocinera—. Me dijo que me quedara para ayudar a la señora Laurens en lo que pudiera necesitar.

Anthony se dirigió a la puerta.

—¿Dónde vas? —preguntó Dominic, que ya lo estaba siguiendo.

—A buscar a mi esposa.

Anthony y Dominic prepararon los caballos sin hablar. Cabía la posibilidad de que Alyssa se hubiera entretenido con las entrevistas y no se hubiera dado cuenta de la hora que era. Tal vez la encontrarían nada más salir de los establos, corriendo hacia la casa con el aliento entrecortado y la cara colorada por las prisas. Pero, por el poco tiempo que ella llevaba en la casa, a todos les había quedado claro que no era una joven que hiciera las cosas sin avisar. Si se hubiera retrasado habría mandado a algún jovenzuelo a entregar una nota.

Dominic miró de reojo a su hermano. Esperaba que, si la encontraban con un tobillo torcido en cualquier punto del camino entre el pueblo y la casa supiera controlarse. Nunca le había visto la vena protectora que Alyssa le despertaba: el problema es que, en él, la preocupación y el malhumor se confundían con facilidad y podía resultar de lo más irritante.

Daniel se quedó en la casa por si ella llegaba mientras ellos estaban fuera. Era poco probable, puesto que iban a seguir el camino, pero tal vez ella se había desviado campo a través por cualquier motivo y no se cruzaban.

Cuando llegaron al pueblo acudieron a la escuela, pero se encontraba vacía. No se veía a nadie, ya que era la hora de la comida, así que acabaron dirigiéndose a la taberna, donde esperaban encontrar a alguien que la hubiera visto.

—Lo siento —negó el tabernero, que no dejó de secar los vasos—. Me he pasado la mañana en casa y llevo aquí solo un par de horas. No he visto a nadie. De hecho, son los primeros que pisan mi taberna hoy, y miren que eso es extraño. Siempre suele estar Connor por aquí empinando el codo.

Anthony se quedó rígido al oír su nombre.

—¿El señor Lynch no ha venido hoy?

—No —dijo el hombre—y es raro porque siempre se echa un o dos tragos antes de comer.

Dominic lo miraba sin entender nada, y Anthony recordó la conversación que tuvo el día anterior con Alyssa. ¿Y si lo que ese hombre estaba tramando iba más allá de soliviantar a los agricultores del pueblo?

—¿Puede… —La voz se le rompió. Tuvo que carraspear y volver a empezar—. ¿Puede decirme dónde vive el señor Lynch?

El tabernero frunció el ceño, extrañado, pero le dio las indicaciones precisas.

Dominic siguió a su hermano en silencio. Sabía que preguntarle no serviría para obtener respuestas e intuía que había algo más que no sabía detrás de las acciones de su hermano. Sin embargo, no pudo quedarse callado demasiado rato.

Habían llegado casi al final del pueblo. Había muy pocas casas allí, más dispersas y viejas que las que estaban más cerca de la plaza. Se habían parado frente a la que había indicado el tabernero. Era una casa de piedra de pequeño tamaño, de una única planta, con contraventanas de madera medio podrida y un pequeño espacio que debería haber sido un huerto o un jardín, pero que era un espacio cubierto de maleza aplastada por la tormenta que nadie había arreglado hacia años.

La cancela de la puerta estaba salida de sus goznes y colgaba, triste, sin poderse cerrar. Dominic paró a Anthony.

—Hermano, estoy aquí para ayudarte. Pero si tienes alguna información que yo no conozca, tal vez sea el momento de compartirla conmigo para que pueda saber a qué no s enfrentamos.

Anthony respiró hondo y trató de calmarse.

—Tienes razón —asintió—. Hace un par de días, Alyssa escuchó a Connor Lynch hablar con uno de los acreedores.

—¿Los escuchó? —interrumpió Dominic, sorprendido.

—Sí. Los vio reunirse a escondidas en un granero cerca de la taberna y se acercó para escuchar. Y oyó algo que sonaba a conspiración para que le entregara las tierras a aquel hombre.

—Pero, y Connor ¿qué pinta en todo esto?

—Le estaba ayudando a cambio de dinero. ¿Qué más va a querer ese bellaco? Pensaba que iba a impedir que recibiéramos los pagos de los campesinos para forzar la venta de las tierras, pero ahora… ahora…

—Ahora temes que haya tomado medidas más drásticas —concluyó Dominic, tragando saliva.

Anthony asintió. Su hermano miró hacia la ruinosa casa.

—Está bien. Vamos.

Capítulo 36

Llamaron a la puerta y durante un rato nada ocurrió. Luego oyeron unos pasos que arrastraban y, por fin, la puerta se abrió poco a poco con un chirrido que denotaba que necesitaba un buen engrase. Al otro lado apareció una mujer muy mayor, vestido con ropas ajadas y los ojos velados por una telilla blanca. Giró la cara hacia ellos, aunque era evidente que no podía verlos.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren? —preguntó.

—Buenas tardes —dijo Dominic, que tomó la voz cantante porque temía que su hermano no fuera capaz de mantener las formas—. Soy Dominic Drudley, y me acompaña mi hermano, el nuevo conde Waterford.

La mujer abrió mucho los ojos, lo que produjo un efecto extraño, puesto que se adivinaba un iris azul tras el filtro blanco, y adoptó una actitud respetuosa de inmediato.

—¡Lord Waterford! ¡Señor Drudley! ¡Por favor, discúlpenme! Como pueden imaginar, no veo bien y no les había reconocido. ¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Quieren pasar? Les prepararé una taza de té.

Ambos hombres echaron un vistazo por encima de la anciana al interior de la vivienda. Lo que veían era de una pobreza extrema: había pocos muebles y los que veían, una mesa, un par de sillas y dos camastros, se apreciaban viejos y desvencijados. Había un hogar en una esquina, pero daba la sensación de que hacía mucho que no se encendía.

—Muchas gracias, es muy amable, pero no tenemos tiempo —declinó Dominic—. Buscamos a su hijo, el señor Lynch.

La cara de la mujer cambió. Adquirió una expresión desconfiada y, al mismo tiempo, dejó traslucir una profunda pena, la decepción de saber que nada bueno podía salir de aquella frase.

—¿Qué ha hecho ahora mi Connor? —dijo, en voz baja.

Anthony no pudo estarse más tiempo callado, pero trató de modular su voz para no asustar a aquella anciana.

—No lo sabemos, pero es importante que hablemos con él, porque puede sernos de vital ayuda para un tema concreto. ¿Sabe dónde se encuentra?

Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo sé. Esta mañana se marchó como de costumbre a media mañana, pero volvió al poco tiempo, y parecía muy alterado. Luego se volvió a marchar y me dijo que no le esperara, pero no me dijo dónde iba ni cuándo pensaba volver. ¿Estará bien?

Anthony apretó los puños. Dominic sonrió, muy tenso, y contestó con toda la calma que pudo:

—Seguro que sí. Gracias por su ayuda.

Se iban a marchar cuando una mujer regordeta de mediana edad apareció en la calle con algo entre las manos y entró en la parcela de la casa a través de la cancela rota. Se quedó un poco parada al ver a aquellos dos hombres, sobre todo porque reconoció a Anthony en el acto. Hizo una torpe reverencia.

—¡Lord Waterford! Señor Drudley, no esperaba encontrarles aquí.

La anciana levantó la cabeza y la giró un poco, como si estuviera afinando el oído.

—¿Señora Godwin? —dijo entonces.

La mujer le miró e hizo un pequeño gesto a los dos hombres, como si pidiera permiso para dirigirse a la otra mujer.

—Sí soy yo. Sé que Connor no está, así que he pensado en traerle un poco del guiso de la comida. Son poco más que patatas y verduras, es lo que hay, pero al menos calienta el estómago.

La anciana sonrió, mostrando las encías desdentadas.

—¡Muchas gracias, querida! Por favor, déjalo sobre la mesa. ¿Cómo sabes que Connor no está?

La señora Godwin entró en la casa y dejó la olla sobre la ajada mesa. Miró alrededor y chasqueó la lengua, disgustada.

—Porque le ha pedido el carro y el caballo al señor Godwin hace escasas dos horas —dijo, con los brazos apoyados en la cadera en jarras—. Coma, señora Lynch. Mañana volveré a por la olla y le echaré una mano para adecentar la casa.

Los dos hombres se miraron, alarmados, y esperaron a que la señora Godwin saliera de la casa. Ella no se sorprendió cuando vio

que seguían allí. Suspiró.

—Ese hombre es una deshonra para su familia. Es todo cuanto tiene su madre y ya ven cómo la atiende. Si no fuera por la caridad de sus vecinos, ni siquiera podrían comer. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza! ¿Qué ha hecho?

—Necesitamos saber todo lo que le dijo a su marido cuando le ha pedido el carro.

Ella volvió a suspirar.

—Ya sabía yo que andaba metido en algo turbio. Llegó hace un par de horas, muy alterado. Mi marido ya había regresado del campo: poco se puede hacer estos días, mientras se arregla el desastre de la tormenta. El caso es que le dijo que tenía un trabajo muy importante, pero que necesitaba el carro y el caballo.

—¿Y el señor Godwin se lo prestó sin más? —dijo Anthony, cuya voz era más un gruñido.

Ella lo miró, algo inquieta, pero respondió sin dilación. Se dio cuenta de que debía de ser grave.

—No le gustó la idea, pero ya han visto a su madre. Si de verdad existía la posibilidad de que le hubieran contratado para algún trabajo… Prometió que nos lo devolvería en tres días a más tardar.

—¿No le dijo a dónde iba? —preguntó Dominic.

Ella sacudió la cabeza, frustrada.

—No, lo siento. No dijo ni una palabra sobre el trabajo.

Los dos se miraron y, sin despedirse, echaron a correr calle abajo.

—¡Tiene a Alyssa! —gritó Anthony.

Llegaron a la plaza, donde había atado a sus caballos, y montaron de un salto. Dominic intentó calmar la angustia que sentía en el pecho. Su joven cuñada se había hecho querer en el poco tiempo que llevaba con ellos y deseaba salvarla de cualquier peligro, pero, además, veía en los ojos en Anthony una mirada enloquecida que le daba auténtico miedo. Debían encontrar a Alyssa antes de que fuera demasiado tarde.

—Volvamos a casa —le dijo, intentando pensar.

—¡Pero cómo vamos a volver a casa! —gritó Anthony— ¡Hay que ir a buscarla!

Su caballo caracoleó con suavidad. Notaba la tensión de su dueño y la sentía correr también por sus venas.

—Anthony, no sabes hacia dónde ir. No tiene sentido correr a lo loco. ¡Piensa! Volvamos a la casa, tal vez ya haya llegado algún mensaje que nos pida algo o nos de alguna pista. Además, allí podremos coger a los hombres de la casa y organizar una batida. Nosotros dos solos no podremos encontrarla.

El caballo de Anthony giró sobre sí mismo como un reflejo del conflicto interno de su jinete. Después, él hizo un asentimiento seco y se lanzó al galope hacia la casa.

Daniel salió a la puerta trasera en cuanto oyó los cascos en el camino.

—¿Hay noticias? —preguntaron a gritos los que volvían.

Daniel negó con la cabeza.

—¿No la habéis encontrado? —dijo, con voz quebrada.

—La tiene Connor Lynch —dijo Anthony, con rabia apenas contenida.

El señor Gardson salió corriendo de las cuadras y cogió lo caballo.

—Ensille todas las monturas disponibles —ordenó Dominic—. Y busque a todos los hombres con una mínima destreza a caballo. Saldremos enseguida.

Los tres entraron a grandes zancadas al interior y se dirigieron a la salita. Dominic informó a Daniel de lo que habían averiguado. Este asintió, pensativo. Luego se marchó corriendo y volvió pocos minutos después con un enorme plano que había sacado de la biblioteca.

—Hacedme hueco —dijo, señalando con la barbilla a la mesa central.

Extendió el plano.

—¿Qué es eso? —preguntó Dominic.

—Un mapa de la zona —dijo Daniel. Señaló un punto—. Aquí estamos nosotros —dijo—. Esta es la finca de los Tremaine, aquí está Drudley Cross, allá, —Señaló otro punto—, Tremaine Hollow, y estos pueblos son Ashcombe y Wickbury.

—Son todas las tierras y asentamientos en dos horas a caballo a la redonda —dijo Anthony.

—Así es —confirmó Daniel—. Y estas marcas de aquí —dijo, señalando unas casitas dibujadas de forma solitaria aquí y allá—, son granjas dispersas y molinos.

Dominic señaló una marca justo en la linde del bosque de Hawthorn Glade.

—La casa del guardabosques —explicó Daniel.

Su hermano señaló otra edificación.

—¿Esto es la torre de Old Barrow? —preguntó.

Daniel asintió.

—¡Demasiados sitios donde esconderse! —dijo, Anthony, que se cubrió la cara con las manos, desesperado.

—Y aún hay refugios de pastores que no están marcados en el mapa —suspiró Daniel.

—¿Y tú cómo sabes todo esto? —preguntó Dominic.

Daniel se encogió de hombros.

—No tenía muchas cosas con las que llenar mi tiempo y os recuerdo que no me admitieron en el ejército —dijo, señalando su oído—. Ya sabéis que me gusta la botánica, así que he estudiado los mapas de la comarca organizando mis notas con las plantas que se encuentran en cada zona.

—No sé por dónde empezar —dijo Anthony, abatido.

Entonces oyeron la campana de la puerta principal. Corrieron para allá, pero, cuando el señor Chipperfield, que llegó antes que ellos, abrió, solo encontraron una nota en la puerta. Salieron y miraron alrededor, pero no había rastro humano.

Cogieron la nota y volvieron a la salita. Anthony rasgó la cera que cerraba el liego y lo desdobló. Lo leyó y lo dejó caer. Se sentó en un sofá y apoyó la frente en la mano, con los ojos cerrados. Dominic se acercó y tomó la nota. La leyó con Daniel al lado.

Estimado lord Waterford:

Debo decirle que no me gusta recurrir a estos métodos, pero no me ha dejado otra opción. Me debe una cantidad enorme de dinero, pero yo estoy dispuesto a dejarlo correr a cambio de sus tierras. No las quiero todas, pero sí todas las que hay al este de la casa hasta la finca Tremaine. Por supuesto, tengo algo que usted quiere. Descuide, está bien cuidada y no ha sufrido daño

alguno. De usted depende que eso se mantenga así. Tiene hasta mañana al mediodía para preparar con su abogado el documento de transmisión de los terrenos. Recibirá otra nota con las instrucciones para nuestro siguiente encuentro.

Antes de que nadie pudiera decir nada, el mayordomo asomó a la puerta. No había hecho ninguna pregunta, pero su trabajo consistía en saber qué ocurría sin necesidad de que nadie se lo contara. Llamó con delicadeza al marco de la puerta y dijo con voz grave.

—Ha llegado un chiquillo del pueblo, señor, con información que asegura que debería conocer.

Dominic le hizo un gesto para que trajera al niño hasta allí. No era tan pequeño. Tendría unos trece años y estaba más cerca de ser un hombre que un crío. Entró en el salón, se quitó la gorra y miró a los tres hombres antes de hablar.

—Me llamo Ryan Godwin, señor, señores —se presentó—. Mi madre ha vuelto a casa hace un rato contando una historia rara sobre que parecían muy preocupados por Connor Lynch, que se ha llevado el carro de mi padre, y he recordado algo que oí hace un par de días. Mi madre me ha hecho venir en cuanto se lo he comentado.

—¿Qué oíste, muchacho? —preguntó Dominic.

—Verá, señor. Hace dos noches estaba esperando a mi padre a la salida de la taberna. No me deja entrar, así que me entretenía en la calle, sentado en el suelo, tallando un trozo de madera. Entonces salió Connor. No me vio, porque estaba anocheciendo, yo estaba sentado en el suelo y él… él iba muy borracho. Iba haciendo eses y hablaba en voz alta. Decía: «El molino… el ricachón ese me dijo que fuera al molino, pero la ermita es más segura. Pero el señor quiere el molino, será el molino».

Anthony levantó la cabeza y se puso en pie de un salto.

—¿Qué molino?

El joven se encogió de hombros.

—Lo lamento, señor, si lo dijo no lo escuché. Además, balbuceaba como un niño, apenas le entendía.

—¿Pero dijo el molino? —insistió Anthony.

El joven asintió.

—Sí, seguro. Lo repitió varias veces.

Anthony se le acercó, le puso las manos en los hombros y lo miró con intensidad.

—Gracias, Ryan —dijo—. Te prometo que no olvidaré tu ayuda.

Cuando el chico se hubo marchado se acercaron al mapa de nuevo. Daniel señaló los tres molinos que había en distintas localizaciones a lo largo del río que partía sus tierras por la mitad y seguía en dirección sur camino al mar.

—¿Y aquí? —Dominic señaló otro curso de agua más al norte.

Anthony negó con la cabeza.

—Demasiado lejos. Si se ha llevado a Alyssa en un carro no puede arriesgarse a que alguien lo vea y, además, los caminos quedaron muy dañados por la tormenta y aún no se han reparado, lo que dificulta ir muy lejos. Se habrá quedado por la zona. ¡Lo tenemos! ¡Vamos!

Capítulo 37

Alyssa abrió los ojos para encontrarse tumbada en una superficie que se movía a trompicones. Tenía la boca tapada para que impedirle gritar y las manos atadas a la espalda. Miró a su alrededor, pero se encontró rodeada de madera y con una tela sobre la cabeza. Supo que iba en un carro y que nadie la podría ver. Intentó incorporarse, pero con el traqueteo era imposible. Además, descubrió que también tenía los tobillos atados. Respiró hondo y trató de calmarse.

Estaba claro que aquel bellaco la había raptado y que no se había quedado en el pueblo. Eso hubiera sido una locura y Connor era malvado, pero no tonto. Tenía un compinche, ese hombre horrible con el chaleco amarillo. ¿La estaría llevando a su casa?

Anthony sabía lo que Alyssa había oído: se lo había contado. Sin embargo, por el momento Connor creía que sus planes no eran secretos, y el otro hombre también.

Alyssa intentó acomodarse para que los botes del carro no le molestaran tanto. Además, le dolía horrores la cabeza y veía lucecitas negras con el ojo derecho. Tragó saliva: estaba en una situación muy complicada.

¡Qué tonta había sido! No debería haber enfrentado a aquel hombre. Pero le dio tanta rabia, la indignó tanto verlo allí, tan tranquilo, mientras sabía que maquinaba algo contra su familia…

Suspiró. Su familia. Anthony podría haberse estado comportando como un tonto, pero eso no cambiaba el hecho de que ella le quería y que ya consideraba a los Drudley su familia. Pensó en sus hermanas también. Esperaba que todo esto saliera bien y pudiera volver a verlas.

Sacudió la cabeza para eliminar esos oscuros pensamientos, y eso le provocó un latigazo de dolor que le hizo gemir.

El coche frenó. Pasó un rato en el que nada ocurrió, y Alyssa valoró intentar ver qué había fuera y escapar. Pero, cuando se estaba intentando incorporar de nuevo, la lona despareció y el sol la

deslumbró. Parpadeó, confusa, y entonces la imagen de Connor mirándola como si no supiera que hacer con ella llenó su retina.

—Vamos, baje —dijo, desatando la cuerda de los pies.

Alyssa aprovechó cuando él se inclinó para ayudarla y le golpeó con el zapato en la cara. El hombre se tambaleó y ella trató de huir, pero Connor se recuperó antes. La agarró con rudeza del brazo y se la echó al hombro como si fuera un saco de patatas. Ella no dejó de patalear y retorcerse. Entraron en la edificación, que era muy pequeña. Connor se dirigió a unas escaleras que crujieron de forma alarmante cuando pisó sus peldaños. La planta superior era poco más que un granero. Él la dejó caer en el suelo sin contemplaciones. La miró con furia contenido y enseñó una pistola que llevaba en la mano.

—Es usted una fiera —dijo—. Pero yo sé domesticar a las fieras, así que no haga ni un movimiento en falso o me aseguraré de que sea lo último que haga.

Alyssa creía que aquel hombre no se atrevería a hacerle daño sin el permiso de su jefe, pero no quiso arriesgarse. Se sentó en el suelo y asintió. Entonces él señaló una silla que tenía al lado.

Alyssa se levantó como pudo y se sentó en la silla. Aquel hombre la rodeó con una cuerda y la ató con firmeza. Alyssa se mantenía dócil, con la cabeza gacha, pero su mente no dejaba de pensar. Esta segura de que Anthony y los demás vendrían a por ella. La pregunta era: ¿cuándo? No podían saber dónde estaba, aunque revisarían todas las construcciones viables para ocultar una persona que estuvieran a una distancia prudencial del pueblo.

¿Alguien los habría visto? Ella lo dudaba. El cobertizo cerca de la taberna estaba un poco apartado y la puerta trasera, como comprobó el día que no pudo evitar escuchar la conversación, daba a una pista poco transitada. En un momento tranquilo del día no habría ojos curiosos por ahí.

Poco a poco, con disimulo, comenzó a mover las manos para intentar ceder la cuerda. Si conseguía soltar las manos, el tramo que rodeaba su cuerpo no sería una complicación.

Entonces oyó cascos de un caballo y su corazón se paró. Sin embargo, Connor se asomó a la ventana y después volvió adentro,

sin un atisbo de inquietud, lo que evaporó las esperanzas de Alyssa.

Pronto escuchó crujir los peldaños y el hombre del chaleco amarillo, el acreedor que, según le había dicho Anthony, respondía al apelativo de señor Mackay, apareció en la planta superior, La miró frunciendo el ceño y luego se dirigió a Connor.

—Esperaba aun poco más de previsión al llevar a cabo el plan —dijo, molesto.

—Las cosas surgen como surgen —dijo el otro, y se encogió de hombros.

El hombre forastero vestía en esta ocasión de forma más sencilla, como si se hubiera esmerado en no llamar la atención, aunque su prominente barriga seguía intentando escapar de la prisión de una camisa de un discreto tono pardo. Él miró a su alrededor con evidente desagrado y después miró a Alyssa a los ojos.

—Lamento que nos encontremos en estas circunstancias, lady Waterford —dijo—. Entiendo que no es agradable para usted, pero tampoco para mí.

Alyssa no contestó. Estaba amordazada; no tenía sentido intentarlo. El hombre siguió hablando.

—Su esposo me debe una cantidad escandalosa de dinero que ya su padre debería haberme devuelto. Con los intereses, podría quedarme con toda su hacienda. Sin embargo, este proceso sería largo y costoso, y no es fácil que un tribunal falle en contra de un noble, por muy moroso que sea. Le sugerí que me compensase con tierras, pero se negó a oír hablar de ello. Pensé que con el… incentivo adecuado, por llamarlo de alguna manera, accedería. En cuanto tenga el título de propiedad en mi poder podrá volver a su vida.

Alyssa no lo pudo evitar y trató de hablar, pero solo un balbuceo salió de su boca. El abogado hizo un gesto a Connor, que le bajó la mordaza. Alyssa miró a aquel hombre con un odio profundo.

—No es más que un cobarde patético, escondiéndose tras amenazas como un vulgar ratero. Sé lo que le debíamos, y ni por asomo vale tanto como pretende hacernos creer. Además, estábamos organizando un plan de pagos para saldar la deuda.

El hombre sonrió y su cara adquirió una cualidad casi lobuna.

—Una chica lista —dijo—. Los nobles no suelen saber lo que deben y dejan de deber. De todas maneras, ahora mismo eso no es importante. Se me ha antojado la idea de ser terrateniente, y usted es mi salvoconducto para ello.

—Si su ingenio fuera tan afilado como su vileza, quizá no necesitaría recurrir a la violencia para conseguir lo que ansía —dijo, con sus ojos furiosos lanzando destellos amarillos.

El abogado entrecerró los ojos y su rostro se ensombreció. Era evidente que las palabras de Alyssa lo habían enfadado. Sin embargo, enseguida recuperó la sonrisa, una sonrisa tan fría e inquietante que Alyssa prefería la expresión anterior.

—Vaya con la fierecilla. No necesito seguir escuchando esa lengua tan afilada.

E hizo un nuevo gesto a Connor, que volvió a colocarle la mordaza. Los dos hombres se apartaron un poco de ella y hablaron en voz baja. Alyssa intentó agudizar el oído para entender lo que hablaban.

—¿Y si nos encuentran? —oyó que decía Connor.

Hubo un silencio.

—Si lo hubiera preparado mejor, señor Lynch, podríamos haber escondido a la damisela en un lugar que jamás encontraran. Sin embargo, tal y como se han dado las cosas, es un riesgo que debemos correr. Cuento con que el conde no sepa por dónde empezar. Hay muchas edificaciones en los alrededores que podrían ser adecuadas, y también está la posibilidad de que nos hayamos llevado a la condesa a la ciudad. Al fin y al cabo, ni siquiera saben que la tenemos nosotros.

—Espero no que lleguen hasta aquí.

—Yo también —dijo aquel hombre con voz fría—. Pero, si lo hacen, para eso tiene la pistola.

—¿Y usted? —la voz de Connor tembló.

Sonó una risa seca.

—Yo tengo que marcharme. No pretenderá que me quede aquí esperando a que lleguen. Debo preparar el contrato para la cesión de tierras a la espera de que me manden los papeles de su abogado.

—Pero, si me encuentran a mí, lo encontraran a usted —dijo Connor.

—¿Y cómo lo harán? —preguntó con ironía—. Nadie sabe que soy yo quien está detrás de esto.

—Yo lo sé.

De nuevo un silencio.

—Sin duda, pero no me delatará si las cosas se complican, amigo mío. Si lo hace, dese por muerto. Y, cuando todo acabe, tendrá una buena cantidad de dinero con la que empezar de nuevo en otro sitio, sin volver a ver la cara de toda esta gente que tan mal le trató.

—Ella lo ha visto. Y el conde sabrá quién es si accede a la cesión.

De nuevo la risa.

—Entonces ya no me importará. Al conde solo le preocupa recuperar a su mujercita. Cuando lo haya conseguido y vea que la hemos tratado bien, que no ha sufrido ningún daño, no querrá escándalos. Lo bueno de la alta sociedad es que es muy sensible al qué dirán, y preferirán que este episodio quede en el olvido. No seremos vecinos amistosos, sin duda, pero sabremos mantener las distancias. Muy bien —dijo, dando una palmada—. Yo me tengo que marchar. Le sugiero que esconda el carro, meta el caballo a la casa y no haga ruido para que nadie lo encuentre. En cuanto esté todo solucionado le enviaré un mensajero con su bolsa para que se vaya de aquí y indicaré al conde dónde está ella. Trátela bien, dele agua y algo de comer. Bienvenido a su nueva vida.

El abogado hizo una reverencia delante de Alyssa y se marchó. Connor la miró con duda, pero luego decidió dejarla sola para bajar a esconder las pruebas que estaban allí.

Capítulo 38

Anthony rezó para que lo que había dicho aquel joven fuera cierto y encontraran a Alyssa en uno de esos molinos. En ningún momento se le pasó por la cabeza hacer lo que decía aquel hombre y ceder las tierras. No porque le importaran más que su mujer: de haber sabido que las cosas se solucionarían con eso en un abrir y cerrar de ojos, lo hubiera hecho. Pero se negaba a que ella tuviera que pasar una noche al menos sola, asustada, esperando a que llevaran a cabo los trámites.

Además, si aquel hombre se salía con la suya acabarían siendo vecinos. Si demostraba esa falta de escrúpulos, esa vileza, ¿quién le aseguraba que, cuando quisiera conseguir cualquier cosa de él, no recurriría de nuevo a la misma táctica? No podía correr el riesgo. Y necesitaba moverse, hacer algo. Encontrar a Alyssa y pedirle perdón, prometerle que la protegería siempre, aun a costa de su vida, y que no se volvería a alejar.

Los caballos volaban. Dominic y Daniel lo seguían de cerca, así como el señor Gardson y tres mozos de las cuadras que sabían montar en condiciones. Llegaron cerca del primer molino. Todos desmontaron a una distancia prudencial y se acercaron en silencio: no querían alertar al señor Lynch. La puerta estaba abierta y los listones de madera que la formaban, podridos. El interior era pura oscuridad. Anthony negó con la cabeza, pero, aun así, entraron para asegurarse. Vacío.

Volvieron corriendo a los caballos.

—¿Y si nos separamos para ir más rápido? —preguntó Daniel.

Anthony pareció valorar la opción.

—No —dijo al fin—, quiero a todos los hombres disponibles cuando la encontremos. No sabemos si ellos tienen refuerzos.

Siguieron hasta el segundo molino. Hicieron lo mismo que en el anterior. Anthony tuvo que contenerse para no correr, pero consiguieron llegar hasta la entrada sin hacer ruido. Había huellas en la tierra justo delante de la entrada, pero parecían viejas. Dominic

tomó la delantera y entró. Anthony se quedó fuera: ya sabía lo que iban a encontrar. Daniel le puso una mano en el hombro.

—La encontraremos, te lo prometo —le dijo con voz estrangulada.

Galoparon al tercer molino en silencio. La desesperación se palpaba en el ambiente. Antonhy solo miraba al frente con los dientes apretados. Tenía que estar allí. Era el último: tenía que estar allí.

El tercer molino estaba rodeado por un bosquecillo. Era muy viejo y llevaba abandonado unos años, así que la rueda que se hundía en el agua se veía vieja y le faltaban algunas palas. Dejaron a uno de los hombres vigilando los caballos, comprobaron que las armas estaban cargadas y corrieron en silencio hacia la casa. Estaba atardeciendo y el sol comenzaba a bajar. Se levantó una suave brisa. La puerta estaba cerrada, pero Anthony se lanzó contra ella con el hombro y se abrió sin ofrecer resistencia. Entraron como una exhalación con las armas preparadas, pero se encontraron una sala vacía y cubierta de polvo.

Anthony recorrió el espacio, como si no pudiera creerse que Alyssa no estuviera allí. Oyó un ruido y se giró hacia una esquina. Había un saco viejo lleno de leña. Cuando se acercó, un ratón salió corriendo de detrás y escapó corriendo.

Masculló una maldición, pero, antes de decir nada más, la mano de Dominic en su brazo atrajo su atención. Él señaló en silencio una pequeña escalera que había pasado desapercibida en una esquina. Se acercaron a ella. La luz cada vez era más escasa en el interior del molino. Si Alyssa estaba allí, sin duda su secuestrador los había oído entrar, así que Anthony dejó la discreción a un lado y subió los escalones de dos en dos.

Arriba había un pequeño granero abuhardillado en el que casi no se podía poner en pie. También estaba vacío.

—¡Maldición! —gritó, incapaz de contenerse.

Salieron a la cálida tarde. Anthony sentía la angustia trepar por su garganta. ¿Dónde demonios estaba Alyssa?

—No hay más molinos por aquí, al menos cerca —dijo Daniel, que estaba muy pálido.

Aunque en la carta aseguraban que no le harían daño a Alyssa, siempre que cumplieran sus condiciones, todos temían lo que podía pasar.

—¡Tiene que estar por aquí! —exclamó Anthony, desesperado—. ¡Tenemos que encontrarla!

Dominic suspiró.

—¿Te has planteado ceder a sus pretensiones? —preguntó, casi con temor.

Anthony lo miró, tan serio que el siempre contenido Dominic sintió que le temblaban las piernas.

—Por supuesto que sí —dijo su hermano al fin, derrotado—. Pero, si ese malnacido gana en esto, si pasa a ser nuestro vecino, ¿qué pedirá después? ¿Qué ocurrirá cuando quiera ampliar su hacienda? No es lo que pide ahora, sino el poder que eso le otorga sobre nosotros.

—¿Sabes quién es? —preguntó Daniel.

Él asintió.

—Alyssa lo reconoció, pero él no sabe que yo lo sé. Es un hombre miserable, el señor Mackay. De todas maneras, eso no tendrá importancia si se sale con la suya.

—Podemos hablar con el juez de paz.

Anthony soltó una risotada que dejó traslucir cierto histerismo.

—¿Y de qué serviría? Dime, Dominic. ¿Qué ganaríamos con ello? ¿Que lo retuviera un par de días antes de tenerlo que soltar? Sería un escándalo, lo sabes. No estoy acusando a un vecino de robarme dos ovejas, ¡se ha llevado a mi esposa! Tengo que resolver esto por mí mismo.

Dominic asintió y miró a su alrededor.

—Tiene que haber algún otro sitio. Si no es un molino, busquemos en las ermitas.

El señor Gardson se acercó.

—Está anocheciendo, señor —dijo—. Quedan poco rato de luz y, con los caminos en este estado, es un peligro para los caballos continuar la búsqueda.

Anthony no dijo nada.

—Seguiremos buscando —respondió Dominic.

Daniel, que se había alejado un momento y estaba hablando con los chicos de las cuadras, se acercó corriendo de nuevo a sus hermanos.

—¡Sé dónde puede estar!

Los dos se giraron hacia él. Daniel siguió hablando.

—Ryan —dijo, señalando a uno de los jóvenes—. Él conoce un molino cerca de aquí.

—¿Y por qué no sabíamos nada?

—Es un molino de viento —dijo Daniel—. Debe estar en ruinas, porque hace décadas que se abandonó, pero tal vez la haya llevado allí.

Anthony asintió y montó.

—Está bien, ¡vamos!

A la menguante luz del atardecer galoparon como si les fuera la vida en ello.

Alyssa había aprovechado la ausencia de Connor para intentar con más ahínco aflojar sus ataduras, y creía que por fin lo estaba consiguiendo. Aún no podía soltar sus manos, pero notaba que ya no apretaban tanto como antes. Cuando el hombre volvió le dio de beber y le ofreció algo de comer, aunque ella se negó. Volvió a ponerle la mordaza y se quedó sentado frente a ella, sin dejar de mirarla. A veces Alyssa creía ver en su rostro algo parecido a la duda. Suponía que se estaba preguntando si había hecho bien en meterse en aquello, porque las cosas no estaban saliendo como habían previsto.

Al estar amordazada no podía trabar conversación con él. Tal vez, si pudieran hablar, podría conseguir que la dejara libre a cambio de prometerle que no habría consecuencias. Pero no podía intentarlo y, además, le daba la impresión de que no era solo el dinero lo que movía a ese hombre. Odiaba a su familia, la odiaba profundamente, y quería hacerles daño. Suspiró para sus adentros y giró la cabeza hacia el pequeño ventanuco que había en la estancia. La luz escaseaba. Si estaban buscándola, pronto tendrían que dejar de hacerlo. ¿Se plantearía Anthony ceder las tierras como medio para

recuperarla?

Entonces se oyó un ruido en el exterior, y Connor se sobresaltó. Se levantó de la silla y se acercó a la ventana, con la pistola en la mano.

Capítulo 39

Los hombres siguieron a Ryan por pistas y senderos. Él parecía muy seguro de a dónde les estaba conduciendo. Según contó, cuando eran más jóvenes, casi unos niños, sus primos y él solían usar el molino como cabaña de caza. Pasaban la noche allí y trataban de conseguir alguna pieza menor que llevar a casa para que sus madres la guisaran. Anthony esperaba que el joven tuviera razón y ella estuviera allí. Entonces llegaron a una zona todavía embarrada, y allí vieron con claridad las huellas de un carro tirado por un caballo. Se miraron unos a otros, esperanzados.

—¡Está allí, seguro! —dijo Daniel, azuzado al caballo.

Apenas habían recorrido unas decenas de metros cuando vieron una figura a caballo que galopaba en dirección contraria. El sol ya se había puesto, pero aún había algo de luz. Anthony reconoció el perfil rotundo del señor Mackay.

—¡Es él! ¡No lo dejéis escapar! —gritó.

Los jóvenes trabajadores y el señor Gardson sabían montar, pero no eran jinetes expertos. Dominic, por el contrario, tenía un equilibrio perfecto y conocía su montura a la perfección. Daniel también era muy bueno, pues había recibido clases de pequeño y solía montar casi a diario. Azuzaron sus monturas y salieron tras aquella figura a una velocidad endiablada.

Anthony miró a Ryan.

—Ellos se encargarán de ese malnacido —dijo—. Tú guíanos al molino, ahora sabemos que Alyssa está en él.



Connor oteó los alrededores desde la ventana, pero no vio nada. Era pequeña y si quería tener un buen ángulo de visión hubiera debido sacar la cabeza, algo que no estaba dispuesto a hacer. Se giró de nuevo hacia el interior. Otra vez se oyó el ruido en el exterior. Era pasos, sin duda algu na, y Alyssa sabía lo que eso significaba. Sonrió debajo de la mordaza, y Connor, que la estaba mirando, se percató.

—Aún no está todo perdido —dijo, acercándose a ella.



Cuando entraron en el molino, encontraron al caballo amarrado dentro. Este piafó y rascó el suelo cuando los vio entrar. No había nadie, pero todos vieron la escalera del fondo. Anthony se dirigió hacia allí y subió con cautela. Sin duda Connor los había oído llegar, pero no sabía si estaba solo o si los enemigos estaban armados, y no quería recibir un disparo en la cabeza la asomarse.

Cuando llegó arriba, respiró hondo y se aventuró a salir. Y lo que vio le paró el corazón. Alyssa está en pie, con un paño en la boca y las manos atadas a la espalda. Y, justo detrás de ella, vio asomar la cabeza de Connor.

—¡Dispararé! —dijo—¡Juro que lo haré!

Anthony levantó las manos y su pistola apuntó al techo.

—Está bien. No le hagas daño —pidió.

—¡Esto no tenía que haber salido así! —El hombre parecía fuera de sí—. ¡Yo tendría que haberme marchado de esta mierda de sitio con la bolsa llena!

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó—. Está bien. Una bolsa llena de monedas. Te las daré. Suéltala, y te prometo que no te seguiremos. Serás libre para ir a donde quieras y hacer lo que desees. Pero suéltala.

Anthony miró a Alyssa a la cara. Le mataba no poder acudir a ella y abrazarla, prometerle que todo iba a salir bien. Ella le devolvía la mirada con los ojos muy abiertos, pero serena. Connor avanzó un paso en su dirección con ella como escudo.

—¿Y quién me garantiza que cumplirá su palabra?

—Mi palabra es sagrada —dijo Anthony—. Le prometo que, si suelta a Alyssa, podrá irse de aquí con una buena suma.

Alyssa percibió como el hombre detrás de ella dudaba. Lo notó. Fue como si sujetara la pistola como menos fuerza. Al fin y al cabo, eso era lo que buscaba ¿no? Dinero suficiente para poder empezar una vida en otra parte. Pero entonces el hombre sujetó de nuevo la pistola con fuerza contra su espalda.

—¡Su palabra no vale nada! ¡Vale tan poco como la de su padre!

Anthony lo miró, sin comprender. Connor soltó una carcajada.

—Ni siquiera sabe de lo que estoy hablando ¿verdad? Su padre violó a mi madre, ya lo creo que sí. La violó y la abandonó y luego se casó con esa portuguesa. —Connor escupió al suelo con desprecio—. Yo ya había nacido cuando esto ocurrió, era muy pequeño, pero recuerdo sus lágrimas.

—¿Cómo dice? —Anthony no daba crédito a lo que estaba escuchando, Su padre nunca había sido una buena persona, pero él recordaba un hombre que no encajaba con aquellas palabras—. ¿Su madre le dijo que mi padre… que mi padre…? —se sintió incapaz de continuar la pregunta.

El hombre sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no. Quién sabe por qué, siempre se calló. Pero cuando mi padre murió, me reconoció que tuvo una relación con el conde.

—Pero una relación es diferente —excusó Anthony.

—¡Cállese!

Alyssa notó que aquel hombre comenzó a temblar y negó con la cabeza de forma imperceptible.

—¡Mi madre era una buena mujer! Nunca le hubiera sido infiel a su marido por propia voluntad. ¡Su padre abusó de ella! Y cuando me enteré y fui a reclamar al conde me prometió un buen puesto de trabajo. ¡Y me echaron! Me echaron a la calle como a un perro en cuanto hubo oportunidad. ¡Merece sufrir como lo he hecho yo!

Alyssa parpadeó. ¿Qué clase de historia había tejido en su mente? Maggie le dijo que lo habían echado por robar. Si eso era así, el señor Lynch tenía una visión muy distorsionada de la realidad, pero ese odio lo convertía en alguien muy peligroso. Y entonces notó que la pistola dejaba de presionar su espalda.

—¡Mi vida es miserable por su culpa! —dijo, y apuntó con la pistola a Anthony— ¡El viejo conde me hundió y usted no es mejor que él!

Alyssa entendió que estaba trastornado. Podía disparar a su esposo y él no se defendería, porque nunca dispararía a aquel hombre estando ella delante. También comprendió que Connor nunca aceptaría su oferta. Entendió que nunca tuvo la intención de dejarla marchar sana y salva y que pensaba acabar con ella en cuanto el

señor Mackay le diera su dine ro. No le importaba nada más que su absurda venganza y hacer sufrir a Anthony. Parpadeó y, en un segundo, decidió actuar.

Aprovechando el momento en que la pistola no la amenazaba directamente a ella miró a Anthony, cuyo rostro estaba casi en penumbra, le hizo un gesto que no supo si vería o entendería y se lanzó al suelo.

En el segundo de confusión que sufrió Connor, Anthony disparó. El hombre disparó a su vez y Alyssa oyó, con angustia infinita, el gemido de su marido al ser alcanzado. Connor tiró la pistola y sacó otra que llevaba, ya cargada, en el cinto. Con la otra mano empuñó un cuchillo de caza de tamaño imponente. El señor Gardson apareció por el hueco de la escalera con una navaja en la mano, seguido de dos de los mozos. Se quedaron inmóviles al ver a su señor tambalearse con sangre en la manga y a Connor con la mirada enloquecida.

—¿Vais a venir a por mí? ¿Vais a luchar contra uno de los vuestros? ¡Traidores! Os he hecho un favor, deberías estar agradecidos.

El señor Gardson dio un paso en su dirección, pero Connor lo apuntó con la pistola.

—¡Atrás! —dijo—. Dejadme terminar lo que he empezado.

Apuntó a Anthony, que en ese momento se lanzaba hacia él, enfurecido y sin medir las consecuencias. Era un suicidio, porque ya no tenía más armas que sus manos y estaba herido, pero lo hacía por protegerla. Entonces Alyssa, que por fin había conseguido soltar sus manos y había cogido un madero que había en un rincón, aprovechando que aquel hombre ya no le prestaba atención, se acercó por detrás y lo blandió contra su cabeza.

Connor Lynch cayó al suelo como un fardo. Alyssa se lanzó hacia Anthony, dejando que los hombres se ocuparan de Connor. Se quitó la mordaza y se refugió entre sus brazos.

—Amor mío, ¿estás bien? —dijo Anthony, que la abrazó, la separó para mirarla y la volvió a abrazar.

—No es a mí a quien han disparado —dijo ella, con voz temblorosa. Se apartó un poco y rasgó la manga de la camisa. La herida sangraba mucho.

—No es tan grave —dijo él, con una mueca que pretendía ser una sonrisa, pero que desmentía sus palabras—. Solo quería llamar tu atención.

Se tambaleó de nuevo y ella lo tuvo que sujetar. Lo ayudó a caminar hasta la silla en que ella había estado atada.

—¡No te atrevas a desmayarte ahora! —le dijo cuando vio que la cabeza se le vencía hacia adelante.

Él volvió a levantarla.

—No te llevaría la contraria —dijo—. Eres más peligrosa que ellos.

Alyssa rio entre lágrimas y, agachada a su lado, presionó la herida con un trozo de su vestido.

—Me has salvado la vida —dijo él—. Connor iba a dispararme de nuevo. Me hubiera matado.

—Tú me has encontrado —dijo ella—. Estamos en paz. Podría haber sido peor.

—Sí —dijo él, tomando la barbilla de Alyssa y levantándola para que ella le mirara a los ojos—. Podría haberte perdido.

Aunque la habitación estaba ya prácticamente a oscuras, el amor de Anthony brillo en sus ojos y ella se dio cuenta de lo que sentía de verdad. Lo besó.

—Te quiero —le susurró al oído.

—Te quiero —le dijo él, apoyando su cabeza en el hombro de ella.

Capítulo 40

Anthony despertó en su cama a la mañana siguiente. Tenía el brazo vendado. La luz del sol entraba por la ventana e incidía en sus ojos. Cuando giró la cara para apartarla de la molesta luz se encontró a Alyssa sentada en una butaca al lado de la cama, dormida. Notó el movimiento y abrió los ojos, soñolienta. Tenía los ojos hinchados y el pelo despeinado, pero la sonrisa que dibujó en su rostro fue lo más hermoso que Anthony había visto nunca.

—Hola —dijo ella, incorporándose.

—Hola —dijo él, respondiendo a su sonrisa. Hizo una mueca de dolor.

Alysa se levantó de la butaca.

—¿Te duele mucho?

Él sacudió la cabeza.

—No. En un par de días estaré curado.

Alyssa rio con suavidad.

—Lo dudo. Has tenido suerte, la bala no se quedó dentro, pero la herida sangró muchísimo y te desmayaste. El médico ha limpiado la herida con brandy para que no se infecte, pero ahora te va a tocar hacer reposo.

Anthony cerró los ojos un momento para concentrarse en sus sensaciones. El brazo le quemaba y le escocía, pero, aparte de un cansancio considerable, no se sentía mal.

Intentó levantarse.

—¿Dónde vas? —le preguntó Alyssa, con los brazos en jarras.

Él la miró como si fuese obvio.

—Me estoy levantando —dijo—. Por si no lo has notado, me dispararon en el brazo, no en la pierna.

Se puso en pie, pero le temblaron las piernas y cayó sentado sobre el colchón. Alyssa lo obligó a tumbarse.

—Por si no lo has notado tú, perdiste mucha sangre. El médico ha sido muy claro, reposo absoluto unos días.

Anthony suspiró y puso los ojos en blanco, pero se dejó hacer.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella.

Él asintió, así que miró hacia la puerta.

—Muy bien. Iré a pedir que te suban algo y a avisar a tus hermanos. Están deseando verte.

Se giró y dio un paso hacia la puerta, pero Anthony alargó el brazo sano y la retuvo. Ella lo miró.

—Alyssa, yo…

Ella se mantuvo en silencio, esperando. Anthony carraspeó.

—Yo… quería pedirte perdón por cómo te he tratado estos días. Me sentía, bueno, y aún me siento, un fracaso como terrateniente y también como marido, por no poderte ofrecer la vida que mereces.

Ella levantó una ceja.

—¿Te alejaste de mí porque te sentías un fracasado?

—Sí. No. Quiero decir, no fue por eso exactamente. Fue porque, si perdía las tierras, estaba dispuesto a anular el matrimonio, si tú querías, para dejarte libre para buscar un marido mejor.

Alyssa se le quedó mirando sin palabras, con la boca abierta.

—¿Lo dices en serio?

Anthony asintió, avergonzado.

—¿Y sigues pensando lo mismo?

—¡No! Es decir, sigo creyendo que mereces algo mejor —dijo él—. Pero la experiencia de ayer me ha dejado claro que tengo que luchar por ti. Te quiero —dijo—, y no te alejaré de mí… siempre que eso sea lo que tú quieras.

Alyssa se echó a reír y se inclinó sobre Anthony para darle un beso. Este rodeó la cintura con su brazo bueno y la atrajo hacia él, de forma que cayó sobre el cuerpo de su marido, que gruñó al notar la presión en la herida.

—¡Lo siento! —exclamó ella. Luego se lo quedó mirando de nuevo —. Yo pensaba que estabas arrepentido de haberte casado conmigo, porque haber elegido a una heredera podría haber solucionado todos tus problemas. Creí que me veías como una carga.

—Bueno, un poco sí que me pesas ahora mismo —dijo Anthony con una sonrisa arrogante.

Ella se deslizó hacia el costado que no estaba herido y se acomodó en su pecho.

—Nunca me arrepentiré de haberte elegido como esposa —confesó él—. Aunque no sé cómo vamos a salir de esta.

Ella se incorporó y besó la punta de su nariz.

—Tu valor no reside en tus tierras o en tu título, esposo mío, sino en tu carácter, en la forma en que enfrentas los conflictos y en cómo no abandonas tus valores. Te quiero, y estaré a tu lado pase lo que pase. Y respecto a eso, tus hermanos y yo hemos pensado unas cuantas cosas en estas horas. No se ha dormido mucho en esta casa hoy. Voy a buscarlos. —Se acercó a la oreja de Anthony y susurró—. Y no vuelvas a pensar que no eres suficiente para mí. Eres todo cuanto puedo desear.

Apoyó la frente en su sien un momento y luego se levantó.

Sus hermanos entraron en tromba en la habitación cuando ella les avisó. Los dejó solos mientras iba a buscar al señor Chipperfield para pedir que le prepararan algo de comer a Anthony y volvió a la habitación.

—Entonces, ¿tuvisteis que disparar? —preguntaba Anthony en ese momento.

Dominic asintió.

—Se resistió y sacó el arma, así que no nos quedó más remedio.

—¿Ha muerto?

Daniel rio.

—Mejor. Cuando le dimos alcance llevaba una fea herida en el costado. Es un cobarde y nos suplicó ayuda.

—Así que fuimos caritativos y se la concedimos —dijo Dominic, haciendo un gesto al aire—, previa firma, claro está, de que nuestra deuda quedaba total e irrevocablemente saldada.

Anthony asintió.

—Eso fue un movimiento muy inteligente. ¿Sobrevivirá?

—El tiempo lo dirá. Depende de si la herida se infecta o no. Pero lo importante es que ya no supondrá un obstáculo para nosotros.

—¿Y el señor Lynch?

Daniel y Dominic se miraron. Alyssa se acercó a la cama.

—Connor estaba trastornado. Intentó huir, sacó otro cuchillo escondido e hirió a Ryan y a otro de los mozos —dijo.

—El señor Gardson lo persiguió al exterior y, en el forcejeo, Connor cayó y se dio en la cabeza con una rama —añadió Daniel.

—Entiendo. —Anthony echó la cabeza hacia atrás y reposó en la almohada—. Bueno, parece que nuestra situación ha mejorado. Aunque las deudas siguen siendo acuciantes y es un problema que debemos solucionar, o haber cancelado la que teníamos con el señor Mackay no habrá servido de mucho.

El señor Chipperfield entró con una bandeja con té, huevos revueltos, pan blanco y tocino. El estómago de Anthony gruñó.

—Me alegro de verlo despierto, señor —dijo, y salió de la habitación.

Anthony sonrió, se incorporó con cuidado y Alyssa le colocó la bandeja en las piernas para que pudiera comer. Luego se sentó de nuevo en la butaca. Miró a sus cuñados y luego a Anthony.

—Tenemos algunas ideas al respecto que nos gustaría comentar contigo —dijo.

Anthony los miró, pero no dejó de comer. Si el apetito era una muestra de salud, no cabía duda de que se recuperaría enseguida.

—Os escucho.

Daniel fue el primero en hablar. Con una amplia sonrisa, sacó una carta del bolsillo y la agitó en el aire.

—Esta mañana a primera hora ha llegado una misiva de lord Ashbourne. George dice que precisamente estaba buscando alguna inversión que le convenciera, y ha oído hablar de los magníficos ejemplares que está criando Dominic. Nos ofrece una cantidad muy generosa a cambio de participar en los beneficios.

Anthony lo miró.

—¿Cómo de generosa?

—Lo suficiente como para cancelar la mayor parte de la deuda.

—Habrá que profesionalizar la yeguada, pero es algo que ya me rondaba la mente hace meses —dijo Dominic.

—Llevas ya tiempo haciendo cruces muy inteligentes, es cierto —dijo su hermano mayor—. Habrá que comprar algún semental, que podemos sufragar con la venta de alguno de los caballos, y comenzar a dirigir la cría con la vista puesta en el negocio.

—Cuenta conmigo. —Dominic abrió los brazos, satisfecho—. Estoy muy contento de tener algo importante que hacer, al fin. Tanta ociosidad me vuelve loco.

—Yo he estado leyendo en la biblioteca algunos tratados de agricultura que tenía vuestro padre —intervino Alyssa—. ¡No me miréis así! En algo tenía que ocupar el tiempo. Creo que las cosechas están siendo flojas, tormenta aparte, porque la tierra está agotada.

—Aun asumiendo que tienes razón —dijo su esposo—, no podemos decir a los campesinos qué deben sembrar en sus tierras.

—Bueno —dijo ella—, no quiero llevarte la contraria, pero hay un contrato de arrendamiento al que todas las partes deben amoldarse. Se puede modificar el contrato y ofrecerles incentivos si se ajustan a un calendario de siembra. De esta forma podemos alternar trigo, cebada, avena y legumbre para que la tierra se recargue de nutrientes. Ellos también van a beneficiarse de esto, puesto que las cosechas serán más abundantes.

Dominic la miró con admiración.

—¿Cuándo te has convertido en una mujer de campo?

—Cuando pasé a ser una condesa rural —rio ella.

Anthony sonrió, orgulloso.

—Es una buena idea. Los caballos pueden ser una nueva fuente de ingresos y desde luego, hay que recuperar el suelo para mejorar las cosechas.

—También podemos abrir un mercado —dijo Daniel.

Anthony se le quedó mirando.

—¿Un mercado en Drudley Cross?

—¿Por qué no? —preguntó el joven, y se encogió de hombros—. Hay mercados agrícolas cercanos, pero no de ganado. Si permitimos que usen nuestras tierras para un mercado nos llevaremos un porcentaje de cada transacción sin apenas esfuerzo, aparte de que mejoraremos la economía del pueblo.

—Y los arrendatarios pagarán en unos meses las rentas que hemos aplazado —añadió Alyssa.

Anthony asintió.

—Tal vez haya que llegar a algún acuerdo con algún deudor para realizar un pago a plazos, pero, si todo sale bien, en un año podemos estar saneados y en tres o cuatro, cuando crezcan los nuevos ejemplares de la yeguada y podemos comenzar a venderlos, comenzaremos a recibir beneficios adicionales.

Alyssa sonrió, y con ella su esposo y sus cuñados.

—Al final lo hemos resuelto —dijo Anthony.

Alyssa tomó su mano y le dio un cariñoso apretón.

—Juntos —dijo—. Como una familia.

Epílogo

—¡Ya empiezan a llegar los invitados! —Alyssa gritó de forma muy poco aceptable por el hueco de la escalera—. ¡Anthony, date prisa!

Pero quien descendió desde la primera planta no fue su marido, sino su hermana Violet. Vestida con un precioso conjunto en raso verde oscuro, con fruncido en el pecho y dos cenefas que recorrían la parte anterior hasta llegar a una rosa bordada en la parte central de la falda, Violet resplandecía. Cuando llegó abajo Alyssa la abrazó con fuerza.

—Estoy tan contenta de que hayáis podido venir —dijo—. Me tenías muy preocupada.

Violet sonrió, pero era una sonrisa no exenta de tristeza. Su hermana se fijó en que sus pómulos, afilados de forma natural, sobresalían más de lo normal.

—Fue una mala época. Me he acostumbrado, aunque no puedo decir que no me gustaría tener un matrimonio como el tuyo.

Alyssa sintió un puño en el corazón.

—Qué injusto fue todo. Pero al menos lord Cavendish os ha dejado venir a verme esta temporada.

La sonrisa de Violet se tornó maquiavélica.

—He aprendido a manejarlo durante estos meses. No es un hombre fácil, pero tiene sus puntos flacos.

—¡Chicas, esperadme!

Lizzie bajó corriendo todo lo rápido que le dejaba su pierna enferma, con el vestido de muselina color melocotón levantado para no tropezar. Las delicadas flores anaranjadas que salpicaban su vestido y bordeaban el escote y el ribete de las mangas la hacían parecer un hada de piel trasparente.

—Estás preciosa —le dijo Alyssa.

—Tú sí que estás preciosa. ¡Mírate! —le dijo su hermana pequeña —. Eres toda una condesa ahora.

Alyssa sonrió y acarició la abultada tripa que sobresalía entre capas de muselina de su vestido amarillo mantequilla. El luto ya había

terminado y ahora quería compensar esos meses de tristeza usando colores alegres y vibrantes. Además, tenían que celebrar que una nueva vida se avecinaba.

—Supongo que hemos cambiado mucho en este tiempo.

Entonces oyeron un carruaje entrar al patio principal.

—¡Vamos, rápido! ¡Anthony! —volvió a gritar Alyssa.

El señor Chipperfiled apareció y les hizo una reverencia.

—Pueden salir ya al jardín. Todo está preparado. Iré recibiendo a los invitados y haciéndolos pasar.

Se apresuraron y salieron por la puerta del salón. El jardín lateral estaba precioso. Era una amplia extensión de hierba con parterres de rosas y otras flores y setos recortados. No era tan salvaje como el jardín elevado que tanto gustaba a Alyssa, ni tan formal como el delantero. Tenía, como todo en aquel sitio, una elegancia relajada.

El sol de mediados de abril lucía y Alyssa levantó la cara, disfrutando de su calidez.

—¡Alyssa, te saldrán manchas! —dijo Lizzie, escandalizada.

Violet soltó una risotada. A Alyssa le gustó el sonido de su risa. Le recordó a la Violet a quien no le importaba la opinión de los demás ni la etiqueta social que era tan solo unos meses atrás. Se veía un poco más elegante, más refinada, pero seguía siendo ella.

—Después del invierno que hemos pasado —dijo Alyssa—, este sol me da la vida.

Y no se refería solo al frío y la oscuridad. Habían sido meses duros, de saldar deudas, negociar acuerdos, crear calendarios de siembras e impulsar la hacienda. Pero habían hecho un gran trabajo y todo el esfuerzo comenzaba a dar sus frutos. Los campos verdeaban repletos de frutos, los campesinos estaban satisfechos y ya había varias yeguas preñadas del imponente semental que Dominic, con la ayuda de lord Ashbourne, había adquirido.

Habían contratado servicio extra para esta fiesta. Al fondo había largas mesas repletas de comida y barriles de cerveza para los campesinos y trabajadores, y más cerca de la casa había otras mesas circulares más pequeñas, para los invitados de mayor nivel y los miembros destacados del pueblo a los que se quería agasajar con más mimo. Una tarima ya había sido ocupada por los músicos

que iban a amenizar la velada.

Nada más poner un pie en el jardín se acercaron dos muchachas con bandejas repletas de copas de limonada fresca. Alyssa cogió una y le dio un trago, con un suspiro de satisfacción.

Se sentaron en unos asientos que habían sido colocados estratégicamente bajo la sombra de un olmo enorme.

Dominic salió al jardín. Estaba muy apuesto con los pantalones ajustados color beige, botas Wellington y camisa de lino, chaleco azul y sobretodo del mismo color con solapas de terciopelo. Saludó a las damas con una reverencia y besó las manos de Lizzie y Violet.

—Qué elegante, Dominic —apreció Alyssa.

Los ojos oscuros de Violet chispearon.

—Todo un dandy, sin duda.

Dominic la miró y una sonrisa ladeada apareció en su cara.

—Lady Cavendish, es una apreciación que guardaré, eternamente agradecido, en mi superficial corazón.

—No lo dudo.

Alyssa miró a ambos un tanto confusa. ¿De qué iba aquello?

El siguiente en aparecer fue Daniel, que salió corriendo al jardín seguido muy de cerca de Anthony, que llegó hasta el grupo en tres grandes zancadas. Su brazo se había recuperado al completo durante esos meses y volvía a ser un hombre dinámico y ágil. Vestía un terno de color marrón chocolate, tal vez un poco demasiado oscuro para una fiesta diurna, pero estaba muy elegante. Se acercó a Alyssa y le dio un cariñoso beso, posando su mano en la barriga. Ella sonrió y enrojeció.

Entonces el señor Chipperfield apareció con los primeros invitados.

Anthony había cumplido su promesa de invitar a los Tremaine y allí estaban todos. Sus vecinos, a los cuales Alyssa no había visto todavía, excepto el día del funeral. Sir Edgar parecía amable, aunque su mirada analítica lo observaba todo como si estuviera decidiendo si podía sacar provecho de ello. Saludó con efusividad a Anthony y Alyssa, e hizo un comentario genérico sobre la decoración del jardín. Lady Mildred Tremaine apareció con la nariz levantada como si aquel lugar no fuera digno de que sus zapatos lo pisaran. Era demasiado mirada con las convenciones sociales como para faltar al respeto a

los Drudley, al menos a la cara, pero saludó con cierta frialdad a los condes.

—¿Pero a esta qué le pasa? —preguntó en voz baja Lizzie cuando se hubieron alejado un poco.

Daniel se acercó.

—Es una melindrosa. Nunca le gustó que padre eligiera a una portuguesa como esposa y ahora Anthony ha elegido a una mujer sin dote.

—¡Qué escándalo! —dijo Lizzie.

Ambos se miraron y se echaron a reír de la forma más inconveniente, hasta que lady Tremaine se giró con brusquedad como si supiera que se estaban riendo de ella, los miró con ojos de halcón y después aceptó una copa de limonada con todo el desprecio del que fue capaz sin faltar a las buenas maneras.

Detrás llegaron Percival y Eleanor. Percival titubeó al dirigirse a Anthony.

—Muchas gracias por la invitación —le dijo—. Hace años que nuestra relación no ha sido la más cercana, pero debo reconocerle que en ocasiones echo de menos nuestras aventuras juveniles.

Anthony le estrechó la mano.

—Nuestras posiciones eran complicadas —dijo, aunque todos sabían que, en realidad, se estaba refiriendo a que el conde desaprobaba su relación—. Sin embargo, mi aprecio por su familia sigue intacto.

Él se dirigió entonces a Alyssa.

—Lady Waterford, es un placer conocerla al fin. Es sin duda tan hermosa como se rumoreaba. Espero que sea muy feliz aquí.

—Lo soy, señor Tremaine —respondió Alyssa, con una sonrisa.

Eleanor era una jovencita tímida que se sonrojó al presentar sus respetos a Anthony. Sin embargo, con Alyssa tuvo una conexión inmediata. Se sonrieron como si se conocieran de toda la vida y pronto estaba relajada, charlando con ella y sus hermanas

—Creo que seremos buenas amigas —le dijo Lizzie, cuando pidieron la segunda copa de limonada.

—Yo también —respondió ella. Luego miró a Alyssa—. Ha sido una pena que mi estancia en Londres se alargara tanto ¡Llevo meses allí!

Pero ahora estoy aquí, aunque sea por un breve tiempo y deba marcharme de nuevo en un par de semanas para continuar la temporada.

Las tres hermanas asintieron. Tenían muy fresco todavía el recuerdo de los bailes y el mercado matrimonial.

—¡Por cierto! —dijo la señorita Tremaine—. Coincidí en un baile, justo antes de venir, con una antigua amiga suya, Cordelia Seaword.

Alyssa abrió los ojos, estupefacta. No sentía rencor hacia Cordelia, aunque su pérdida le dolió mucho.

—La señorita Seaword me dio algo para usted. Una carta. Me pidió que nadie la viera, pero supongo que se refería a Londres y que aquí ya no importa.

Eleanor le entregó un papel doblado y Alyssa no pudo evitar abrirlo en el momento.

Querida Alyssa:

Supongo que ahora debo llamarte lady Waterford, pues me he enterado de la muerte del viejo conde. Cuando conocí a la señorita Tremaine y supe que os veríais, no quise perder la ocasión. Madre no me ha dejado comunicarme contigo, aunque le lloré y le supliqué. Supongo que la sombra del escándalo es alargada. Pero ahora eres una condesa respetable y lo volveré a intentar.

Por favor, no pienses que me he olvidado de ti o que te abandoné cuando la reputación de tu familia se hundió. Yo nunca haría eso. Te quiero y espero que, cuando madre se calme, podamos retomar la relación de forma abierta, sin escondernos. Si tú quieres, claro, porque si estás muy enfadada conmigo lo entenderé. Espero tu respuesta cuando la señorita Tremaine regrese a Londres.

Te quiere,

Tu amiga Cordelia.

Alyssa se retiró una lágrima traicionera. Pero era una lágrima de felicidad. Sonrió con los ojos aguados y dijo.

—Creo que acabo de recuperar una amiga muy querida, y eso me hace muy feliz. Gracias, señorita Tremaine, por hacerlo posible.

La gente siguió llegando y Alyssa tuvo que ejercer de anfitriona. Lord Ashbourne apareció y abrazó a Daniel con fuerza, palmeó la espalda de Anthony y le echó un brazo por los hombros a Dominic, instándolo a enseñarle las yeguas preñadas en las que había invertido.

Luego anunciaron al señor Withmore, el alcalde de Drudley Cross, acompañado de su señora, así como el doctor Henshaw, que tan bien había cuidado de Anthony durante su convalecencia. El reverendo Reymane, el párroco, llegó con la cálida sonrisa que le caracterizaba y acompañado de su encantadora hija, la nueva maestra. Alyssa se dio cuenta de que ya formaba parte de la vida de ese pueblo. Conocía a sus habitantes y sus historias, eran parte de ella, y se sintió feliz.

Poco después comenzó a aparecer la mayoría de la gente del pueblo: arrendatarios, aparceros, campesinos, panaderos… Todos estaban invitados.

Cuando estuvieron todos allí reunidos, Anthony se acercó a la tarima de los músicos y les pidió silencio. Cogió una copa de champán y se dirigió a la concurrencia.

—Han sido unos meses duros —comenzó—. El verano acabó de forma desastrosa, el otoño pasó en un suspiro y el invierno fue largo y oscuro. Pero el sol ha vuelto a brillar y la esperanza florece al igual que la cebada, el trigo y la alfalfa verdean en los campos con la promesa de una cosecha abundante.

Todos aplaudieron. Anthony esperó a que se calmaran los aplausos y después continuó.

—Auguro un futuro brillante para todos. Para ustedes —dijo, dirigiéndose a los campesinos—, y también para nosotros. Pero no podríamos haberlo solucionado solos. Hemos salido adelante porque todos hemos aportado nuestro esfuerzo y sacrificio. Y quiero dedicar un agradecimiento especial a lady Waterford, que, con su tenacidad, su dulzura y su bondad nos ha animado a remar todos juntos en una misma dirección. Alyssa, por favor —dijo, tendiéndole una mano—, ven aquí.

Ella acudió a su lado con una sonrisa nerviosa. Los aplausos arreciaron. Se había ganado los corazones de todos lo que había

tratado y había conseguido aportar humanidad a un título que llevaba mucho tiempo lejos de su gente. Todos en el pueblo sabían que había insistido para conseguir buenas condiciones de aplazamiento y que había enviado todos los recursos que había podido desde la casa. Alyssa era, para ellos, el símbolo de una nueva época. Anthony la miró.

—Condesa, amor mío, te lo debo todo. Gracias.

Y la besó. Delante de todo el mundo, de la manera más indecorosa. La algarabía fue enorme, salvo por lady Tremaine, que arrugó la nariz como si oliera a asado de col. Violet soltó una lágrima sin poderlo evi tar, feliz por su hermana, y Dominic, antes de ser capaz de controlarse, alargó la mano y recogió la lágrima con una suave caricia de su pulgar. Entonces se dio cuenta de lo que había hecho y se quedó paralizado. Violet agachó la cabeza y enrojeció.

Anthony hizo un gesto y la música volvió a sonar. Comieron y bailaron y, al principio, fueron bailes refinados que solo algunas parejas supieron interpretar. Pero pronto la música cambió de rumbo y se convirtió en alegría y diversión, en música para celebrar la vida, y la gente del pueblo y los nobles se mezclaron como hacía mucho tiempo que no sucedía, en una felicidad compartida.

Anthony le tendió una mano a Alyssa.

—¿Bailas, condesa?

Ella agarró su mano.

—Siempre —le dijo, y se mezclaron con la gente.

Gracias por leer esta novela

Si te ha gustado, puedes ayudarme a continuar escribiendo dejando una reseña en Amazon.

¡Nos leemos!

